

LA IGLESIA DE JESUCRISTO DE LOS SANTOS DE LOS ÚLTIMOS DÍAS • MAYO DE 2011

Liahona

A photograph of the Salt Lake Temple in winter. The temple's Gothic Revival architecture is visible through a dense canopy of snow-laden trees. The sky is overcast and grey. A golden statue of a figure with outstretched arms is perched atop one of the temple's spires.

Discursos de la Conferencia General

**75° aniversario del
Programa de Bienestar
de la Iglesia**

**Se anuncian tres
templos nuevos**



CORTESÍA DEL MUSEO DE HISTORIA DE LA IGLESIA

Lo que tengo te doy, por Walter Rane

“Un hombre que era cojo desde el vientre de su madre... ponían cada día a la puerta del templo ...

“Éste, cuando vio a Pedro y a Juan que iban a entrar en el templo, les rogó que le diesen limosna ...

“Y Pedro dijo: No tengo plata ni oro, mas lo que tengo te doy: En el anombre de Jesucristo de Nazaret, ¡levántate y anda!

“Y [Pedro] tomándole de la mano derecha le levantó, y al instante fueron

afirmados sus pies y sus tobillos” (Hechos 3:2-3, 6-7).

- 2 Resumen de la Conferencia General Anual número 181

SESIÓN DEL SÁBADO POR LA MAÑANA

- 4 Es conferencia una vez más
Presidente Thomas S. Monson
- 6 El día de reposo y la Santa Cena
Élder L. Tom Perry
- 10 Llegar a ser como un niño pequeño
Jean A. Stevens
- 13 Los seguidores de Cristo
Élder Walter F. González
- 15 La Expiación sana todo dolor
Élder Kent F. Richards
- 18 ¡Las mujeres SUD son asombrosas!
Élder Quentin L. Cook
- 22 Oportunidades para hacer el bien
Presidente Henry B. Eyring

SESIÓN DEL SÁBADO POR LA TARDE

- 26 El sostenimiento de los Oficiales de la Iglesia
Presidente Dieter F. Uchtdorf
- 28 Informe del Departamento de Auditorías de la Iglesia, 2010
Robert W. Cantwell
- 29 Informe estadístico de 2010
Brook P. Hales
- 30 Guiados por el Santo Espíritu
Presidente Boyd K. Packer
- 34 Afrontar el futuro con fe
Élder Russell M. Nelson
- 37 Establecer un hogar centrado en Cristo
Élder Richard J. Maynes
- 40 Testimonio
Élder Cecil O. Samuelson Jr.
- 42 El deseo
Élder Dallin H. Oaks
- 46 Encontrar gozo al servir con amor
Élder M. Russell Ballard

SESIÓN DEL SACERDOCIO

- 49 Preparar al mundo para la Segunda Venida
Élder Neil L. Andersen
- 53 La esperanza
Élder Steven E. Snow
- 55 Las sagradas llaves del Sacerdocio Aarónico
Larry M. Gibson

- 58 Su potencial, su privilegio
Presidente Dieter F. Uchtdorf
- 62 El aprendizaje en el sacerdocio
Presidente Henry B. Eyring
- 66 El poder del sacerdocio
Presidente Thomas S. Monson

SESIÓN DEL DOMINGO POR LA MAÑANA

- 70 A la espera en el camino a Damasco
Presidente Dieter F. Uchtdorf
- 78 "Más que vencedores por medio de aquel que nos amó"
Élder Paul V. Johnson
- 81 La obra santificadora de Bienestar
Obispo H. David Burton
- 84 La esencia del discipulado
Silvia H. Allred
- 87 El espíritu de revelación
Élder David A. Bednar
- 90 El Santo Templo: Un faro para el mundo
Presidente Thomas S. Monson

SESIÓN DEL DOMINGO POR LA TARDE

- 94 Las bendiciones eternas del matrimonio
Élder Richard G. Scott
- 97 "Yo reprendo y disciplino a todos los que amo"
Élder D. Todd Christofferson
- 101 Las más ricas bendiciones del Señor
Élder Carl B. Pratt
- 103 ¿Qué clase de hombres y mujeres habéis de ser?
Élder Lynn G. Robbins
- 106 Llamados a ser santos
Élder Benjamín De Hoyos
- 108 El milagro de la Expiación
Élder C. Scott Grow
- 111 Un estandarte a las naciones
Élder Jeffrey R. Holland
- 114 Al partir
Presidente Thomas S. Monson

REUNIÓN GENERAL DE LAS MUJERES JÓVENES

- 115 "Creo en ser honrada y verídica"
Ann M. Dibb
- 118 "La bondad debe por mí empezar"
Mary N. Cook
- 121 Guardianas de la virtud
Elaine S. Dalton
- 125 Un testimonio viviente
Presidente Henry B. Eyring
- 72 Autoridades Generales de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días
- 129 Índice de relatos de la conferencia
- 130 Se dirigen a nosotros: Hagamos que la conferencia sea parte de nuestra vida
- 132 Presidencias Generales de las Organizaciones Auxiliares
- 132 Enseñanzas para nuestra época
- 133 Noticias de la Iglesia



Resumen de la Conferencia General Anual número 181

SÁBADO POR LA MAÑANA, 2 DE ABRIL DE 2011, SESIÓN GENERAL

Presidió: Presidente Thomas S. Monson. Dirigió: Presidente Dieter F. Uchtdorf. Primera oración: Élder Allan F. Packer. Última oración: Élder Dale G. Renlund. Música por el Coro del Tabernáculo; Mack Wilberg y Ryan Murphy, directores; Clay Christiansen, organista; “A Cristo Rey Jesús”, *Himnos*, N° 30; “Glorias cantad a Dios”, *Himnos*, N° 37; “Cuando oímos al profeta”, *Liahona*, octubre de 2000, arreglo de Murphy, inédito; “Yo sé que vive mi Señor”, *Himnos*, N° 73; “Sé que mi Salvador me ama”, Creamer/Bell, arreglo de Murphy, inédito; “Bandera de Sión”, *Himnos*, N° 4, arreglo de Wilberg, inédito.

SÁBADO POR LA TARDE, 2 DE ABRIL DE 2011, SESIÓN GENERAL

Presidió: Presidente Thomas S. Monson. Dirigió: Presidente Dieter F. Uchtdorf. Primera oración: Élder Kevin W. Pearson. Última oración: Élder Michael T. Ringwood. Música por un coro combinado de la Universidad Brigham Young-Idaho; Eda Ashby y Randall Kempton, directores; Bonnie Goodliffe, organista; “Qué firmes cimientos”, *Himnos*, N° 40, arreglo de Ashby, inédito; “Jesús, en la corte celestial”, *Himnos*, N° 116; “Santos, avanzad”, *Himnos*, N° 38; “Mirad a Sión hermosa”, *Hymns*, N° 41, arreglo de Kempton, inédito.

SÁBADO POR LA TARDE, 2 DE ABRIL DE 2011, SESIÓN DEL SACERDOCIO

Presidió: Presidente Thomas S. Monson. Dirigió: Presidente Henry B. Eyring. Primera oración: Élder Rafael E. Pino. Última oración: Élder Joseph W. Sitati. Música por un coro de los institutos de Ogden, Utah, y Logan, Utah; Jerald F. Simon, J. Nyles Salmond, y Alan T. Saunders, directores; Andrew Unsworth, organista; “Al poderoso sacerdocio ved”, *Hymns*, N° 325; “Guíame a ti”, *Himnos*, N° 52, arreglo de Unsworth, inédito; “Oh Dios de Israel”, *Himnos*, N° 5; “Por tus dones loor cantamos”, *Himnos*, N° 19, arreglo de Durham, pub. Jackman.

DOMINGO POR LA MAÑANA, 3 DE ABRIL DE 2011, SESIÓN GENERAL

Presidió: Presidente Thomas S. Monson. Dirigió: President Henry B. Eyring. Primera

oración: Élder Gary E. Stevenson. Última oración: Élder Tad R. Callister. Música por el Coro del Tabernáculo; Mack Wilberg, director; Richard Elliott y Andrew Unsworth, organistas; “Oh, Tú, Roca de salvación”, *Hymns*, N° 258; “Día de reposo” *Hymns*, N° 148; “La luz de la verdad”, *Himnos*, N° 171, arreglo de Wilberg, inédito; “Trabajemos hoy en la obra”, *Himnos*, N° 158; “¿En el mundo he hecho el bien?”, *Himnos*, N° 171, arreglo de Zabriskie, pub. Plum; “El Espíritu de Dios”, *Himnos*, N° 2, arreglo de Wilberg, inédito.

DOMINGO POR LA TARDE, 3 DE ABRIL DE 2011, SESIÓN GENERAL

Presidió: Presidente Thomas S. Monson. Dirigió: Presidente Henry B. Eyring. Primera oración: Élder José A. Teixeira. Última oración: Élder Kent D. Watson. Música por el Coro del Tabernáculo; Mack Wilberg y Ryan Murphy, directores; Linda Margetts y Bonnie Goodliffe, organistas; “Vi a un poderoso ángel volar”, *Hymns*, N° 15, arreglo de Wilberg, inédito; “Yo trato de ser como Cristo”, *Canciones para los niños*, N° 40, arreglo de Bradford, pub. Nature Sings; “Hijos del Señor, venid”, *Himnos*, N° 26; “Más santidad dame”, *Himnos*, N° 71, arreglo de Staheli, pub. Jackman.

SÁBADO POR LA TARDE, 26 DE MARZO DE 2011, REUNIÓN GENERAL DE LAS MUJERES JÓVENES

Presidió: Presidente Thomas S. Monson. Dirigió: Elaine S. Dalton. Primera oración: Emily Lewis. Última oración: Bethany Wright. Música por un coro de Mujeres Jóvenes de estacas del área de Salt Lake City; Merrilee Webb, directora; Linda Margetts y Bonnie Goodliffe, organistas; “Bandera de Sión”, *Himnos*, N° 4; “Guardianas de la Virtud”,

Creemos: Multimedia Fortaleza de la Juventud 2011 inédito (violonchelo: Jessica Hunt); “Yo sé que vive mi Señor”, *Himnos*, N° 73, arreglo de Lyon, pub. Jackman (arpa: Hannah Cope); “Qué firmes cimientos”, *Himnos*, N° 40, arreglo de Wilberg, inédito.

DISCURSOS DE LA CONFERENCIA A DISPOSICIÓN DEL PÚBLICO

Para tener acceso a los discursos de la conferencia general en varios idiomas, visite conference.lds.org o languages.lds.org. Luego, seleccione un idioma. Por lo general, las grabaciones de audio estarán disponibles en los centros de distribución dos meses después de la conferencia.

MENSAJES DE ORIENTACIÓN FAMILIAR Y DE LAS MAESTRAS VISITANTES

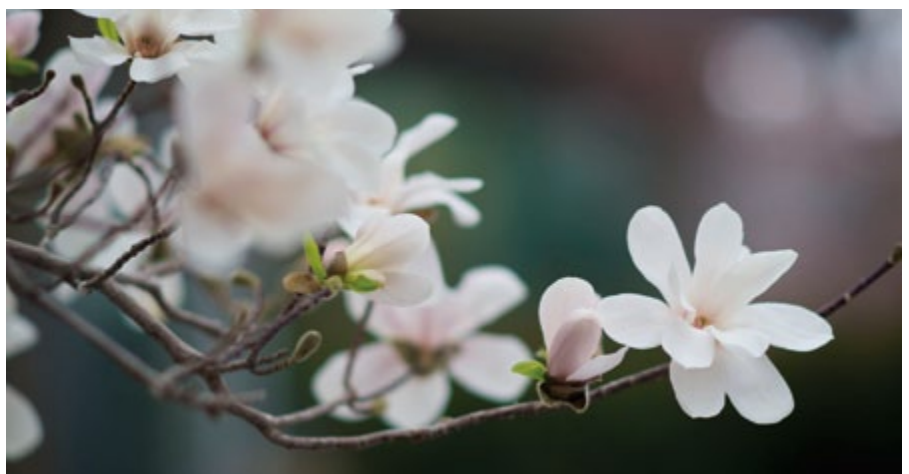
Para los mensajes de orientación familiar y de las maestras visitantes, sírvase seleccionar uno de los discursos que mejor satisfaga las necesidades de las personas a las que visite.

EN LA CUBIERTA

Frente: Fotografía por Weston Colton. Atrás: Fotografía por Les Nilsson.

FOTOGRAFÍAS DE LA CONFERENCIA

Quienes tomaron las escenas de la conferencia general que se efectuó en Salt Lake City fueron: Craig Dimond, Welden C. Andersen, John Luke, Matthew Reier, Christina Smith, Cody Bell, Les Nilsson, Weston Colton, Sarah Jensen, and Derek Israelsen; en Argentina: Marcelino Tossen; en Brasil: Lauren Fochetto, Ana Claudia Souza de Oliveira y Veruska Oliveira; en Ecuador: Alex Romney; en Alemania: Mirko Kube; en Jamaica: Alexia Pommells; en México: Ericka González Lage; en Filipinas: Wilmore La Torre; en Portugal: Juliana Oliveira; en Rumania: Matei Florin; en Slovenia: Ivan Majc; en Sudáfrica: Kevin Cooney; en Ucrania: Marina Lukach; en Maryland, EE.UU.: Sasha Rose; y en Zambia: Tawanda Maruza.



Publicación oficial de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, en el idioma español.

La Primera Presidencia: Thomas S. Monson, Henry B. Eyring, Dieter F. Uchtdorf

El Quórum de los Doce Apóstoles: Boyd K. Packer, L. Tom Perry, Russell M. Nelson, Dallin H. Oaks, M. Russell Ballard, Richard G. Scott, Robert D. Hales, Jeffrey R. Holland, David A. Bednar, Quentin L. Cook, D. Todd Christofferson, Neil L. Andersen

Editor: Paul B. Pieper

Asesores: Stanley G. Ellis, Christoffel Golden Jr., Yoshihiko Kikuchi

Director administrativo: David L. Frischknecht

Director editorial: Vincent A. Vaughn

Director de artes gráficas: Allan R. Loyborg

Editor administrativo: R. Val Johnson

Editores administrativos auxiliares: Jenifer L. Greenwood, Adam C. Olson

Editores adjuntos: Ryan Carr

Editora auxiliar: Susan Barrett

Personal de redacción: David A. Edwards, Matthew D. Flitton, LaRene Porter Gaunt, Larry Hiller, Carrie Kasten, Jennifer Maddy, Melissa Merrill, Michael R. Morris, Sally J. Odekirri, Joshua J. Perkey, Chad E. Phares, Jan Pinborough, Richard M. Romney, Janet Thomas, Paul VanDenBerghe, Julie Wardell, Melissa Zenteno

Director administrativo de arte: J. Scott Knudsen

Director de arte: Scott Van Kampen

Gerente de producción: Jane Ann Peters

Diseñadores principales: C. Kimball Bott, Thomas S. Child, Colleen Hinkley, Eric P. Johnsen, Scott M. Mooy

Personal de producción: Cali R. Arroyo, Collette Nebeker Aune, Howard G. Brown, Julie Burdett, Reginald J. Christensen, Gene Christiansen, Kim Fenstermaker, Kathleen Howard, Denise Kirby, Ginny J. Nilson, Ty Pilcher, Gayle Rafferty

Asuntos previos a la impresión: Jeff L. Martin

Director de impresión: Craig K. Sedgwick

Director de distribución: Evan Larsen

Coordinación de Liahona: Enrique Resek, Patsy Carroll-Carlini

Para saber el costo de la revista y cómo suscribirse a ella fuera de Estados Unidos y de Canadá, póngase en contacto con el Centro de Distribución local o con el líder del barrio o de la rama.

Los manuscritos y las preguntas deben enviarse a Liahona, Room 2420, 50 E. North Temple Street, Salt Lake City, UT 84150-0024, USA; o por correo electrónico a: liahona@ldschurch.org.

Liahona (un término del Libro de Mormón que significa "brújula" o "director") se publica en albanés, alemán, armenio, bislama, búlgaro, camboyano, cebuano, coreano, croata, checo, chino, danés, esloveno, español, estonio, fiyiano, finlandés, francés, griego, holandés, húngaro, indonesio, inglés, islandés, italiano, japonés, kiribatí, letón, lituano, malgache, marshalés, mongol, noruego, polaco, portugués, rumano, ruso, samoano, sueco, tagalo, tailandés, tahitiano, tongano, ucraniano, urdu, y vietnamita. (La frecuencia de las publicaciones varía de acuerdo con el idioma.)

© 2011 por Intellectual Reserve, Inc. Todos los derechos reservados. Impreso en los Estados Unidos de América.

El material de texto y visual de la revista *Liahona* se puede copiar para utilizarse en la Iglesia o en el hogar, siempre que no sea con fines de lucro. El material visual no se puede copiar si aparecen restricciones en la línea de crédito del mismo. Las preguntas que tengan que ver con este asunto se deben dirigir a Intellectual Property Office, 50 East North Temple Street, Salt Lake City, UT 84150, USA; correo electrónico: cor-intellectualproperty@ldschurch.org.

Para los lectores de México: Certificado de Licitud de título número 6988 y Licitud de contenido número 5199, expedidos por la Comisión Calificadora de Publicaciones y revistas ilustradas el 15 de septiembre de 1993. "Liahona" © es nombre registrado en la Dirección de Derechos de Autor con el número 252093. Publicación registrada en la Dirección General de Correos número 100. Registro del S.P.M. 0340294 características 218141210.

For Readers in the United States and Canada: May 2011 Vol. 35 No. 5. LIAHONA (USPS 311-480) Spanish (ISSN 0885-3169) is published monthly by The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints, 50 East North Temple, Salt Lake City, UT 84150. USA subscription price is \$10.00 per year; Canada, \$12.00 plus applicable taxes. Periodicals Postage Paid at Salt Lake City, Utah. Sixty days' notice required for change of address. Include address label from a recent issue; old and new address must be included. Send USA and Canadian subscriptions to Salt Lake Distribution Center at the address below. Subscription help line: 1-800-537-5971. Credit card orders (Visa, MasterCard, American Express) may be taken by phone. (Canada Post Information: Publication Agreement #40017431)

POSTMASTER: Send address changes to Salt Lake Distribution Center, Church Magazines, PO Box 26368, Salt Lake City, UT 84126-0368.



LOS DISCURSANTES POR ORDEN ALFABÉTICO

Allred, Silvia H., 84
Andersen, Neil L., 49
Ballard, M. Russell, 46
Bednar, David A., 87
Burton, H. David, 81
Christofferson, D. Todd, 97
Cook, Mary N., 118
Cook, Quentin L., 18
Dalton, Elaine S., 121
De Hoyos, Benjamín, 106
Dibb, Ann M., 115
Eyring, Henry B., 22, 62, 125
Gibson, Larry M., 55
González, Walter F., 13
Grow, C. Scott, 108
Holland, Jeffrey R., 111
Johnson, Paul V., 78
Maynes, Richard J., 37
Monson, Thomas S., 4, 66, 90, 114
Nelson, Russell M., 34
Oaks, Dallin H., 42
Packer, Boyd K., 30
Perry, L. Tom, 6
Pratt, Carl B., 101
Richards, Kent F., 15
Robbins, Lynn G., 103
Samuelson, Cecil O., Jr., 40
Scott, Richard G., 94
Snow, Steven E., 53
Stevens, Jean A., 10
Uchtdorf, Dieter F., 26, 58, 70

ÍNDICE DE TEMAS

Adorar, 6
Adversidad, 15, 34, 78, 106
Albedrío, 42
Amor, 13, 22, 46, 62, 84, 94
Arrepentimiento, 40, 97, 108
Autosuficiencia, 22, 81, 84
Ayuda humanitaria, 4
Bendiciones, 34, 78, 101
Benevolencia, bondad, 118
Bondad, 118
Caridad, 46, 53, 81
Conferencia general, 111, 114
Consejos, 18
Convenios, 13, 90, 94, 115
Corrección, 97
Deber, 55, 62
Deseos, 42
Día de Reposo, 6
Diezmos, 10, 34, 101
Discipulado, 13, 84, 111
Divorcio, 66
Ejemplo, 10, 121, 125
Enseñanza, 37
Escrituras, 30
Esperanza, 53
Espíritu Santo, 30, 40, 58, 70, 87, 111
Expiación, 15, 40, 53, 106, 108, 114
Familia, 10, 18, 37, 90, 94
Fe, 18, 34, 42, 53, 70, 78, 87, 101, 106, 125
Honradez, 121
Humildad, 10, 15
Jesucristo, 6, 13, 15, 30, 78, 103, 108, 114

Liderazgo, 55, 62
Luz, 87
Matrimonio, 42, 66, 94
Mujeres, 18
Niños, 10, 37, 103
Normas, 111
Nuevo Testamento, 6
Obediencia, 10, 34, 40, 87, 97, 101, 103, 125
Obra misional, 4, 46, 49
Oración, 125
Paciencia, 15, 78
Pascua de Resurrección, 114
Pioneros, 53
Preparación, 49
Prioridades, 42
Profetas, 111
Programa de bienestar, 22, 81, 84
Revelación, 30, 87
Sacerdocio, 30, 49, 58, 62, 66
Sacerdocio Aarónico, 55
Sacrificio, 90
Santa Cena, 6
Santos, 106
Segunda Venida, 49
Ser madre, 18
Ser padres, 37, 94, 103
Servicio, 22, 46, 55, 58, 70, 81, 84, 118
Sociedad de Socorro, 84
Templos, 4, 90, 115
Testimonio, 40, 66, 125
Trabajar, 84
Verdad, 40, 121
Virtud, 115, 121



Por el presidente Thomas S. Monson

Es conferencia una vez más

Gracias por su fe y devoción al Evangelio, por el amor y cuidado que demuestran entre sí y por el servicio que prestan.

Cuando se planeó este edificio, pensábamos que nunca se llenaría; pero mírenlo ahora.

Mis queridos hermanos y hermanas, qué bueno es estar juntos una vez más al comenzar la Conferencia General anual número ciento ochenta y uno de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días.

Los últimos seis meses parecen

haber pasado rápidamente ya que he estado ocupado con muchas responsabilidades. Una de las grandes bendiciones durante ese tiempo fue rededicar el hermoso Templo de Laie, Hawai, en el que se habían hecho extensas renovaciones por casi dos años. Me acompañaron el presidente Henry B. Eyring y su esposa, el élder Quentin L. Cook y su esposa, y el



élder William R. Walker y su esposa. La noche anterior a la rededicación, que tuvo lugar en noviembre, vimos a dos mil jóvenes del distrito del templo llenar el Centro de actividades Cannon del campus de BYU-Hawaii, y actuaron para nosotros. Su producción se tituló “El lugar de recogimiento”, y, de modo creativo y magistral, representó los acontecimientos significativos de la historia de la Iglesia local y la historia



del templo. ¡Qué noche maravillosa fue esa!

El día siguiente fue una fiesta espiritual al rededicarse el templo en tres sesiones. El Espíritu del Señor estuvo con nosotros en rica abundancia.

Continuamos construyendo templos. En esta mañana, tengo el privilegio de anunciar tres templos más para los que estamos adquiriendo los terrenos y que, en los meses

venideros, se construirán en las siguientes localidades: Fort Collins, Colorado; Meridian, Idaho; y Winnipeg, Manitoba, Canadá. En verdad, serán una bendición para nuestros miembros de esos lugares.

Cada año, se efectúan millones de ordenanzas en los templos. Que podamos seguir siendo fieles al efectuar dichas ordenanzas, no sólo para nosotros mismos, sino también para

nuestros seres queridos fallecidos que no pueden hacerlo por sí mismos.

La Iglesia continúa prestando ayuda humanitaria en épocas de desastre. Hace muy poco, nuestros corazones y nuestra ayuda se han ofrecido a Japón después del devastador terremoto y maremoto, y el efecto de los desafíos nucleares. Hemos distribuido más de sesenta y tres toneladas de suministros, entre los que se incluían alimento,

agua, mantas, ropa de cama, artículos de higiene, ropa y combustible. Nuestros jóvenes adultos solteros han ofrecido voluntariamente su tiempo para localizar a miembros extraviados por medio de internet, de los medios de comunicación social y de otros medios de comunicación modernos. Los miembros entregan la ayuda mediante motonetas proporcionadas por la Iglesia a zonas de difícil acceso en automóvil. Los proyectos de servicio para armar equipos de higiene y paquetes de limpieza se están organizando en varias estacas y barrios de Tokio, Nagoya y Osaka. Hasta el momento, se han donado más de cuarenta mil horas de servicio por más de cuatro mil voluntarios. Nuestra ayuda va a continuar en Japón y en otros lugares donde haya necesidad.

Mis hermanos y hermanas, les doy las gracias por su fe y devoción al Evangelio, por el amor y cuidado que demuestran entre sí y por el servicio que prestan en sus barrios y ramas, estacas y distritos. Además, gracias por su fidelidad en el pago de sus diezmos y ofrendas, y por su generosidad al contribuir a otros fondos de la Iglesia.

A finales del año 2010 había 52.225 misioneros que sirven en 340 misiones por el mundo. La obra misional es la savia del reino. Me gustaría sugerirles que, si pueden hacerlo, consideraran hacer una contribución al Fondo misional general de la Iglesia.

Ahora, hermanos y hermanas, estamos deseosos de escuchar los mensajes que se nos presentarán hoy y mañana. Los que van a hablarnos han procurado la ayuda y dirección del cielo al preparar sus mensajes. Que seamos llenos del Espíritu del Señor y seamos elevados e inspirados a medida que escuchemos y aprendamos; es mi oración, en el nombre de Jesucristo. Amén. ■



Por el élder L. Tom Perry
Del Quórum de los Doce Apóstoles

El día de reposo y la Santa Cena

Permitan que su familia esté llena de amor al honrar el día de reposo, todo el día; y sientan las bendiciones espirituales de ello toda la semana.

Mis hermanos y hermanas, esta mañana hemos venido de todo el mundo a escuchar la voz de un profeta. Testifico que la voz que acabamos de escuchar es la voz del profeta viviente de Dios en la tierra hoy en día, el presidente Thomas S. Monson. ¡Cuán bendecidos somos de tener sus enseñanzas y su ejemplo!

Este año, todos nosotros tenemos la oportunidad de estudiar las palabras de los profetas del Nuevo Testamento en la Escuela Dominical. Mientras que el Antiguo Testamento es un estudio de profetas y de un pueblo, el Nuevo Testamento se centra en la vida e influencia del único hombre que vino a la vida mortal con la doble ciudadanía del cielo y de la tierra: nuestro Salvador y Redentor, Jesucristo.

El mundo de hoy está tan saturado con doctrinas de hombres que es fácil olvidar y perder la fe en todos esos importantes relatos de la vida del Salvador y su ministerio: el Nuevo Testamento. Este sagrado volumen es el centro de la historia de las Escrituras, tal como el Salvador mismo debe ser el centro de nuestras vidas. ¡Debemos

comprometernos a estudiarlo y a atesorarlo!

Hay perlas invaluables de sabiduría que podemos encontrar en nuestro estudio del Nuevo Testamento. Siempre disfruto al leer los relatos de Pablo cuando él viajaba y organizaba la Iglesia del Salvador, en especial sus enseñanzas a Timoteo. En el cuarto capítulo de los escritos de Pablo a Timoteo, leemos: “Esto manda y enseña: ...sé ejemplo de los creyentes en palabra, en conducta, en amor, en espíritu, en fe y en pureza”¹. No creo que para nosotros haya una manera mejor de empezar o continuar siendo ejemplos de los creyentes que nuestra observancia del día de reposo.

Comenzando con la Creación del mundo, se apartó un día de todos los demás. “Y bendijo Dios el día séptimo y lo santificó”². Aun Dios descansó de Su trabajo este día, y Él espera que Sus hijos hagan lo mismo. A los hijos de Israel Él les dio el mandamiento:

“Acuérdate del día del reposo para santificarlo.

Seis días trabajarás y harás toda tu obra,

mas el séptimo día es reposo para Jehová tu Dios...

por tanto, Jehová bendijo el día de reposo y lo santificó”³.

El modelo de la observancia del día de reposo debe siempre incluir la adoración. Después de que Adán y Eva entraron en la vida mortal, se les mandó “que adorasen al Señor su Dios y que... ofreciesen las primicias de sus rebaños como ofrenda al Señor... a semejanza del sacrificio del Unigénito del Padre”⁴. El sacrificio de animales le recordó a la posteridad de Adán que un día el Cordero de Dios, Jesucristo, sacrificaría Su propia vida por nosotros.

A lo largo de Su vida, el Salvador habló de ese sacrificio⁵. En la víspera de Su crucifixión, Sus palabras se cumplieron. Reunió a Sus discípulos en el aposento alto, lejos de las distracciones del mundo e instituyó el sacramento de la Cena del Señor.

“Y mientras comían, tomó Jesús el pan, y lo bendijo, y lo partió y dio a sus discípulos, y dijo: Tomad, comed; esto es mi cuerpo.

“Y tomando la copa, y habiendo dado gracias, les dio, diciendo: Bebed de ella todos;

“porque esto es mi sangre del nuevo convenio, que por muchos es derramada para remisión de los pecados”⁶.

Desde ese momento en adelante, la expiación del Salvador llegó a ser el mayor y postrer sacrificio. Cuando Él se apareció en el continente americano después de Su resurrección, confirió Su sacerdocio a Sus discípulos e introdujo la Santa Cena diciendo:

“Y siempre procuraréis hacer esto... así como he partido pan y lo he bendecido y os lo he dado...

“Y será un testimonio al Padre de que siempre os acordáis de mí. Y si os acordáis siempre de mí, tendréis mi Espíritu para que esté con vosotros”⁷.



Es asombroso que aun en medio de los períodos de obscuridad de la Apostasía, este modelo de adoración en el día de reposo y de la Santa Cena continuara practicándose de muchas maneras.

Cuando el Evangelio fue restaurado, tres de los primeros apóstoles, Pedro, Santiago y Juan, que recibieron la Santa Cena del Salvador, se aparecieron a José Smith y a Oliver Cowdery. Bajo su dirección, se restauró la autoridad del sacerdocio necesaria para administrar la Santa Cena a los miembros de la Iglesia de Jesucristo⁸.

Conferida por el Salvador a Sus profetas y apóstoles, y de ellos a nosotros, esa autoridad del sacerdocio continúa sobre la tierra hoy. Los jóvenes poseedores del sacerdocio de todo el mundo se hacen merecedores de ejercer el poder del sacerdocio al guardar sinceramente los mandamientos y al vivir las normas del Evangelio. Manteniendo espiritualmente manos limpias y corazones puros, estos hombres jóvenes preparan y bendicen la Santa Cena a la manera del Señor, una manera que se definió en base a lo que Él hizo hace ya más de dos mil años.



Participar de la Santa Cena es el centro de nuestra observancia del día de reposo. En Doctrina y Convenios el Señor nos manda a todos nosotros:

“Y para que más íntegramente te conserves sin mancha del mundo, irás a la casa de oración y ofrecerás tus sacramentos en mi día santo;

“porque, en verdad, éste es un día que se te ha señalado para descansar de tus obras y rendir tus devociones al Altísimo...

“Y en este día no harás ninguna otra cosa”⁹.

Al considerar el modelo del día de reposo y de la Santa Cena en nuestra vida, parece que hay tres cosas que el Señor requiere de nosotros: primero, mantenernos sin mancha del mundo; segundo, ir a la casa de oración y ofrecer nuestros sacramentos; y tercero, descansar de nuestras labores.

Es glorioso ser cristiano y vivir como discípulo verdadero de Cristo.

De nosotros, Él dijo: “No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo”¹⁰. Para mantenernos sin mancha del mundo, Él espera que evitemos distracciones mundanas tales como lugares de negocio o recreativos en el día de reposo.

Creo que Él también desea que nos vistamos apropiadamente. Nuestra juventud podría pensar que el antiguo dicho “ropa de domingo” está fuera de moda; aun así, sabemos que cuando el modo de vestirse el día domingo se deteriora a vestirse como todos los demás días, las actitudes y las acciones le siguen. Desde luego que no es necesario que nuestros hijos vistan ropa de domingo formal hasta el anochecer; sin embargo, mediante la ropa que los animemos a vestir y las actividades que planeemos, los ayudaremos a prepararse para la Santa Cena y para disfrutar de las bendiciones de ello a lo largo del día.

¿Qué significa ofrecer nuestros sacramentos al Señor? Reconocemos que todos nosotros cometemos errores. Cada uno de nosotros tiene necesidad de confesar nuestros pecados y errores a nuestro Padre Celestial, y a otros a quienes hayamos ofendido, y de abandonarlos. El día de reposo nos proporciona una invaluable oportunidad de ofrecer éstos, nuestros sacramentos, al Señor. Él dijo: “Recuerda que en éste, el día del Señor, ofrecerás tus ofrendas y tus sacramentos al Altísimo, confesando tus pecados a tus hermanos, y ante el Señor”¹¹.

El élder Melvin J. Ballard ha sugerido que: “Queremos que todo Santo de los Últimos Días venga a la mesa sacramental porque es el lugar para examinar e inspeccionar nuestro yo íntimo, para saber cómo rectificar nuestro curso y corregir nuestra vida poniéndonos en armonía con las enseñanzas de la Iglesia y con nuestros hermanos y hermanas”¹².

Cuando participamos dignamente de la Santa Cena, testificamos que estamos dispuestos a tomar el nombre del Salvador sobre nosotros, a guardar Sus mandamientos y recordarle *siempre* para poder tener Su Espíritu con nosotros. De esta manera, se renueva el convenio de nuestro bautismo. El Señor le aseguró a Sus discípulos: “... porque todas las veces que hagáis esto recordaréis esta hora en que estuve con vosotros”¹³.

A veces pensamos que descansar de nuestras labores es solamente dejar de hacer el trabajo por el que nos pagan y poner el aviso de “cerrado” en la puerta de nuestro negocio; pero en el mundo de hoy, las labores se refieren al trabajo diario de nuestra vida. Eso podría significar las actividades de negocios que llevamos a cabo desde el hogar, las competencias deportivas y otros afanes que nos apartan de la

adoración en el día de reposo y de la oportunidad de ministrar a los demás.

“No trates con liviandad las cosas sagradas”¹⁴ reveló el Señor a los Santos de los Últimos Días como si nos recordara lo que le dijo a Sus discípulos: “El día de reposo fue hecho por causa del hombre, y no el hombre por causa del día de reposo”¹⁵.

Hermanos y hermanas, en los últimos días el adversario tiene éxito cuando rebajamos nuestro compromiso para con el Señor, hacemos caso omiso de Sus enseñanzas en el Nuevo Testamento y en otras Escrituras, y cesamos de seguirlo. Padres, ahora es el tiempo para enseñar a nuestros hijos a ser ejemplo de los creyentes mediante la asistencia a la reunión sacramental. Cuando llegue la mañana del domingo, ayúdenlos a estar bien descansados, a vestirse apropiadamente y a estar espiritualmente preparados para participar de los emblemas de la Santa Cena y recibir la luz, la edificación y el ennoblecedor poder del Espíritu Santo. Permitan que su familia esté llena de amor al honrar el día de reposo, todo el día; y sientan las bendiciones espirituales de ello toda la semana. Inviten a sus hijos e hijas a: “[Levantarse] y [brillar]” mediante la observancia del sagrado día de reposo; que “[su] luz sea un estandarte a las naciones”¹⁶.

Al pasar los años, continuó reflexionando sobre los días de reposo de mi juventud y de mi primeros años como adulto. Aún recuerdo el primer día en que pasé la Santa Cena como diácono y los vasitos de vidrio que pasé entre los miembros de nuestro barrio. Hace algunos años, se remodeló un edificio de la Iglesia en mi pueblo natal, un compartimento en el púlpito se había cerrado y sellado. Cuando lo abrieron, había algunos de esos vasitos de vidrio que habían quedado ocultos por años. Se me dio uno de ellos como un recuerdo.

Además, me acuerdo de un baúl que llevábamos con nosotros a los Marines de los Estados Unidos. Adentro de ese baúl había una bandeja de madera y paquetes de vasitos sacramentales para que pudiéramos ser bendecidos mediante la paz y la esperanza de la Santa Cena del Señor, aun en medio del conflicto y de la desesperación de la guerra.

Al pensar en aquellos vasitos sacramentales de mi juventud, unos en el protegido valle del hogar de mi niñez y los otros a miles de millas de distancia en el Pacífico, me siento lleno de gratitud de que el Salvador del mundo haya estado dispuesto a beber de “la amarga copa”¹⁷ por mí. Y porque lo hizo, yo puedo decir como el salmista: “mi copa está rebosando”¹⁸ con las bendiciones de Su infinita y eterna Expiación.

En este día, antes del día de reposo, al comenzar esta gran conferencia, recordemos las bendiciones y oportunidades que son nuestras por asistir a la reunión sacramental cada semana en nuestros barrios y ramas. Preparémonos y comportémonos en el día de

reposo de tal manera que hagamos descender las bendiciones prometidas sobre nosotros y sobre nuestra familia. Doy mi testimonio especial de que el gozo más grande que recibimos en esta vida está en seguir al Salvador. Que guardemos Sus mandamientos al guardar Su sagrado día santo; es mi oración, en el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. 1 Timoteo 4:11–12.
2. Génesis 2:3.
3. Éxodo 20:8–11.
4. Moisés 5:5, 7.
5. Véase, por ejemplo, Marcos 10:32–34; Juan 2:19; 10:17; 12:32.
6. Mateo 26:26–28.
7. 3 Nefi 18:6–7.
8. Véase José Smith—Historia 1:68–69, 72; véase también Doctrina y Convenios 27:12–13.
9. Doctrina y Convenios 59:9–10, 13.
10. Juan 17:16.
11. Doctrina y Convenios 59:12.
12. En Bryant S. Hinckley, *Sermons and Missionary Services of Melvin Joseph Ballard*, 1949, pág. 150.
13. Selecciones de la Traducción de José Smith, Marcos 14:21, Apéndice, Biblia SUD.
14. Doctrina y Convenios 6:12.
15. Marcos 2:27.
16. Doctrina y Convenios 115:5.
17. 3 Nefi 11:11.
18. Salmos 23:5.

Kyiv, Ucrania





Por Jean A. Stevens

Primera Consejera de la Presidencia General de la Primaria

Llegar a ser como un niño pequeño

Si poseemos un corazón dispuesto a aprender y una disposición de seguir el ejemplo de los niños, los atributos divinos de ellos pueden ser la llave para desencadenar nuestro propio crecimiento espiritual.

Nuestro Padre Celestial, en Su gran sabiduría y amor, envía a Sus hijos e hijas procreados en espíritu a esta tierra como niños. Llegan a las familias como dones preciosos con una naturaleza y destino divinos. Nuestro Padre Celestial sabe que los niños son una llave para ayudarnos a llegar a ser como Él. Es tanto lo que podemos aprender de los niños.

Esta importante verdad se demostró hace algunos años cuando un miembro de los Setenta estaba en una asignación en Hong Kong. Visitó un barrio muy pobre que pasaba por muchas dificultades y no podía proveer de lo indispensable para sus propias necesidades. Mientras el obispo le describía la situación, la Autoridad General sintió la impresión de que había que pedirles a los miembros que pagaran sus diezmos. Conociendo sus extremas circunstancias, al obispo le preocupaba cómo poner en práctica ese consejo. Lo pensó y decidió hablar con algunos de los miembros más fieles de su barrio y pedirles que

pagaran sus diezmos. El domingo siguiente fue a la Primaria; enseñó a los niños acerca de la ley del diezmo del Señor y les preguntó si estarían dispuestos a pagar el diezmo del dinero que ganaran. Los niños dijeron que lo harían y así lo hicieron.

Tiempo después, el obispo fue a los adultos del barrio y les contó que durante los últimos seis meses sus fieles hijos habían estado pagando el diezmo. Les preguntó si estarían dispuestos a seguir el ejemplo de esos niños y hacer lo mismo. Los miembros estaban tan conmovidos por los sacrificios que los niños estuvieron dispuestos a hacer que hicieron lo necesario para pagar sus diezmos; y se abrieron las ventanas de los cielos. Por el ejemplo de esos fieles niños, un barrio aumentó su obediencia y testimonio.

Fue Jesucristo mismo quien nos enseñó que debemos considerar a los niños como un ejemplo. En el Nuevo Testamento se registra Su respuesta cuando Sus apóstoles discutían acerca de quién era el mayor en el reino

de los cielos. Jesús respondió a su pregunta con una pequeña, pero práctica lección. Llamó a un pequeñito, lo colocó en medio de ellos y dijo:

“...si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos.

“Así que, cualquiera que se humille como este niño, ése es el mayor en el reino de los cielos” (Mateo 18:3-4).

¿Qué es lo que debemos aprender de los niños? ¿Qué cualidades poseen y qué ejemplos dan que pueden ayudarnos en nuestro propio crecimiento espiritual?

Estos valiosísimos hijos de Dios llegan a nosotros con corazones creyentes; están llenos de fe y son receptivos a los sentimientos del Espíritu. Son ejemplos de humildad, obediencia y amor. A menudo son los primeros en amar y los primeros en perdonar.

Permítanme compartir algunas experiencias sobre cómo los niños pueden bendecir nuestra vida con su ejemplo inocente, pero poderoso, de los atributos cristianos.

Todd, un niño de apenas dos años, recientemente fue con su madre a un museo de arte donde había una exposición especial de hermosas pinturas del Salvador. Mientras caminaban junto a esas imágenes sagradas, ella escuchó a su pequeñito decir con reverencia “Jesús”. Bajó la mirada y lo encontró cruzando los brazos y agachando la cabeza mientras miraba las pinturas. ¿Podríamos aprender algo de Todd acerca de tener una actitud de humildad, reverencia y amor por el Señor?

El pasado otoño observé el ejemplo de un niño de Armenia que tenía diez años. Mientras esperábamos que comenzara la reunión sacramental, él se dio cuenta de que llegaba la hermana más anciana de la rama, y él fue el único que rápidamente se



acercó a ella y le ofreció su brazo para afirmar sus pasos tambaleantes. La ayudó a llegar hasta la primera fila de la capilla, donde ella podría escuchar. ¿Podría este pequeño acto de bondad enseñarnos que los mayores en el reino del Señor son aquellos que buscan oportunidades para servir a otros?

Katie, una niña de la Primaria, nos enseñó al ver la influencia que ella tuvo en su familia. Al ir a la Primaria, la atrajeron las enseñanzas del Evangelio. Con fe y un testimonio cada vez más grandes, Katie dejó una nota sobre la almohada de sus padres. Escribió que atesoraba las verdades del Evangelio en su corazón; compartió su deseo de estar cerca de su Padre Celestial, de ser obediente a Sus

mandamientos y de que su familia se sellara en el templo. El sencillo testimonio de su dulce hija llegó al corazón de sus padres con poder. Katie y su familia recibieron las ordenanzas sagradas del templo que unen a su familia para siempre. El corazón creyente de Katie y su ejemplo de fe ayudaron a llevar bendiciones eternas a su familia. ¿Podrían el testimonio sincero y el deseo de seguir el plan del Señor de ella llevarnos a ver con más claridad cuáles son las cosas más importantes?

Nuestra familia está aprendiendo de un familiar cercano: Liam, de seis años. Durante el último año ha estado luchando con un agresivo cáncer en el cerebro. Tras dos operaciones difíciles,

se decidió que también serían necesarios tratamientos de radiación; durante los cuales fue necesario que estuviera completamente solo y permaneciera acostado sin moverse. Liam no quería que le administraran sedantes, ya que no le gustaba cómo lo hacían sentir. Estaba decidido a que, si tan sólo escuchaba la voz de su padre por el intercomunicador, podría permanecer quieto sin sedantes.

Durante esas épocas de ansiedad, su padre le hablaba con palabras de aliento y amor: “Liam, aunque no puedas verme, estoy aquí. Sé que puedes hacerlo. Te amo”. Liam terminó con éxito los 33 tratamientos de radiación, durante los cuales permanecía totalmente quieto; un logro que los médicos consideraban imposible sin administrar sedantes en alguien tan joven. Durante meses de dolor y de dificultad, el contagioso optimismo de Liam había sido un potente ejemplo de cómo afrontar la adversidad con esperanza y felicidad. Médicos, enfermeras y muchísimas otras personas fueron inspirados por su valor.

Todos estamos aprendiendo importantes lecciones de Liam, lecciones sobre cómo elegir la fe y a confiar en el Señor. Tal como Liam, no podemos ver a nuestro Padre Celestial, pero podemos escuchar Su voz para que nos dé la fortaleza que necesitamos para soportar las dificultades de la vida.

¿Podría ayudarnos el ejemplo de Liam a comprender mejor las palabras del rey Benjamín de llegar a ser como niños: sumisos, mansos, humildes, pacientes y llenos de amor? (véase Mosíah 3:19).

Estos niños ofrecen ejemplos de algunas de sus cualidades que debemos desarrollar o redescubrir en nosotros a fin de entrar en el reino de los cielos. Ellos son espíritus puros, sin mancha del mundo, fáciles de enseñar y llenos



*La familia es de Dios,
el Padre preparó el sitio ideal para
que nazca yo.*

*Como muestra de Su amor,
la familia es de Dios.*

*(“La familia es de Dios”, Liahona,
octubre de 2008, pág. A-12).*

Es aquí, en nuestra familia, en una atmósfera de amor, donde vemos y apreciamos de manera más personal los atributos divinos de Sus hijos procreados en espíritu. Es aquí, en nuestra familia, donde nuestro corazón puede ablandarse y en humildad deseamos cambiar, ser más como un niño. Es un proceso por el cual podemos llegar a ser más como Cristo.

¿Ha habido experiencias en su vida que les hayan opacado el corazón creyente y la fe de la infancia que alguna vez tuvieron? Si es así, miren a su alrededor, a los niños en su vida; y después miren otra vez. Quizás sean niños de su familia, del otro lado de la acera o de la Primaria de su barrio. Si poseemos un corazón dispuesto a aprender y una disposición de seguir el ejemplo de los niños, los atributos divinos de ellos pueden ser la llave para desencadenar nuestro propio crecimiento espiritual.

Siempre estaré agradecida por la bendición de mis propios hijos. El ejemplo de cada uno de ellos me ha enseñado lecciones que necesito. Me han ayudado a cambiar para ser mejor.

Doy mi humilde pero firme testimonio de que Jesús es el Cristo. Él es el único Hijo perfecto: sumiso, manso, humilde, paciente y tan lleno de amor. Que cada uno de nosotros esté dispuesto a seguir Su ejemplo, de llegar a ser como un niño pequeño y, de ese modo, regresar a nuestro hogar celestial; es mi ruego, en el nombre de Jesucristo. Amén. ■

de fe. No es de asombrarse que el Salvador sintiera un amor y aprecio especiales por los pequeñitos.

Entre los trascendentes acontecimientos de la visita del Salvador a las Américas, se destaca Su compasivo ministerio a los niños. De manera conmovedora, Él se acercó a cada niño.

“...y tomó a sus niños pequeños, uno por uno, y los bendijo, y rogó al Padre por ellos.

“Y cuando hubo hecho esto, lloró...

“y habló a la multitud, y les dijo: Mirad a vuestros pequeñitos” (3 Nefi 17:21–23).

El élder M. Russell Ballard nos ha enseñado la importancia de la admonición del Salvador de, “mirad a vuestros pequeñitos”, cuando dijo: “Adviértase que no dijo: ‘échenles

una mirada’, ni ‘obsérvenlos de vez en cuando’, ni tampoco ‘de vez en cuando miren en dirección a donde ellos estén’. Él dijo que debíamos *mirarlos*, y para mí eso quiere decir que debemos abrazarlos con los ojos y con el corazón; verlos y apreciarlos por lo que en realidad son: hijos de Dios, nuestro Padre Celestial, procreados en espíritu y dotados de atributos divinos” (Véase “Mirad a vuestros pequeñitos”, *Liahona*, octubre de 1994, pág. 40, cursiva agregada).

No hay un sitio más perfecto para mirar a nuestros pequeñitos que en nuestra familia. El hogar es donde todos podemos aprender y crecer juntos. Una de nuestras hermosas canciones de la Primaria nos enseña esta verdad:



Por el élder **Walter F. González**
De la Presidencia de los Setenta

Los seguidores de Cristo

Los seguidores de Cristo modelan su vida de acuerdo con la del Salvador para andar en la luz.

El pasado octubre, mi esposa y yo acompañamos al élder Neil L. Andersen y a su esposa a la palada inicial de un nuevo templo en Córdoba, Argentina. Como de costumbre, después de la ceremonia hubo una conferencia de prensa. Una periodista que no era miembro de nuestra Iglesia comentó que había observado lo bien que los hombres trataban a su esposa; luego preguntó de forma inesperada: “¿Es eso realidad o ficción?”. Estoy seguro de que observó y percibió algo diferente entre nuestros miembros. Quizás haya percibido en ellos el deseo de seguir a Cristo; los miembros de la Iglesia de todo el mundo tienen ese deseo. Al mismo tiempo, millones de personas que no son miembros de la Iglesia también tienen el deseo de seguirlo.

Recientemente mi esposa y yo nos quedamos muy impresionados con la gente que vimos en Ghana y en Nigeria; en su mayoría, no son miembros de nuestra Iglesia. Nos alegró ver el deseo que tienen de seguir a Cristo, lo cual expresaron en muchas de sus conversaciones en sus hogares, en los automóviles, en las paredes y en los carteles publicitarios. Nunca habíamos visto tantas iglesias

cristianas una al lado de la otra.

Los Santos de los Últimos Días tenemos el deber de invitar a millones de personas como ellos a venir y ver lo que nuestra Iglesia puede añadir a lo bueno que ya tienen. Toda persona de cualquier continente, clima o cultura puede saber por sí misma que el profeta José Smith vio al Padre y al Hijo en una visión; puede saber que hubo mensajeros celestiales que restauraron el sacerdocio y que el Libro de Mormón es otro testamento de Jesucristo. En las palabras del Señor a Enoc, la “justicia [se ha enviado] desde los cielos; y la verdad [ha brotado] de la tierra para testificar [del] Unigénito [del Padre]”¹.

El Salvador ha prometido: “...el que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida”². Los seguidores de Cristo modelan su vida de acuerdo con la del Salvador para andar en la luz. Hay dos características que nos ayudan a reconocer hasta qué punto lo seguimos. Primero, los verdaderos seguidores de Cristo son personas que aman; segundo, los verdaderos seguidores de Cristo hacen convenios y los guardan.

La primera característica, demostrar amor, probablemente sea una cosa

que notó la periodista de Córdoba entre los miembros de la Iglesia. Seguimos a Cristo porque lo amamos y, cuando seguimos al Redentor por amor, seguimos Su propio ejemplo. Por amor, el Salvador fue obediente a la voluntad del Padre en toda circunstancia. Nuestro Salvador fue obediente aun cuando el serlo le acarreó enorme sufrimiento físico y emocional, aun si eso significaba recibir azotes y burlas e incluso la tortura de Sus enemigos mientras Sus amigos lo abandonaron. El sacrificio expiatorio, que es exclusivo de la misión del Salvador, es la expresión de amor más grandiosa en la historia de la humanidad. “...el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por sus heridas fuimos nosotros sanados”³.

Así como Cristo siguió al Padre fuera cuales fueran las circunstancias, así también nosotros debemos seguir a Su Hijo. Si lo hacemos, no tendrá importancia el tipo de persecución, sufrimiento, aflicción o “aguijón en la carne”⁴ que enfrentemos; no estamos solos; Cristo nos auxiliará. Sus entrañables misericordias nos harán fuertes en cualquier circunstancia⁵.

El seguir a Cristo puede implicar el abandono de muchas cosas apreciadas, como hizo Rut, la moabita. Siendo una conversa reciente y por amor a Dios y a Noemí, dejó todo tras de sí para vivir su religión⁶.

Tal vez implique también resistir la adversidad y las tentaciones. En su juventud, José fue vendido como esclavo; le quitaron todo lo que amaba. Más adelante fue tentado a no ser casto, pero resistió la tentación y dijo: “...¿cómo, pues, haría yo este gran mal y pecaría contra Dios?”⁷. Su amor por Dios fue más fuerte que cualquier adversidad o tentación.

Hoy en día tenemos Ruts y Josés modernos por todo el mundo. Cuando



el hermano Jimmy Olvera, de Guayaquil, Ecuador, recibió su llamamiento para servir en una misión, su familia estaba pasando grandes dificultades. El día de su partida se le dijo que si se iba, perdería a su familia. Con el corazón quebrantado, salió de la casa. Mientras estaba en la misión, su madre le pidió que la prolongara porque la familia estaba recibiendo muchísimas bendiciones. Actualmente, el hermano Olvera presta servicio como patriarca de estaca.

El amar a Cristo sinceramente nos da la fortaleza necesaria para seguirlo. El Señor mismo demostró eso al preguntar tres veces a Pedro: "...¿me amas?". Luego, Pedro reafirma su amor por Él en voz alta y el Señor le dice a Pedro acerca de las adversidades que le esperaban. Entonces llegó la admonición: "Sígueme". La pregunta del Salvador a Pedro también se nos puede hacer a nosotros: "¿Me amas?" junto con el llamado a la acción: "Sígueme"⁸.

El amor es una potente influencia en el corazón al esforzarnos por ser

obedientes. El amor por nuestro Salvador nos inspira a guardar Sus mandamientos; y el amor por una madre, un padre o un cónyuge también puede inspirarnos a obedecer los principios del Evangelio. La forma en que tratamos a los demás indica hasta qué punto seguimos a nuestro Salvador al amarnos los unos a los otros⁹. Le demostramos el amor que le tenemos cuando nos detenemos a ayudar a otros; cuando somos "completamente honrados y rectos en todas las cosas"¹⁰, y cuando hacemos convenios y los guardamos.

La segunda característica que tienen los seguidores de Cristo es hacer convenios y guardarlos, así como Él lo hizo. Moroni señaló que "...el derramamiento de la sangre de Cristo... está en el convenio del Padre para la remisión de vuestros pecados, a fin de que lleguéis a ser santos, sin mancha"¹¹.

El profeta José Smith enseñó que aun antes de la organización de esta tierra ya se hacían convenios en el cielo¹². Profetas y patriarcas

antiguos hicieron convenios.

El Salvador mismo nos dio el ejemplo. Él fue bautizado para cumplir toda justicia por alguien con la debida autoridad. Por medio de Su bautismo, el Salvador testificó ante el Padre que sería obediente en cumplir todos Sus mandamientos¹³. Como en los días de antaño, nosotros también seguimos a Cristo y hacemos convenios por medio de las ordenanzas del sacerdocio.

El hacer convenios es algo que millones de personas que no son miembros de nuestra Iglesia pueden añadir a todo lo bueno que ya tengan. El hacer convenios es una expresión de amor; es una manera de decirle a Él: "Sí, yo te seguiré porque te amo".

Los convenios incluyen promesas, "sí, de vida eterna"¹⁴. Si los recordamos, todas las cosas obrarán juntamente para nuestro bien¹⁵. Deben hacerse y mantenerse para recibir completamente las promesas que brindan. El amor por el Salvador y el recordar nuestros convenios nos ayudará a guardarlos. Una forma de recordarlos es tomar la Santa Cena¹⁶; otra es asistir al templo a menudo. Recuerdo a un matrimonio joven de Sudamérica que estaba pensando en separarse porque no se llevaban bien. Un líder del sacerdocio les aconsejó que asistieran al templo y prestaran especial atención a las palabras y a las promesas de los convenios que se hacen allí. Así lo hicieron, y salvaron su matrimonio. El poder de nuestros convenios es mayor que cualquier desafío que afrontemos o que lleguemos a afrontar.

A los miembros que no estén activos en el Evangelio, les ruego que vuelvan y sientan la bendición de recordar y de renovar los convenios por medio de la Santa Cena y de la asistencia al templo. El hacerlo es una expresión de amor; demuestra la disposición a ser un verdadero

seguidor de Cristo y los hará merecedores de recibir todas las bendiciones prometidas.

A los que no son miembros de nuestra Iglesia, los invito a ejercer fe, arrepentirse y prepararse para recibir el convenio del bautismo en La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. Al hacerlo, demostrarán su amor por nuestro Padre Celestial y su disposición de seguir a Cristo.

Testifico que somos más felices cuando seguimos las enseñanzas del evangelio de Jesucristo; y al esforzarnos por seguirlo a Él, recibiremos las bendiciones del cielo. Sé que al hacer y guardar los convenios y convertirnos en verdaderos seguidores de Cristo, Sus promesas se cumplirán. Testifico de Su inmenso amor por cada uno de nosotros, y lo hago en el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Moisés 7:62.
2. Juan 8:12.
3. Isaías 53:5.
4. Véase 2 Corintios 12:7.
5. Véase 1 Nefi 1:20.
6. Véase Rut 1:16.
7. Véase Génesis 39:7-9.
8. Véase Juan 21:15-19.
9. Véase Juan 13:35.
10. Alma 27:27.
11. Moroni 10:33.
12. Véase *Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: José Smith*, 2007, pág. 44; véase también, Spencer W. Kimball, "Sed, pues, vosotros perfectos" (discurso pronunciado en el Instituto de Religión de Salt Lake, 10 de enero de 1975): "Hicimos votos, solemnes votos, en los cielos antes de venir a esta vida terrenal... Hicimos convenios, y los concertamos antes de aceptar nuestra posición aquí en la tierra".
13. Véase 2 Nefi 31:5-7.
14. Abraham 2:11. Véase John A. Widtsoe, "Temple Worship", (discurso pronunciado en el Salón de Asambleas de en Salt Lake City, 12 de octubre de 1920, pág. 10): "El convenio da vida a la verdad; y hace posible las bendiciones que premian a todas las personas que emplean el conocimiento en forma apropiada".
15. Véase Doctrina y Convenios 90:24.
16. Véase, por ejemplo, 3 Nefi 18:7-11.



Por el élder Kent F. Richards
De los Setenta

La Expiación sana todo dolor

Nuestro gran desafío individual en esta tierra es llegar a ser "santo por la expiación de Cristo".

Como cirujano, encontré que gran parte de mi carrera profesional estuvo dedicada al tema del dolor. Por necesidad, quirúrgicamente lo ocasionaba casi a diario; luego, la mayor parte de mis esfuerzos se centraban en tratar de controlarlo y mitigarlo.

He meditado acerca del propósito del dolor. Ninguno de nosotros es inmune a experimentar dolor. He visto a personas que lo toleran de maneras muy diferentes; algunas se apartan de Dios en ira y otras permiten que su sufrimiento los acerque más a Dios.

Al igual que ustedes, yo he sentido dolor. El dolor es un indicador del proceso de sanación y muchas veces nos enseña paciencia. Quizás por eso utilicemos la palabra *paciente* al referirnos a los enfermos.

El élder Orson F. Whitney escribió: "Ningún dolor que suframos ni ninguna prueba que experimentemos es en vano... contribuyen a nuestra educación, al desarrollo de virtudes como la paciencia, la fe, el valor y la humildad... Es mediante las penas y el sufrimiento, la dificultad y la tribulación que ganamos la educación

que hemos venido a adquirir aquí"¹.

De forma similar, el élder Robert D. Hales ha dicho:

"El dolor le lleva a uno a un estado de humildad que invita a la meditación. Es una experiencia que agradezco haber sobrellevado..."

"Comprendí que el dolor físico y la curación del cuerpo tras una operación sería extraordinariamente similares al dolor espiritual y a la curación del alma en el proceso del arrepentimiento"².

Gran parte de nuestro sufrimiento no es necesariamente nuestra culpa. Los acontecimientos inesperados, las circunstancias adversas o decepcionantes, las enfermedades que alteran el curso de la vida e incluso la muerte nos rodean y afectan nuestra experiencia mortal. Además, podemos sufrir aflicciones por causa de las acciones de los demás³. Lehi indicó que Jacob había "padecido... mucho pesar... a causa de la rudeza de [sus] hermanos"⁴. La oposición es parte del plan de felicidad del Padre Celestial. Todos pasamos por la suficiente adversidad para que lleguemos a ser conscientes del amor de nuestro Padre y de la necesidad que

tenemos de la ayuda del Salvador.

El Salvador no es un observador silencioso. Él mismo conoce en forma personal e infinita el dolor que enfrentamos.

“Él sufre los dolores de todos los hombres, sí, los dolores de toda criatura viviente, tanto hombres como mujeres y niños, que pertenecen a la familia de Adán”⁵.

“Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia, y hallar gracia para el oportuno socorro”⁶.

Algunas veces en la profundidad del dolor, nos sentimos tentados a preguntar “¿No hay bálsamo en Galaad? ¿No hay allí médico?”⁷. Testifico que la respuesta es sí, hay un médico. La expiación de Jesucristo cubre todas esas condiciones y propósitos de la mortalidad.

Existe otro tipo de dolor del cual *somos* responsables. El dolor espiritual yace en lo profundo de nuestra alma y puede resultar insoportable, como si uno fuese atormentado por un “indescible horror”, tal como lo describió Alma⁸. Ese dolor viene por causa de nuestras acciones pecaminosas y falta de arrepentimiento. Para ese dolor también existe una cura que es universal y absoluta; viene del Padre por medio del Hijo y es para cada uno de nosotros que esté dispuesto a hacer todo lo que sea necesario a fin de arrepentirse. Cristo dijo: “¿no os volveréis a mí ahora... y os convertiréis para que yo os sane?”⁹.

Cristo mismo enseñó:

“Y mi Padre me envió para que fuese levantado sobre la cruz; y que *después* de ser levantado sobre la cruz, pudiese atraer a mí mismo a todos los hombres...”

“De acuerdo con el *poder* del Padre, atraeré a mí mismo a todos los hombres”¹⁰.

Quizás Su obra de mayor importancia sea la labor continua que realiza con cada uno de nosotros de edificarlos, bendecirlos, fortalecerlos, sostenerlos, guiarnos y perdonarnos de manera individual.

Tal como Nefi vio en visión, gran parte del ministerio terrenal de Cristo fue dedicado a bendecir y sanar al enfermo con todo tipo de padecimientos: físicos, emocionales y espirituales. “Y vi a multitudes de personas que estaban enfermas y afligidas con toda clase de males...Y fueron sanadas por el poder del Cordero de Dios”¹¹.

Alma también profetizó que “él [saldría], sufriendo dolores, aflicciones y tentaciones de todas clases; y... [tomaría] sobre sí los dolores y las enfermedades de su pueblo...”

“Para que *sus* entrañas sean llenas de misericordia... a fin de que según la carne sepa cómo socorrer a los de su pueblo, de acuerdo con las enfermedades de ellos”¹².

Acostado en una cama de hospital a altas horas de la noche, esta vez como paciente y no como médico, leí esos versículos una y otra vez. Medité: “¿Cómo se efectúa?, ¿por quién?, ¿qué

se necesita para calificar?, ¿es similar al perdón del pecado?, ¿debemos darnos Su amor y ayuda?”. Al meditar, entendí que durante Su vida mortal Cristo *eligió* experimentar dolores y aflicciones para así comprendernos. Quizás nosotros también debamos pasar por las dificultades de la mortalidad para comprenderlo a Él y comprender nuestros propósitos eternos¹³.

El presidente Henry B. Eyring enseñó: “Cuando, en medio de la aflicción, debemos esperar el alivio prometido por el Salvador, nos confortará el hecho de que Él sabe, por experiencia propia, cómo sanarnos y auxiliarnos... y la fe en ese poder nos dará paciencia mientras oramos, trabajamos y esperamos Su ayuda. Él habría podido saber sencillamente por revelación cómo socorrernos, pero *optó por aprender mediante Su propia experiencia*”¹⁴.

Esa noche me sentí “estrechado entre los brazos de Su amor”¹⁵. Lágrimas de gratitud bañaron mi almohada. Después, al leer en Mateo en cuanto al ministerio mortal de Jesucristo, hice otro descubrimiento: “Y cuando era ya tarde, trajeron a él muchos... y sanó a *todos* los enfermos”¹⁶. Él sanó a *todos*

Guayaquil, Ecuador



los que vinieron a Él; ninguno fue rechazado.

Como el élder Dallin H. Oaks enseñó: “Las bendiciones para sanar vienen de muchas maneras, cada una adaptada a nuestras necesidades individuales, que son conocidas para Él, quien más nos ama. A veces ‘la curación’ sana nuestras enfermedades o levanta nuestras cargas; pero otras veces se nos ‘sana’ al otorgárenos fortaleza, comprensión o paciencia para soportar las cargas que llevamos”¹⁷. Todos los que vengan serán “recibido[s] en los brazos de Jesús”¹⁸. Su poder puede sanar toda alma. Todo dolor puede ser aliviado. En Él podemos “[hallar] descanso para [nuestras] almas”¹⁹. Nuestras circunstancias mortales quizás no cambien de inmediato, pero nuestro dolor, nuestra preocupación, nuestro sufrimiento y nuestro temor pueden ser consumidos en Su paz y bálsamo sanador.

Me he dado cuenta que los niños son más propensos a aceptar de forma natural el dolor y el sufrimiento; ellos lo soportan en silencio con humildad y mansedumbre. He sentido un hermoso y dulce espíritu alrededor de estos pequeños.

Sherrie, que tiene trece años, tuvo una cirugía de 14 horas para removerle un tumor de la médula espinal. Al recobrar el conocimiento en la sala de cuidados intensivos, ella dijo: “Papi, la tía Cheryl está aquí y el abuelo Norman y la abuela Brown están aquí. Papi, ¿quién es esa persona que está al lado tuyo? Se parece a ti pero es más alto. Dice que es tu hermano Jimmy”. Su tío Jimmy había fallecido a la edad de 13 años de fibrosis cística.

“Por casi una hora, Sherrie describió a sus visitantes, todos ellos miembros de la familia que ya habían fallecido. Después, exhausta, se quedó dormida”.



Más tarde le dijo a su padre: “Papi, todos los niños aquí en la unidad de cuidados intensivos tienen ángeles que los ayudan”²⁰.

A todos nosotros el Salvador ha dicho:

“He aquí, sois niños pequeños y no podéis soportar todas las cosas por ahora; debéis crecer en gracia y en el conocimiento de la verdad.

“No temáis, pequeños, porque sois míos...”

“Por tanto, estoy en medio de vosotros, y soy el buen pastor”²¹.

Nuestro gran desafío individual en esta tierra es llegar a ser “santo[s] por la expiación de Cristo”²². Posiblemente este proceso se mida más cuando ustedes y yo sentimos dolor. En la adversidad extrema podemos llegar a ser como niños en nuestro corazón, humillarnos y “orar, trabajar y esperar”²³ pacientemente por la sanación de nuestra alma y nuestro cuerpo. Al igual que Job, después de ser perfeccionados mediante nuestras pruebas, nosotros “[saldremos] como oro”²⁴.

Testifico que Él es nuestro Redentor, nuestro Amigo y nuestro Intercesor, el Gran Médico, el Gran Sanador. En Él podemos encontrar la paz y el solaz durante y mediante nuestros dolores y pecados si sólo venimos a Él con un corazón humilde. Su “gracia... es suficiente”²⁵. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Véase Orson F. Whitney, en Spencer W. Kimball, *La fe precede al milagro*, 1972, págs. 97–98.
2. Véase Robert D. Hales, “La curación del alma y del cuerpo”, *Liahona*, enero de 1999, pág. 16.
3. Véase Alma 31: 31, 33.
4. 2 Nefi 2:1.
5. 2 Nefi 9:21.
6. Hebreos 4:16. Pablo nos enseña que debemos mirar al Salvador como ejemplo al lidiar con las “contradicciones de pecadores contra [nosotros], para que no [nos fatiguemos] en [nuestro] ánimo hasta desmayar” (Hebreos 12:3).
7. Jeremías 8:22.
8. Alma 36:14.
9. 3 Nefi 9:13.
10. 3 Nefi 27:14–15; énfasis agregado.
11. 1 Nefi 11:31.
12. Alma 7:11–12; énfasis añadido.
13. Véase John Taylor, *The Mediation and Atonement*, 1882, pág. 97. Él escribe acerca de un “convenio” efectuado entre el Padre y el Hijo en los consejos premortales para el cumplimiento de la redención expiatoria de la humanidad. Su sufrimiento voluntario durante Su vida fue adicional al sufrimiento en el jardín y en la cruz (véase Mosíah 3:5–8).
14. Henry B. Eyring, “La adversidad”, *Liahona*, mayo de 2009, pág. 24; énfasis añadido.
15. Véase Doctrina y Convenios 6:20.
16. Mateo 8:16; énfasis añadido.
17. Dallin H. Oaks, “Él sana a los que están cargados”, *Liahona*, noviembre de 2006, pág. 7.
18. Mormón 5:11.
19. Mateo 11:29.
20. Véase Michael R. Morris, “Sherrie’s Shield of Faith”, *Ensign*, junio de 1995, pág. 46.
21. Doctrina y Convenios 50:40–41, 44.
22. Mosíah 3:19.
23. Henry B. Eyring, *Liahona*, mayo de 2009, pág. 24.
24. Job 23:10.
25. 2 Corintios 12:9; véase también Éter 12:26–27; Doctrina y Convenios 18:31.



Por el élder Quentin L. Cook
Del Quórum de los Doce Apóstoles

¡Las mujeres SUD son asombrosas!

Mucho de lo que se logra en la Iglesia se debe al servicio abnegado de las mujeres.

El autor e historiador Wallace Stegner escribió sobre la emigración de los mormones y su congregación en el Valle del Lago Salado. No aceptaba nuestra fe y en muchos sentidos la criticaba, pero le impresionó la devoción y el heroísmo de los primeros miembros de nuestra Iglesia y, en particular, el de las mujeres; él dijo que: “Sus mujeres eran asombrosas”¹. Hoy me hago eco de esa opinión: ¡Nuestras mujeres SUD son asombrosas!

Dios otorgó a la mujer cualidades divinas de fortaleza, virtud, amor y la disposición de sacrificarse para criar a las futuras generaciones de Sus hijos procreados en espíritu.

Un estudio reciente que se hizo en Estados Unidos afirma que las mujeres de todas las religiones “creen en Dios con más fervor” y asisten a más servicios religiosos que el hombre. “En casi todos los aspectos son más devotas”².

No me sorprendió ese resultado al reflexionar sobre el papel preeminente de la familia y de la mujer en nuestra fe. Nuestra doctrina es clara: las mujeres son hijas de nuestro Padre Celestial y Él las ama. Entre esposa y esposo hay igualdad. El matrimonio requiere una plena asociación en la

que marido y mujer trabajen hombro a hombro para atender a las necesidades de la familia³.

Sabemos que la mujer enfrenta muchos desafíos, incluso las que se esfuerzan por vivir el Evangelio.

Legado de las hermanas pioneras

Un atributo predominante de nuestros antepasados pioneros es la fe de las hermanas. Por naturaleza divina, la mujer tiene un don y una responsabilidad mayores hacia el hogar y hacia los hijos, y de educar tanto allí como en otros lugares. En vista de eso, la fe de las hermanas al dejar su hogar para atravesar las llanuras hacia lo desconocido era inspiradora. Si tuviéramos que señalar su atributo más destacado diríamos que era su fe inquebrantable en el evangelio restaurado del Señor Jesucristo.

Los heroicos relatos de lo que aquellas pioneras sacrificaron y lograron al cruzar las llanuras son un legado invaluable para la Iglesia. Me conmueve el de Elizabeth Jackson, cuyo esposo Aaron murió después de cruzar por última vez el Río Platte con la compañía de carros de mano de Martin. Ella escribió:

“No intentaré describir mis sentimientos al encontrarme viuda con tres hijos en aquellas circunstancias... creo... que mis aflicciones por causa del Evangelio serán consagradas para mi bien...

“[Supliqué] al Señor... a Él que prometió ser un esposo para la viuda y un padre para los huérfanos. Recurrí a Él y Él acudió en mi ayuda”⁴.

Elizabeth dijo que escribía la historia en nombre de los que habían pasado situaciones similares con la esperanza de que su posteridad estuviera dispuesta a sufrir y sacrificarlo todo por el reino de Dios⁵.

Las mujeres de la Iglesia de hoy en día son fuertes y valientes

Creo que las mujeres de la Iglesia en nuestros días están a la altura de ese desafío y son tan fuertes y fieles como aquéllas. Los líderes del sacerdocio de esta Iglesia, en todos los niveles, reconocen con agradecimiento el servicio, el sacrificio, la dedicación y la contribución de las hermanas.

Mucho de lo que se logra en la Iglesia se debe al servicio abnegado de las mujeres. Ya sea en la iglesia o en el hogar, es algo maravilloso ver al sacerdocio y a la Sociedad de Socorro trabajar en perfecta armonía; esa relación es como la de una orquesta bien armonizada y la sinfonía resultante nos inspira a todos.

Cuando se me asignó a una conferencia en la Estaca Misión Viejo, California, me conmovió un relato acerca del baile de la víspera de Año Nuevo para los jóvenes de cuatro estacas. Al terminar el baile, encontraron un bolso sin ninguna identificación en el exterior. Me gustaría compartir con ustedes lo que escribió la hermana Monica Sedgwick, Presidenta de las Mujeres Jóvenes de la Estaca Laguna Niguel: “No queríamos husmear, ¡eran

las cosas privadas de alguien! Así que lo abrimos con cuidado y sacamos lo primero que vimos; con suerte, identificaría a la dueña. Y lo hizo, pero de otro modo; era el folleto *Para la fortaleza de la juventud*. ¡Ahhh! Eso nos reveló algo sobre ella. Entonces sacamos lo próximo que vimos, una libretita de notas. Seguramente nos daría respuestas, pero no las que esperábamos. En la primera hoja había una lista de pasajes favoritos de las Escrituras, y había cinco páginas más con otros pasajes de Escrituras y notas personales”.

De inmediato las hermanas sintieron el deseo de conocer a esa joven fiel. Volvieron a revisar el bolso para identificar a su dueña. Sacaron unas pastillas de menta, un jabón, loción y un cepillo. Me encantaron sus comentarios: “¡Ah!, de su boca sale algo bueno; tiene manos limpias y suaves; y se esmera en su apariencia”.

Con expectativa, buscaron el siguiente tesoro. Sacaron un pequeño monedero habilidosamente hecho de una caja de jugo, y algo de dinero de un bolsillo con cierre metálico. “¡Ahh, es creativa y está preparada!”, exclamaron. Se sentían como niñas en la mañana de Navidad. Lo que sacaron a continuación les causó aún más sorpresa: una receta para un pastel de chocolate y una nota para hacérselo a una amiga en su cumpleaños. Volvieron a exclamar con entusiasmo: “¡Es una AMA DE CASA!, considerada y servicial”. Luego, sí, al fin apareció la identificación. Las líderes dijeron que se consideraban muy bendecidas de “ver el humilde ejemplo de una joven que vivía el Evangelio”⁶.

Este relato ilustra la dedicación de nuestras mujeres jóvenes hacia las normas de la Iglesia⁷. Es también un ejemplo de líderes de Mujeres Jóvenes atentas, abnegadas y dedicadas



alrededor del mundo. ¡Ellas son increíbles!

Las hermanas desempeñan roles importantes en la Iglesia, en la vida familiar e individualmente, que son esenciales en el plan del Padre Celestial. Muchas de esas responsabilidades no reciben compensación económica pero proporcionan satisfacción y son de importancia eterna. Recientemente, una encantadora y capaz mujer del consejo de redacción de un periódico pidió que le describieran el papel de la mujer en la Iglesia. Se le explicó que los cargos de todos los líderes en nuestras congregaciones no son *remunerados*. Ella interrumpió para decir que ya no estaba tan interesada en el tema: “No creo que las mujeres necesiten más trabajos *no remunerados*”, dijo.

Le explicamos que la organización más importante de la tierra es la familia, en la cual “el padre y la madre [son]... compañeros iguales”⁸. Ninguno de los dos recibe compensación monetaria, pero las bendiciones son indescriptibles. Por supuesto, le hablamos de la Sociedad de Socorro, de las Mujeres Jóvenes y de la Primaria, organizaciones que están dirigidas por mujeres en calidad de presidentas. Le hicimos notar que desde los primeros días de nuestra historia tanto los

hombres como las mujeres oran, tocan la música, dan discursos y cantan en el coro, incluso en la más sagrada de nuestras reuniones, que es la reunión sacramental.

El nuevo y aclamado libro *American Grace* habla de mujeres de diversas religiones; destaca que las mujeres Santos de los Últimos Días son únicas por el hecho de estar, en una abrumadora mayoría, satisfechas con el papel que desempeñan en el liderazgo de la Iglesia⁹. Más aún, los Santos de los Últimos Días, tanto hombres como mujeres, son más leales a nuestra fe que los de otras religiones que se estudiaron¹⁰.

Nuestras mujeres no son asombrosas porque hayan podido evitar las dificultades de la vida; al contrario; lo son por la forma en que han afrontado las pruebas. A pesar de los desafíos y las pruebas que la vida ofrece, ya sea por estar casadas o por no estarlo, por las decisiones de los hijos, por tener mala salud, por falta de oportunidades y muchos otros problemas, ellas permanecen admirablemente fuertes, inalterables y fieles a la fe. En toda la Iglesia, constantemente nuestras hermanas “socorren a los débiles, levantan las manos caídas y fortalecen las rodillas debilitadas”¹¹.

Una presidenta de Sociedad de

Socorro que reconoció este extraordinario servicio dijo: “Aun cuando prestan servicio, las hermanas piensan: ‘¡Ojalá hubiera podido hacer algo más!’”. Aunque no son perfectas y todas enfrentan dificultades personales, la fe en un amoroso Padre Celestial y la seguridad que les brinda el sacrificio expiatorio del Salvador se evidencia en su vida.

La función de las hermanas en la Iglesia

En los últimos tres años, la Primera Presidencia y el Quórum de los Doce hemos buscado guía, inspiración y revelación al reunirnos en consejo con líderes del sacerdocio y de las organizaciones auxiliares, y trabajar en los nuevos manuales de instrucciones de la Iglesia. Durante ese proceso he sentido un profundo aprecio por el papel esencial que las hermanas, casadas y solteras, han tenido históricamente y tienen ahora, tanto en la familia como en la Iglesia.

Todos los miembros de la Iglesia de Jesucristo deben “obrar en su viña en bien de la salvación de las almas de los hombres”¹². “[La] obra de salvación incluye la obra misional de los miembros, la retención de conversos, la activación de los menos activos, la obra del templo y de historia familiar... la enseñanza del Evangelio”¹³, y el cuidado de los pobres y de los necesitados¹⁴. Todo esto se administra principalmente por medio del consejo de barrio¹⁵.

En los nuevos manuales, el propósito específico es que el obispo, ante las exigencias que tiene, delegue más responsabilidades. Los miembros deben reconocer que se le ha instruido que debe delegar, y tienen que sostenerlo y apoyarlo en la práctica de ese consejo. Esto permite al obispo pasar más tiempo con los adolescentes, con los jóvenes adultos solteros y con su

propia familia. Delegará las demás responsabilidades importantes a los líderes del sacerdocio, las presidentas y presidentes de las organizaciones auxiliares, y a otros hombres y mujeres del barrio. En la Iglesia se respeta mucho el papel de la mujer en el hogar¹⁶. Cuando a una hermana se le da un llamamiento que le exija mucho tiempo, generalmente se le dará al esposo uno que no sea tan exigente a fin de mantener el equilibrio en la vida familiar.

Hace varios años asistí a una conferencia de estaca en Tonga. El domingo por la mañana noté que las tres primeras filas de bancos de la capilla estaban ocupadas por hombres de entre veintiséis y treinta y cinco años. Supuse que serían integrantes de un coro de hombres. Pero, cuando se presentaron los anuncios de la conferencia, cada uno de esos hombres, sesenta y tres en total, se puso de pie al oír su nombre para el sostenimiento de su ordenación al Sacerdocio de Melquisedec. Me quedé complacido y asombrado al mismo tiempo.

Después de la sesión, pregunté al presidente Mateaki, el presidente de la estaca, cómo habían logrado ese milagro. Él me contó que en una reunión del consejo de estaca, en la que se trató el asunto de la reactivación, la presidenta de la Sociedad de Socorro de la estaca, la hermana Leinata Va’enuku, había preguntado si podía hacer un comentario; mientras ella hablaba, el Espíritu le confirmó al presidente que sus palabras eran verdaderas. La hermana explicó que en la estaca había muchos buenos jóvenes entre los veinte y los treinta años que no habían cumplido una misión. Ella dijo que muchos de ellos sabían que habían desilusionado al obispo y a los líderes del sacerdocio que los habían animado tanto a ser misioneros y que,

por eso, se sentían inferiores como miembros de la Iglesia. Señaló que estos jóvenes ya habían pasado el límite de edad para salir en una misión. La hermana expresó el amor y la preocupación que sentía por ellos; comentó que todas las ordenanzas salvadoras todavía estaban disponibles para ellos, pero que era preciso concentrarse en la ordenación al sacerdocio y en las ordenanzas del templo para estos jóvenes. Mencionó que, aunque algunos aún eran solteros, la mayoría de ellos se habían casado con excelentes mujeres, algunas activas, otras inactivas y algunas que no eran miembros.

Después de tratar el asunto a fondo en el consejo de estaca, se decidió que los hermanos del sacerdocio y las hermanas de la Sociedad de Socorro se ocuparían de rescatar a aquellos hombres y a sus respectivas esposas, mientras los obispos dedicaban más tiempo a los jóvenes varones y mujeres de su barrio. Los que participaron en ese rescate se ocuparon principalmente de prepararlos para el sacerdocio, el matrimonio eterno y las ordenanzas salvadoras del templo. Durante los dos años siguientes casi todos los sesenta y tres hombres que se habían sostenido para recibir el Sacerdocio de Melquisedec en la conferencia a la que asistí recibieron su investidura en el templo y se sellaron a su cónyuge. Esta historia es sólo un ejemplo de lo fundamentales que son nuestras hermanas en la obra de salvación de nuestros barrios y estacas, y de la forma en que facilitan la revelación, especialmente en la familia y en los consejos de la Iglesia¹⁷.

La función de las hermanas en la familia

Reconocemos que hay fuerzas monumentales desatadas en contra de la mujer y de la familia. Estudios recientes muestran que la devoción

en el matrimonio se ha deteriorado y ha disminuido el número de adultos que contraen matrimonio¹⁸. Para algunas personas, el matrimonio y la familia se están convirtiendo en “algo optativo en lugar de ser el principio central de la organización de nuestra sociedad”¹⁹. Las mujeres se ven confrontadas con muchas opciones y deben considerar en oración las decisiones que tomen y la forma en que esas decisiones afectarán a la familia.

Cuando estuve el año pasado en Nueva Zelanda, leí en el periódico de Auckland acerca de mujeres que no son de nuestra fe y que también luchan con estos problemas. Una madre comentaba que, en su caso, la opción de trabajar o quedarse en casa tenía que ver con tener una alfombra nueva y otro auto que, en realidad, no necesitaba. Otra mujer pensaba que el mayor enemigo de “una vida familiar feliz no era el trabajo remunerado, sino la televisión”, y agregaba que las familias son ricas en horas de TV y pobres en el tiempo familiar que comparten²⁰.

Esas son decisiones emocionales y personales, pero hay dos principios que siempre debemos tener en cuenta. Primero, ninguna mujer debe sentir nunca que tiene que disculparse ni pensar que su contribución es menos importante porque dedica sus principales esfuerzos a criar y enseñar a sus hijos; nada es más importante que eso en el plan de nuestro Padre Celestial. Segundo, debemos tener más cuidado de no juzgar ni pensar que las hermanas que deciden trabajar fuera de su casa tienen menos valor. Muy raramente entendemos completamente las circunstancias de los demás. Marido y mujer deben analizarlo juntos en oración con la comprensión de que son responsables ante Dios por las decisiones que tomen.



Kyiv, Ucrania

A ustedes, las hermanas que crían solas a sus hijos, sea cual sea la razón, les extendemos de corazón nuestro sincero aprecio. Los profetas han dicho claramente que “hay muchas manos prestas a ayudarles. El Señor las tiene presentes, y también Su Iglesia”²¹. Espero que los Santos de los Últimos Días estén a la vanguardia en cuanto a crear en sus lugares de trabajo un entorno más receptivo y complaciente tanto para el hombre como para la mujer en sus responsabilidades de padres.

Y ustedes, valientes y fieles hermanas solteras, sepan que las amamos y apreciamos, y que no se les negará ninguna bendición eterna.

La extraordinaria pionera Emily H. Woodmansee escribió la letra del himno “Sirvamos unidas”, en el que afirma correctamente que “el Padre [les] dio la tarea sagrada”²². Se ha descrito como “nada menos que cumplir el mandato directo e inmediato de nuestro Padre Celestial, y que este don ‘es [una] meta divina’”²³.

Queridas hermanas, las amamos y las admiramos. Apreciamos su servicio en el reino del Señor. ¡Ustedes son increíbles! Expreso mi particular estima por las mujeres de mi vida. Testifico de la realidad de la Expiación, la

divinidad del Salvador y la restauración de Su Iglesia. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Wallace Stegner, *The Gathering of Zion: The Story of the Mormon Trail*, (“La congregación de Sión: Relato de la Ruta Mormona”), McGraw-Hill Book Company, 1971, pág. 13.
2. Robert D. Putnam y David E. Campbell, *American Grace: How Religion Divides and Unites Us*, (“Cómo nos divide y nos une la religión”), 2010, pág. 233.
3. Véase *Manual 2: Administración de la Iglesia*, 2010, sección 1.3.1; véase también Moisés 5:1, 4, 12, 27.
4. En Andrew D. Olsen, *The Price We Paid: The Extraordinary Story of the Willie and Martin Handcart Pioneers*, (El precio que pagamos: La extraordinaria historia de los pioneros de la compañía de carros de mano de Willie y Martin), 2006, pág. 445.
5. Véase “Leaves from the Life of Elizabeth Horrocks Jackson Kingsford,” (“Hojas de la vida de Elizabeth Horrocks Jackson Kingsford”), Sociedad Histórica del estado de Utah, Manuscrito A 719. Véase “Remembering the Rescue,” (“Recordemos el rescate”), *Ensign*, agosto de 1997, pág. 38.
6. Relato combinado y abreviado de un correo electrónico escrito por la hermana Monica Sedgwick, presidenta de las Mujeres Jóvenes de la Estaca Laguna Nigel; y de un discurso pronunciado por la hermana Leslie Mortensen, presidenta de las Mujeres Jóvenes de la Estaca Mission Viejo California.
7. En un artículo de The Wall Street Journal titulado “Why Do We Let Them Dress Like That?”, *Wall Street Journal*, número de marzo 19–20, 2011, sección C3, una cuidadosa madre judía defiende las normas

- de vestir y la modestia, y reconoce el ejemplo de la mujer mormona.
8. Véase “La Familia: Una Proclamación para el Mundo”, *Liahona*, noviembre de 2010, pág. 129.
 9. Véase Putnam and Campbell, *American Grace*, págs. 244–245.
 10. Véase Putnam and Campbell, *American Grace*, pág. 504.
 11. Véase Doctrina y Convenios 81:5; véase también Mosiah 4:26.
 12. Doctrina y Convenios 138:56.
 13. Véase *Manual 2: Administración de la Iglesia*, 2011, 5.0.
 14. Véase *Manual 2: Administración de la Iglesia*, 6.1
 15. Véase *Manual 2: Administración de la Iglesia*, 4.5.
 16. Véase Emily Matchar, “Why I can’t stop reading Mormon housewife blogs” (“Por qué no puedo dejar de leer los blogs de las amas de casa mormonas”), salon.com/life/feature/2011/01/15/feminist_obsessed_with_mormon_blogs. Esta persona, que se autodescribe como feminista y atea, reconoció ese respeto y dice que ella es adicta a leer los blogs de las amas de casa mormonas.
 17. De conversaciones con el presidente Lehonitai Mateaki, de la Estaca Tonga Ha’akame (que fue después presidente de la Misión Papúa Nueva Guinea Port Moresby); y con la presidenta de la Sociedad de Socorro de estaca, Leinata Va’enuku.
 18. Véase D’Vera Cohn and Richard Fry, “Women, Men, and the New Economics of Marriage,” Pew Research Center, Social and Demographic Trends, pewsocialtrends.org. En muchos países el número de nacimientos también ha disminuido considerablemente; a esta tendencia se le ha dado el nombre de “invierno demográfico”.
 19. “A Troubling Marriage Trend”, (Una preocupante tendencia en el matrimonio), periódico *Deseret News*, 22 de noviembre de 2010, sección A14, citando un informe de msnbc.com.
 20. Véase Simon Collins, “Put Family before Moneymaking Is Message from Festival”, (Ponga primero a la familia que al dinero), periódico *New Zealand Herald*, 1º de febrero de 2010, sección A2.
 21. Véase Gordon B. Hinckley, “Las mujeres de la Iglesia”, *Liahona*, enero de 1997, pág. 75; véase también Spencer W. Kimball, “Our Sisters in the Church”, *Ensign*, noviembre de 1979, págs. 48–49.
 22. “Sirvamos unidas”, *Himnos*, N° 205.
 23. Karen Lynn Davidson, *Our Latter-Day Hymns: The Stories and The Messages*, (“Nuestros himnos de los últimos días: Su origen y su mensaje”), rev. edición 2009, págs. 338–339.



Por el presidente Henry B. Eyring
Primer Consejero de la Primera Presidencia

Oportunidades para hacer el bien

La manera del Señor para ayudar a quienes tienen necesidades temporales requiere gente que por amor se haya consagrado a sí misma, y lo que posee, a Dios y a Su obra.

Mis queridos hermanos y hermanas, el propósito de mi mensaje es honrar y celebrar lo que el Señor ha hecho y hace para servir a los pobres y a los necesitados entre Sus hijos sobre la tierra. Él ama a Sus hijos que tienen necesidades y también a aquellos que desean ayudar. Él ha creado formas de bendecir tanto a los que necesitan ayuda como a los que la darán.

Nuestro Padre Celestial escucha las oraciones de Sus hijos en toda la tierra pidiendo comida para alimentarse, ropa para cubrir sus cuerpos y la dignidad que viene de poder proveer de lo necesario para sí mismos. Esos ruegos han llegado a Él desde que colocó al hombre y a la mujer sobre la tierra.

Ustedes escuchan de esas necesidades en donde viven y en todo el mundo. Con frecuencia su corazón se conmueve con sentimientos de compasión. Cuando hallan a alguien que no encuentra empleo, sienten ese deseo de ayudar. Lo sienten cuando entran a la casa de una viuda y ven que no tiene comida; lo sienten cuando ven fotografías de niños

llorando sentados en las ruinas de sus casas destruidas por terremotos o incendios.

Ya que el Señor escucha sus clamores y siente la profunda compasión de ustedes hacia ellos, desde un principio, Él ha proporcionado maneras para que Sus discípulos ayuden. Ha invitado a Sus hijos a que consagren su tiempo, sus medios y a sí mismos a unirse a Él para servir a los demás.

Su manera de ayudar a veces se ha llamado vivir la ley de consagración. En otro período Su manera se llamó la orden unida; y en nuestra época se llama el programa de bienestar de la Iglesia.

Los nombres y los detalles de cómo funciona se cambian para satisfacer las necesidades y las condiciones de la gente; pero siempre, la manera del Señor para ayudar a quienes tienen necesidades temporales requiere gente que por amor se haya consagrado a sí misma, y lo que posee, a Dios y a Su obra.

Él nos ha invitado y mandado a participar en Su obra de elevar a quienes tienen necesidades. Hacemos convenio de hacerlo en las aguas del

bautismo y en los sagrados templos de Dios. Renovamos el convenio los domingos cuando participamos de la Santa Cena.

Hoy, mi objetivo es describir algunas de las oportunidades que Él nos ha proporcionado para ayudar a los necesitados. No puedo hablar de todas ellas en el poco tiempo que tenemos; mi esperanza es renovar y fortalecer su compromiso de actuar.

Hay un himno sobre la invitación del Señor a participar en esta obra que he cantado desde que era niño. En mi niñez prestaba más atención a la tonada alegre que al poder de las palabras. Oro para que hoy sientan la letra en su corazón. Escuchemos las palabras otra vez:

*¿En el mundo acaso he hecho hoy
a alguno favor o bien?
¿Le he hecho sentir que es bueno vivir?
¿He dado a él sostén?
¿He hecho ligera la carga de él
porque un alivio le di?
¿O acaso al pobre logré ayudar?
¿Mis bienes con él compartí?
¡Alerta! Y haz algo más
que soñar de celeste mansión.
Por el bien que hacemos paz siempre
tendremos,
y gozo y gran bendición¹.*

El Señor nos envía llamados de atención a todos con regularidad. A veces puede ser un sentimiento repentino de compasión por alguien que tiene necesidades. Un padre puede haberlo sentido cuando vio a un niño caerse y rasparse la rodilla. Una madre quizás lo sintió cuando escuchó el grito aterrado de su hijo durante la noche. Un hijo o una hija tal vez haya tenido compasión por alguien que parecía estar triste o tener miedo en la escuela.

Todos nosotros hemos sentido compasión por otras personas que



ni siquiera conocemos. Por ejemplo, al oír las noticias de las olas arremetiendo el Pacífico luego del terremoto en Japón, ustedes se preocuparon por quienes podrían estar heridos.

Miles de ustedes tuvieron sentimientos de compasión al saber de las inundaciones en Queensland, Australia. Los informes periodísticos eran sólo cantidades aproximadas de aquellos con necesidades; pero muchos de ustedes sintieron el dolor de la gente. Mil quinientos o más voluntarios miembros de la Iglesia en Australia respondieron al llamado de alerta y fueron a ayudar y a dar consuelo.

Transformaron sus sentimientos de compasión en una decisión de actuar de acuerdo con sus convenios. He visto las bendiciones que vienen a la persona necesitada que recibe ayuda y a la persona que aprovecha la oportunidad de brindarla.

Los padres sabios ven en toda necesidad de los demás una forma de traer bendiciones a la vida de sus hijos e hijas. Recientemente tres niños trajeron a nuestra puerta recipientes con una cena deliciosa. Sus padres sabían que necesitábamos ayuda y ellos incluyeron a sus hijos en la oportunidad

de prestarnos servicio.

Los padres bendijeron a nuestra familia con su servicio generoso; por su elección de permitir que sus hijos participaran en la ofrenda, extendieron las bendiciones a sus futuros nietos. Las sonrisas de los niños cuando se iban de casa me dieron la seguridad de que ello sucederá; les dirán a sus hijos del gozo que sintieron al prestar amablemente servicio para el Señor. Recuerdo ese sentimiento de satisfacción en mi niñez cuando sacaba la maleza del jardín de un vecino a pedido de mi padre. Cuando se me invita a dar, recuerdo y creo en la letra de “Dulce tu obra es, Señor”².

Sé que la letra se escribió para describir el gozo que viene de adorar al Señor en el día de reposo; pero esos niños con los alimentos frente a nuestra puerta sintieron la alegría de hacer la obra del Señor un día de semana; y sus padres vieron la oportunidad de hacer el bien y extender el gozo a través de las generaciones.

La forma en que el Señor cuida de los necesitados proporciona otra oportunidad para que los padres bendigan a sus hijos. Lo vi un domingo en la capilla; un niño pequeño le alcanzó

al obispo el sobre de donaciones de su familia al entrar en la capilla antes de la reunión sacramental.

Yo conocía a la familia y al niño. La familia acababa de enterarse de que alguien del barrio estaba pasando necesidades. El padre del niño había dicho algo así al niño cuando puso una ofrenda de ayuno más generosa que lo usual en el sobre: "Hoy ayunamos y oramos por los necesitados. Por favor dale este sobre al obispo de parte nuestra. Sé que lo usará para aquellos que tienen mayor necesidad que nosotros".

En vez de sentir dolor de estómago por el hambre, ese niño recordará ese día con un cálido sentimiento. Yo pude darme cuenta por su sonrisa, y por la forma en que sostenía el sobre fuertemente, que él sentía la confianza de su padre cuando le pidió que llevara la ofrenda de la familia para los pobres. Recordará ese día cuando sea diácono y tal vez para siempre.

Vi la misma felicidad en los rostros de las personas que ayudaron en nombre del Señor en Idaho años atrás. Una importante represa de Idaho se rompió el sábado 5 de junio de 1976. Once personas murieron; miles tuvieron que dejar sus casas en pocas horas. Algunas de las viviendas fueron arrastradas por el agua y cientos de ellas necesitaban arreglos fuera del alcance de los dueños para que se pudiese volver a vivir en ellas.

Quienes escucharon de la tragedia sintieron compasión y algunos el llamado de hacer algo para bien. Los vecinos, obispos, presidentas de la Sociedad de Socorro, líderes de los quórumes, maestros orientadores y maestras visitantes dejaron sus hogares y trabajos para limpiar las casas inundadas de otras personas.

Una pareja regresó a Rexburg de unas vacaciones justo después de la



inundación. No fueron a ver su propia casa; en lugar de ello buscaron a su obispo para preguntarle dónde podían ayudar. Él los dirigió a una familia que necesitaba socorro.

Después de unos días fueron a ver la casa de ellos; ya no estaba, el agua la había arrastrado. Ellos simplemente volvieron al obispo y le preguntaron: "¿Qué más quiere que hagamos ahora?".

Dondequiera que vivan, ustedes han visto el milagro de la compasión convertido en actos desinteresados. Puede que no haya sido a causa de un desastre natural. Yo lo he visto en un quórum del sacerdocio donde un hermano se puso de pie para describir las necesidades de un hombre o una mujer en busca de una oportunidad de trabajo para mantenerse a sí mismo o a sí misma y a su familia. Sentí compasión en el salón, pero algunos sugirieron nombres de quienes tal vez le darían trabajo a la persona que lo necesitaba.

Lo que sucedió en ese quórum del sacerdocio y lo que sucedió en las casas inundadas de Idaho es una manifestación de la manera en que el

Señor ayuda a los que tienen grandes necesidades para que lleguen a ser autosuficientes. Sentimos compasión y sabemos cómo actuar para ayudar a la manera del Señor.

Este año celebramos el aniversario número 75 del programa de bienestar de la Iglesia. El programa se estableció para satisfacer las necesidades de quienes habían perdido el trabajo, granjas y aun sus casas, durante lo que llegó a conocerse como la Gran Depresión.

En nuestra época, los hijos de nuestro Padre Celestial otra vez tienen grandes necesidades temporales, como ha sucedido y como sucederá en todas las épocas. Los principios básicos del programa de bienestar de la Iglesia no son sólo para una época ni para un lugar; son para todas las épocas y todo lugar.

Esos principios son espirituales y eternos. Por esa razón, el comprenderlos y arraigarlos en nuestro corazón hará posible que veamos y aprovechemos las oportunidades de ayudar, toda vez y en todo lugar en que el Señor nos invite a hacerlo.

Éstos son algunos principios que me han guiado cuando he querido ayudar a la manera del Señor y cuando otros me han ayudado.

Primero: Toda la gente es más feliz y tiene mayor autoestima cuando pueden proveer de lo necesario para ellos mismos y para su familia, y luego tender una mano para ayudar a otros. He estado agradecido por aquellos que me han ayudado a satisfacer mis necesidades; he estado aun más agradecido a lo largo de los años por aquellos que me han ayudado a ser autosuficiente; y todavía más agradecido por aquellos que me han mostrado cómo usar mi excedente para ayudar a los demás.

He aprendido que la manera de tener un excedente es gastar menos

de lo que gano. Con ese excedente he podido aprender que verdaderamente es mejor dar que recibir. Eso es en parte porque cuando damos ayuda a la manera del Señor, Él nos bendice.

El presidente Marion G. Romney dijo de la obra de bienestar: “Nunca seremos pobres por dar a esta obra”. Y luego citó a su presidente de misión, Melvin J. Ballard, que dijo: “Una persona no [puede] darle al Señor una migaja de pan sin que Él le [devuelva]... toda una hogaza”³.

He visto que es verdad en mi propia vida. Cuando soy generoso con los hijos del Padre Celestial que tienen necesidades, Él es generoso conmigo.

Un segundo principio del Evangelio que ha sido una guía para mí en la obra de bienestar es el poder y la bendición de la unidad. Cuando juntamos las manos para servir a las personas en necesidad, el Señor une nuestros corazones. El presidente J. Reuben Clark, Jr. lo dijo de la siguiente manera: “Tal vez el dar ha... traído el mayor sentimiento de hermandad común cuando los hombres de todas las profesiones y ocupaciones han trabajado lado a lado en un huerto de bienestar o en algún otro proyecto”⁴.

Ese mayor sentimiento de hermandad es una realidad tanto para el que recibe como para el que da. Hasta el día de hoy, existe un vínculo entre un hombre con quien trabajé lado a lado para sacar lodo de su casa inundada en Rexburg y yo; y él siente más dignidad personal por haber hecho todo lo posible por sí mismo y por su familia. Si hubiésemos trabajado independientemente, los dos hubiésemos perdido una bendición espiritual.

Eso conduce al tercer principio de acción en la obra de bienestar para mí: Hagan participar a su familia en la obra para que aprendan a cuidar uno del otro como cuidan de los



demás. Sus hijos e hijas que trabajen con ustedes para servir a otros con necesidades, estarán más dispuestos a ayudarse mutuamente cuando lo necesiten.

El cuarto valioso principio de bienestar de la Iglesia lo aprendí cuando era obispo. Fue cuando seguí el mandamiento de las Escrituras de buscar a los pobres. Es el deber del obispo encontrar y proveer ayuda a quienes aún la necesitan después de que ellos y su familia hayan hecho todo lo posible. Aprendí que el Señor envía al Espíritu Santo para que sea posible “[buscar] y [hallar]”⁵ al velar por los pobres, al igual que lo hace cuando buscamos la verdad; pero también he aprendido a hacer participar a la presidenta de la Sociedad de Socorro en la búsqueda. Ella podría recibir la revelación antes que ustedes.

Algunos de ustedes necesitarán esa inspiración en los meses por delante. Para conmemorar el aniversario número 75 del programa de bienestar de la Iglesia, se invitará a los miembros alrededor del mundo a que participen de un día de servicio. Los líderes y los miembros buscarán revelación al planear cualesquiera que sean los proyectos.

Les daré tres sugerencias en cuanto a planificar el proyecto de servicio.

Primero: prepárese usted y a quienes dirige espiritualmente. Únicamente si se ablandan los corazones mediante la expiación del Salvador podrán ver claramente el objetivo del

proyecto como una bendición tanto espiritual como temporal en la vida de los hijos del Padre Celestial.

Mi segunda sugerencia es que elijan servir a personas dentro del reino o en la comunidad cuyas necesidades conmoverán a quienes presten servicio. Las personas a quienes presten servicio sentirán su amor. Eso quizás los hará sentir aun más felices, como lo promete la canción, que el satisfacer sólo sus necesidades temporales.

Mi última sugerencia es que planeen aprovechar el poder de los vínculos que existen en las familias, los quórumes, las organizaciones auxiliares y entre la gente que conozcan en sus comunidades. El sentimiento de unidad multiplicará la buena influencia del servicio que den; y el sentimiento de unidad en las familias, la Iglesia y la comunidad crecerá y será un legado que durará hasta mucho después de que se termine el proyecto.

Ahora tengo la oportunidad de decirles cuánto los aprecio. A causa del amoroso servicio que han dado en el nombre del Señor, he recibido el agradecimiento de la gente a quien han ayudado por todo el mundo.

Ustedes encontraron la manera de elevarlos al ayudar a la manera del Señor. Ustedes, y otros humildes discípulos del Salvador como ustedes, han echado su pan sobre las aguas al prestar servicio, y las personas a quienes ayudaron han tratado de darme una hogaza de gratitud a cambio.



Presentado por el presidente Dieter F. Uchtdorf
Segundo Consejero de la Primera Presidencia

Personas que han trabajado con ustedes expresan el mismo agradecimiento. Recuerdo una ocasión que estaba junto al presidente Ezra Taft Benson. Habíamos estado hablando acerca del servicio de bienestar en la Iglesia del Señor. Me sorprendió con su juvenil energía cuando dijo, fro-tándose las manos: “Me encanta este trabajo, ¡y es trabajo!”.

En nombre del Maestro, les agradezco su labor al servir a los hijos de nuestro Padre Celestial. Él los conoce y ve el esfuerzo, diligencia y sacrificio de ustedes. Ruego que Él les otorgue la bendición de ver los frutos de su labor en la felicidad de aquellos a quienes han ayudado y con quienes han ayudado por el Señor.

Sé que Dios el Padre vive y que escucha nuestras oraciones. Sé que Jesús es el Cristo. Ustedes y las personas a quienes prestan servicio pueden ser purificados y fortalecidos al servirle y guardar Sus mandamientos. Ustedes pueden saber, como yo sé, por el poder del Espíritu Santo, que José Smith fue el profeta de Dios que restauró la Iglesia verdadera y viviente, que es ésta. Les testifico que el presidente Thomas S. Monson es el profeta viviente de Dios. Él es un gran ejemplo de lo que el Señor hizo: [andar] haciendo bienes. Oro para que aprovechemos las oportunidades que nos lleguen para “[levantar] las manos caídas y [fortalecer] las rodillas debilitadas”⁶. En el sagrado nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. “¿En el mundo he hecho bien?”, *Himnos*, N° 141.
2. “Dulce Tu obra es, Señor”, *Himnos*, N° 84.
3. Véase Marion G. Romney, “Las bendiciones del ayuno”, *Liahona*, diciembre de 1982, pág. 2.
4. J. Reuben Clark Jr., en Conference Report, octubre de 1943, pág. 13.
5. Véase Mateo 7:7-8; Lucas 11:9-10; 3 Nefi 14:7-8.
6. Doctrina y Convenios 81:5.

El sostenimiento de los Oficiales de la Iglesia

Se propone que sostengamos a Thomas Spencer Monson como profeta, vidente y revelador y Presidente de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días; a Henry Bennion Eyring como Primer Consejero de la Primera Presidencia; y a Dieter Friedrich Uchtdorf como Segundo Consejero de la Primera Presidencia.

Los que estén a favor, pueden manifestarlo.

Los que estén en contra, si los hay, pueden manifestarlo.

Se propone que sostengamos a Boyd Kenneth Packer como Presidente del Quórum de los Doce Apóstoles, y a los siguientes como miembros de ese quórum: Boyd K. Packer, L. Tom Perry, Russell M. Nelson, Dallin H. Oaks, M. Russell Ballard, Richard G. Scott, Robert D. Hales, Jeffrey R. Holland, David A. Bednar, Quentin L. Cook, D. Todd Christofferson y Neil L. Andersen.

Los que estén a favor, sírvanse manifestarlo.

Si hay opuestos, pueden indicarlo.

Se propone que sostengamos a los consejeros de la Primera Presidencia y a los Doce Apóstoles como profetas, videntes y reveladores.

Los que estén a favor, sírvanse

manifestarlo.

Contrarios, si los hay, con la misma señal.

Se propone que relevemos como Setentas de Área a los siguientes hermanos, efectivo a partir del 1 de mayo de 2011: José L. Alonso, Nelson L. Altamirano, John S. Anderson, Ian S. Ardern, Sergio E. Ávila, David R. Brown, D. Fraser Bullock, Donald J. Butler, Vladimiro J. Campero, Daniel M. Cañoles, Carl B. Cook, I. Poloski Cordon, J. Devn Cornish, Federico F. Costales, LeGrand R. Curtis Jr., Heber O. Díaz, Andrew M. Ford, Julio G. Gaviola, Manuel González, Daniel M. Jones, Donald J. Keyes, Domingos S. Linhares, B. Renato Maldonado, Raymundo Morales, J. Michel Paya, Stephen D. Posey, Juan M. Rodríguez, Gerardo L. Rubio, Jay L. Sitterud, Dirk Smibert, Eivind Sterri, Ysrael A. Tolentino, W. Christopher Waddell y Gary W. Walker.

Los que deseen unirse a nosotros para expresar nuestra gratitud por su excelente servicio, tengan a bien manifestarlo.

Se propone que sostengamos como nuevos miembros del Primer Quórum de los Setenta a: Don R. Clarke, José L. Alonso, Ian S. Ardern, Carl B. Cook, LeGrand R. Curtis Jr., W. Christopher Waddell y Kazuhiko Yamashita; y



como nuevos miembros del Segundo Quórum de los Setenta a: Randall K. Bennett, J. Devn Cornish, O. Vincent Haleck y Larry Y. Wilson.

Los que estén a favor, sírvanse manifestarlo.

Contrarios, si los hay, con la misma señal.

Se propone que sostengamos a los siguientes hermanos como nuevos Setentas de Área: Kent J. Allen, Stephen B. Allen, Winsor Balderrama, R. Randall Bluth, Hans T. Boom, Patrick M. Boutoille, Marcelo F. Chappe, Eleazer S. Collado, Jeffrey D. Cummings, Nicolas L. Di Giovanni, Jorge S. Domínguez, Gary B. Doxey, David G. Fernández, Hernán D. Ferreira, Ricardo P. Giménez, Allen D. Haynie, Douglas F. Higham, Robert W. Hymas, Lester F. Johnson, Matti T. Jouttenus, Chang Ho Kim, Alfred Kyungu, Remegio E. Meim Jr., Ismael Mendoza, César A. Morales, Rulon D.

Munns, Ramon C. Nobleza, Abenir V. Pájaro, Gary B. Porter, José L. Reina, Esteban G. Resek, George F. Rhodes Jr., Lynn L. Summerhays, Craig B. Terry, David J. Thomson, Ernesto R. Toris, Arnulfo Valenzuela, Ricardo



Valladares, Fabián I. Vallejo, Emer Villalobos y Terry L. Wade.

Los que estén a favor, pueden manifestarlo.

Si hay contrarios, pueden manifestarlo.

Se propone que sostengamos a las demás Autoridades Generales, a los Setentas de Área y a las presidencias generales de las organizaciones auxiliares como están constituidas actualmente.

Los que estén a favor, sírvanse manifestarlo.

Contrarios, si los hay, pueden manifestarlo.

Presidente Monson, hasta donde he podido observar, el voto en el Centro de Conferencias ha sido unánime a favor de lo que se ha propuesto.

Gracias, hermanos y hermanas, por su voto de sostenimiento, su fe, devoción y oraciones. ■



Informe del Departamento de Auditorías de la Iglesia, 2010

Presentado por Robert W. Cantwell

Director ejecutivo del Departamento de Auditorías de la Iglesia

Para la Primera Presidencia de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días

Estimados hermanos: Tal como está prescrito por revelación en la sección 120 de Doctrina y Convenios, el Consejo Encargado de la Disposición de Diezmos autoriza el empleo de los fondos de la Iglesia. Este consejo está compuesto por la Primera Presidencia, el Quórum de los Doce Apóstoles y el Obispado Presidente. Este consejo aprueba los presupuestos

de los departamentos, de las operaciones y asignaciones relacionadas con las unidades de la Iglesia. Los departamentos de la Iglesia emplean los fondos de acuerdo con los presupuestos aprobados y conforme a las normas y los procedimientos de la Iglesia.

Al Departamento de Auditorías de la Iglesia se le ha concedido acceso a todos los registros y sistemas

necesarios para evaluar que exista un control adecuado del ingreso de los fondos y de los gastos realizados a fin de salvaguardar los bienes de la Iglesia. El Departamento de Auditorías de la Iglesia es independiente de todos los demás departamentos y operaciones de la Iglesia, y el personal está compuesto por contadores públicos certificados, auditores internos acreditados, auditores acreditados de sistemas de información y otros profesionales acreditados.

Basándose en las auditorías llevadas a cabo, el Departamento de Auditorías de la Iglesia es de la opinión que, en todos los aspectos materiales, los donativos recibidos, los gastos efectuados y los bienes de la Iglesia del año 2010 se han registrado y administrado de acuerdo con las prácticas apropiadas de contabilidad, con los presupuestos aprobados y con las normas y los procedimientos de la Iglesia.

Atentamente,
Departamento de Auditorías
de la Iglesia
Robert W. Cantwell
Director Ejecutivo ■

Informe estadístico de 2010

Presentado por Brook P. Hales
Secretario de la Primera Presidencia

La Primera Presidencia ha emitido el siguiente informe estadístico de la Iglesia de 2010. Para el 31 de diciembre de 2010, había 2.896 estacas, 340 misiones, 614 distritos y 28.660 barrios y ramas.

El número total de miembros de la Iglesia a fines de 2010 era de 14.131.467.

Hubo 120.528 nuevos niños inscritos en la Iglesia y 272.814 conversos se bautizaron en 2010.

El número de misioneros de tiempo completo que prestaba

servicio al final del año era de 52.225.

El número de misioneros de servicio a la Iglesia que prestaba servicio era de 20.813, muchos de los cuales viven en casa y son llamados para apoyar una variedad de funciones de la Iglesia.

Se dedicaron cuatro templos durante el año: el Templo de Vancouver Columbia Británica, Canadá; el Templo de Gila Valley, Arizona, Estados Unidos; el Templo de Cebu City, Filipinas; y el Templo de Kyiv, Ucrania.

El Templo de Laie, Hawaii, Estados Unidos, se rededicó en 2010.

El número total de templos en funcionamiento en 2010 era de 134.

Oficiales generales anteriores de la Iglesia y otros que han fallecido después de la última conferencia general de abril

Los élderes W. Grant Bangerter, Adney Y. Komatsu, Hans B. Ringger, LeGrand R. Curtis, Richard P. Lindsay, Donald L. Staheli y Richard B. Wirthlin, ex miembros de los Quórumes de los Setenta; Barbara B. Smith, ex presidenta general de la Sociedad de Socorro; la hermana Ruth H. Funk, ex presidenta general de las Mujeres Jóvenes; Norma Jane B. Smith, ex primera consejera de la presidencia general de las Mujeres Jóvenes; Helen Fyans, viuda del élder J. Thomas Fyans, Autoridad General emérita; Arnold D. Friberg, artista y dibujante; y J. Elliot Cameron, ex Comisionado de Educación de la Iglesia. ■





Por el presidente **Boyd K. Packer**
Presidente del Quórum de los Doce Apóstoles

Guiados por el Santo Espíritu

Cada uno de nosotros puede ser guiado por el espíritu de revelación y el don del Espíritu Santo.

Han transcurrido cuatrocientos años desde la publicación de la versión en inglés del rey Santiago de la Biblia, con significativos aportes de William Tyndale, un gran héroe, desde mi punto de vista.

El clero no deseaba que la Biblia se publicara en el inglés de uso corriente; entonces persiguieron a Tyndale de sitio en sitio. Él les dijo: “Si Dios me preserva la vida, de aquí a pocos años haré que el joven que guía el arado sepa más sobre las Escrituras que ustedes”¹.

Tyndale fue traicionado y confinado a una oscura y helada prisión de Bruselas durante más de un año. Su ropa estaba hecha harapos; entonces les rogó a sus captores que le dieran su capa, su sombrero y una vela, diciendo: “En verdad es tedioso sentarse solo en la oscuridad”²; pero esas cosas se le negaron. Con el tiempo, lo sacaron de la prisión y, ante una gran multitud, fue estrangulado y quemado en la hoguera; pero la obra de William Tyndale y su martirio no fueron en vano.

Puesto que a los niños Santos de los Últimos Días se les enseña desde pequeños a conocer las Escrituras, en

ellos se cumple, en cierta medida, la profecía hecha por William Tyndale cuatro siglos antes.

Hoy, nuestras Escrituras están compuestas por La Biblia, el Libro de Mormón: Otro Testamento de Jesucristo, la Perla de Gran Precio y Doctrina y Convenios.

Debido al Libro de Mormón, con frecuencia se nos llama la Iglesia Mormona, que es un nombre que no nos ofende, pero que en realidad no es exacto.

En el Libro de Mormón, el Señor volvió a visitar a los nefitas porque oraron al Padre en Su nombre; y el Señor dijo:

“¿Qué queréis que os dé?

“Y ellos le dijeron: Señor, deseamos que nos digas el nombre por el cual hemos de llamar esta iglesia; porque hay disputas entre el pueblo concernientes a este asunto.

“Y el Señor les dijo: ...¿Por qué es que este pueblo ha de murmurar y disputar a causa de esto?”

“¿No han leído las Escrituras que dicen que debéis tomar sobre vosotros el nombre de Cristo...? Porque por este nombre seréis llamados en el postrer día...”

“Por tanto, cualquier cosa que hagáis, la haréis en mi nombre, de modo que daréis mi nombre a la iglesia; y en mi nombre pediréis al Padre que bendiga a la iglesia por mi causa.

“¿Y cómo puede ser mi iglesia salvo que lleve mi nombre? Porque si una iglesia lleva el nombre de Moisés, entonces es la iglesia de Moisés; o si se le da el nombre de algún hombre, entonces es la iglesia de ese hombre; pero si lleva mi nombre, entonces es mi iglesia, si es que están fundados sobre mi evangelio”³.

Obedientes a la revelación, nos llamamos La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días en lugar de la Iglesia Mormona. Una cosa es que los demás se refieran a la Iglesia como la Iglesia Mormona o a nosotros como los mormones, y otra muy diferente es que nosotros lo hagamos.

La Primera Presidencia declaró:

“El uso del nombre revelado, La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días (D. y C. 115:4) es cada vez más importante en la responsabilidad que tenemos de proclamar el nombre del Salvador por todo el mundo. Por ello, pedimos que al referirnos a la Iglesia usemos su nombre completo siempre que sea posible. ...

“Al referirse a los miembros de la Iglesia, sugerimos usar la frase ‘los miembros de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días’. Como referencia abreviada, se prefiere ‘Santos de los Últimos Días’”⁴.

“[Los Santos de los Últimos Días] hablamos de Cristo, nos regocijamos en Cristo, predicamos de Cristo, profesizamos de Cristo y escribimos según nuestras profecías, para que nuestros hijos sepan a qué fuente han de acudir para la remisión de sus pecados”⁵.

El mundo podrá referirse a nosotros como lo desee, pero al hablar, recuerden siempre que pertenecemos



a la Iglesia de *Jesucristo*.

Algunos afirman que no somos cristianos. O bien no nos conocen en absoluto o entienden mal.

En la Iglesia, todas las ordenanzas se efectúan por la autoridad de Jesucristo y en Su nombre⁶. Tenemos la misma organización que tenía la Iglesia primitiva, con apóstoles y profetas⁷.

En la antigüedad, el Señor llamó y ordenó a Doce Apóstoles. Se le traicionó y crucificó; después de Su resurrección, el Salvador enseñó a Sus discípulos durante cuarenta días, y luego ascendió al cielo⁸.

Pero faltaba algo. Algunos días

después, los Doce se reunieron en una casa y “de repente, vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaba, el cual llenó toda la casa...; lenguas repartidas... de fuego [se posaron] sobre cada uno de ellos. Y... fueron llenos del Espíritu Santo”⁹. Ahora, Sus apóstoles habían recibido poder. Comprendían que la autoridad dada por el Salvador y el don del Espíritu Santo eran esenciales para el establecimiento de Su Iglesia. Se le mandó que bautizaran y confirieran el don del Espíritu Santo¹⁰.

Con el tiempo, los apóstoles y el sacerdocio que poseían desaparecieron. La autoridad y el poder para

administrar tenían que ser restaurados. Durante siglos, los hombres aguardaron con anhelo el regreso de la autoridad y el establecimiento de la Iglesia del Señor.

En 1829 se restauró el sacerdocio a José Smith y Oliver Cowdery por medio de Juan el Bautista y de los apóstoles Pedro, Santiago y Juan. Ahora se ordena al sacerdocio a los miembros varones de la Iglesia que son dignos. Esa autoridad y el don del Espíritu Santo correspondiente, el cual se confiere a todos los miembros de la Iglesia después del bautismo, nos distinguen de otras iglesias.

Una revelación de los primeros días de la Iglesia decreta “que todo hombre hable en el nombre de Dios el Señor, el Salvador del mundo”¹¹. Hoy en día, la obra de la Iglesia la efectúan hombres y mujeres comunes y corrientes llamados y sostenidos para presidir, enseñar y administrar. Es mediante el poder de la revelación y el don del Espíritu Santo que se guía a quienes son llamados para que conozcan la voluntad del Señor. Quizás otras personas no acepten cosas tales como profecías, revelaciones y el don del Espíritu Santo, pero si acaso desean entendernos, deben entender que nosotros aceptamos esas cosas.

El Señor le reveló a José Smith un código de salud, la Palabra de Sabiduría, mucho antes de que el mundo supiera de ciertos peligros. A todos se nos enseña evitar el té, el café, el alcohol, el tabaco y, desde luego, las diversas drogas y sustancias adictivas que están constantemente ante nuestros jóvenes. A quienes obedezcan esta revelación se les promete que “recibirán salud en el ombligo y médula en los huesos;

“y hallarán sabiduría y grandes tesoros de conocimiento, sí, tesoros escondidos

“y correrán si fatigarse, y andarán sin desmayar”¹².

En otra revelación, la norma de moralidad del Señor manda que los sagrados poderes para engendrar la vida se protejan y se empleen sólo entre el hombre y la mujer, entre el esposo y la esposa¹³. Al uso indebido de dicho poder sólo lo excede en gravedad el derramamiento de sangre inocente o el negar al Espíritu Santo¹⁴. Si alguien transgrede la ley, la doctrina del arrepentimiento enseña cómo borrar el efecto de dicha transgresión.

A todos se nos pone a prueba. Uno podría pensar que es injusto ser diferente y estar sujeto a una tentación en particular, pero ése es el propósito de la vida terrenal: ser probados. Y la respuesta es la misma para todos: debemos, y podemos, resistir las tentaciones de cualquier clase.

“El gran plan de felicidad” se centra en la vida familiar¹⁵. El esposo es la cabeza del hogar y la esposa es el corazón del hogar; y el matrimonio es una relación de compañeros iguales.

Un hombre Santo de los Últimos Días es un hombre de familia responsable, que es fiel en el Evangelio. Es un esposo y padre bondadoso y devoto; y venera a la mujer. La esposa apoya a su esposo. Ambos padres nutren el crecimiento espiritual de los hijos.

A los Santos de los Últimos Días se les enseña a amarse el uno al otro y a perdonar sinceramente las ofensas.

Un patriarca bendito cambió mi vida. Él se casó con el amor de su vida; estaban muy enamorados, y muy pronto ella ya esperaba su primer hijo.

La noche en que nació el bebé hubo complicaciones. El único médico se hallaba en alguna parte del campo atendiendo a los enfermos. Tras muchas horas de labor de parto, la condición de la futura madre se tornó desesperada. Finalmente encontraron al médico. Dada la emergencia, actuó con rapidez y enseguida nació el bebé; la crisis aparentemente pasó. Pero algunos días más tarde, la joven madre falleció a causa de una infección que el médico había estado

atendiendo esa noche en otra casa.

El mundo de aquel joven quedó destrozado. Conforme transcurrían las semanas, aumentaba su profunda pena. Apenas podía pensar en otra cosa y, en su amargura, se tornó peligroso. Hoy en día, sin duda, se le habría instado a entablar una demanda por negligencia médica; como si el dinero pudiera solucionar algo.

Una noche tocaron a su puerta; una pequeña dijo solamente: “Papá quiere que venga a casa. Quiere hablar con usted”.

“Papá” era el presidente de estaca. El consejo de aquel sabio líder fue simple: “John, ya deja el asunto. Nada de lo que hagas al respecto te la devolverá. Todo lo que hagas lo empeorará. John, ya déjalo así”.

Esa había sido la prueba de mi amigo. ¿Cómo podría dejar ese asunto así? Se había cometido un terrible error. Luchó para poder controlarse y finalmente determinó que sería obediente y que seguiría el consejo de aquel sabio presidente de estaca. Lo dejaría así.

John dijo: “Ya era un anciano cuando comprendí y finalmente pude ver a un pobre médico rural extenuado por el trabajo, mal retribuido, corriendo de un paciente a otro, con escasos medicamentos, sin hospital, con pocos instrumentos, luchando por salvar vidas y logrando el éxito la mayoría de las veces. Había acudido en un momento de crisis, cuando dos vidas pendían de un hilo, y había actuado sin demora. ¡Finalmente lo entendí!”, dijo, “Hubiera arruinado mi vida y la de otras personas”.

John ha agradecido al Señor muchas veces por el sabio líder del sacerdocio que aconsejó simplemente: “John, déjalo así”.

A nuestro alrededor vemos miembros de la Iglesia que se han ofendido.

São Luís, Brasil



Algunos se ofenden por incidentes de la historia de la Iglesia o de sus líderes y sufren toda su vida, incapaces de ver más allá de los errores de los demás. No dejan el asunto en paz; caen en la inactividad.

Esa actitud se parece a la del hombre golpeado con un garrote. Ofendido, toma el garrote y se golpea en la cabeza todos los días de su vida. ¡Qué necio! ¡Qué triste! Ese tipo de venganza es autodestructiva. Si alguien los ha ofendido, perdonen, olviden, y déjenlo así.

El Libro de Mormón contiene esta advertencia: “Y ahora bien, si hay faltas, éstas son equivocaciones de los hombres; por tanto, no condenéis las cosas de Dios, para que aparezcáis sin mancha ante el tribunal de Cristo”¹⁶.

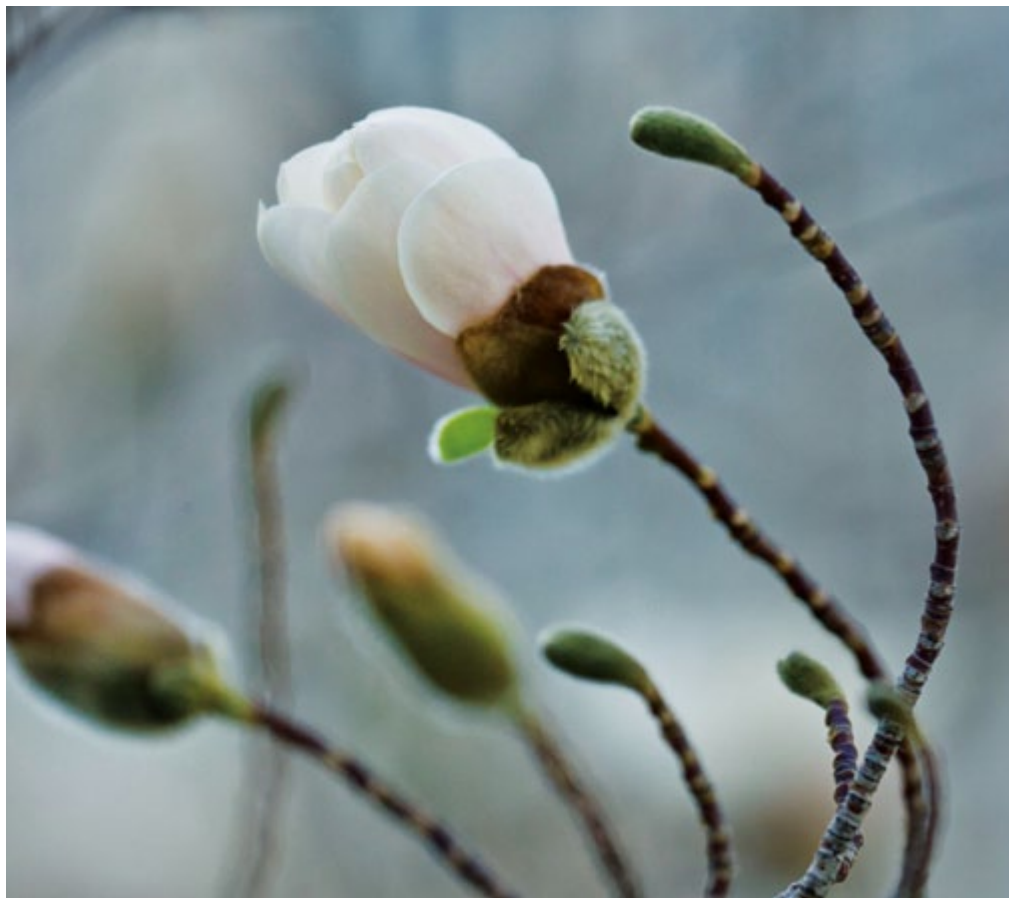
Un Santo de los Últimos Días es una persona común y corriente. Ahora nos hallamos en todas partes del mundo, y somos catorce millones. Éste es sólo el principio. Se nos enseña a estar en el mundo, mas no ser de él¹⁷. Por lo tanto, llevamos vidas comunes y corrientes en familias comunes y corrientes, entremezclados con la población general.

Se nos enseña a no mentir, hurtar ni engañar¹⁸. No usamos lenguaje profano. Somos positivos y felices, y no tememos a la vida.

Estamos “dispuestos a llorar con los que lloran... y a consolar a los que necesitan de consuelo, y ser testigos de Dios en todo tiempo, y en todas las cosas y en todo lugar”¹⁹.

Si alguien busca una iglesia que requiera muy poco, ésta no es la que busca. No es fácil ser Santo de los Últimos Días, pero al final de cuentas éste es el único curso verdadero.

A pesar de la oposición o las “guerras, rumores de guerras y terremotos en diversos lugares”²⁰, ningún poder ni influencia puede detener esta obra.



Cada uno de nosotros puede ser guiado por el espíritu de revelación y el don del Espíritu Santo. “Tan inútil le sería al hombre extender su débil brazo para contener el río Misuri en su curso decretado, o volverlo hacia atrás, como evitar que el Todopoderoso derrame conocimiento desde el cielo sobre la cabeza de los Santos de los Últimos Días”²¹.

Si llevan alguna carga, olvídenla, dejen el asunto. Al perdonar mucho y con un poco de arrepentimiento, el espíritu del Espíritu Santo los visitará y confirmará el testimonio que ustedes no sabían que existía. Se velará por ustedes y serán bendecidos, ustedes y los suyos. Ésta es una invitación para venir a Él. Esta iglesia, La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, “la única iglesia verdadera y viviente sobre la faz de toda la tierra”²², designada así por Su propia declaración, es donde encontramos “el gran plan de felicidad”²³. De esto testifico, en el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. En David Daniell, introducción al *Tyndale's New Testament*, 1989, pág. VIII
2. En Daniell, introducción al *Tyndale's New Testament*, pág. IX.
3. 3 Nefi 27:2-5, 7-8.
4. Carta de la Primera Presidencia, 23 de febrero de 2001.
5. 2 Nefi 25:26.
6. Véase Moisés 5:8; bautismo: véase 2 Nefi 31:12; 3 Nefi 11:27; 18:16; bendición de los enfermos: véase Doctrina y Convenios 42:44; otorgamiento del Espíritu Santo: véase Moroni 2:2; ordenación del sacerdocio: véase Moroni 3:1-3; Santa Cena: véase Moroni 4:1-3; milagros: véase Doctrina y Convenios 84:66-69.
7. Véase Artículos de Fe 1:6.
8. Véase Hechos 1:3-11.
9. Hechos 2:2-4.
10. Véase Hechos 2:38.
11. Doctrina y Convenios 1:20.
12. Doctrina y Convenios 89:18-20.
13. Véase “La Familia: Una Proclamación para el Mundo”, *Liahona*, noviembre de 2010, pág. 129.
14. Véase Alma 39:4-6.
15. Alma 42:8.
16. Portada del Libro de Mormón.
17. Véase Juan 17:14-19.
18. Véase Éxodo 20:15-16.
19. Mosíah 18:9.
20. Mormón 8:30.
21. Doctrina y Convenios 121:33.
22. Doctrina y Convenios 1:30.
23. Alma 42:8.



Por el élder Russell M. Nelson
Del Quórum de los Doce Apóstoles

Afrontar el futuro con fe

¡Su verdad, convenios y ordenanzas nos permiten superar el miedo y afrontar el futuro con fe!

Mis queridos hermanos y hermanas, les agradezco la influencia de su apoyo, no sólo al levantar la mano, sino también por el servicio que eleva el espíritu en su hogar, en la Iglesia y en sus comunidades. Nos encanta estar con ustedes y verlos con su familia y sus amigos. Dondequiera que vivan, observamos los esfuerzos que hacen para que este mundo sea un lugar mejor. ¡Los apoyamos! ¡Los amamos! ¡Al igual que ustedes oran por nosotros, nosotros también oramos por ustedes!

Nos imaginamos a sus familias reunidas alrededor de la televisión o a través de internet para ver las sesiones de la conferencia general desde casa. Una madre y un padre atentos me enviaron una copia de una foto que tomaron durante un momento de la conferencia. Observaron la reacción de su hijo de 18 meses de edad en aquel entonces, quien reconoció las características y la voz del orador. El niño empezó a tirar besos al televisor. Quería acercarse. Así que su considerada hermana mayor rápidamente alzó a su hermano menor poniéndolo en los hombros y lo acercó. Aquí está la fotografía.

Sí, la imagen del televisor es la mía y esos niños son nuestros nietos. En algunos años, ese niño será un élder,

investido en el templo y listo para servir en una misión. Más adelante se sellará a una compañera eterna que él haya escogido. ¿Se lo imaginan un día, como esposo y padre, con hijos propios? Y algún día, él dirá adiós a sus abuelos, con el conocimiento certero de que la muerte es parte de la vida.

Es verdad. Vivimos para morir, y morimos para vivir nuevamente. Desde una perspectiva eterna, la única muerte que es realmente prematura es la muerte de alguien que no está preparado para comparecer ante Dios.

Como apóstoles y profetas nos preocupamos no sólo por nuestros hijos y nietos, sino también por los de ustedes, y por cada uno de los hijos de Dios. Todo lo que el futuro tiene reservado para cada sagrado hijo o hija de Dios será determinado por sus padres, sus familiares, sus amigos y sus maestros. De esta manera, nuestra fe *ahora* se convierte en parte de la fe de nuestra posteridad *después*.

Cada persona se forjará su camino en un mundo constantemente cambiante, un mundo de ideologías que compiten. Las fuerzas del mal siempre estarán en oposición a las fuerzas del bien. Satanás constantemente se esfuerza para influir en nosotros para que sigamos sus caminos y seamos miserables, así como él es¹.

Los riesgos normales de la vida como enfermedades, lesiones y accidentes siempre estarán presentes.

Vivimos en una época de confusión; los terremotos y maremotos causan devastación, los gobiernos colapsan, las tensiones económicas son severas, la familia está bajo ataques, los índices de divorcio están aumentando. Tenemos gran motivo para preocuparnos, pero no debemos permitir que nuestros miedos desplacen nuestra fe. Podemos combatir nuestros miedos mediante el fortalecimiento de nuestra fe.

Comiencen por sus hijos. Ustedes, padres, tienen la responsabilidad primordial de fortalecer la fe de ellos. Permítanles sentir la fe de ustedes, aun cuando afronten pruebas difíciles. Centren su fe en nuestro amoroso Padre Celestial y en Su Hijo Amado, el Señor Jesucristo. Enseñen esa fe con convicción profunda; enseñen a cada precioso niño o niña que él o ella es un hijo de Dios, creado a Su imagen, con un potencial y un propósito sagrados. Cada uno nace con retos para superar y con fe que debe desarrollar².

Enseñen sobre la fe en el Plan de Salvación de Dios; enseñen que nuestra jornada por la mortalidad es un periodo de probación, un tiempo de tribulaciones y pruebas para ver si haremos lo que el Señor nos mande³.

Enseñen sobre la fe para guardar *todos* los mandamientos de Dios, sabiendo que se dan para bendecir a Sus hijos y brindarles gozo⁴. Adviértanles que se encontrarán con personas que escogerán cuáles mandamientos guardarán e que ignorarán otros que han escogido desobedecer. A ese enfoque, lo llamo el “buffet de la obediencia”. Esa práctica de seleccionar y escoger cuáles obedecer no funcionará; los conducirá al



sufrimiento. Al prepararse para comparecer ante Dios, uno guarda *todos* Sus mandamientos. Requiere fe el obedecerlos, y el guardar Sus mandamientos fortalecerá esa fe.

La obediencia permite que las bendiciones de Dios fluyan sin restricciones. Él bendecirá a Sus hijos obedientes con la libertad del cautiverio y del sufrimiento; Él los bendecirá con más luz. Por ejemplo, uno cumple con la Palabra de Sabiduría sabiendo que la obediencia no sólo brinda libertad de las adicciones, sino que también agregará bendiciones de sabiduría y tesoros de conocimiento⁵.

Enseñen sobre la fe para que sepan que la obediencia a los mandamientos de Dios proporcionará protección física y espiritual; y recuerden, los santos ángeles de Dios siempre están listos para ayudarnos. El Señor declaró: "...porque iré delante de vuestra faz. Estaré a vuestra diestra y a vuestra siniestra, y mi Espíritu estará en vuestro corazón, y mis ángeles alrededor de vosotros, para sosteneros"⁶. ¡Qué grandiosa promesa! Cuando somos fieles, Él y Sus ángeles nos ayudarán.

La fe inquebrantable se fortalece por medio de la oración. Sus súplicas sinceras son importantes para Él. Piensen en las intensas y vehementes oraciones del profeta José Smith durante sus terribles días de encarcelación en la cárcel de Liberty. El Señor le respondió al cambiar la perspectiva del Profeta; Él dijo, "...entiende, hijo mío, que todas estas cosas te servirán de experiencia, y serán para tu bien"⁷.

Si oramos con una perspectiva eterna, no necesitamos preguntarnos si se escuchan nuestras más sinceras y emotivas súplicas. Esta promesa del Señor se registra en la sección 98 de Doctrina y Convenios:

"...porque vuestras oraciones han entrado en los oídos del Señor... y están inscritas con este sello y testimonio: El Señor ha jurado y decretado que serán otorgadas.

"Por lo tanto, él os concede esta promesa, con un convenio inmutable de que serán cumplidas; y todas las cosas con que habéis sido afligidos obrarán juntamente para vuestro bien y para la gloria de mi nombre, dice el Señor"⁸.

¡El Señor escogió Sus palabras más fuertes para tranquilizarnos! ¡Sello! ¡Testimonio! ¡Jurado! ¡Decretado! ¡Convenio inmutable! ¡Hermanos y hermanas, créanle a Él! Dios escuchará sus oraciones sinceras y sentidas, y su fe se fortalecerá.

Para desarrollar una fe duradera, es esencial un compromiso duradero a ser pagador de diezmos íntegros. Al principio, se necesita fe para pagar el diezmo; después, el pagador de diezmo desarrolla más fe, al punto de que el pagar diezmo se convierte en un privilegio valioso. El diezmo es una antigua ley de Dios⁹. Él hizo una promesa a Sus hijos de que abriría "... las ventanas de los cielos y [derramaría]... [bendiciones] hasta que [sobr abunden]"¹⁰. No sólo eso, el diezmo asegurará que su nombre esté incluido entre los del pueblo de Dios y lo protegerá en "el día de la venganza y el fuego"¹¹.

¿Por qué necesitamos una fe tan firme? Porque vienen tiempos difíciles; pocas veces, en el futuro, será fácil o popular ser un fiel Santo de los Últimos Días. Cada uno de nosotros será



probado. El apóstol Pablo advirtió que en los últimos días, aquellos que con diligencia sigan al Señor “padecerán persecución”¹². Esa misma persecución puede aplastarlos en una silenciosa debilidad tanto como motivarlos a ser un mejor ejemplo y más valientes en su vida diaria.

La forma en que ustedes afronten las pruebas de la vida es parte del desarrollo de su fe. La fuerza vendrá cuando se acuerden de que tienen una naturaleza divina, una herencia de valor infinito. El Señor les recuerda a ustedes, a sus hijos y a sus nietos que son herederos legítimos, que han sido reservados en el cielo para nacer en un momento y un lugar específicos, para progresar y convertirse en Sus representantes y en Su pueblo del convenio. Al caminar en el sendero de rectitud del Señor, serán bendecidos para perseverar en la bondad de Él y ser una luz y un salvador para Su pueblo¹³.

Hay bendiciones a disposición de cada uno de ustedes, hermanos y hermanas, que se obtienen por medio del poder del santo Sacerdocio de Melquisedec. Esas bendiciones pueden cambiar las circunstancias de su vida en cuestiones tales como la salud, la compañía del Espíritu Santo, las relaciones personales y oportunidades

para el futuro. El poder y la autoridad de este sacerdocio tienen las llaves de todas las bendiciones espirituales de la Iglesia¹⁴. Más notable aún, el Señor ha declarado que Él preservará esas bendiciones, de acuerdo con Su voluntad¹⁵.

La mayor de todas las bendiciones del sacerdocio se otorga en los santos templos del Señor. La fidelidad a los convenios efectuados allí les dará el derecho a ustedes y a sus familias a las bendiciones de la vida eterna¹⁶.

La recompensa de ustedes no será solamente en la vida venidera. Muchas de las bendiciones serán suyas durante esta vida, entre sus hijos y sus nietos. Ustedes, fieles santos, no tienen que pelear solos las batallas de la vida. ¡Piénsenlo! El Señor declaró: “... yo contendere con el que contienda contigo, y yo salvaré a tus hijos”¹⁷. Más tarde vino esta promesa a Su pueblo fiel: “Yo, el Señor, [pelearía] sus batallas, y las batallas de sus hijos, y de los hijos de sus hijos... hasta la tercera y la cuarta generación”¹⁸.

Nuestro querido presidente Thomas S. Monson nos ha dado su testimonio profético. Él dijo: “Les testifico que las bendiciones prometidas son incalculables. Aunque las nubes de tormenta se arremolinen, aunque

las lluvias caigan sobre nosotros, nuestro conocimiento del Evangelio y el amor que tenemos por nuestro Padre Celestial y por nuestro Salvador nos consolarán y nos sostendrán, y darán gozo a nuestro corazón al caminar con rectitud y guardar los mandamientos”.

El presidente Monson continuó: “Mis queridos hermanos y hermanas, no teman. Sean de buen ánimo. El futuro es tan brillante como su fe”¹⁹.

A la poderosa declaración del presidente Monson agregó la mía. Testifico que Dios es nuestro Padre. Jesús es el Cristo. Su Iglesia ha sido restaurada en la tierra. ¡Su verdad, convenios y ordenanzas nos permiten superar el miedo y afrontar el futuro con fe! De ello doy testimonio, en el sagrado nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Véase 2 Nefi 2:27.
2. Pedro enseñó este concepto cuando expresó que la esperanza de “ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo” (2 Pedro 1:4).
3. Véase Abraham 3:25.
4. Véase 2 Nefi 2:25.
5. Véase Doctrina y Convenios 89:19; véase también Isaías 45:3.
6. Doctrina y Convenios 84:88.
7. Doctrina y Convenios 122:7. Otro ejemplo de cambio de perspectiva se registra en Salmos: “Guarda mi alma... Dios mío, a tu siervo que en ti confía. Ten misericordia de mí, oh Señor, porque a ti clamo todo el día. ... Te alabaré, oh Jehová, Dios mío, con todo mi corazón, y glorificaré tu nombre para siempre” (Salmos 86:2-3, 12).
8. Doctrina y Convenios 98:2-3.
9. El diezmo se menciona en ocho libros del Antiguo Testamento: Génesis, Levítico, Números, Deuteronomio, 2 Crónicas, Nehemías, Amós y Malaquías.
10. Malaquías 3:10.
11. Doctrina y Convenios 85:3.
12. 2 Timoteo 3:12.
13. Véase Doctrina y Convenios 86:8-11.
14. Véase Doctrina y Convenios 107:18.
15. Véase Doctrina y Convenios 132:47, 59.
16. Véase Abraham 2:11.
17. Isaías 49:25; véase también Doctrina y Convenios 105:14.
18. Doctrina y Convenios 98:37.
19. Thomas S. Monson, “Sed de buen ánimo”, *Liahona*, mayo de 2009, pág. 92.



Por el élder Richard J. Maynes
De los Setenta

Establecer un hogar centrado en Cristo

Entendemos y creemos en la naturaleza eterna de la familia. Este entendimiento y creencia deben inspirarnos a hacer todo lo que esté a nuestro alcance para establecer un hogar centrado en Cristo.

A principios de mi servicio como joven misionero en Uruguay y Paraguay, me di cuenta de que una de las grandes atracciones para los que deseaban saber más en cuanto a La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días era su interés en nuestra doctrina en cuanto a la familia. De hecho, desde la Restauración del evangelio de Jesucristo, los investigadores que buscan la verdad se han sentido atraídos a la doctrina de que las familias pueden ser eternas.

El principio de familias eternas es un elemento esencial en el gran plan de nuestro Padre Celestial para Sus hijos. El entendimiento de que tenemos una familia *celestial* así como una familia *terrenal* es fundamental en ese plan. El apóstol Pablo nos enseña que nuestro Padre Celestial es el padre de nuestros espíritus:

“Para que buscasen a Dios... [y] le hallasen...”

“Porque en él vivimos, y nos movemos y somos... Porque linaje suyo somos”¹.

Que somos linaje de un amoroso

Padre Celestial es un principio tan básico del evangelio de Jesucristo, que incluso nuestros hijos proclaman su verdad cuando cantan la canción de la Primaria “Soy un hijo de Dios”. ¿Recuerdan la letra?

*Soy un hijo de Dios;
Él me envió aquí.
Me ha dado un hogar
y padres buenos para mí.*

*Guíenme; enséñenme
la senda a seguir
para que algún día yo
con Él pueda vivir*².

Reconocer que tenemos una familia *celestial* nos ayuda a entender la naturaleza eterna de nuestra familia *terrenal*. En Doctrina y Convenios se nos enseña que la familia es una parte fundamental del orden del cielo: “Y la misma sociabilidad que existe entre nosotros aquí, existirá entre nosotros allá; pero la acompañará una gloria eterna...”³.

Entender la naturaleza eterna de la familia es un elemento de importancia crítica a fin de comprender el plan de nuestro Padre Celestial para Sus hijos. El adversario, por otro lado, desea hacer todo lo que esté a su alcance



para destruir el plan de nuestro Padre Celestial. En su intento por hacer fracasar el plan de Dios, está dirigiendo un ataque sin precedentes contra la institución de la familia. Algunas de las armas más poderosas que utiliza en sus ataques son el egoísmo, la avaricia y la pornografía.

Nuestra felicidad eterna *no* es uno de los objetivos de Satanás. Él sabe que una de las claves esenciales para hacer que los hombres y las mujeres sean miserables como él es privarlos de las relaciones familiares que tienen potencial *eterno*. Puesto que Satanás entiende que la verdadera felicidad en esta vida y en la eternidad se encuentra en la familia, hace todo lo que está a su alcance por destruirla.

Alma, el profeta de la antigüedad, denomina el plan de Dios para Sus hijos “el gran plan de felicidad”⁴. La Primera Presidencia y el Quórum de los Doce Apóstoles, a quienes sostenemos como profetas, videntes y reveladores, nos han ofrecido este inspirado consejo en cuanto a la felicidad y la vida familiar: “La familia es ordenada por Dios. El matrimonio entre el hombre y la mujer es esencial para Su plan eterno. Los hijos merecen nacer dentro de los lazos del matrimonio y ser criados por un padre y una madre que honren sus votos matrimoniales con completa fidelidad. La felicidad en la vida familiar tiene mayor probabilidad de lograrse cuando se basa en las enseñanzas del Señor Jesucristo”⁵.

Esta felicidad de la que habla Alma, y más recientemente la Primera Presidencia y el Quórum de los Doce Apóstoles, indudablemente se encontrará en el hogar y en la familia. Se encontrará en abundancia si hacemos todo lo que esté a nuestro alcance por establecer un hogar centrado en Cristo.

La hermana Maynes y yo aprendimos algunos principios importantes



conforme iniciamos el proceso de establecer un hogar centrado en Cristo al principio de nuestro matrimonio. Comenzamos por seguir el consejo de nuestros líderes de la Iglesia. Reunimos a nuestros hijos y llevamos a cabo noches de hogar cada semana, así como oraciones y el estudio de las Escrituras diariamente. No siempre fue fácil, ni conveniente ni tuvimos éxito, pero con el tiempo esas sencillas actividades se convirtieron en preciadas tradiciones familiares.

Aprendimos que nuestros hijos quizá no recordarían todo en cuanto a la lección de la noche de hogar más adelante en la semana, pero que recordarían que *la llevamos a cabo*. Aprendimos que más tarde, durante el día, quizá no recordarían las palabras exactas de las Escrituras o de la oración, pero recordarían que *habíamos leído* las Escrituras y que *habíamos hecho* la oración. Hermanos y hermanas, hay gran poder y protección para nosotros y nuestros jóvenes cuando establecemos tradiciones

celestiales en nuestro hogar.

Aprender, enseñar y poner en práctica los principios del evangelio de Jesucristo en nuestro hogar nos ayuda a crear un ambiente en el que el Espíritu pueda morar. Mediante el establecimiento de estas tradiciones celestiales en nuestro hogar podremos vencer las tradiciones falsas del mundo y aprender a poner en primer lugar las necesidades y preocupaciones de los demás.

La responsabilidad de establecer un hogar centrado en Cristo recae tanto en los padres (padre y madre) como en los hijos. Los padres son responsables de enseñar a los hijos con amor y rectitud. El padre y la madre serán responsables ante el Señor en cuanto a la forma en que cumplan con sus responsabilidades sagradas. Los padres enseñan a sus hijos *con* palabras y *mediante* el ejemplo. Este poema de C. C. Miller titulado “The Echo” [El eco], ilustra la importancia del ser madre y padre, y el impacto que tienen en los hijos al ejercer influencia en ellos:

*Fue una oveja y no un cordero
que se perdió en la parábola de
antaño.*

*Jesús contó de una oveja adulta
que se apartó de las noventa y nueve
del rebaño.*

*¿Por qué a la oveja debemos buscar
y por su bienestar orar?*

*Porque si la oveja se pierde, peligro hay
de que a los corderos vaya a
descarrilar.*

*El camino que las ovejas lleven,
seguramente los corderos seguirán;
las decisiones erróneas que ellas
tomen,
tras poco los corderos también
tomarán.*

*Es, pues, por el bien de los corderos
que por las ovejas hemos de rogar;
pues cuando éstas se pierden en el
camino,
cuán terrible precio
los corderos han de pagar⁶.*

En Doctrina y Convenios el Señor nos explica las consecuencias que tendrán el padre y la madre que lleven por mal camino a sus hijos: “Y además, si hay padres que tengan hijos en Sión... y *no* les enseñen a comprender la doctrina del arrepentimiento, de la fe en Cristo, el Hijo del Dios viviente, del bautismo y del don del Espíritu Santo por la imposición de manos... el pecado será sobre la cabeza de los padres”⁷.

Es difícil exagerar la importancia de que el padre y la madre enseñen a los hijos las tradiciones celestiales mediante la palabra y el ejemplo. Los hijos también tienen un papel importante en el establecimiento de un hogar centrado en Cristo. Permítanme compartirlas un corto discurso que dio Will, mi nieto de ocho años, que ilustra este principio:

“Me gusta andar a caballo y lazar ganado con mi papá. Una cuerda

tiene varias hebras entretreídas para hacerla fuerte. Si la cuerda sólo tuviera una hebra, no podría hacer lo que tiene que hacer. Pero como tiene más hebras que trabajan juntas, la podemos usar de muchas maneras diferentes y es fuerte.

“Las familias pueden ser como las cuerdas; cuando sólo una persona está trabajando duro y haciendo lo que es correcto, la familia no puede ser tan fuerte como cuando todos se esfuerzan por ayudarse el uno al otro.

“Sé que cuando hago lo correcto, ayudo a mi familia. Cuando trato a mi hermana Isabelle bien, los dos nos divertimos y mamá y papá se sienten felices. Si mamá necesita hacer algo, para ayudarle puedo jugar con mi hermanito Joey. También puedo ayudar a mi familia si mantengo limpio mi dormitorio y ayudo en todo lo que puedo con una buena actitud. Como soy el mayor de mi familia, sé que es importante ser un buen ejemplo. Puedo

Dortmund, Alemania



esforzarme por escoger lo correcto y seguir los mandamientos.

“Sé que los niños pueden ayudar a su familia a ser fuerte como una cuerda fuerte. Cuando todos se esfuerzan y trabajan juntos, las familias pueden ser felices y fuertes”.

Cuando padres y madres presiden la familia con amor y rectitud y enseñan a sus hijos el evangelio de Jesucristo *con* palabras y *mediante* el ejemplo; y cuando los hijos aman y apoyan a sus padres y madres al aprender y poner en práctica los principios que ellos les enseñan, el resultado será el establecimiento de un hogar centrado en Cristo.

Hermanos y hermanas, como miembros de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días entendemos y creemos en la naturaleza eterna de la familia. Este entendimiento y creencia deben inspirarnos a hacer todo lo que esté a nuestro alcance para establecer un hogar centrado en Cristo. Les doy mi testimonio de que, a medida que nos esforcemos por hacerlo, practicaremos más plenamente el amor y el servicio que fueron ejemplificados mediante la vida y la Expiación de nuestro Salvador Jesucristo; y, como resultado, realmente podremos sentir que nuestro hogar es un pedacito de cielo en la tierra. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Hechos 17:27-28.
2. “Soy un hijo de Dios”, *Himnos*, Nº 196.
3. Doctrina y Convenios 130:2; véase también Robert D. Hales, “La familia eterna”, *Liahona*, enero de 1997, pág. 72.
4. Alma 42:8.
5. Véase “La Familia: Una Proclamación para el Mundo”, *Liahona*, noviembre de 2010, pág. 129.
6. Miller, C. C., “The Echo”, en *Best-Loved Poems of the LDS People*, editado por Jack M. Lyon y colaboradores, Salt Lake City: Deseret Book, 1996, págs. 312-313.
7. Doctrina y Convenios 68:25; cursiva agregada.



Por el élder Cecil O. Samuelson Jr.

De los Setenta

Testimonio

Los fundamentos para obtener y mantener un testimonio del evangelio de Jesucristo son sencillos, claros y están al alcance de toda persona.

Durante muchos años, una de las grandes bendiciones que he tenido en la vida ha sido la oportunidad de estar rodeado de los jóvenes de la Iglesia y de trabajar con ellos. Considero que esas asociaciones y amistades están entre las más dulces y valiosas de mi vida; y también son mucha de la base del gran optimismo que tengo en el futuro de la Iglesia, de la sociedad y del mundo.

Durante esas interacciones, también he tenido el privilegio de dialogar con algunos que han tenido diversas dudas o dificultades con su testimonio. Aunque los detalles han sido variados y en ocasiones exclusivos, muchas de las preguntas y las causas de confusión han sido muy similares. Asimismo, esos problemas e inquietudes no se limitan a ningún grupo demográfico ni de edad; pueden afectar a miembros de familias que han formado parte de la Iglesia por generaciones, a miembros de la Iglesia relativamente nuevos y también a los que apenas empiezan a conocer La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. Por lo general, sus preguntas son el resultado de la investigación sincera o de la curiosidad. Debido a que las implicaciones revisten tanta importancia y relevancia

para cada uno de nosotros, parece adecuado analizar el tema de nuestro testimonio. En el contexto Santo de los Últimos Días, nos referimos al testimonio como nuestra certeza de la veracidad del evangelio de Jesucristo, que se obtiene por revelación mediante el Espíritu Santo.

Aunque un testimonio sea sencillo y claro, varias posibles preguntas surgen de esa definición, tales como: ¿Quién tiene derecho a tener un testimonio? ¿Cómo obtiene uno la revelación necesaria? ¿Cuáles son los pasos para obtener un testimonio? ¿Obtener un testimonio es un acontecimiento aislado o un proceso continuo? Cada una de estas y otras preguntas tienen sus propias ramificaciones, pero los fundamentos para obtener y mantener un testimonio del evangelio de Jesucristo son sencillos, claros y están al alcance de toda persona.

Permítanme responder brevemente a estas posibles incertidumbres y luego referirme a algunas ideas que han compartido mis amigos jóvenes adultos de confianza que han tenido sus propias experiencias al obtener su testimonio. Ellos también han tenido la oportunidad de ministrar a otros que tienen problemas o dificultades con algunos aspectos de su fe y sus creencias.

Primero, ¿quién tiene derecho a tener un testimonio? Todo el que esté dispuesto a pagar el precio; es decir, guardar los mandamientos. “Por tanto, la voz del Señor habla hasta los extremos de la tierra, para que oigan todos los que quieran oír” (D. y C. 1:11). Una de las razones fundamentales para la restauración del Evangelio es que “todo hombre hable en el nombre de Dios el Señor, el Salvador del mundo; para que también la fe aumente en la tierra” (Doctrina y Convenios 1:20–21).

Segundo, ¿cómo se obtiene la revelación necesaria y cuáles son los pasos fundamentales para obtenerla? El modelo ha sido claro y uniforme a lo largo de las épocas. La promesa que se hace para recibir un testimonio del Libro de Mormón también se aplica en general:

“Y cuando recibáis estas cosas [es decir, cuando hayan escuchado, leído, estudiado y meditado el asunto en cuestión]... preguntéis a Dios el Eterno Padre, en el nombre de Cristo, si no son verdaderas estas cosas [es decir, que orarán con esmero, de forma específica y reverente, con un compromiso firme de obedecer lo que se les responda en la oración]; y si pedís con un corazón sincero, con verdadera intención, teniendo fe en Cristo, él os manifestará la verdad de ellas por el poder del Espíritu Santo;

“y por el poder del Espíritu Santo podréis conocer la verdad de todas las cosas” (Moroni 10:4–5).

Tercero, ¿obtener un testimonio es un acontecimiento aislado o un proceso continuo? Un testimonio es similar a un organismo vivo que crece y se desarrolla cuando se le brinda el trato adecuado; necesita nutrición constante, atención y protección para crecer y prosperar. Del mismo modo, si somos negligentes o si nos

desviamos del modelo de vida que permite mantener el testimonio, podemos perderlo o éste puede menguar. Las Escrituras advierten que transgredir o quebrantar los mandamientos de Dios puede terminar en la pérdida del Espíritu e incluso en la negación del testimonio que uno tenía (véase D. y C. 42:23).

Permítanme ahora compartir diez observaciones y sugerencias de mis apreciados y fieles amigos jóvenes. Las ideas que comparten poseen características comunes en cuanto a su forma de pensar y experimentar, por lo que probablemente no nos resultarán asombrosas a ninguno de nosotros. Desafortunadamente y de forma particular, en nuestros momentos de lucha y aflicción, podríamos olvidarlas temporalmente o descartar que éstas sean aplicables a nosotros.

Primero, todos somos valiosos porque todos somos hijos de Dios. Él nos conoce, nos ama y quiere que tengamos éxito y regresemos a Él. Debemos aprender a confiar más en Su amor y en Su tiempo que en nuestros propios deseos que suelen ser impacientes e imperfectos.

Segundo, aunque creamos plenamente en el gran cambio de corazón que se describe en las Escrituras (véase Mosíah 5:2; Alma 5:12-14, 26), debemos entender que éste suele ocurrir de manera gradual, en vez de forma instantánea o general, y en respuesta a preguntas específicas, experiencias e inquietudes, así como por medio del estudio y de la oración.

Tercero, tenemos que recordar que un propósito fundamental de la vida es ser probados y sometidos a tensión; por tanto, debemos aprender a crecer a partir de nuestros desafíos y a agradecer las lecciones aprendidas que no podríamos adquirir de una forma más fácil.



Khayelitsha, Sudáfrica

Cuarto, debemos aprender a confiar en las cosas que creemos o sabemos para que nos sostengan en momentos de incertidumbre o con asuntos con los que tenemos dificultad.

Quinto, como Alma enseñó, obtener un testimonio normalmente consiste en progresar a lo largo de un camino sucesivo de esperanza, creencia y, por último, de conocimiento de la veracidad de un principio o doctrina específicos, o del Evangelio mismo (véase Alma 32).

Sexto, enseñar a alguien lo que sabemos fortalece nuestro testimonio a medida que edificamos el de la otra persona. Cuando uno da dinero o comida a alguien, uno termina con menos. Sin embargo, cuando uno comparte su testimonio, éste se fortalece y aumenta tanto en el que lo comparte como en el que lo escucha.

Séptimo, debemos hacer las cosas pequeñas pero necesarias a diario y con regularidad. Las oraciones, el estudio de las Escrituras, la asistencia a las reuniones de la Iglesia, la adoración en el templo, el cumplimiento de las visitas de maestras visitantes, la orientación familiar y otras asignaciones, fortalecen nuestra fe e invitan

al Espíritu a nuestra vida. Cuando descuidamos alguno de esos privilegios, ponemos en peligro nuestro testimonio.

Octavo, no debemos tener para los demás estándares más altos que los nuestros. Muy a menudo podemos dejar que los errores o las faltas de los demás, especialmente de los líderes o miembros de la Iglesia, influyan en cómo nos sentimos acerca de nosotros mismos o afecten nuestro testimonio. Las dificultades de otras personas no son una excusa para nuestras propias deficiencias.

Noveno, es bueno recordar que ser demasiado severo con uno mismo cuando se comete un error puede ser tan negativo como ser demasiado despreocupado cuando se necesita un verdadero arrepentimiento.

Y décimo, siempre debe quedar claro que la expiación de Cristo está plena y continuamente en vigencia para cada uno de nosotros cuando permitimos que así sea. Así, todo lo demás encaja en su lugar, aunque sigamos batallando con ciertos detalles, hábitos o piezas que parecieran faltar en el mosaico de nuestra fe.

Estoy agradecido por las ideas, los

puntos fuertes y los testimonios de muchos de mis ejemplares jóvenes amigos y asociados. Cuando estoy con ellos, me fortalezco; y cuando sé que están con otros, me alienta el saber que están haciendo el bien y prestan servicio en nombre del Maestro, a quien adoran y se esfuerzan por obedecer.

La gente hace cosas buenas e importantes debido a que tiene un testimonio. Si bien eso es cierto, también obtenemos un testimonio debido a lo que hacemos. Jesús dijo:

“Mi doctrina no es mía, sino de aquel que me envió.

“El que quiera hacer la voluntad de él conocerá si la doctrina es de Dios o si yo hablo por mí mismo” (Juan 7:16–17).

“Si me amáis, guardad mis mandamientos” (Juan 14:15).

Al igual que Nefi y Mormón de la antigüedad, “no sé el significado de todas las cosas” (1 Nefi 11:17; véase también Palabras de Mormón 1:7), pero déjenme decirles lo que sí sé.

Sé que Dios, nuestro Padre Celestial, vive y nos ama. Sé que Su Hijo único y especial, Jesucristo, es nuestro Salvador y Redentor y es Cabeza de la Iglesia que lleva Su nombre. Sé que José Smith vivió todo lo que ha dicho y enseñado con respecto a la restauración del Evangelio en nuestros días. Sé que hoy nos guían apóstoles y profetas, y que el Presidente Thomas S. Monson posee todas las llaves del sacerdocio que se necesitan para bendecir nuestra vida y adelantar la obra del Señor. Sé que todos tenemos derecho a este conocimiento, y si están pasando dificultades, pueden confiar en la veracidad de los testimonios que escuchan desde este púlpito en esta conferencia. Ésas son las cosas que sé y de ellas ofrezco mi testimonio, en el nombre de Jesucristo. Amén. ■



Por el élder Dallin H. Oaks

Del Quórum de los Doce Apóstoles

El deseo

A fin de lograr nuestro destino eterno, desearemos las cualidades que se requieran para convertirnos en un ser eterno y trabajaremos para obtenerlas.

He decidido hablar sobre la importancia del *deseo*. Espero que cada uno de nosotros examine su corazón para determinar lo que realmente desea y cómo clasifica sus deseos más importantes.

Los deseos dictan nuestras prioridades, las prioridades afectan nuestras decisiones y las decisiones determinan nuestras acciones. Los deseos sobre los que actuamos determinan las cosas que cambiamos, lo que logramos y lo que llegamos a ser.

Primero hablo sobre algunos deseos comunes. Como seres mortales, tenemos necesidades físicas básicas. Los deseos que satisfacen estas necesidades compelen nuestras decisiones y determinan nuestras acciones. Tres ejemplos demostrarán cómo anulamos esos deseos con otros deseos que consideramos más importantes.

Primero, la comida. Tenemos la necesidad básica de la comida, pero por un tiempo ese deseo puede superarse por un deseo más fuerte de ayunar.

Segundo, un techo. Como jovencito de 12 años, me resistía al deseo de refugiarme bajo un techo porque tenía un deseo mayor de cumplir con el requisito de escultismo de pasar una noche en el bosque. Yo era uno de los tantos jovencitos que dejaba las

cómodas tiendas o carpas y hallaba el modo de construir un refugio y preparaba una cama primitiva de los materiales naturales que podíamos hallar.

Tercero, el dormir. Incluso este deseo básico puede anularse por un deseo aún más importante. Como joven soldado de la Guardia Nacional de Utah, aprendí un ejemplo de ello de un oficial experto en combate.

En los primeros meses de la Guerra de Corea se llamó al servicio activo a una batería de artillería de campaña de Richfield, de la Guardia Nacional de Utah. El grupo de artillería, comandado por el capitán Ray Cox constaba de unos 40 hombres mormones. Después de entrenamiento adicional y con soldados de reserva de otros lugares como refuerzo, se los envió a Corea, donde participaron en algunos de los combates más feroces de esa guerra. En una batalla, tuvieron que rechazar un asalto directo hecho por cientos de soldados de la infantería enemiga, la clase de ataque que había anulado y destruido a otros grupos de artillería de campaña.

¿Qué tiene que ver eso con el superar nuestro deseo de dormir? Durante una noche crucial, cuando la infantería enemiga había atravesado el frente y llegado a la retaguardia que estaba en manos de la artillería, el capitán hizo

que las líneas telefónicas se conectaran con su tienda de campaña y ordenó que los numerosos guardias que cuidaban el perímetro lo llamaran a cada hora, en punto, a lo largo de toda la noche. Eso mantuvo a sus guardias despiertos, pero también significó que el sueño del capitán Cox se interrumpió una y otra vez. “¿Cómo lo hizo?”, le pregunté. Su respuesta demuestra el poder de un deseo abrumador:

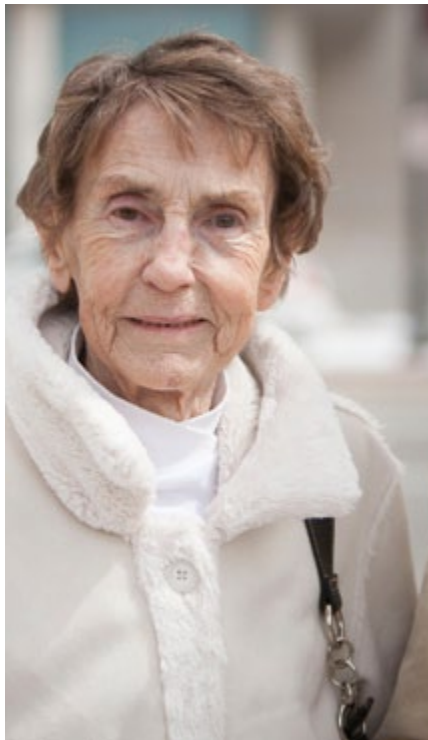
“Sabía que si alguna vez regresábamos a casa, me encontraría con los padres de esos muchachos en las calles de nuestro pequeño pueblo y no quería tener que enfrentar a ninguno de ellos si sus hijos no regresaban a casa por algo en lo que yo hubiese fallado como su comandante”¹.

¡Qué ejemplo del poder que significa un deseo abrumador en cuanto a prioridades y acciones! ¡Qué ejemplo tan poderoso para todos nosotros, que somos responsables por el bienestar de otras personas: padres, líderes y maestros de la Iglesia!

Para concluir esa ilustración, temprano en la mañana que siguió a esa noche de insomnio, el capitán Cox guió a sus hombres en una contraofensiva sobre la infantería enemiga; tomaron 800 prisioneros y sólo tuvieron dos heridos. Al capitán Cox se lo condecoró por su valentía, y a su batería se la condecoró con la Unidad con Mención Presidencial por su extraordinario heroísmo y, como los guerreros de Helamán (véase Alma 57:25–26) todos regresaron a casa².

El Libro de Mormón contiene muchas enseñanzas sobre la importancia del deseo.

Después de muchas horas de luchar con el Señor, se le dijo a Enós que sus pecados le eran perdonados. Entonces, él “empe[zó] a anhelar” el bienestar de sus hermanos (Enos 1:9); él escribió: “Y... después que hube orado y me



hube afanado con toda diligencia, me dijo el Señor: Por tu fe, te concederé conforme a tus deseos” (versículo 12). Fíjense en los tres factores esenciales que precedieron la bendición prometida: deseo, labor y fe.

En su sermón sobre la fe, Alma enseña que la fe puede comenzar aunque “más no sea [con un] deseo de creer” si “dejamos que este deseo obre en [nosotros]” (Alma 32:27).

Otra gran enseñanza sobre el deseo, especialmente sobre lo que debería ser nuestro mayor deseo, ocurre cuando el misionero Aarón le enseñó al rey lamanita. Cuando las enseñanzas de Aarón captaron su interés, el rey preguntó: “¿Qué haré para nacer de Dios...” y “...lograr esa vida eterna?” (Alma 42:15). Aarón contestó: “...si tú deseas esto... si te arrepientes de todos tus pecados, y te postras ante Dios e invocas con fe su nombre, creyendo que recibirás, entonces obtendrás la esperanza que deseas” (versículo 16).

El rey así lo hizo y en una oración potente declaró: “...abandonaré todos mis pecados para conocerte ...y [ser] salvo en el postrer día” (versículo 18). Con ese compromiso y esa determinación de su mayor deseo, su oración

fue contestada de manera milagrosa.

El profeta Alma tuvo un gran deseo de proclamar el arrepentimiento a todo pueblo, pero finalmente entendió que él no debía desear el poder persuasivo que eso requeriría porque, concluyó él: “...un Dios justo.... concede a los hombres según lo que deseen, ya sea para muerte o para vida” (Alma 29:4). De modo similar, en la revelación moderna el Señor declara que Él “...[juzgará] a todos los hombres según sus obras, según el deseo de sus corazones” (D. y C. 137:9).

¿Estamos realmente preparados para que nuestro Juez Eterno dé esta enorme importancia a lo que realmente deseamos?

Muchos pasajes de las Escrituras hablan sobre lo que deseamos en términos de lo que buscamos. “El que temprano me busca, me hallará, y no será abandonado” (D. y C. 88:83); “...buscad diligentemente los mejores dones” (D. y C. 46:8); “...el que con diligencia busca, hallará” (1 Nefi 10:19). “Allegaos a mí, y yo me allegaré a vosotros; buscadme diligentemente, y me hallaréis; pedid, y recibiréis; llama, y se os abrirá” (D. y C. 88:63).

Reacomodar nuestros deseos para dar la más alta prioridad a las cosas de la eternidad no es fácil. Todos somos tentados a desear ese cuarteto mundanal de propiedades, prominencia, orgullo y poder. Tal vez los deseemos, pero no debemos establecerlos como nuestras más altas prioridades.

Aquellos cuyos deseos más elevados son adquirir posesiones caen en la trampa del materialismo. No escuchan la advertencia: “No busques las riquezas ni las vanidades de este mundo...” (Alma 39:14; véase también Jacob 2:18).

Aquellos que deseen prominencia o poder deberán seguir el ejemplo del valiente capitán Moroni, cuyo servicio

no fue por “poder” ni por los “honoros del mundo” (Alma 60:36).

¿Cómo nacen nuestros deseos? Muy pocos tendrán el tipo de crisis que motivó a Aron Ralston³, pero su experiencia proporciona una lección valiosa sobre cómo nacen los deseos. Mientras Ralston caminaba en un remoto cañón del sur de Utah, una roca de unos 365 kilos se deslizó y atrapó su brazo derecho. Durante cinco solitarios días luchó por librarse. Cuando estaba a punto de darse por vencido y aceptar la muerte, tuvo una visión de un niño de 3 años que corría hacia él y a quien levantaba con su brazo izquierdo. Considerando eso una visión de su futuro hijo y la seguridad de que aún podría vivir, Ralston se armó de valor para tomar la medida drástica que salvaría su vida antes de quedarse sin fuerzas: quebró los dos huesos de su brazo derecho atrapado y después utilizó la navaja multiuso que tenía en la mano para cortárselo. Después, sacó fuerzas para caminar 8 kilómetros para pedir ayuda⁴. ¡Qué ejemplo del poder que tiene un deseo

abrumador! Cuando tenemos una visión de lo que podemos llegar a ser, nuestro deseo y nuestro poder para actuar aumentan enormemente.

La mayoría de nosotros nunca afrontaremos tan extrema crisis, pero todos afrontamos trampas potenciales que impedirán el progreso hacia nuestro destino eterno. Si nuestros deseos rectos son lo suficientemente intensos, nos motivarán a cortar y a librarnos de adicciones, y de otras presiones pecaminosas y prioridades que impiden nuestro progreso eterno.

Debemos recordar que nuestros deseos rectos no pueden ser superficiales, impulsivos ni temporales. Tienen que ser sinceros, inquebrantables y permanentes; motivados de ese modo, procuraremos la condición descrita por el profeta José Smith, hasta “vencer lo malo de [nuestra vida] y [perder] todo deseo de pecar”⁵. Ésa es una decisión muy personal. Como el élder Neal A. Maxwell dijo:

“[Cuando] se describe a las personas como que ‘han perdido el deseo de pecar’, son ellas y solamente ellas

quienes han decidido dejar en forma deliberada esos malos deseos al tener la voluntad de ‘abandonar todos [sus] pecados para llegar a conocer a Dios’.

“Por lo tanto, todo eso que deseamos insistentemente, con el tiempo, es lo que finalmente llegaremos a ser y lo que recibiremos en la eternidad”⁶.

Aun con lo importante que es perder todo el deseo de pecar, la vida eterna requiere más. A fin de lograr nuestro destino eterno, desearemos las cualidades que se requieran para convertirnos en un ser eterno y trabajaremos para obtenerlas. Por ejemplo, los seres eternos perdonan a todos los que les han hecho daño; ellos ponen el bienestar de los demás por delante de sí mismos; y aman a todos los hijos de Dios. Si eso parece demasiado difícil, y en verdad no es fácil para ninguno de nosotros, entonces debemos comenzar con un deseo de tener dichas cualidades e implorar a nuestro amado Padre Celestial ayuda en cuanto a nuestros sentimientos. El Libro de Mormón nos enseña que debemos “... [pedir] al Padre con toda la energía de nuestros corazones, que [seamos] llenos de este amor que él ha otorgado a todos los que son discípulos verdaderos de su Hijo Jesucristo” (Moroni 7:48).

Termino con un ejemplo final de un deseo que debería ser primordial para todos los hombres y las mujeres, los que están casados y los que están solteros. Todos debemos desear y trabajar seriamente para asegurarnos un matrimonio por la eternidad. Aquellos que ya han logrado un matrimonio en el templo deben hacer todo lo posible por conservarlo. Aquellos que estén solteros deben desear un matrimonio en el templo y realizar esfuerzos prioritarios para obtenerlo. Los jóvenes y jóvenes adultos solteros deben resistir el concepto políticamente correcto,





pero eternamente falso, que desacredita la importancia de casarse y de tener hijos⁷.

Hombres solteros, tengan a bien considerar el reto de esta carta escrita por una hermana soltera. Ella rogaba por “las justas hijas de Dios que están sinceramente buscando una ayuda idónea digna; sin embargo, los hombres parecen estar ciegos y confundidos en cuanto a si es su responsabilidad o no buscar a esas maravillosas y escogidas hijas de nuestro Padre Celestial, cortejarlas y estar dispuestos a hacer convenios sagrados en la casa del Señor”. Ella termina: “Hay muchos jóvenes Santos de los Últimos Días que están felices de salir y divertirse, y de tener citas y pasar tiempo juntos, pero no tienen ningún deseo de establecer un compromiso con una mujer”⁸.

Estoy seguro de que a algunos

jóvenes les gustaría que yo agregara que hay algunas señoritas cuyos deseos de un matrimonio digno y de tener hijos se encuentran muy por debajo de sus deseos de lograr una carrera u otras distinciones terrenales. Tanto los hombres como las mujeres necesitan deseos rectos que los conduzcan a la vida eterna.

Recordemos que los deseos dictan nuestras prioridades, las prioridades afectan nuestras decisiones y las decisiones determinan nuestras acciones. Además, son nuestras acciones y nuestros deseos los que hacen que lleguemos a ser algo, tanto un amigo sincero, un maestro talentoso o uno que merezca la vida eterna.

Testifico de Jesucristo, cuyo amor, cuyas enseñanzas y cuya Expiación lo hacen todo posible. Ruego que, sobre todo, deseemos llegar a ser como Él, de modo que un día podamos

regresar a Su presencia para recibir la plenitud de Su gozo. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTES

1. Notas personales de mi entrevista con Ray Cox, Mt. Pleasant, Utah, 1 de agosto de 1985, quien confirmó lo que me dijo en Provo, Utah, alrededor de 1953.
2. Véase Richard C. Roberts, *Legacy: The History of the Utah National Guard*, 2003, págs. 307–314; “Self-Propelled Task Force,” *The National Guardsman*, ejemplar de la revista de mayo de 1971, cubierta posterior; “*Miracle at Kap Yong: The Story of the 213th*” (película producida por la Universidad Southern Utah, 2002).
3. Véase Aron Ralston, *Between a Rock and a Hard Place*, 2004.
4. Aron Ralston, *Between a Rock and a Hard Place*, pág. 248.
5. Véase *Enseñanzas de los presidentes de la Iglesia: José Smith*, 2007, pág. 222.
6. Véase Neal A. Maxwell, “Según nuestros deseos”, *Liahona*, enero de 1997, págs. 21–24.
7. Véase Julie B. Beck, “Enseñar la doctrina de la familia”, *Liahona* y *Ensign*, marzo de 2011, págs. 32–37.
8. Carta del 14 de septiembre de 2006.



Por el élder M. Russell Ballard
Del Quórum de los Doce Apóstoles

Encontrar gozo al servir con amor

Demostremos nuestro amor y aprecio por el sacrificio expiatorio del Salvador a través de actos de servicio sencillos y caritativos.

Hermanos y hermanas, espero que los que estén de visita en Salt Lake aprovechen la oportunidad de disfrutar de los colores y las fragancias de las hermosas flores de primavera en la Manzana del Templo.

La primavera trae una renovación de luz y de vida recordándonos, a través del ciclo de las estaciones, la vida, el sacrificio y la resurrección de nuestro Señor y Redentor Jesucristo, porque “todas las cosas... [dan] testimonio de [Él]” (Moisés 6:63).

En contraste con ese hermoso escenario de la primavera y su simbolismo de esperanza, existe un mundo de incertidumbre, complejidad y confusión. Las exigencias diarias de la vida —los estudios, el trabajo, la crianza de los hijos, la administración y los llamamientos de la Iglesia, las actividades seculares, e incluso el dolor y la tristeza por una enfermedad y tragedia imprevistas— nos pueden agotar. ¿Cómo podemos librarnos de esa maraña de problemas e incertidumbres para encontrar tranquilidad y felicidad?

Muchas veces somos como el joven mercader de Boston, quien, según

cuenta la historia, en 1849 se vio atrapado en el fervor de la fiebre del oro de California. Vendió todas sus posesiones para buscar su fortuna en los ríos de California, los cuales, según le habían dicho, estaban llenos de pepitas de oro tan grandes que apenas se podían cargar.

Día tras día, el joven sumergía su batea en el río y salía vacía. Su única recompensa era una pila creciente de piedras. Desalentado y en ruinas, estaba listo para abandonar la empresa; hasta que un día un viejo buscador de oro con experiencia le dijo: “Muchacho, vaya montón de piedras que tienes ahí”.

El joven respondió: “Aquí no hay oro; me voy a volver a casa”.

El viejo buscador de oro caminó hacia el montón de rocas y dijo: “Claro que hay oro aquí; sólo tienes que saber dónde buscarlo”; tomó dos piedras en las manos y golpeó una contra la otra. Una de las rocas se partió y mostró varias partículas de oro que brillaban bajo el sol.

Mirando la bolsa de cuero repleta que el buscador de oro tenía atada a la cintura, el joven dijo: “Busco pepitas

como las de la bolsa, no partículas microscópicas”.

El viejo buscador le mostró la bolsa al joven, quien al mirar dentro esperaba ver varias pepitas grandes; pero se sorprendió al ver que estaba llena de miles de partículas de oro.

El viejo buscador, dijo: “Hijo, me parece que estás tan ocupado buscando pepitas grandes que te pierdes la oportunidad de llenar tu bolsa con estas preciosas partículas de oro. La acumulación paciente de estas pequeñas partículas me ha dado una gran fortuna”.

Este relato ilustra la verdad espiritual que Alma enseñó a su hijo Helamán:

“Por medio de cosas pequeñas y sencillas se realizan grandes cosas... y por medios muy pequeños el Señor... realiza la salvación de muchas almas” (Alma 37:6–7).

Hermanos y hermanas, el evangelio de Jesucristo es sencillo, no importa lo mucho que nos esforcemos por complicarlo. Similarmente, debemos esforzarnos por mantener nuestra vida sencilla, libre de influencias extrañas, centrada en lo que más importa.

¿Cuáles son las cosas preciosas y sencillas del Evangelio que aportan claridad y propósito a nuestra vida? ¿Cuáles son las partículas de oro del Evangelio que acumuladas pacientemente en el transcurso de nuestra vida nos brindarán el máximo tesoro: el precioso don de la vida eterna?

Creo que hay un principio sencillo y a la vez profundo, aun sublime, que abarca la totalidad del evangelio de Jesucristo. Si atesoramos ese principio de todo corazón, y lo convertimos en el centro de nuestra vida, nos purificará y santificará para que podamos vivir de nuevo en la presencia de Dios.



actos desconsiderados. Enseñemos a los miembros de nuestra familia, por medio del ejemplo, a tener amor unos por otros.

Otro lugar donde tenemos grandes oportunidades de servir es en la Iglesia. Nuestros barrios y nuestras ramas deben ser un lugar donde la regla de oro siempre guíe nuestras palabras y nuestras acciones hacia los demás. Al tratar a los demás con amabilidad, brindando palabras de apoyo y aliento, y al ser sensibles a las necesidades unos de otros, podemos contribuir a crear una compasiva unidad entre los miembros del barrio. Donde hay caridad, no hay lugar para los chismes ni las palabras hirientes.

Los miembros del barrio, tanto adultos como jóvenes, pueden unirse para prestar servicio significativo a fin de bendecir la vida de los demás. Hace sólo dos semanas, el presidente del Área Sudamérica Noroeste, el élder Marcus B. Nash, de los Setenta, informó que al asignar “el fuerte de espíritu a aquellos que son débiles” están rescatando a cientos de menos activos, tanto adultos como jóvenes. Por medio del amor y el servicio están regresando “uno a uno”. Esos actos de bondad crean un lazo fuerte y duradero entre todos los participantes, tanto entre los que brindan la ayuda como entre los que la reciben. Esa clase de servicio es la fuente de muchos recuerdos hermosos.

Cuando pienso en los muchos años que llevo en la administración de la Iglesia, algunos de los recuerdos más profundos que tengo son las veces que me uní a otros miembros del barrio para ayudar a alguien.

Por ejemplo, recuerdo que cuando yo era obispo trabajé junto con varios miembros del barrio para limpiar los silos de la granja de bienestar de la estaca. ¡Esa no era una tarea agradable!

El Salvador habló de ese principio cuando le respondió al fariseo que le preguntó: “Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento de la ley?

“Y Jesús le dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma y con toda tu mente.

“Éste es el primero y grande mandamiento.

“Y el segundo es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Mateo 22:36–39).

Sólo cuando amemos a Dios y a Cristo con todo nuestro corazón, nuestra alma y nuestra mente, seremos capaces de compartir ese amor con nuestro prójimo mediante actos de bondad y de servicio, de la manera en que el Salvador nos amaría y serviría a todos si estuviera hoy entre nosotros.

Cuando ese amor puro de Cristo, la caridad, nos envuelve, pensamos, sentimos y actuamos más como nuestro Padre Celestial y Jesús piensan, sienten y actúan. Nuestra motivación y el deseo sincero son semejantes a los del Salvador. Él compartió ese deseo

con Sus apóstoles en la víspera de Su crucifixión. Él dijo:

“Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado ...

“En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tenéis amor los unos por los otros” (Juan 13:34–35).

El amor que describe el Salvador es un amor activo; no se manifiesta por medio de acciones grandiosas y heroicas, sino por medio de actos sencillos de bondad y de servicio.

Hay miles de formas y circunstancias en las que podemos servir y amar a los demás. Me gustaría sugerir algunas.

En primer lugar, la caridad empieza por casa. El principio más importante que debería regir todo hogar, es la práctica de la regla de oro; es decir, la admonición del Señor de que “todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos” (Mateo 7:12). Imagínense por un momento cómo se sentirían si fueran ustedes los receptores de palabras o



Invitamos a un miembro menos activo, que no había ido a la Iglesia por muchos años, a que nos ayudara. Debido al amor y el hermanamiento que sintió de nosotros mientras trabajábamos y hablábamos en ese silo maloliente, volvió a la Iglesia y más tarde se selló en el templo con su esposa y con sus hijos. El hermanamiento que le brindamos por medio del servicio ha bendecido a sus hijos, nietos, y ahora a sus bisnietos. Muchos de ellos han servido en misiones, se han casado en el templo y están criando familias eternas; una gran obra que surgió gracias a un sencillo acto, una pequeña partícula de oro.

Un tercer ámbito en el que podemos prestar servicio es en nuestras comunidades. Podemos tender la mano a los necesitados como manifestación de nuestro amor e interés. Muchos de ustedes se han puesto las camisetas de “Manos mormonas que ayudan” y han

trabajado incansablemente para aliviar el sufrimiento y mejorar sus comunidades. Los jóvenes adultos solteros de la Estaca Sendai, Japón, recientemente han prestado valioso servicio en la búsqueda de los miembros después del devastador terremoto y maremoto. Hay innumerables maneras de servir.

Mediante nuestra bondad y servicio sinceros nos hacemos amigos de las personas a quienes servimos. De esas amistades surge mayor entendimiento de nuestra devoción al Evangelio y un deseo de aprender más acerca de nosotros.

Mi buen amigo, el élder Joseph Wirthlin, habló del poder de este principio cuando dijo: “La bondad es la esencia de la grandeza... [Es] un pasaporte que abre puertas y da forma a los amigos; ablanda el corazón y moldea las relaciones que pueden durar toda la vida (“La virtud de la bondad”, *Liahona*, mayo de 2005, pág. 26).

Otra forma de servir a los hijos del Padre Celestial es mediante el servicio misional; no sólo como misioneros de tiempo completo, sino también como amigos y vecinos. El futuro crecimiento de la Iglesia no se llevará a cabo simplemente tocando puertas de gente desconocida; sucederá cuando los miembros, junto con nuestros misioneros, llenos del amor de Dios y de Cristo, reconozcan y atiendan a esas necesidades en el espíritu de servicio caritativo.

Cuando hacemos esto, hermanos y hermanas, los de corazón sincero sentirán nuestra sinceridad y nuestro amor. Muchos querrán saber más acerca de nosotros. Sólo así la Iglesia se expandirá y llenará toda la tierra. Eso no lo pueden lograr los misioneros solamente, sino que requiere el interés y el servicio de cada miembro.

En todos nuestro servicio tenemos que ser sensibles a los susurros del Espíritu Santo. La voz suave y apacible nos hará saber quién necesita nuestra ayuda y qué podemos hacer para ayudarlos.

El presidente Spencer W. Kimball dijo: “Es vital que nos prestemos servicio unos a otros en el reino... Son muchas las veces en que nuestros actos de servicio consisten simplemente en palabras de aliento, en... ayuda en tareas cotidianas, ¡pero qué consecuencias gloriosas pueden tener... las acciones sencillas pero deliberadas!” (*Enseñanzas de los presidentes de la Iglesia: Spencer W. Kimball*, 2006, pág. 92).

Y el Presidente Thomas S. Monson ha aconsejado:

“Siempre habrá personas con necesidades, y cada uno de nosotros puede hacer algo para ayudar a alguien...”

a menos que nos perdamos en dar servicio a los demás, nuestra propia vida tiene poco propósito” (“¿Qué



Por el élder Neil L. Andersen
Del Quórum de los Doce Apóstoles

he hecho hoy por alguien?" *Liahona*, noviembre de 2009, pág. 85).

Hermanos y hermanas, quisiera reiterar que el atributo más importante de nuestro Padre Celestial y de Su Hijo Amado que debemos desear y procurar poseer es el don de la caridad, "el amor puro de Cristo" (Moroni 7:47). De ese don emana nuestra capacidad de amar y de servir a los demás, como lo hizo el Salvador.

El profeta Mormón nos enseñó la importancia suprema de ese don y nos dijo cómo podemos recibirlo: "Por consiguiente, amados hermanos míos, pedid al Padre con toda la energía de vuestros corazones, que seáis llenos de este amor que él ha otorgado a todos los que son discípulos verdaderos de su Hijo Jesucristo; para que lleguéis a ser hijos de Dios; para que cuando él aparezca, seamos semejantes a él, porque lo veremos tal como es; para que tengamos esta esperanza; para que seamos purificados así como él es puro" (Moroni 7:48).

Grandes cosas se logran por medio de cosas pequeñas y sencillas. Al igual que las partículas de oro que se van acumulando con el tiempo hasta ser un gran tesoro, nuestros actos de bondad y de servicio pequeños y sencillos se acumularán para crear una vida llena de amor hacia nuestro Padre Celestial, de devoción a la obra del Señor Jesucristo, y de un sentido de paz y alegría cada vez que nos acerquemos con amor el uno al otro.

Al acercarnos a la temporada de la Pascua de Resurrección, deseo que demos nuestro amor y aprecio por el sacrificio expiatorio del Salvador a través de nuestros actos de servicio sencillos y caritativos a nuestros hermanos y hermanas en el hogar, en la Iglesia y en nuestras comunidades. Por esto ruego, en el nombre de Jesucristo. Amén. ■

Preparar al mundo para la Segunda Venida

La misión de ustedes será una oportunidad sagrada de traer a otros a Cristo y ayudar en la preparación "para la segunda venida del Salvador".

Esta noche hablo en particular a los que tienen de 12 a 25 años y que poseen el sacerdocio de Dios. Pensamos mucho en ustedes y oramos por ustedes. Una vez conté el relato de nuestro nieto de cuatro años que empujó fuertemente a su pequeño hermano. Después de consolar al niño que lloraba, mi esposa Kathy se dirigió al de cuatro años y le preguntó: "¿Por qué empujaste a tu hermanito?" Él miró a su abuela y dijo: "Mimi, lo siento, perdí mi anillo HLJ y no puedo hacer lo justo". Sabemos que ustedes se esfuerzan mucho para hacer lo justo siempre. Los amamos mucho.

¿Alguna vez han pensado por qué se los envié a la tierra en esta época específica? No nacieron durante la época de Adán y Eva, ni cuando los faraones gobernaban Egipto ni durante la dinastía Ming. Han venido a la tierra en este momento, veinte siglos después de la primera venida de Cristo. El sacerdocio de Dios ha sido restaurado en la tierra y el Señor ha extendido Su mano a fin de preparar

al mundo para Su glorioso regreso. Éstos son días de gran oportunidad e importantes responsabilidades. Éstos son los días de ustedes.

Con su bautismo, ustedes han declarado su fe en Jesucristo. Con su ordenación al sacerdocio, sus talentos y aptitudes espirituales se han incrementado. Una de sus responsabilidades importantes es ayudar a preparar el mundo para la segunda venida del Salvador.

El Señor ha designado a un profeta, el presidente Thomas S. Monson, para dirigir la obra de Su sacerdocio. A ustedes, el presidente Monson les ha dicho: "El Señor necesita misioneros"¹. "Todo joven digno y capaz debe prepararse para servir en una misión. El servicio misional es un deber del sacerdocio, una obligación que el Señor espera de [ustedes] a quienes se [les] ha dado tanto"².

El servicio misional requiere sacrificio. Siempre habrá algo que dejarán atrás al responder el llamado a servir del profeta.



Los que son seguidores del rugby saben que los “All Blacks” de Nueva Zelanda, nombre otorgado por el color de su uniforme, es el equipo de rugby más aclamado de la historia³. Ser seleccionado para los “All Blacks” de Nueva Zelanda puede compararse a jugar para un equipo de fútbol americano en el Superbowl o un equipo de fútbol en el Mundial.

En 1961, a los 18 años, Sidney Going, quien poseía el Sacerdocio Aaronico, estaba convirtiéndose en una estrella de rugby en Nueva Zelanda. Debido a sus notables habilidades, muchos pensaron que el año siguiente sería elegido para la selección nacional de rugby “All Blacks”.

A los 19 años, en el momento crítico de su ascendente carrera en el rugby, Sid declaró que iba a renunciar al rugby para servir en una misión. Algunos lo llamaron loco; otros lo llamaron tonto⁴. Argumentaron que quizás su oportunidad en el rugby nunca volvería.

Sid no se preocupaba de lo que dejaba atrás, sino de la oportunidad y la responsabilidad que tenía por delante.

Él tenía el deber del sacerdocio de ofrecer dos años de su vida para declarar la realidad del Señor Jesucristo y de Su Evangelio restaurado. Nada, ni siquiera la oportunidad de jugar en la selección nacional, con todos los elogios que ello traería, le impediría cumplir con ese deber⁵.

Fue llamado por un profeta de Dios a servir en la Misión Canadá Occidental. Hace cuarenta y ocho años este mes, el élder Sidney Going, de 19 años, salió de Nueva Zelanda para servir como misionero de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días.

Sid me contó una experiencia que tuvo en la misión. Era de noche y él y su compañero estaban a punto de regresar a su apartamento; pero decidieron visitar una familia más. El padre los dejó entrar; el élder Going y su compañero testificaron del Salvador; la familia aceptó un Libro de Mormón y el padre leyó toda la noche. En la siguiente semana y media él leyó todo el Libro de Mormón, Doctrina y Convenios y la Perla de Gran Precio. Después de unas semanas, la familia se bautizó⁶.

¿Una misión en vez de un puesto en el equipo “All Blacks” de Nueva Zelanda? Sid respondió: “La bendición de traer a [otras personas] al Evangelio sobrepasa cualquier cosa que [uno] pudiera sacrificar”⁷.

Probablemente se estén preguntando lo que ocurrió con Sid después de la misión. Lo más importante: un matrimonio eterno con su querida Colleen; cinco nobles hijos y una generación de nietos. Él ha vivido su vida confiando en su Padre en los Cielos, guardando los mandamientos y sirviendo a los demás.

¿Y el rugby? Después de su misión, Sid Going se convirtió en uno de los centrocampistas más grandes de la historia de los “All Blacks”; jugó 11 temporadas y fue el capitán del equipo por muchos años⁸.

¿Qué tan bueno fue Sid Going? Fue tan bueno que los horarios de entrenamiento y de juego se cambiaron porque él no jugaba los domingos⁹. Sid fue tan bueno que la reina de Inglaterra reconoció su contribución al rugby¹⁰; fue tan bueno que se escribió un libro sobre él titulado *Super Sid*.

¿Qué pasaría si Sid no hubiera recibido esos honores después de la misión? Uno de los grandes milagros del servicio misional en esta Iglesia es que Sid Going y miles como él no se han preguntado: “¿Qué recibiré de la misión?”, sino “¿qué puedo dar?”.

La misión de ustedes será una oportunidad sagrada de traer a otros a Cristo y ayudar en la preparación “para la segunda venida del Salvador”.

El Señor ha hablado por mucho tiempo de los preparativos necesarios para Su segunda venida. A Enoc le declaró: “...justicia enviaré desde los cielos; y la verdad haré brotar de la tierra... y haré que la justicia y la verdad inunden la tierra como con un diluvio, a fin de recoger a mis escogidos de las cuatro partes de la tierra...”¹¹. El profeta Daniel profetizó que en los últimos días el Evangelio rodaría hasta los confines de la tierra, como una “[piedra que] del monte fue cortada, no con mano”¹². Nefi se refirió a la Iglesia de los últimos días como pocos en número pero que se extenderían sobre toda la superficie de la tierra¹³. El Señor declaró en esta dispensación: “Y sois llamados para efectuar el recogimiento de mis escogidos”¹⁴. Mis jóvenes hermanos, su misión es una gran oportunidad y responsabilidad; es importante para ese recogimiento prometido y está vinculada con su destino eterno.

Desde los primeros días de la Restauración, las Autoridades Generales han tomado muy en serio su deber de declarar el Evangelio. En 1837, sólo siete años después de la organización de la Iglesia, en una época de pobreza y persecución, se enviaron misioneros a Inglaterra a enseñar el Evangelio. En un plazo de pocos años, había misioneros predicando en lugares tan diversos como Austria, Polinesia Francesa, India, Jamaica, Chile y China¹⁵.



El Señor ha bendecido esta obra y la Iglesia se está estableciendo en todo el mundo. Esta reunión se traduce a 92 idiomas. Estamos agradecidos por los 52.225 misioneros de tiempo completo que sirven en más de 150 países¹⁶. El sol nunca se pone sobre los justos misioneros que testifican del Salvador. Piensen en el poder espiritual de 52.000 misioneros investidos con el Espíritu del Señor declarando audazmente que “...no se dará otro nombre, ni otra senda ni medio, por el cual la salvación llegue... sino en el nombre de Cristo... y por medio de ese nombre”¹⁷. Expresamos gratitud a las decenas de miles de ex misioneros que han dado y siguen dando lo mejor de sí. El mundo se está preparando para la segunda venida del Salvador en gran medida gracias a la obra del Señor que se realiza mediante Sus misioneros.

El servicio misional es una obra espiritual. La dignidad y la preparación son esenciales. El presidente Monson ha dicho: “Jóvenes, los amonesto a que se preparen para prestar servicio como misioneros. Consérvense limpios y puros, y dignos de representar al Señor”¹⁸. En los años previos a su misión, por favor recuerden la tarea sagrada que tienen por delante. Lo que hagan antes de su misión influirá en gran manera sobre el poder del sacerdocio que llevarán con ustedes a la misión. Prepárense bien.

El presidente Monson señaló que “todo joven digno y capaz debe prepararse para servir en una misión”¹⁹.

De vez en cuando, por cuestiones de salud u otros motivos, alguno quizás no pueda prestar servicio. Ustedes sabrán cuál es su capacidad para servir al hablar con sus padres y con su obispo. Si ésa fuera tu situación, no te sientas menos importante en la noble responsabilidad que tienes ante ti. El Señor es muy generoso con los que lo aman y te abrirá otras puertas.

Algunos quizás se pregunten si son demasiado viejos para prestar servicio. Un amigo mío de China encontró la Iglesia en Camboya cuando tenía más de veinte años. Se preguntaba si todavía debería considerar servir en una misión. Después de orar y de hablar con su obispo, fue llamado y sirvió noblemente en la ciudad de Nueva York. Si les preocupa su edad, oren y hablen con su obispo; él los guiará.

El cincuenta por ciento de todos los misioneros sirven en su propio país. Y eso está bien. El Señor ha prometido que “...todo hombre oirá la plenitud del evangelio en su propia lengua y en su propio idioma”²⁰. A ustedes se los llamará por profecía y servirán donde más se los necesite.

Me encanta reunirme con misioneros por todo el mundo. Recientemente, mientras visitaba la Misión Australia Sydney, ¿saben con quién me encontré? con el élder Sidney Going, la leyenda del rugby de Nueva Zelanda. Ahora, a los 67 años, es misionero otra vez, pero esta vez con una compañera de su propia elección: la hermana Colleen Going. Él me contó de una familia a la que enseñaron. Los padres eran miembros, pero habían estado menos activos en la Iglesia por muchos, muchos años. El élder y la hermana Going ayudaron a reavivar la fe de esa familia. El élder Going me contó del poder que sintió cuando estaba junto a la pila bautismal, al lado del padre de la familia, mientras el

hijo mayor, quien ahora posee el sacerdocio, bautizó a su hermano y a su hermana menores. Él expresó el gozo de contemplar a una familia unida en busca de la vida eterna juntos²¹.

Dirigiéndose a ustedes, la Primera Presidencia ha dicho:

“Ustedes son espíritus escogidos que han nacido en esta época en que las responsabilidades y las oportunidades, al igual que las tentaciones, son sumamente intensas ...

“Oramos por cada uno de ustedes... [para que] lleven a cabo la gran obra que tienen por delante... que sean dignos [y estén dispuestos a] continuar con las responsabilidades de edificar el reino de Dios y de preparar al mundo para la segunda venida del Salvador”²².

Me encanta la pintura de Harry Anderson de la segunda venida del Salvador; me recuerda que Él vendrá en majestad y poder. Se desplegarán acontecimientos asombrosos en la tierra y en los cielos²³.

Los que esperen la venida del Salvador lo “buscarán”. Y Él ha prometido: “¡vendré!”. Los justos lo verán “en las nubes del cielo [con todos los santos ángeles], revestido de poder y gran gloria”²⁴. Un “ángel tocará su trompeta, y los santos... de los cuatro extremos de la tierra”²⁵ serán “arrebatados para recibirlo”²⁶. Los “que hayan dormido”, es decir, los santos dignos que hayan muerto, “[también] saldrán para recibir[lo]”²⁷.

En las Escrituras dice: “el Señor [pondrá] su pie sobre [el] monte”²⁸ y “emitirá su voz, y todos los confines de la tierra la oirán”²⁹.

Mis jóvenes hermanos del sacerdocio, testifico de la majestuosidad, pero sobre todo, de la certeza de este magnífico acontecimiento. El Salvador vive. Él regresará a la tierra. Y ya sea en este lado del velo o del otro,



ustedes y yo nos regocijaremos en Su venida, y agradeceremos al Señor el habernos enviado a la tierra en esta época para cumplir con nuestro sagrado deber de ayudar a preparar el mundo para Su regreso. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Thomas S. Monson, “El Señor necesita misioneros”, *Liahona*, enero de 2011, pág. 4.
2. Thomas S. Monson, “Al encontrarnos reunidos de nuevo”, *Liahona*, noviembre de 2010, pág. 5.
3. Véase “Selección de rugby de Nueva Zelanda”, Wikipedia.org.
4. Véase Bob Howitt, *Super Sid: The Story of a Great All Black*, 1978, pág. 27.
5. Conversación telefónica con el presidente Maxwell Horsford, Estaca Kaikohe, Nueva Zelanda, marzo de 2011.
6. Conversación telefónica con el élder Sidney Going, marzo de 2011.
7. Correo electrónico del élder Sidney Going, marzo de 2011.
8. Véase “Sid Going”, Wikipedia.org
9. Conversación telefónica con el presidente Maxwell Horsford, Estaca Kaikohe, Nueva Zelanda, marzo de 2011.

10. Sid Going fue galardonado con un M.B.E. (Miembro del Orden del Imperio Británico, por su sigla en inglés) en 1978 por sus aportes al deporte del rugby (véase Howitt, *Super Sid*, pág. 265).
11. Moisés 7:62.
12. Daniel 2:45.
13. Véase 1 Nefi 14:12–14.
14. Doctrina y Convenios 29:7.
15. Véase *Deseret News 2011 Church Almanac*, 2011, págs. 430, 458, 463, 487, 505, 512.
16. Hasta el 31 de diciembre de 2010.
17. Mosíah 3:19.
18. Thomas S. Monson, *Liahona*, enero de 2011, pág. 4.
19. Thomas S. Monson, *Liahona*, noviembre de 2010, pág. 5.
20. Doctrina y Convenios 90:11.
21. Conversación telefónica con el élder Sidney Going, marzo de 2011.
22. Véase “Mensaje de la Primera Presidencia”, *Para la Fortaleza de la Juventud: Cumplir nuestro deber a Dios*, 2001, págs. 2–3.
23. Véase Doctrina y Convenios 43:18; 45:40.
24. Doctrina y Convenios 45:44.
25. Doctrina y Convenios 45:45, 46.
26. Doctrina y Convenios 88:96.
27. Doctrina y Convenios 45:45; véase también Doctrina y Convenios 29:13; 88:96–97.
28. Doctrina y Convenios 45:48.
29. Doctrina y Convenios 45:49.



Por el élder Steven E. Snow
De la Presidencia de los Setenta

La esperanza

Nuestra esperanza en la Expiación nos concede el poder de una perspectiva eterna.

Nuestra familia se crió en la elevada región desértica del sur de Utah. Llueve poco y siempre se tienen grandes esperanzas de que haya suficiente agua para el calor del verano. Antes, como ahora, esperábamos que lloviera, orábamos para que lloviera y, en tiempos difíciles, ayunábamos para que lloviera.

Se cuenta que un abuelo llevó a su nieto de cinco años a un paseo por el pueblo. Finalmente, llegaron a una pequeña tienda de comestibles ubicada en la calle principal y se detuvieron a tomar un refresco. Un turista que conducía un automóvil que era de otro estado se acercó al anciano y, señalando a una pequeña nube le preguntó: “¿Cree que va a llover?”.

“Así espero”, contestó el anciano, “si no es por mi bien, por el bien del niño; yo sí he visto llover una vez”.

La esperanza es una emoción que enriquece nuestro diario vivir; se define como “el sentimiento de que las cosas saldrán bien”. Cuando procedemos con esperanza, “miramos hacia adelante con deseo y con razonable confianza” (dictionary.reference.com/browse/hope). Como tal, la esperanza le da a nuestra vida cierta influencia tranquilizante, mientras esperamos con confianza los acontecimientos futuros.

A veces esperamos aquello por lo que tenemos poco o nada de control; esperamos un buen clima; esperamos tener una primavera anticipada; esperamos que nuestros equipos favoritos ganen la copa mundial, el súperbowl o los campeonatos mundiales.

Esa clase de esperanzas hacen interesante nuestra vida, y muchas veces conducen a un comportamiento fuera de lo común, e incluso supersticioso. Por ejemplo, a mi suegro le gustan mucho los deportes, pero está convencido de que si *no* ve a su equipo favorito por televisión, es más factible que ellos ganen. Cuando yo tenía doce años, insistía en ponerme el mismo par de calcetines sin lavar para ir al juego de béisbol, con la esperanza de ganar. Mamá hacía que los dejara en el porche de atrás de la casa.

Otras veces, nuestras esperanzas nos pueden llevar a sueños que pueden inspirarnos a actuar. Si tenemos la esperanza de sacar mejores notas en la escuela, esa esperanza se puede realizar con estudio dedicado y sacrificio. Si tenemos la esperanza de jugar en un equipo ganador, esa esperanza puede llevarnos a la práctica constante, a la dedicación, al trabajo en equipo y finalmente, al éxito.

Roger Bannister era un estudiante de la facultad de medicina

en Inglaterra, y tenía una ambiciosa esperanza: deseaba ser el primero en correr una milla (1.6 km) en menos de cuatro minutos. Durante los comienzos del siglo veinte, los entusiastas de atletismo habían esperado ansiosos el día en que se rompiera el récord de cuatro minutos. A través de los años, muchos excelentes corredores estuvieron a punto de hacerlo, pero no lo lograron. Bannister se dedicó a un tenaz horario de entrenamiento con la esperanza de realizar su meta de lograr un nuevo récord mundial. Algunas personas del mundo de los deportes habían empezado a dudar de que se pudiera romper el récord de cuatro minutos. Los supuestos expertos incluso habían planteado como hipótesis que el cuerpo humano fisiológicamente no era capaz de correr a esa velocidad una distancia tan larga. Un día nublado, el 6 de mayo de 1954, ¡se realizó la gran esperanza de Roger Bannister! Cruzó la meta en 3:59,4, marcando un nuevo récord mundial. Su esperanza de romper la barrera de los cuatro minutos se hizo un sueño que se logró con entrenamiento, trabajo arduo y dedicación.

La esperanza puede inspirar sueños y estimularnos a realizarlos. Sin embargo, la esperanza sola no nos hace triunfar. Muchas buenas esperanzas no se han cumplido, estrellándose en los arrecifes de las buenas intenciones y la pereza.

En calidad de padres, descubrimos que nuestras más preciadas esperanzas se centran en nuestros hijos. Esperamos que crezcan para llevar vidas responsables y rectas, pero esas esperanzas fácilmente pueden frustrarse si nosotros no actuamos como buenos ejemplos. La esperanza sola no significa que nuestros hijos llegarán a crecer en rectitud. Debemos pasar tiempo con ellos en la noche de hogar y en buenas actividades



familiares; debemos enseñarles a orar; debemos leer las Escrituras con ellos y enseñarles importantes principios del Evangelio. Únicamente entonces será posible que se realicen nuestras más preciadas esperanzas.

Nunca debemos permitir que la desesperanza reemplace a la esperanza. El apóstol Pablo escribió que “con esperanza ha de arar” (1 Corintios 9:10). El proceder con esperanza enriquece nuestra vida y nos ayuda a esperar con anhelo el futuro. Ya sea que aremos campos o nos abramos camino por la vida, es imprescindible que, como Santos de los Últimos Días, tengamos esperanza.

En el evangelio de Jesucristo, el deseo de Sus seguidores es la esperanza de lograr la salvación eterna mediante la expiación del Salvador.

Ésa es verdaderamente la esperanza que todos debemos tener; es lo que nos distingue del resto del mundo. Pedro amonestó a los primeros seguidores de Cristo: “...estad siempre preparados para responder con mansedumbre y reverencia a cada uno que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros” (1 Pedro 3:15).

Nuestra esperanza en la Expiación nos concede poder con perspectiva eterna. Dicha perspectiva nos permite ver más allá del aquí y ahora, hacia la promesa de las eternidades. No tenemos que estar atrapados en los

estrechos confines de las caprichosas expectativas de la sociedad. Somos libres de esperar la gloria celestial, sellados a nuestra familia y seres queridos.

En el Evangelio, la esperanza casi siempre se relaciona con la fe y la caridad. El presidente Dieter F. Uchtdorf ha enseñado: “La esperanza, junto con la fe y la caridad, constituye una de las tres patas de un banco. Las tres estabilizan nuestra vida sin importar los terrenos desnivelados o escabrosos en los que nos encontremos en determinado momento” (“El poder infinito de la esperanza”, *Liahona*, noviembre de 2008, pág. 21).

En el último capítulo del Libro de Mormón, Moroni escribió:

“Por tanto, debe haber fe; y si debe haber fe, también debe haber esperanza; y si debe haber esperanza, debe haber caridad también.

“Y a menos que tengáis caridad, de ningún modo seréis salvos en el reino de Dios; ni seréis salvos en el reino de Dios si no tenéis fe; ni tampoco, si no tenéis esperanza” (Moroni 10: 20–21).

El élder Russell M. Nelson ha enseñado: “*La fe* se arraiga en Jesucristo. *La esperanza* se centra en la Expiación. *La caridad* se manifiesta en el ‘amor puro de Cristo’. Estos tres atributos están entrelazados como filamentos de un cable, y quizás no siempre se distingan claramente pero, juntos, se convierten en nuestra conexión al reino celestial”

(“A More Excellent Hope”, *Ensign*, febrero de 1997, pág. 61).

Cuando Nefi profetizó de Jesucristo al término de sus anales, escribió: “Por tanto, debéis seguir adelante con firmeza en Cristo, teniendo un fulgor perfecto de esperanza y amor por Dios y por todos los hombres” (2 Nefi 31:20).

Ese “fulgor perfecto de esperanza” del que habla Nefi, es la esperanza en la Expiación, la salvación eterna que el sacrificio de nuestro Salvador hizo posible. Esa esperanza ha llevado a hombres y mujeres, a través de las edades, a hacer cosas extraordinarias. Los apóstoles de antaño recorrieron la tierra y testificaron de Él, y, al final, dieron su vida en Su servicio.

En esta dispensación, muchos de los primeros miembros de la Iglesia abandonaron sus hogares, con el corazón lleno de esperanza y fe, en su camino hacia el oeste, a través de las llanuras, al valle del Lago Salado.

En 1851, Mary Murray Murdoch se unió a la Iglesia en Escocia, siendo viuda, a los 67 años de edad. Una mujer pequeña, de 1,2 m de altura, que pesaba menos de 41 kg, tuvo ocho hijos, seis de los cuales alcanzaron la edad adulta. Debido a su tamaño, sus hijos y nietos con afecto la llamaban “La duendecita”.

Su hijo, John Murdoch y su esposa también se unieron a la Iglesia y partieron para Utah en 1852 con sus dos hijos más pequeños. A pesar de las dificultades que tenía con su propia familia, cuatro años más tarde, John le envió a su madre los fondos necesarios para que ella pudiera unirse a la familia en Salt Lake City. Con una esperanza mucho más grande que su tamaño, Mary empezó el arduo trayecto al oeste, a Utah, a los 73 años de edad.

Después de cruzar a salvo el Atlántico, al final se unió a la desafortunada

compañía de carros de mano de Martin. El 28 de julio, esos pioneros de carros de mano emprendieron su jornada hacia el oeste. El sufrimiento de esa compañía es bien conocido. De los 576 miembros del grupo, casi una cuarta parte murió antes de llegar a Utah. Muchos más habrían perecido si no hubiera sido por el esfuerzo de rescate organizado por el presidente Brigham Young, quien envió carromatos y víveres para encontrar a los indefensos santos aislados en la nieve.

Mary Murdoch murió el 2 de octubre de 1856 cerca de Chimney Rock, Nebraska, donde sucumbió a la fatiga, al frío y a las tribulaciones del trayecto. Su frágil cuerpo simplemente se agotó bajo las dificultades físicas que los santos enfrentaron. Al encontrarse en su lecho, aferrándose a la vida, pensaba en su familia en Utah. Las últimas palabras de esa fiel pionera mormona fueron: “Díganle a John que morí con el rostro hacia Sión”. (Véase Kenneth W. Merrell, *Scottish Shepherd: The Life and Times of John Murray Murdoch, Utah Pioneer*, 2006, págs. 34, 39, 54, 77, 94–97, 103, 112–113, 115.)

Mary Murray Murdoch es ejemplo de la esperanza y la fe de tantos de los primeros pioneros que hicieron el valiente trayecto hacia el oeste. Los trayectos espirituales de hoy día no requieren menos esperanza o fe que los de los primeros pioneros. Nuestros desafíos podrán ser diferentes, pero las dificultades son iguales de grandes.

Es mi oración que nuestras esperanzas nos conduzcan al cumplimiento de nuestros sueños justos. Ruego, particularmente, que nuestra esperanza en la Expiación fortalezca nuestra fe y caridad, y nos dé una perspectiva eterna de nuestro futuro. Que todos tengamos ese fulgor perfecto de esperanza, ruego en el nombre de Jesucristo. Amén. ■



Por Larry M. Gibson

Primer Consejero de la Presidencia General de los Hombres Jóvenes

Las sagradas llaves del Sacerdocio Aarónico

El Señor quiere que cada poseedor del Sacerdocio Aarónico invite a todos a venir a Cristo, empezando con su propia familia.

Uno de mis hijos, a la edad de 12, decidió criar conejos. Construimos jaulas y obtuvimos un conejo macho grande y dos hembras de un vecino. Yo no tenía ni idea en lo que nos estábamos metiendo. En poco tiempo, nuestro cobertizo estaba repleto de conejos. Ahora que mi hijo es mayor, he de confesar mi asombro de cómo los controlaban; el perro de un vecino, de vez en cuando, se metía al cobertizo y hacía desaparecer a algunos.

Sin embargo me conmovió ver a mi hijo y a sus hermanos cuidar de esos conejos y protegerlos. Ahora, en calidad de esposos y padres, son dignos poseedores del sacerdocio que aman, fortalecen y velan por sus propias familias.

Mis sentimientos se enternecen al verlos a ustedes, hombres jóvenes del Sacerdocio Aarónico, velar por quienes los rodean y fortalecerlos, incluso sus familias, los miembros de su quórum y muchas personas más. Cuánto los amo.

Recientemente vi como apartaban a un hombre joven de 13 años como presidente del quórum de diáconos. Después de eso, el obispo le estrechó

la mano, se dirigió a él como “presidente” y les explicó a los miembros del quórum: “Me dirijo a él como presidente para hacer hincapié en lo sagrado de su llamamiento. El presidente del quórum de diáconos es una de sólo cuatro personas en el barrio que poseen las llaves de la presidencia. Con esas llaves, él, junto con sus consejeros, dirigirán el quórum bajo la inspiración del Señor”. Este obispo comprendía el poder de una presidencia dirigida por un presidente que posee y ejercita las sagradas llaves del sacerdocio (véase D. y C. 124:142–43).

Más tarde le pregunté a ese joven si estaba listo para presidir ese gran quórum. Su respuesta fue: “Estoy nervioso. No sé qué es lo que hace un presidente del quórum de diáconos. ¿Me lo puede decir?”.

Le dije que tenía un maravilloso obispado y asesores que le ayudarían a convertirse en un potente líder del sacerdocio con éxito. Sabía que ellos respetarían las sagradas llaves de la presidencia que él poseía.

Luego le hice esta pregunta: “¿Piensas que el Señor te llamaría a



venir a Cristo” (D. y C. 20:59; véanse los versículos 46 y 68 para los presbíteros).

Muchos hombres jóvenes piensan que su experiencia misional empieza cuando cumplen los 19 años y entran al Centro de capacitación misional. Aprendemos de las Escrituras que se empieza mucho antes de eso. El Señor quiere que cada poseedor del Sacerdocio Aarónico invite a todos a venir a Cristo, empezando con su propia familia.

este importante llamamiento sin darte dirección?”.

Lo pensó, y luego respondió: “¿Dónde la encuentro?”.

Después de hablar un rato con él, se dio cuenta de que hallaría guía en las Escrituras, las palabras de los profetas vivientes y en las respuestas a sus oraciones. Nos propusimos encontrar una Escritura que sería el punto de partida en su búsqueda por aprender las responsabilidades de su nuevo llamamiento.

Fuimos a la sección 107 de Doctrina y Convenios, versículo 85, donde se menciona que el presidente del quórum de diáconos se sienta en concilio con los miembros de su quórum y les enseña sus deberes. Nos dimos cuenta de que su quórum no es sólo una clase sino también un concilio de hombres jóvenes y que ellos deben fortalecerse y edificarse unos a otros, bajo la guía del presidente. Le expresé confianza en que él sería un presidente formidable que dependería de la inspiración del Señor y magnificaría su sagrado llamamiento a medida que enseñara a sus compañeros diáconos sus responsabilidades.

Después le pregunté: “Ahora que sabes que has de enseñar a los diáconos sus responsabilidades, ¿sabes tú cuáles son?”.

De nuevo, fuimos a las Escrituras y encontramos:

1. Un diácono es nombrado para velar por la Iglesia y para ser su ministro residente (véase D. y C. 84:111).

Dado que la familia es la unidad

básica de la Iglesia, el lugar más importante en el cual un poseedor del Sacerdocio Aarónico puede cumplir ese deber es en su propio hogar. Él aporta servicio del sacerdocio a su padre y a su madre a medida que ellos dirigen a la familia. También vela por sus hermanos y hermanas, los hombres jóvenes de su quórum y los demás miembros del barrio.

2. Si la ocasión lo requiere, un diácono le ayuda al maestro en todos sus deberes en la Iglesia (véase D. y C. 20:57).

Determinamos que si el diácono debe ayudar con las responsabilidades del maestro, él necesita saberlas. Escudriñamos las escrituras y rápidamente encontramos más de una docena de responsabilidades para el oficio de maestro (véase D. y C. 20:53–59; 84:111). Qué experiencia tan poderosa sería para cada hombre joven y para su padre, sus asesores y para todos nosotros, hacer exactamente lo que este hombre joven hizo: recurrir a las Escrituras y descubrir por nosotros mismos cuáles son nuestras responsabilidades. Sospecho que muchos de nosotros nos sorprenderíamos, y seríamos inspirados, por lo que hallemos. El libro *Mi Deber a Dios* contiene resúmenes útiles de los deberes del Sacerdocio Aarónico y es un excelente punto de partida para el desarrollo espiritual. Les insto a usarlo constantemente.

3. Los diáconos y maestros también deben “amonestar, exponer, exhortar, enseñar e invitar a todos a

Después, para ayudar a este joven presidente a comprender que él y nadie más era el oficial presidente del quórum, le sugerí leer tres veces la primera responsabilidad que se encuentra en Doctrina y Convenios 107:85. Él leyó, “Presidir a doce diáconos”. Le pregunté, ¿Qué es lo que te dice personalmente el Señor en cuanto a tu deber como presidente?”.

“Pues”, dijo, “varias cosas me han venido a la mente mientras hemos estado hablando. Creo que el Padre Celestial quiere que yo sea el presidente de 12 diáconos. Sólo somos cinco los que venimos y uno sólo viene a veces. ¿Cómo obtendremos a doce?”.

Ahora, yo nunca he interpretado esa escritura de la manera en que él lo hizo, pero claro, él tenía las llaves sagradas y yo no. Me estaba enseñando un presidente del quórum de diáconos de 13 años sobre el poder de la revelación que viene a aquellos con las llaves sagradas de la presidencia, sin importar su intelecto, estatura o edad.

Le respondí: “No lo sé. ¿Tú qué piensas?”.

Y él me dijo: “Necesitamos ver cómo podemos conseguir que él siga viniendo. Sé que hay dos más que deberían estar en nuestro quórum, pero no vienen y en verdad, no los conozco. Quizá, me pueda hacer buen amigo de

uno de ellos y hacer que mis consejeros trabajen con los demás. Si todos ellos vienen, tendremos siete, pero ¿dónde consigo a los otros cinco?”.

“No lo sé”, fue mi respuesta, “pero si Padre Celestial quiere que estén allí, Él sabe”.

“Entonces necesitamos orar como presidencia y como quórum para saber qué hacer”. Luego me preguntó: “¿Soy responsable por todos los jóvenes en edad de diáconos de nuestro barrio, a pesar de que no sean miembros?”.

En asombro, dije: “A la vista del Señor, ¿el obispo es responsable sólo por los miembros del barrio o por todos los que viven en los límites del barrio?”.

Ese joven “ministro residente” captó la idea. Reconoció la función de cada diácono, maestro y presbítero en velar sobre la Iglesia e invitar a todos a venir a Cristo.

Mis pensamientos se dirigen a una Escritura al pensar en nuestros maravillosos hombres y mujeres jóvenes de la Iglesia, una que Moroni citó a José Smith, diciéndole que “todavía no se [había cumplido], pero que se

realizaría en breve” (José Smith—Historia 1:41)—“Y acontecerá que después de esto, derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas... vuestros jóvenes verán visiones” (Joel 2:28).

Lo que “se le vino” a la cabeza de ese joven presidente fue una visión de lo que el Padre Celestial quiere que sea su quórum. Era la revelación que él necesitaba para fortalecer a los miembros activos de su quórum, rescatar a los que estaban teniendo dificultades e invitar a todos a venir a Cristo. Con esa inspiración, hizo planes para llevar a cabo la voluntad del Señor.

El Señor le enseñó a este joven presidente que *el sacerdocio* significa extender la mano para servir a otras personas, de la misma manera en que nuestro amado profeta, el Presidente Thomas S. Monson, explica: “El sacerdocio no es tanto un don, sino el mandato de servir, el privilegio de elevar y la oportunidad de bendecir la vida de los demás” (en “Nuestra sagrada responsabilidad del sacerdocio”, *Liahona*, mayo de 2006, pág. 57).

El servicio es la fundación misma del sacerdocio, el servicio a los demás como lo ejemplificó el Salvador. Les testifico que es Su sacerdocio, que estamos en Su obra, y que Él ha mostrado a todos los poseedores del sacerdocio el camino del fiel servicio del sacerdocio.

Invito a cada presidencia de quórum de diáconos, maestros y presbíteros a reunirse en consejo, a estudiar y orar frecuentemente para aprender cuál es la voluntad del Señor para su quórum y luego, ir y hacerla. Consideren utilizar el libro *Mi Deber a Dios* como herramienta para ayudarles a enseñar a los miembros de su quórum sus deberes. Invito a cada miembro de quórum a sostener a su presidente

de quórum y a buscar su consejo a medida que aprendan, y en rectitud cumplan, todos sus deberes del sacerdocio; e invito a cada uno de nosotros a ver a estos extraordinarios hombres jóvenes como el Señor los ve: como un poderoso instrumento para edificar y fortalecer Su reino aquí y ahora.

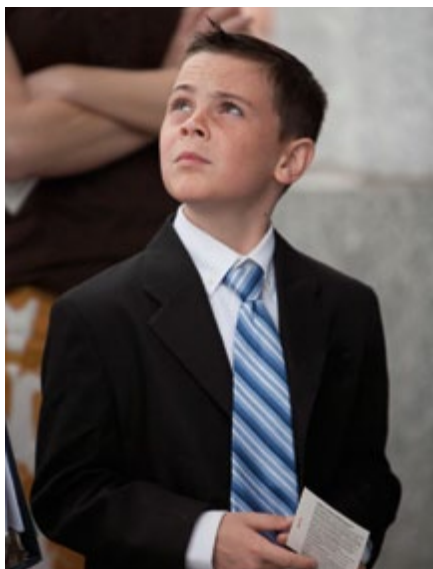
Ustedes, maravillosos jóvenes que poseen el Sacerdocio Aarónico que fue restaurado por Juan el Bautista a José Smith y Oliver Cowdery cerca de Harmony, Pensilvania. Su sacerdocio posee las llaves sagradas que abren la puerta para que todos los hijos del Padre Celestial vengan a Su Hijo Jesucristo, y le sigan. Eso se proporciona por medio del “evangelio de arrepentimiento y de bautismo por inmersión para la remisión de pecados”, la ordenanza semanal de la Santa Cena, y “del ministerio de ángeles”. (D. y C. 13:1; José Smith—Historia 1:69). Ustedes en verdad son ministros que deben ser limpios, dignos, fieles, y hombres del sacerdocio en todo tiempo y en todo lugar.

¿Por qué? Escuchen las palabras de nuestra querida Primera Presidencia, que se han dado a cada uno de ustedes en su Deber a Dios:

“Tienes la autoridad para administrar las ordenanzas del Sacerdocio Aarónico... Podrás bendecir en gran medida la vida de las personas que te rodeen...”

“Nuestro Padre Celestial tiene gran confianza en ti... y tiene una importante misión para que la cumplas...” (*Cumplir Mi deber a Dios: Para poseedores del Sacerdocio Aarónico*, 2010, pág. 5).

Sé que estas palabras son verdaderas y ruego que cada uno de nosotros obtenga ese mismo testimonio; y estas cosas las digo en el sagrado nombre de Él, de quien poseemos el sacerdocio, Jesucristo. Amén. ■





Por el presidente Dieter F. Uchtdorf
Segundo Consejero de la Primera Presidencia

Su potencial, su privilegio

Al leer las Escrituras y escuchar las palabras de los profetas con todo el corazón y mente, el Señor les dirá cómo vivir a la altura de sus privilegios en el sacerdocio.

Había una vez un hombre cuyo sueño de toda la vida era abordar un crucero y navegar el mar Mediterráneo. Soñaba con caminar por las calles de Roma, Atenas y Estambul. Ahorró cada centavo hasta tener suficiente para el pasaje. Como no tenía mucho dinero, llevó una valija adicional llena de latas de frijoles o judías, cajas de galletas y bolsas de limonada en polvo, y eso es lo que comió todos los días.

Le hubiera gustado participar de las muchas actividades que se ofrecían en el barco: hacer ejercicios en el gimnasio, jugar al mini golf y nadar en la piscina. Envidiaba a aquellos que iban al cine, a los espectáculos y a presentaciones culturales; y, ¡cuánto anhelaba sólo un bocado de la maravillosa comida que veía en el barco!, ¡cada comida parecía ser un banquete! Pero el hombre quería gastar tan poco dinero que no participaba en ninguna de esas cosas. Logró ver las ciudades que anhelaba visitar, pero la mayor parte del viaje se quedó en su cabina y sólo comió su humilde comida.

El último día del crucero, un miembro de la tripulación le preguntó

a cuál de las fiestas de despedida asistiría. Fue entonces que el hombre supo que no solamente la fiesta de despedida, sino casi todo a bordo del crucero —la comida, el entretenimiento y todas las actividades— estaban incluidas en el precio del pasaje. El hombre se dio cuenta demasiado tarde de que había estado viviendo muy por debajo de su privilegio.

La pregunta que surge de esta parábola es: ¿Estamos, como poseedores del sacerdocio, viviendo por debajo de nuestras posibilidades en lo que se refiere al poder sagrado, los dones y las bendiciones que son nuestra oportunidad y derecho?

La gloria y grandeza del sacerdocio

Todos sabemos que el sacerdocio es mucho más que sólo un nombre o título. El profeta José enseñó que “El sacerdocio es un principio sempiterno, y existió con Dios desde la eternidad... hasta la eternidad, sin principio de días ni fin de años”¹. Posee “la llave del conocimiento de Dios”². De hecho, mediante el sacerdocio “se manifiesta el poder de la divinidad”³.

Las bendiciones del sacerdocio

trascienden nuestra capacidad de comprensión. Los fieles poseedores del sacerdocio de Melquisedec “llegan a ser... los elegidos de Dios”⁴. Son “santificados por el Espíritu para la renovación de sus cuerpos”⁵ y finalmente reciben “todo lo que [el] Padre tiene”⁶. Esto puede ser difícil de entender, pero es hermoso, y yo testifico que es verdad.

El hecho de que nuestro Padre Celestial confíe este poder y responsabilidad al hombre es evidencia de Su gran amor por nosotros y una indicación de nuestro potencial como hijos de Dios en la vida venidera.

Sin embargo, con demasiada frecuencia, nuestras acciones sugieren que vivimos muy por debajo de ese potencial. Cuando se nos pregunta en cuanto al sacerdocio, muchos de nosotros podemos repetir una definición correcta, pero puede que en nuestra vida diaria haya muy poca evidencia de que nuestro entendimiento va más allá de esas palabras recitadas.

Hermanos, tenemos la oportunidad de escoger; podemos darnos por satisfechos con una vivencia limitada como poseedores del sacerdocio y conformarnos con experiencias muy por debajo de nuestro privilegio, o podemos participar del abundante banquete de oportunidades espirituales y bendiciones universales del sacerdocio.

¿Qué podemos hacer para vivir a la altura de nuestro potencial?

Las palabras que se encuentran en las Escrituras y las que se hablan en la conferencia general son para “aplicarlas a nosotros mismos”⁷, no son sólo para leer o escuchar⁸. Con demasiada frecuencia asistimos a reuniones y asentimos con la cabeza, incluso puede que sonriamos con comprensión y que estemos de acuerdo; anotamos

algunas cosas que debemos hacer y tal vez nos digamos a nosotros mismos: “Eso es una cosa que haré”. Pero en algún lugar entre el escuchar, el escribir un recordatorio en nuestro teléfono multiuso y el ponerlo en práctica, nuestra palanca de “hacerlo” se mueve a la posición de “más tarde”. Hermanos, ¡asegurémonos de colocar la palanca de “hacerlo” en la posición de “ahora”!

Al leer las Escrituras y escuchar las palabras de los profetas con todo el corazón y mente, el Señor les dirá cómo vivir a la altura de sus privilegios en el sacerdocio. No dejen pasar un día sin hacer algo para responder a los susurros del Espíritu.

Primero: Lean el manual del usuario

Si tuviesen la computadora más avanzada y costosa del mundo, ¿la usarían sólo como adorno? Puede que se vea impresionante; puede que tenga un gran potencial; pero es sólo cuando leen el manual del usuario, aprenden cómo usar los programas y la encienden que aprovechan su potencial completo.

El santo sacerdocio de Dios también tiene un manual del usuario. Comprometámonos a leer las Escrituras y los manuales con mayor propósito y enfoque. Comencemos por leer las secciones 20, 84, 107 y 121 de Doctrina y Convenios. Cuanto más estudiemos el propósito, el potencial y el uso práctico del sacerdocio, más asombrados estaremos de su poder; y el Espíritu nos enseñará cómo acceder a ese poder y cómo usarlo para bendecir a nuestra familia, a las comunidades y a la Iglesia.

Como pueblo, merecidamente damos gran prioridad al estudio secular y al aprendizaje vocacional. Queremos y debemos sobresalir en los estudios y en la destreza de los oficios. Los felicitamos por esforzarse con diligencia para



obtener una formación académica y llegar a ser expertos en su campo. Los invito a que también sean expertos en las doctrinas del Evangelio, en especial la doctrina del sacerdocio.

Vivimos en un tiempo en que se tiene acceso a las Escrituras y a las palabras de los apóstoles y los profetas actuales con mayor facilidad que en ninguna otra época de la historia del mundo. Sin embargo, es nuestro privilegio, deber y responsabilidad extender la mano y comprender sus enseñanzas. Los principios y doctrinas del sacerdocio son sublimes y supremos. Cuanto más estudiemos la doctrina y el potencial, y apliquemos

el propósito práctico del sacerdocio, más se ensancharán nuestras almas y veremos lo que el Señor tiene reservado para nosotros.

Segundo: Busquen la revelación del Espíritu.

Un testimonio seguro de Jesucristo y de Su evangelio restaurado requiere más que conocimiento; requiere revelación personal, ratificada por medio de la aplicación dedicada y honrada de los principios del Evangelio. El profeta José Smith explicó que el sacerdocio es “el conducto mediante el cual el Todopoderoso comenzó a revelar Su gloria al principio de la creación



Bucarest, Rumania

de esta tierra, y por el cual ha seguido revelándose a los hijos de los hombres hasta el tiempo actual”⁹.

Si no buscamos utilizar ese conducto de revelación, estamos viviendo por debajo de nuestros privilegios en el sacerdocio. Por ejemplo, hay quienes creen, pero no saben que creen. Han recibido varias respuestas mediante la voz suave y apacible por un prolongado período, pero porque esa inspiración parece pequeña e insignificante, no la reconocen por lo que realmente es. Como consecuencia, permiten que la duda les impida cumplir con su potencial como poseedores del sacerdocio.

La revelación y el testimonio no siempre vienen con fuerza sobrecogedora. Para muchos, el testimonio viene lentamente, una porción a la vez. Algunas veces viene tan gradualmente que es difícil saber el momento exacto en que supimos que el Evangelio es verdadero. El Señor nos da “línea por línea, precepto por precepto, un poco aquí y un poco allí”¹⁰.

En algunas maneras, nuestro testimonio es como una bola de nieve que crece con cada rotación. Comenzamos con una pequeña cantidad de luz, aunque sólo sea el deseo de creer. Gradualmente, “la luz se allega a la luz”¹¹ y “el que recibe luz y persevera en Dios, recibe más luz, y esa luz

se hace más y más resplandeciente hasta el día perfecto”¹² cuando “en el debido tiempo [recibimos] de su plenitud”¹³.

¡Piensen en lo glorioso que es extenderse más allá de nuestras limitaciones terrenales, que se abran los ojos de nuestro entendimiento y recibamos luz y conocimiento de las fuentes celestiales! Es nuestro privilegio y oportunidad como poseedores del sacerdocio el buscar revelación personal y saber la verdad por nosotros mismos a través del testimonio seguro del Espíritu Santo.

Busquemos intensamente la luz de la revelación personal. Roguemos al Señor que bendiga nuestra mente y nuestra alma con la chispa de fe que nos permita recibir y reconocer la ministración divina del Espíritu Santo para nuestras situaciones, desafíos y deberes del sacerdocio específicos.

Tercero: Obtengan gozo en el servicio del sacerdocio

Durante mi carrera como piloto de línea aérea, tuve la oportunidad de ser capitán de entrenamiento y verificación. Parte del trabajo era entrenar y evaluar a pilotos con experiencia para asegurar que tuviesen el conocimiento y las destrezas necesarias para pilotear esos magníficos aviones en forma eficaz y segura.

Descubrí que había pilotos que, aun después de muchos años de volar profesionalmente, nunca perdieron la emoción de elevarse en el espacio y “romper las ásperas cadenas de la Tierra para danzar por los cielos en alas plateadas llenas de alegría”¹⁴. Les encantaba el sonido de las ráfagas de aire, el rugido de los potentes motores, la sensación de ser “parte del viento, del cielo oscuro y de las estrellas a la distancia”¹⁵. Su entusiasmo era contagioso.

También había algunos pocos que parecían hacerlo de forma automática. Dominaban los sistemas y el manejo de los aviones, pero en alguna parte del trayecto habían perdido el encanto de volar “por donde ni la alondra ni el águila habían jamás volado”¹⁶. Habían perdido el sentimiento de asombro ante el radiante amanecer y ante la hermosura de las creaciones de Dios al cruzar los océanos y los continentes. Si alcanzaban los niveles requeridos yo los certificaba, pero al mismo tiempo sentía pena por ellos.

Tal vez quieran preguntarse a sí mismos si hacen las cosas de forma automática como poseedores del sacerdocio, si hacen lo que se espera de ustedes pero no sienten el gozo que deberían sentir. El poseer el sacerdocio nos da muchas oportunidades de sentir el regocijo que sintió Amón cuando dijo: “¿no tenemos mucha razón para regocijarnos? ... hemos sido instrumentos en sus manos para realizar esta grande y maravillosa obra. Por lo tanto, gloriémonos... en el Señor; sí, nos regocijaremos”¹⁷.

Hermanos, ¡nuestra religión es una religión de júbilo! ¡Somos muy bendecidos por poseer el sacerdocio de Dios! En el libro de Salmos leemos: “Bienaventurado el pueblo que sabe aclamarte; andarán, oh Jehová, a la luz de tu rostro”¹⁸. Podemos sentir

ese gozo sublime si simplemente lo buscamos.

Con demasiada frecuencia dejamos de sentir la felicidad que viene por el diario servicio práctico del sacerdocio. En ocasiones las asignaciones pueden parecer cargas. Hermanos, no vayamos por la vida inmersos en el cansancio, la preocupación y las quejas. Vivimos por debajo de nuestros privilegios cuando permitimos que las preocupaciones mundanas nos alejen del abundante gozo que viene a través del fiel y dedicado servicio del sacerdocio, en especial dentro de las paredes de nuestro hogar. Vivimos por debajo de nuestras posibilidades cuando no participamos del banquete de felicidad, paz y gozo que Dios concede tan profusamente a los fieles siervos del sacerdocio.

Hombres jóvenes, si ir a la iglesia temprano para ayudar a preparar la Santa Cena es más una carga que una bendición, entonces los invito a que piensen en lo que esa ordenanza sagrada puede significar para un miembro del barrio que tal vez haya tenido una semana difícil. Hermanos, si sus visitas como maestros orientadores no les parecen efectivas, los invito a que miren con los ojos de la fe lo que una visita de un siervo del Señor hará por una familia que tiene muchos problemas que no son obvios. Cuando comprendan el divino potencial de su servicio en el sacerdocio, el Espíritu de Dios llenará su corazón y su mente; brillará en sus ojos y en su rostro.

Como poseedores del sacerdocio, no llegemos a ser insensibles a lo asombroso y maravilloso que es lo que el Señor nos ha confiado.

Conclusión

Mis queridos hermanos, ruego que nos esforcemos diligentemente



por aprender la doctrina del santo sacerdocio, que fortalezcamos nuestro testimonio línea por línea al recibir revelación del Espíritu y que encontremos verdadero gozo en el servicio diario del sacerdocio. Al hacer estas cosas, comenzaremos a vivir a la altura de nuestro potencial y privilegios como poseedores del sacerdocio y podremos hacer todas las cosas “en Cristo que [nos] fortalece”¹⁹. De esto doy testimonio en calidad de apóstol del Señor y les dejo mi bendición, en el sagrado nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Véase *Enseñanzas de los presidentes de la Iglesia: José Smith*, 2007, pág. 268.

2. Doctrina y Convenios 84:19.
3. Doctrina y Convenios 84:20.
4. Doctrina y Convenios 84:34.
5. Doctrina y Convenios 84:33.
6. Doctrina y Convenios 84:38.
7. 1 Nefi 19:24.
8. Véase Santiago 1:22.
9. Véase *Enseñanzas de los presidentes de la Iglesia: José Smith* pág. 114
10. 2 Nefi 28:30.
11. Doctrina y Convenios 88:40.
12. Doctrina y Convenios 50:24.
13. Doctrina y Convenios 93:19.
14. John Gillespie Magee Jr., “High Flight”, en Diane Ravitch, ed., *The American Reader: Words That Moved a Nation*, 2000, pág. 486.
15. Richard Bach, *Stranger to the Ground*, 1963, pág. 9.
16. Magee, “High Flight”, pág. 486.
17. Alma 26:13, 15–16.
18. Salmos 89:15.
19. Filipenses 4:13.



Por el presidente Henry B. Eyring
Primer Consejero de la Primera Presidencia

El aprendizaje en el sacerdocio

Si son diligentes y obedientes en el sacerdocio, tesoros de conocimiento espiritual se derramarán sobre ustedes.

Estoy agradecido de estar con ustedes en esta reunión del sacerdocio de Dios. Esta noche estamos en muchos lugares diferentes y en muchas fases de nuestro servicio en el sacerdocio. Sin embargo, con toda la variedad de nuestras circunstancias tenemos una necesidad en común: aprender nuestros deberes en el sacerdocio y crecer en nuestro poder para llevarlos a cabo.

Como diácono sentí esa necesidad profundamente. Vivía en una pequeña rama de la Iglesia en Nueva Jersey, en la costa este de los Estados Unidos. Era el único diácono de la rama; no sólo el único que asistía, sino el único en los registros. Mi hermano mayor, Ted, era el único maestro. Él está aquí esta noche.

Mientras todavía era diácono, mi familia se mudó a Utah. Allí encontré tres cosas maravillosas establecidas que aceleraron mi crecimiento en el sacerdocio. La primera fue un presidente que sabía cómo sentarse en consejo con los miembros de su quórum. La segunda fue una gran fe en Jesucristo que dio lugar al gran amor del que hemos escuchado: el amor del uno por el otro. Y la tercera fue

una convicción compartida de que el propósito global de nuestro sacerdocio era trabajar por la salvación de los hombres.

No era el barrio bien establecido lo que marcó la diferencia. Lo que había allí en ese barrio puede encontrarse en cualquier lugar, en cualquier unidad de la Iglesia en la que estén.

Quizás estas tres cosas sean una parte tan natural de sus experiencias en el sacerdocio que apenas las hayan notado. Otros quizás no sientan la necesidad de mejorar, de modo que esas ayudas pueden ser invisibles para ustedes. De cualquier manera, ruego que el Espíritu me ayude a aclararlas y hacerlas atractivas para ustedes.

Mi objetivo al hablar de estas tres ayudas para que crezcan en el sacerdocio es instarlos a que las valoren y las utilicen. Si lo hacen, su servicio se mejorará; y, si se magnifica, su servicio en el sacerdocio bendecirá a los hijos del Padre Celestial más de lo que ustedes puedan ahora imaginar.

Encontré la primera de estas ayudas cuando se me invitó a integrar un quórum de presbíteros, con el obispo como nuestro presidente. Eso puede parecer algo pequeño e insignificante

para ustedes, pero a mí me dio una sensación de poder en el sacerdocio que ha cambiado mi servicio en el mismo desde entonces. En principio, era la forma en que nos guiaba.

Por lo que pude ver, trataba las opiniones de los jóvenes presbíteros como si fuéramos los hombres más sabios del mundo. Esperaba hasta que todos los que querían hablar hubieran terminado; y escuchaba. Luego, cuando decidía lo que debía hacerse, me parecía sentir que el Espíritu nos confirmaba las decisiones a nosotros y a él.

Ahora me doy cuenta de que había sentido lo que la Escritura significa cuando dice que el presidente se sienta en concilio con los miembros de su quórum¹. Años más tarde, cuando era obispo y tenía mi quórum de presbíteros, tanto a ellos como a mí se nos enseñó por medio de lo que había aprendido cuando yo era presbítero.

Veinte años después, como obispo, tuve la oportunidad de ver la eficacia de un consejo, no sólo en el centro de reuniones, sino también en las montañas. Durante una actividad del día sábado, un miembro de nuestro quórum había estado perdido en el bosque toda la noche. Por lo que sabíamos, estaba solo, no tenía ropa de abrigo, ni comida ni refugio. Lo buscamos, pero no tuvimos éxito.

Lo que recuerdo es que oramos juntos, el quórum de presbíteros y yo; y luego les pedía a cada uno de ellos que hablara. Escuché con atención y me pareció que ellos también se escucharon con atención unos a otros. Después de un tiempo, nos inundó un sentimiento de paz. Sentí que el miembro del quórum perdido en el bosque estaba seguro y seco en alguna parte.

Supe claramente lo que el quórum



debía y no debía hacer. Cuando las personas que lo encontraron describieron el lugar del bosque donde había ido a refugiarse, sentí que reconocí el lugar. Pero para mí, el milagro más grande fue ver la fe unida en Jesucristo de un consejo del sacerdocio que trajo revelación al hombre que tenía las llaves del sacerdocio. Ese día, todos crecimos en el poder del sacerdocio.

La segunda clave para obtener mayor conocimiento es tener amor el uno por el otro, que viene de una gran fe. No estoy seguro cuál viene primero, pero parece que ambos siempre están allí cada vez que hay un aprendizaje grande y rápido en el sacerdocio. José Smith nos enseñó eso por medio del ejemplo.

En los primeros días de la Iglesia en esta dispensación, recibió un mandamiento de Dios de edificar la fortaleza del sacerdocio. Se le indicó que creara escuelas para los poseedores del sacerdocio. El Señor estableció el requisito de que hubiese amor uno por el otro entre los que enseñaran

y los que aprendieran. Éstas son las palabras del Señor en cuanto a crear un lugar de aprendizaje para el sacerdocio y cómo sería para los que aprendieran en él:

“Organizaos... estableced una casa de... instrucción... una casa de orden...”

“Nombra[d] de entre vosotros a un maestro; y no tomen todos la palabra al mismo tiempo, sino hable uno a la vez y escuchen todos lo que él dijere, para que cuando todos hayan hablado, todos sean edificados de todos y cada hombre tenga igual privilegio”².

El Señor describe lo que ya hemos visto que es la fortaleza de un consejo o de una clase del sacerdocio para traer revelación mediante el Espíritu. La revelación es la única manera por la que podemos llegar a saber que Jesús es el Cristo. Esa gran fe es el primer peldaño en la escalera que subimos para aprender los principios del Evangelio.

En la sección 88 de Doctrina y Convenios, en los versículos 123 y

124, el Señor hizo hincapié en el amor del uno hacia el otro, y en no buscar culpa en los demás. Cada uno logró que lo admitieran en la escuela del sacerdocio establecida por el profeta del Señor al hacer convenio con las manos en alto de ser “un amigo y hermano... en los lazos de amor”³.

Actualmente no seguimos esa práctica, pero siempre que he visto un notable aprendizaje en el sacerdocio, existen esos lazos de amor. Una vez más lo he visto como una causa y un efecto del aprendizaje de las verdades del Evangelio. El amor invita al Espíritu Santo a estar presente para confirmar la verdad; y el gozo de aprender las verdades divinas crea amor en los corazones de las personas que compartieron la experiencia de ese aprendizaje.

Lo contrario también es cierto. La discordia o los celos inhiben tanto la facultad del Espíritu Santo para enseñarnos como nuestra capacidad para recibir la luz y la verdad; y los sentimientos de decepción que inevitablemente le siguen son las semillas de mayor discordia y crítica entre aquellos que esperaban tener una experiencia de aprendizaje que no llegó.

Los poseedores del sacerdocio que aprenden bien juntos siempre parecen tener grandes pacificadores entre ellos. Se ve una actitud pacificadora en las clases y los consejos del sacerdocio; es el don de ayudar a la gente a encontrar puntos en común cuando los demás encuentran diferencias. Es el don del pacificador el ayudar a la gente a ver que lo que otra persona dijo ha sido una contribución y no una corrección.

Con suficiente amor puro de Cristo y el deseo de ser pacificadores, la unidad es posible en los consejos y en las clases del sacerdocio. Se necesita paciencia y humildad, pero lo he visto



suceder aun cuando los problemas son difíciles y las personas en los consejos o las clases provienen de orígenes muy diferentes.

Es posible llegar a la elevada norma establecida por el Señor para los poseedores del sacerdocio al tomar decisiones en los quórumes. Es posible cuando hay una gran fe y amor, y la ausencia de contención. Aquí está el requisito del Señor para que Él respalde nuestras decisiones: “Y toda decisión que tome cualquiera de estos quórumes se hará por la voz unánime del quórum; es decir, todos los miembros de cada uno de los quórumes tienen que llegar a un acuerdo en cuanto a sus decisiones, a fin de que éstas tengan el mismo poder o validez entre sí”⁴.

La tercera ayuda para aprender en el sacerdocio proviene de una convicción compartida acerca de por qué el Señor nos bendice y confía en nosotros para sostener y ejercer Su sacerdocio: Es trabajar para la salvación de los hombres. Esta convicción compartida brinda unidad en los quórumes. Podemos comenzar a aprender acerca de esto del relato en las Escrituras sobre cómo a nosotros, los hijos procreados en espíritu, se nos preparó antes de nacer para este singular honor de poseer el sacerdocio.

Al hablar de aquellos a quienes se ha dado gran confianza en el sacerdocio en esta vida, el Señor dijo: “Aun

antes de nacer, ellos, con muchos otros, recibieron sus primeras lecciones en el mundo de espíritus, y fueron preparados para venir en el debido tiempo del Señor a obrar en su viña en bien de la salvación de las almas de los hombres”⁵.

En el sacerdocio compartimos el sagrado deber de trabajar por las almas de los hombres. Tenemos que hacer más que sólo aprender que ése es nuestro deber. Debe llegar a nuestro corazón tan profundamente que ni las muchas exigencias que tenemos en la flor de la vida ni las pruebas que vienen con la edad puedan desviarnos de ese objetivo.

No hace mucho tiempo visité a un sumo sacerdote en su casa. Él ya no puede asistir a nuestras reuniones de quórum. Vive solo; su bella esposa murió y sus hijos viven lejos de él. El tiempo y su enfermedad limitan su capacidad para servir. Todavía levanta pesas para mantener lo que una vez fue su vigorosa fuerza.

Cuando entré a su casa, se apartó de su andador para saludarme. Me invitó a sentarme en una silla cerca de él. Hablamos de nuestra feliz hermandad en el sacerdocio.

Después, con gran intensidad, me dijo: “¿Por qué estoy vivo todavía? ¿Por qué estoy aquí todavía? No puedo hacer nada”.

Le dije que estaba haciendo algo por mí. Me estaba elevando con su fe

y su amor. Incluso en nuestra corta visita, hizo que yo deseara ser mejor. Su ejemplo de determinación por hacer algo que importaba me inspiró a esforzarme más por servir a los demás y al Señor.

Por el triste sonido de su voz y la mirada en sus ojos pude sentir que yo no había respondido sus preguntas. Él aún se preguntaba por qué Dios le permitía vivir con tantas limitaciones para servir.

En su manera generosa habitual, me dio las gracias por visitarlo. Al levantarme para irme, la enfermera que viene a su casa unas horas todos los días, salió de otra habitación. Durante nuestra conversación privada, él me había contado un poco de ella. Dijo que era maravillosa. Ella había vivido entre los Santos de los Últimos Días la mayor parte de su vida, pero aún no era miembro.

Ella se acercó para acompañarme a la puerta. Él la señaló y dijo con una sonrisa: “¿Lo ve?, parece que no puedo hacer nada. He estado tratando de que ella se bautice en la Iglesia pero no ha funcionado”. La enfermera le sonrió a él y a mí. Salí de allí y me dirigí hacia mi casa que quedaba cerca.

Me di cuenta entonces de que las respuestas a sus preguntas se habían plantado hace mucho tiempo en su corazón. Ese valiente sumo sacerdote estaba tratando de cumplir con su deber, el que se le había enseñado durante décadas en el sacerdocio.

Él sabía que la única manera de que esa joven podría tener la bendición de la salvación por medio del evangelio de Jesucristo era efectuar un convenio mediante el bautismo. Cada presidente de cada quórum, desde los diáconos hasta los sumos sacerdotes, le había enseñado de acuerdo con los convenios.

Recordaba y sentía su propio juramento y convenio en el sacerdocio; todavía lo guardaba.

Él era testigo y misionero del Salvador donde fuera que la vida lo llevara. Ya estaba en su corazón; el deseo de su corazón era que el corazón de ella cambiara por medio de la Expiación de Jesucristo al guardar convenios sagrados.

Su tiempo en la escuela del sacerdocio en esta vida será relativamente breve en comparación con la eternidad; pero incluso en ese corto período, él ha dominado el plan de estudios eterno. Él llevará consigo, quiera que el Señor lo llame, lecciones del sacerdocio de un valor eterno.

No sólo deberían ustedes estar ansiosos por aprender sus lecciones del sacerdocio en esta vida, sino además deben ser optimistas acerca de lo que es posible. Algunos de nosotros tal vez limitemos en nuestras mentes nuestras posibilidades de aprender lo que el Señor pone ante nosotros en Su servicio.

Un joven dejó su pequeño pueblo galés a principios de la década de 1840; escuchó a los Apóstoles de Dios y entró al reino de Dios sobre la tierra. Navegó con los santos a los Estados Unidos y condujo su carromato hacia el oeste a través de las llanuras. Estaba en la compañía que entró al valle después de la de Brigham Young. Su servicio en el sacerdocio incluyó limpiar y arar la tierra para una granja.

Vendió la granja por mucho menos de lo que valía a fin de ir a una misión para el Señor en los desiertos de lo que ahora es Nevada, para cuidar ovejas. Desde allí se lo llamó a otra misión al otro lado del océano, al mismo pueblo que él había dejado en su pobreza para seguir al Señor.

A través de todo ello, encontró una manera de aprender con sus

hermanos del sacerdocio. Porque era un misionero audaz, caminó por un sendero en Gales a la residencia de verano de un hombre que había sido cuatro veces primer ministro de Inglaterra, para ofrecerle el evangelio de Jesucristo.

El gran hombre lo dejó entrar en su mansión; era graduado de Eton College y de la Universidad de Oxford. El misionero habló con él acerca de los orígenes del hombre, el papel central de Jesucristo en la historia del mundo e incluso sobre el destino de las naciones.

Al finalizar su conversación, el anfitrión rechazó la oferta de aceptar bautizarse. Pero mientras se despedían, el líder de uno de los grandes imperios del mundo le preguntó al humilde misionero: “¿Dónde obtuvo su educación?”, su respuesta fue: “En el sacerdocio de Dios”.

En algún momento, ustedes quizás hayan pensado cuánto mejor hubiera sido su vida si tan sólo los hubieran aceptado para estudiar en una buena

escuela. Oro para que ustedes vean la grandeza del amor de Dios por ustedes y la oportunidad que Él les ha dado de entrar en Su escuela del sacerdocio.

Si son diligentes y obedientes en el sacerdocio, tesoros de conocimiento espiritual se derramarán sobre ustedes. Crecerán en su poder para resistir el mal y proclamar la verdad que conduce a la salvación. Hallarán gozo en la felicidad de aquellos a los que conducen hacia la exaltación. Su familia se convertirá en un lugar de aprendizaje.

Testifico que las llaves del sacerdocio han sido restauradas. El presidente Thomas S. Monson posee y ejercita esas llaves. Dios vive y los conoce perfectamente. Jesucristo vive. Ustedes fueron elegidos para tener el honor de poseer el sacerdocio. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Véase Doctrina y Convenios 107:87.
2. Doctrina y Convenios 88:119, 122.
3. Doctrina y Convenios 88:133.
4. Doctrina y Convenios 107:27.
5. Doctrina y Convenios 138:56.





Por el presidente Thomas S. Monson

El poder del sacerdocio

Que hoy y siempre seamos dignos receptores del divino poder del sacerdocio que poseemos. Que bendiga nuestras vidas y que lo usemos para bendecir la vida de los demás.

He orado y meditado mucho acerca de qué decirles esta noche. No deseo ofender a nadie. Pensé: “¿Cuáles son los desafíos que tenemos? ¿Con qué me enfrento cada día que causa que llore, a veces hasta altas horas de la noche?”. Pensé que trataría de hablar de algunos de esos desafíos esta noche. Algunos se aplicarán a los hombres jóvenes; algunos se aplicarán a los de mediana edad; algunos se aplicarán a quienes son un poco mayores que los de la mediana edad. De los ancianos no hablamos.

Por lo tanto, simplemente quiero comenzar declarando que ha sido bueno para nosotros estar juntos esta noche. Hemos escuchado mensajes extraordinarios y oportunos sobre el sacerdocio de Dios. Yo, al igual que ustedes, he sido elevado e inspirado.

Esta noche quiero abordar temas que he tenido muy presentes últimamente y que he tenido la impresión de que debo compartir con ustedes. De una forma u otra, todos tienen que ver con la dignidad personal requerida para recibir y ejercer el sagrado poder del sacerdocio que poseemos.

Permítanme empezar leyéndoles de la sección 121 de Doctrina y Convenios:

“...los derechos del sacerdocio están inseparablemente unidos a los poderes del cielo, y... éstos no pueden ser gobernados ni manejados sino conforme a los principios de la rectitud.

“Es cierto que se nos pueden conferir; pero cuando intentamos encubrir nuestros pecados, o satisfacer nuestro orgullo, nuestra vana ambición, o ejercer mando, dominio o compulsión sobre las almas de los hijos de los hombres, en cualquier grado de injusticia, he aquí, los cielos se retiran, el Espíritu del Señor es ofendido, y cuando se aparta, se acabó el sacerdocio o autoridad de tal hombre”¹.

Hermanos, éstas son las palabras definitivas del Señor en cuanto a Su autoridad divina. No podemos tener dudas en cuanto a la obligación que esto nos impone a cada uno de los que poseemos el sacerdocio de Dios.

Hemos venido a la tierra en tiempos difíciles. La brújula moral de las masas gradualmente ha cambiado al punto de aceptar “prácticamente cualquier cosa”.

He vivido lo suficiente para haber presenciado gran parte de la metamorfosis de la moralidad de la sociedad. Si bien antes las normas de la Iglesia eran casi todas compatibles

con las de la sociedad, ahora nos divide un gran abismo que cada vez se agranda más.

Muchas películas y programas de televisión presentan comportamientos que se encuentran en oposición directa a las leyes de Dios. No se sometan ustedes a la insinuación y a la indecencia explícita que con mucha frecuencia se ve allí. Las letras de gran parte de la música actual caen en la misma categoría. Lo profano, que es tan prevalente a nuestro alrededor hoy, jamás se habría tolerado en un pasado no muy distante. Lamentablemente, se toma en vano el nombre del Señor una y otra vez. Recordemos juntos el mandamiento —uno de los diez— que el Señor reveló a Moisés en el monte Sinaí: “No tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano, porque no dará por inocente Jehová al que tomare su nombre en vano”². Lamento que cualquiera de nosotros estemos sujetos a un lenguaje profano, y les ruego que no lo empleen. Les imploro que no digan ni hagan nada de lo que no puedan sentirse orgullosos.

Manténganse totalmente alejados de la pornografía; nunca se permitan verla; jamás. Se ha demostrado que es una adicción la cual es muy difícil de vencer. Eviten el consumo de alcohol y tabaco y cualquier otra droga, que también son adicciones que les costará mucho superar.

¿Qué los protegerá del pecado y la maldad que los rodea? Sostengo que un testimonio firme de nuestro Salvador y de Su evangelio los ayudará a mantenerse a salvo. Si no han leído el Libro de Mormón, léanlo. No les pediré que levanten la mano. Si lo hacen con oración y con el deseo sincero de saber la verdad, el Espíritu Santo les manifestará que es verdadero. Si es verdadero, y *lo es*, entonces José Smith fue un profeta que vio a

Dios el Padre y a Su Hijo Jesucristo. La Iglesia es verdadera. Si aún no tienen un testimonio de estas cosas, hagan lo necesario para obtenerlo. Es esencial que tengan un testimonio propio, ya que los testimonios de los demás sólo les servirán hasta cierto punto. Una vez que se obtiene, el testimonio debe mantenerse activo y vivo por medio de la obediencia a los mandamientos de Dios y mediante la oración y el estudio de las Escrituras con regularidad. Asistan a la Iglesia. Ustedes, jóvenes, asistan a seminario o instituto si tienen esa oportunidad.

Si hubiese algo que no está bien en su vida, tienen disponible una salida. Dejen toda iniquidad; hablen con el obispo. Sea cual sea el problema, se puede resolver mediante el debido arrepentimiento. Pueden volver a ser limpios. Al hablar de aquellos que se arrepienten, dijo el Señor: "...aunque vuestros pecados sean como la grana, como la nieve serán emblanquecidos..."³, "...y yo, el Señor, no los recuerdo más"⁴.

El Salvador de la humanidad se describió a sí mismo diciendo que estaba en el mundo sin ser del mundo⁵. Nosotros también podemos estar en el mundo sin ser del mundo al rechazar los conceptos falsos y las enseñanzas falsas, y ser fieles a lo que Dios nos ha mandado.

Ahora bien, últimamente he pensado mucho en ustedes jóvenes que están en edad de casarse pero que no han sentido el deseo de hacerlo. Veo que hay jóvenes encantadoras que desean casarse y criar una familia; sin embargo, sus oportunidades se ven limitadas porque hay tantos varones jóvenes que están postergando el matrimonio.

Esta situación no es nueva. Es mucho lo que han dicho sobre este tema los presidentes anteriores de la Iglesia.



Compartiré con ustedes sólo uno o dos ejemplos de lo que aconsejaron.

Dijo el presidente Harold B. Lee: "...no estamos cumpliendo con nuestra responsabilidad como poseedores del sacerdocio si dejamos pasar la edad de casarnos y nos abstenemos de casarnos de manera honorable con una de estas adorables jóvenes"⁶.

El presidente Gordon B. Hinckley dijo lo siguiente: "Mi corazón se enterece por... las hermanas solteras que desean casarse y no encuentran con quién hacerlo... Tengo mucho menos lástima de los jóvenes, que bajo las costumbres de nuestra sociedad tienen el privilegio de tomar la iniciativa en esos casos y sin embargo muchas veces no lo hacen"⁷.

Soy consciente de que hay muchas razones por las cuales pueden estar dudando en cuanto a tomar el paso de casarse. Si les preocupa el proveer económicamente para una esposa y una familia, permítanme asegurarles que no tiene nada de bochornoso el que una pareja sea frugal y económica. Por lo general, es durante estas épocas desafiantes que se unirán más

como pareja al aprender a sacrificarse y tomar decisiones difíciles. Tal vez tengan miedo de tomar la decisión equivocada, a lo cual les digo que tienen que ejercer fe. Busquen a alguien con quien sean compatibles. Reconozcan que no les será posible anticipar cada reto que se pueda presentar; pero estén seguros de que pueden solucionar casi todo si son ingeniosos y están dedicados a hacer que el matrimonio salga adelante.

Tal vez estén divirtiéndose demasiado al estar solteros, tomando vacaciones extravagantes, comprando automóviles y juguetes costosos, y básicamente gozando de una vida despreocupada con los amigos. Me he topado con grupos de ustedes que salen juntos, y admito que me he preguntado por qué no están con las jovencitas.

Hermanos, llega el momento en que hay que pensar seriamente en casarse y buscar una compañera con la que quieran pasar la eternidad. Si escogen con prudencia, y si están dedicados al éxito del matrimonio, no hay nada en la vida que les traerá más felicidad.



Cuando se casen, háganlo en la casa del Señor. Para los que poseen el sacerdocio no debería haber otra opción. Tengan cuidado, no sea que dejen de ser dignos de poder casarse allí. Pueden mantener el cortejo dentro de los límites adecuados y aun así pasarlo muy bien.

Ahora, hermanos, paso a otro tema sobre el cual tengo la impresión de que debo hablarles. En los tres años que han pasado desde que me sostuvieron como presidente de la Iglesia, creo que la responsabilidad más triste y desalentadora que tengo es la de tratar con las cancelaciones de sellamientos. Cada una se vio precedida por un matrimonio dichoso en la casa del Señor, en el que una pareja llena de amor empezaba la vida lado a lado, esperando con anhelo pasar el resto de la eternidad juntos. Después pasan los meses y los años y, por alguna razón, el amor muere. Tal vez sea el resultado de problemas económicos, falta de comunicación, malhumores descontrolados, interferencia de los suegros o el quedar atrapados en el pecado. Hay muchas razones. En la mayoría de los casos, el divorcio no tiene que ser el resultado.

La gran mayoría de las cancelaciones de sellamientos las solicitan

mujeres que intentaron con desesperación hacer que el matrimonio saliera adelante pero que, en el análisis final, no pudieron sobrellevar los problemas.

Escojan a la compañera con cuidado y en oración, y cuando estén casados, sean ferozmente leales el uno al otro. Una pequeña placa enmarcada que una vez vi en la casa de un tío y una tía, ofrece un consejo invaluable con estas palabras: “Escoge a quien amar; ama a quien escojas”. Esas pocas palabras encierran mucha sabiduría. La dedicación en el matrimonio es absolutamente esencial.

Su esposa es su igual. En el matrimonio ninguno de los dos es superior o inferior al otro, caminan lado a lado como hijo e hija de Dios. No se la debe degradar ni insultar sino que se la debe respetar y amar. Dijo el presidente Gordon B. Hinckley: “Cualquier hombre de esta Iglesia que... ejerza injusto dominio sobre [su esposa], es indigno de poseer el sacerdocio. A pesar de que haya sido ordenado, los cielos se retirarán, el Espíritu del Señor será ofendido y se acabará la autoridad del sacerdocio de ese hombre”⁸.

El presidente Howard W. Hunter dijo lo siguiente en cuanto al matrimonio: “Ser felices y tener éxito en

el matrimonio por lo general no es tanto cuestión de casarse con la persona indicada sino de *ser la persona indicada*”. Eso me gusta. “El esfuerzo consciente por hacer nuestra parte de la mejor manera posible es el elemento más importante que contribuye al éxito”⁹.

Hace muchos años, en el barrio que yo presidía como obispo, vivía una pareja que a menudo tenía desacuerdos muy serios y acalorados. Desacuerdos realmente serios. Cada uno de ellos estaba seguro de su postura; ninguno quería ceder. Cuando no discutían, tenían lo que yo calificaría como una tregua tensa.

Una madrugada, a las 2:00 de la mañana, recibí una llamada telefónica de la pareja; querían conversar conmigo y querían hacerlo en ese momento. Me obligué a salir de la cama, me vestí y fui a su casa. Estaban sentados en lados opuestos de la sala sin hablarse. La esposa se comunicaba con el marido hablándome a mí, y él también le contestaba hablándome a mí. Pensé: “¿Cómo vamos a hacer para unir a esta pareja?”.

Oré pidiendo inspiración, y me vino la idea de hacerles una pregunta. Les dije: “¿Hace cuánto que no van al templo a presenciar un sellamiento?”.

Los dos admitieron que hacía mucho. Por lo demás, eran personas dignas que tenían recomendaciones para el templo y que asistían al templo y hacían ordenanzas por los demás.

Les dije: “¿Me acompañan al templo el miércoles por la mañana a las ocho en punto? Vamos a presenciar una ceremonia de sellamiento allí”.

Al unísono preguntaron: “¿De quién es la ceremonia?”

Yo les respondí: “No sé; será la de quien se case esa mañana”.

El miércoles siguiente, a la hora señalada, nos encontramos en el Templo de Salt Lake. Los tres entramos a una de las hermosas salas de sellamiento sin conocer a nadie en el cuarto, salvo al élder ElRay L. Christiansen, que entonces era ayudante del Quórum de los Doce, un cargo de Autoridad General que existía en esa época. Esa mañana el élder Christiansen tenía programado llevar a cabo la ceremonia de sellamiento de una pareja de novios en ese cuarto. Estoy seguro de que la novia y su familia pensaron: “Ellos deben ser amigos del novio”, y que la familia del novio pensó: “Ellos deben ser amigos de la novia”. Mi pareja estaba sentada en una pequeña banqueta como a medio metro uno del otro.

El élder Christiansen empezó ofreciendo consejos a la pareja que se iba a casar, y lo hizo de forma hermosa. Habló de que el esposo debe amar a su esposa, que debe tratarla con respeto y cortesía y honrarla como el corazón del hogar. Después le habló a la novia sobre honrar a su marido como el cabeza de hogar y ser un apoyo para él en todos los aspectos.

Me di cuenta de que a medida que el élder Christiansen les hablaba a los novios, mi pareja se iba acercando cada vez más, y pronto estaban sentados uno junto al otro. Lo que me



agradó fue que los dos se acercaban más o menos al mismo ritmo. Al terminar la ceremonia, mi pareja estaba sentada uno tan cerca del otro como si ellos fuesen los recién casados; y los dos estaban sonriendo.

Ese día nos fuimos del templo sin que nadie supiera quiénes éramos o por qué habíamos ido, pero mis amigos iban de la mano al salir por la puerta principal. Habían dejado sus diferencias de lado, y yo no tuve que decir ni una palabra. Sucede que recordaron el día de su propio matrimonio y los convenios que habían hecho en la casa de Dios. Se habían comprometido a volver a empezar y a esforzarse más esta vez.

Si alguno de ustedes enfrenta dificultades en su matrimonio, los insto a que hagan todo lo posible para corregir lo necesario a fin de que sean tan felices como lo eran cuando su matrimonio comenzó. Los que nos casamos en la casa del Señor lo hacemos por esta vida y por toda la eternidad; y luego debemos hacer el esfuerzo necesario para que eso sea realidad. Soy consciente de que hay situaciones en las que los matrimonios no se pueden salvar, pero estoy convencido de que por lo general se los puede y se los debe salvar. No dejen que su matrimonio llegue al punto de estar en peligro.

El presidente Hinckley enseñó que depende de cada uno de nosotros que poseemos el sacerdocio de Dios el

disciplinarnos para estar por encima de las costumbres del mundo. Es esencial que seamos hombres honorables y decentes. Nuestras acciones tienen que ser intachables.

Las palabras que decimos, cómo tratamos a los demás y la forma en que vivimos impactan nuestra eficacia como hombres y jóvenes que poseemos el sacerdocio.

El don del sacerdocio es inestimable. Conlleva la autoridad de actuar como siervos de Dios, de bendecir a los enfermos, bendecir a nuestras familias y también a los demás. Su autoridad puede extenderse más allá del velo de la muerte, hasta las eternidades. “No hay nada que se le compare en todo el mundo; protéjalo, atesorénelo... y vivan de modo que sean dignos de él”¹⁰.

Mis queridos hermanos, que la rectitud guíe cada uno de nuestros pasos al viajar por esta vida. Que hoy y siempre seamos dignos receptores del divino poder del sacerdocio que poseemos. Que bendiga nuestras vidas y que lo usemos para bendecir la vida de los demás como lo hizo Él que vivió y murió por nosotros, Jesucristo, nuestro Señor y Salvador. Éste es mi ruego, en Su sagrado nombre, Su santo nombre. Amén. ■

NOTAS

1. Doctrina y Convenios 121:36–37.
2. Éxodo 20:7.
3. Isaías 1:18.
4. Doctrina y Convenios 58:42.
5. Véase Juan 17:14; Doctrina y Convenios 49:5.
6. “El discurso del presidente Harold B. Lee de la Sesión General del Sacerdocio”, *Ensign*, enero de 1974, pág. 100.
7. Véase Gordon B. Hinckley, “Lo que Dios ha unido”, *Liahona*, julio de 1991, pág. 78.
8. Gordon B. Hinckley, “La dignidad personal para ejercer el sacerdocio”, *Liahona*, julio de 2002, pág. 60.
9. *The Teachings of Howard W. Hunter*, ed. Clyde J. Williams, 1997, pág. 130.
10. Véase Gordon B. Hinckley, *Liahona*, julio de 2002, pág. 61.



Por el presidente Dieter F. Uchtdorf
Segundo Consejero de la Primera Presidencia

A la espera en el camino a Damasco

Quienes busquen diligentemente aprender acerca de Cristo, con el tiempo llegarán a conocerlo.

Uno de los acontecimientos más extraordinarios de la historia del mundo sucedió en el camino a Damasco. Ustedes conocen muy bien el relato de Saulo, un joven que “asolaba la iglesia; entrando en cada casa...y... entregaba [a los santos] en la cárcel”¹. Saulo era tan hostil que muchos miembros de la Iglesia primitiva huían de Jerusalén con la esperanza de librarse de su enojo.

Saulo los perseguía; pero “al llegar cerca de Damasco, súbitamente le rodeó un resplandor de luz del cielo;

“y cayendo en tierra, oyó una voz que le decía: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?”².

Ese momento transformador cambió a Saulo para siempre; en realidad, cambió el mundo.

Sabemos que manifestaciones como ésta suceden. De hecho, testificamos que una experiencia divina similar sucedió en 1820 a un joven llamado José Smith. Es nuestro testimonio claro y certero que los cielos se abrieron nuevamente y que Dios habla a Sus profetas y apóstoles; Dios escucha y responde las oraciones de Sus hijos.

Sin embargo, hay quienes sienten que no pueden creer a menos que tengan una experiencia similar a la de Saulo o a la de José Smith. Se encuentran al borde de las aguas del bautismo, pero no entran; esperan en el umbral del testimonio, pero no pueden admitir la verdad. En lugar de tomar pasos pequeños en el sendero del discipulado, quieren que un acontecimiento impresionante los obligue a creer.

Pasan sus días a la espera en el camino a Damasco.

La convicción llega un paso a la vez

Una querida hermana había sido miembro fiel de la Iglesia toda su vida, pero llevaba consigo un pesar personal. Años antes, su hija había muerto después de una breve enfermedad y las heridas de esa tragedia aún la atormentaban; sufría mucho a causa de las preguntas profundas que sobrevienen ante un hecho como éste. Admitió francamente que su testimonio ya no era el de antes; sentía que a menos que se le abrieran los cielos nunca podría volver a creer.

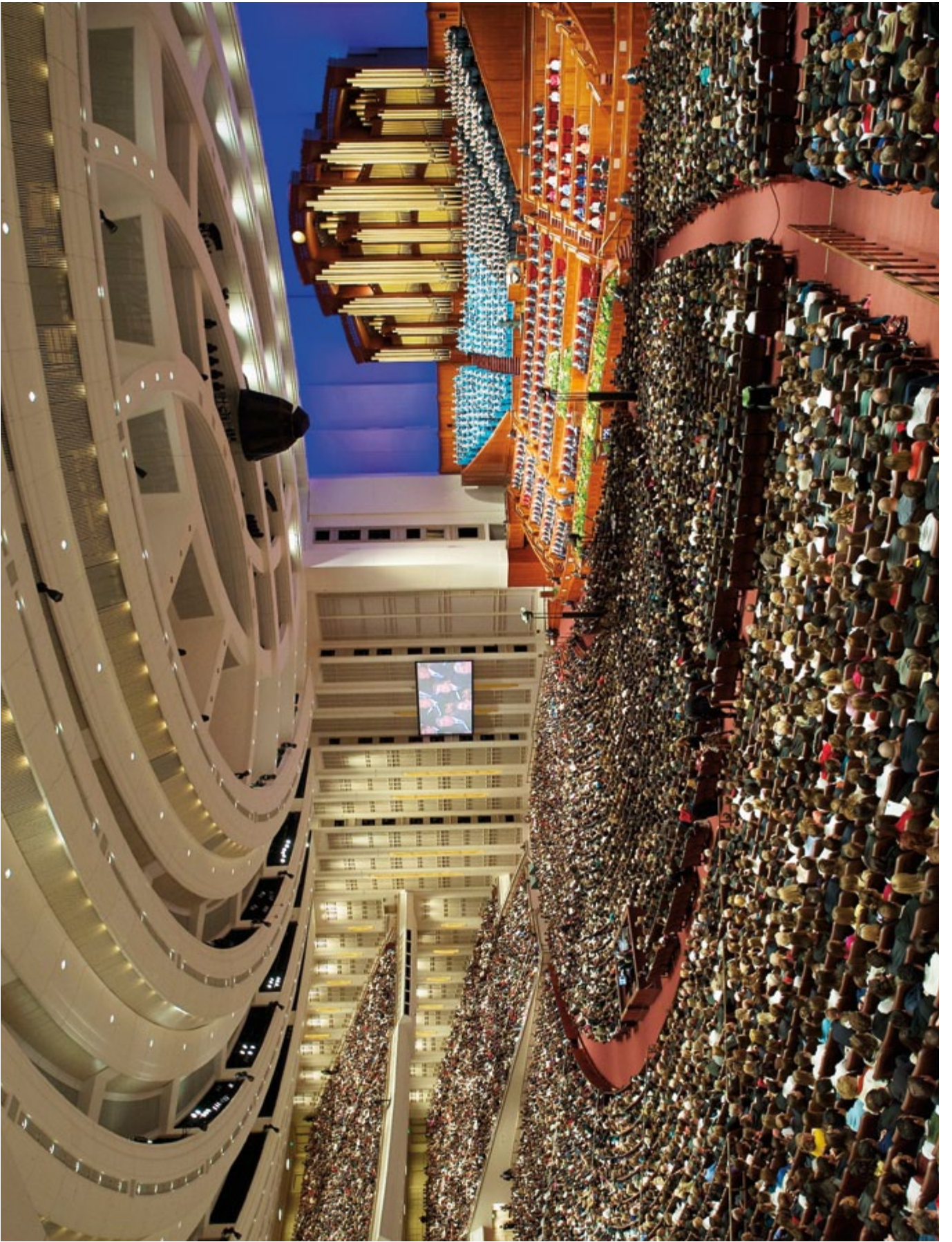
Así que, se encontraba a la espera. Hay muchos otros que, por diferentes razones, se encuentran a la espera en el camino a Damasco; demoran el comprometerse totalmente como discípulos; tienen la esperanza de recibir el sacerdocio, pero no se deciden a vivir dignos de ese privilegio; quieren entrar en el templo, pero postergan el acto final de fe para merecerlo; esperan que Cristo llegue a su vida como si se tratara de una magnífica pintura de Carl Bloch para que los libre de todas sus dudas y temores de una vez por todas.

La verdad es que quienes busquen diligentemente aprender acerca de Cristo, con el tiempo llegarán a conocerlo; recibirán personalmente una imagen divina del Maestro, aunque la mayoría de las veces llega en la forma de un rompecabezas, una pieza a la vez; tal vez sea difícil reconocer cada pieza por sí sola, quizás no sea claro cómo es que forma parte del conjunto. Cada pieza nos ayuda a ver la imagen completa un poco más claramente. Con el tiempo, después de juntar suficientes piezas, reconocemos la gran belleza de todo. Entonces, al mirar hacia atrás, vemos que el Salvador realmente estuvo con nosotros; no de repente, sino de forma serena, apacible, casi desapercibida.

Eso es lo que podemos experimentar si seguimos adelante con fe y no esperamos demasiado tiempo en el camino a Damasco.

Escuchar y obedecer

Les testifico que nuestro Padre Celestial ama a Sus hijos; nos ama a nosotros; los ama a ustedes. Cuando sea necesario, el Señor incluso los alzará para superar obstáculos a medida que busquen Su paz con un corazón quebrantado y un espíritu contrito. Con frecuencia Él nos habla en formas



Autoridades Generales de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días

Abril de 2011

LA PRIMERA PRESIDENCIA



Henry B. Eyring
Primer consejero



Thomas S. Monson
Presidente



Dieter F. Uchtdorf
Segundo consejero

EL QUÓRUM DE LOS DOCE APÓSTOLES



Boyd K. Packer



L. Tom Perry



Russell M. Nelson



Dallin H. Oaks



M. Russell Ballard



Richard G. Scott



Robert D. Hales



Jeffrey R. Holland



David A. Bednar



Quentin L. Cook



D. Todd Christofferson



Neil L. Andersen

LA PRESIDENCIA DE LOS SETENTA



Ronald A. Rasband



Claudio R. Al. Costa



Steven E. Snow



Walter F. González



L. Whitney Clayton



Joy E. Jensen



Donald L. Hollstrom

EL PRIMER QUÓRUM DE LOS SETENTA

(en orden alfabético)



Marcos A. Ajukkahis



José L. Alonso



Carlos H. Amado



Ian S. Arden



Mervyn B. Arnold



David S. Baxter



Shayne M. Bowen



Gérald Cossé



Yoon Hwan Choi



Craig C. Christensen



Don R. Clarke



Gary J. Coleman



Carl B. Cook



Lawrence E. Conbridge



Leonard R. Curtis Jr.



Benjamín De Hoyos



John B. Dickson



Kevin R. Durcan



David F. Evans



Enrique R. Falabella



Eduardo Gavaret



Carlos A. Goady



Christoffer Golden Jr.



Gerrit W. Gong



C. Scott Grow



James J. Hamula



Keith K. Hilbig



Richard G. Hinckley



Martin K. Jensen



Daniel L. Johnson



Paul V. Johnson



Patrick Kearon



Yoshitshiko Kikuchi



Paul E. Koelliker



Erich W. Kopschke



Richard J. Maynes



Marcus B. Nash



Brent H. Nielson



Allan F. Pucker



Kevin W. Pearson



Anthony D. Perkins



Paul B. Pieper



Rafael E. Pino



Bruce D. Porter



Carl B. Pratt



Dale G. Renlund



Michael T. Ringwood



Lynn G. Robbins



Cecil O. Samuelson Jr.



Joseph W. Sitati



Jano Mazzagrandi



Wilford W. Andersen



Koichi Aoyagi



Randall K. Bennett



Tad R. Callister



Craig A. Condon



Bruce A. Carlson



J. Denn Cornish



Keith R. Edwards



Stanley G. Ellis



Bradley D. Foster



Larry W. Gibbons



O. Vincent Hobeck



Won Yang Ko



Larry R. Lawrence



Peg G. Mahn



James B. Marino



Gregory A. Schwitzer



Kent F. Richards



Lowell M. Snow



Larry P. Wilson



Paul K. Sybrowsky



Kent D. Watson



Richard C. Edgley
Primer consejero



H. David Burton
Obispo Presidente



Keith B. McMullin
Segundo consejero

EL OBISPADO PRESIDENTE



Richard C. Edgley
Primer consejero



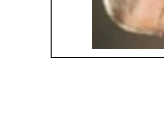
H. David Burton
Obispo Presidente



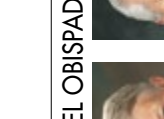
Keith B. McMullin
Segundo consejero



Francisco J. Vinas



Lynn G. Robbins



Cecil O. Samuelson Jr.



Joseph W. Sitati



Jano Mazzagrandi



W. Craig Zwirk



Lynn G. Robbins



Cecil O. Samuelson Jr.



Joseph W. Sitati



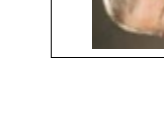
Jano Mazzagrandi



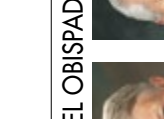
Dale G. Renlund



Michael T. Ringwood



Lynn G. Robbins



Cecil O. Samuelson Jr.



Joseph W. Sitati



Jano Mazzagrandi



Claudio D. Zviric



Lynn G. Robbins



Cecil O. Samuelson Jr.



Joseph W. Sitati



Jano Mazzagrandi



Jano Mazzagrandi



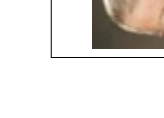
Carl B. Pratt



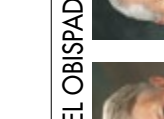
Dale G. Renlund



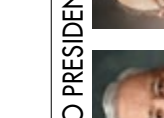
Michael T. Ringwood



Lynn G. Robbins



Cecil O. Samuelson Jr.



Joseph W. Sitati



Jano Mazzagrandi



Jorge F. Zaballus



Lynn G. Robbins



Cecil O. Samuelson Jr.



Joseph W. Sitati



Jano Mazzagrandi



Jano Mazzagrandi



Jano Mazzagrandi



Bruce D. Porter



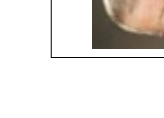
Carl B. Pratt



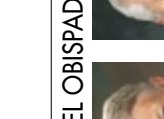
Dale G. Renlund



Michael T. Ringwood



Lynn G. Robbins



Cecil O. Samuelson Jr.



Joseph W. Sitati



Jano Mazzagrandi



Kazuhiko Yamashita



Lynn G. Robbins



Cecil O. Samuelson Jr.



Joseph W. Sitati



Jano Mazzagrandi



Jano Mazzagrandi



Jano Mazzagrandi



Jano Mazzagrandi



Rafael E. Pino



Bruce D. Porter



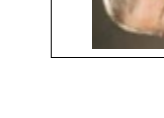
Carl B. Pratt



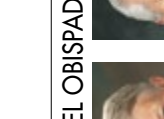
Dale G. Renlund



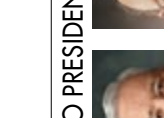
Michael T. Ringwood



Lynn G. Robbins



Cecil O. Samuelson Jr.



Joseph W. Sitati



Jano Mazzagrandi



E. Michael Watson



Lynn G. Robbins



Cecil O. Samuelson Jr.



Joseph W. Sitati

</



“Conciudadanos con los santos” (Efesios 2:19), se reúnen por todo el mundo para la Conferencia General anual N° 181 de la Iglesia. Comenzando desde arriba en el sentido de las agujas del reloj, Santos de los Últimos Días en: Lusaka, Zambia; Kyiv, Ucrania; Santa Catalina, Jamaica; São Paulo, Brasil; Odenton, Maryland, EE. UU.; Dortmund, Alemania; Coimbra, Portugal.





que sólo podemos escuchar con el corazón. Para escuchar mejor Su voz, sería sabio que bajásemos el volumen del ruido mundano en nuestra vida. Si ignoramos o bloqueamos las indicaciones del Espíritu, por la razón que sea, se hacen cada vez menos perceptibles hasta que no las escuchamos en absoluto. Aprendamos a escuchar los susurros del Espíritu y luego seamos prestos a obedecerlos.

Nuestro amado profeta, Thomas S. Monson, es nuestro ejemplo con respecto a esto. Los relatos de cómo él presta atención a los susurros del Espíritu son muchos. El élder Jeffrey R. Holland nos cuenta uno de esos ejemplos:

En una ocasión, cuando el presidente Monson estaba cumpliendo con una asignación en Luisiana, un presidente de estaca le preguntó si tendría tiempo para visitar a una niña de 10 años que se llamaba Christal y que estaba en las últimas etapas de un cáncer. La familia de Christal había estado orando para que el presidente Monson fuese a su hogar, pero la casa quedaba lejos y él tenía una agenda tan ocupada que no disponía de tiempo. Así

que, en lugar de ir, el presidente Monson pidió a quienes ofrecieron las oraciones en la conferencia de estaca que pidiesen por Christal; con seguridad el Señor y la familia comprenderían.

Durante la sesión del sábado de la conferencia, cuando el presidente Monson se puso de pie para hablar, el Espíritu le susurró: “Dejad a los niños venir a mí y no se lo impidáis, porque de los tales es el reino de Dios”³.

“Sus notas aparecieron borrosas... trató de concentrarse en el tema de la reunión, pero la imagen y el nombre de [la pequeña niña] no abandonaban sus pensamientos”⁴.

Prestó atención al Espíritu y modificó sus planes. Temprano a la mañana siguiente el presidente Monson dejó a las noventa y nueve y viajó muchos kilómetros para estar junto al lecho de una.

Una vez allí, vio a “la niña, demasiado enferma para incorporarse y demasiado débil para hablar. La enfermedad la había privado también de la vista. Profundamente conmovido por lo que veía y por el Espíritu del Señor... el hermano Monson... tomó la débil manecita de [la niña] entre las

suyas. ‘Christal’, le susurró, ‘aquí estoy’.

“Haciendo un gran esfuerzo, ella le respondió: ‘Hermano Monson, yo sabía que usted vendría’”⁵.

Mis queridos hermanos y hermanas, esforcémonos por estar entre aquellos en quienes el Señor puede confiar, los que escucharán Sus susurros y responderán como Saulo hizo en su camino a Damasco: “Señor, ¿qué quieres que yo haga?”⁶.

Prestar servicio

Otra razón, por la que a veces no reconocemos la voz del Señor en nuestra vida, es porque las revelaciones del Espíritu tal vez no vengan a nosotros directamente como las respuestas a nuestras oraciones.

Al buscar respuestas a preguntas y dudas en nuestra vida, nuestro Padre Celestial espera que primero lo estudiemos en la mente y luego oremos para recibir guía. Tenemos la seguridad de nuestro Padre Celestial de que Él escuchará y contestará nuestras oraciones. Puede que la respuesta venga por medio de la voz y sabiduría de amigos y familiares en quienes confiamos, de las Escrituras y de las palabras de los profetas.

En mi experiencia, algunas de las revelaciones más poderosas que recibimos no sólo son para nuestro propio beneficio sino también para el de otras personas. Si sólo pensamos en nosotros mismos, quizás nos privemos de algunas de las experiencias espirituales más poderosas y de las revelaciones más profundas de nuestra vida.

El presidente Spencer W. Kimball enseñó ese concepto cuando dijo: “Dios nos tiene en cuenta y vela por nosotros; pero por lo general, es por medio de otra persona que atiende a nuestras necesidades. Por lo tanto, es vital que nos prestemos servicio unos a otros”⁷. Hermanos y hermanas, cada



en casi todos los casos, no eran de nuestra fe. Cuando nos preguntaban cómo nos había ido el fin de semana, tratábamos de evitar los temas usuales como los eventos deportivos, las películas o el clima, e intentábamos compartir algunas experiencias religiosas que habíamos tenido como familia durante el fin de semana; por ejemplo, lo que un joven orador había dicho sobre las normas del folleto *Para la fortaleza de la juventud* o cómo las palabras de un joven que se iba a la misión nos habían conmovido o la manera en que el Evangelio y la Iglesia nos ayudaban como familia a superar un problema específico que teníamos. No tratábamos de darles un sermón ni de imponerles nuestras ideas. Mi esposa Harriet era la mejor para hallar algo inspirador, edificante o cómico para compartir; con frecuencia eso llevaba a conversaciones más profundas. Lo interesante era que siempre que hablábamos con amigos de la forma de superar las dificultades de la vida, a menudo nos decían: “Para ustedes es fácil porque tienen su iglesia”.

Con tantos medios de comunicación social y una variedad de aparatos más o menos útiles a nuestra disposición, el compartir las buenas nuevas del Evangelio es más fácil y sus efectos tienen mucho más alcance que nunca. De hecho, me temo que algunos de los que estén escuchando hoy ya hayan enviado un mensaje de texto como: “¡Ha hablado por 10 minutos y no ha dado ninguna analogía sobre la aviación!”. Mis queridos jóvenes amigos, tal vez la amonestación del Señor de “abrir su boca”⁹ hoy incluya ¡“usar las manos” para crear blogs o mandar mensajes de texto del Evangelio a todo el mundo! Pero por favor recuerden, todo en el momento oportuno y en el debido lugar.

Hermanos y hermanas, con la

uno de nosotros tiene una responsabilidad bajo convenio de ser sensible a las necesidades de los demás y de prestar servicio como lo hizo el Salvador, tender una mano de ayuda, bendecir y elevar a quienes nos rodean.

A menudo, la respuesta a nuestra oración no viene cuando estamos de rodillas sino cuando estamos de pie sirviendo al Señor y a quienes están a nuestro alrededor. Los actos de servicio desinteresado y la consagración purifican nuestro espíritu, quitan las escamas de nuestros ojos espirituales y abren las ventanas de los cielos. Al convertirnos en la respuesta a la oración de alguien, con frecuencia hallamos la respuesta a la nuestra.

Compartir

Hay veces en las que el Señor nos revela cosas que son específicas para

nosotros. Sin embargo, en muchos, muchos casos Él concede un testimonio de la verdad a quienes lo compartirán con los demás. Ése ha sido el caso con todos los profetas desde los días de Adán. Más aún, el Señor espera que los miembros de Su Iglesia “en todo tiempo [abran la] boca para declarar [Su] evangelio con el son de regocijo”⁸.

Esto no siempre es fácil. Algunas personas preferirían tirar de un carro de mano a través de la pradera antes que tratar el tema de la fe y la religión con sus amigos y compañeros de trabajo. Se preocupan por la forma en la que los demás los percibirán y cómo eso afectará su relación. No es necesario que sea así, porque tenemos un mensaje de alegría para compartir y tenemos un mensaje de gozo.

Hace muchos años, nuestra familia vivía y trabajaba entre personas que,

bendición de la tecnología moderna podemos expresar agradecimiento y regocijo por el gran plan que Dios tiene para Sus hijos, de modo que se escuche no sólo en nuestro lugar de trabajo sino en todo el mundo. A veces una sola frase de testimonio puede desencadenar acontecimientos que influyen en la vida de alguien por la eternidad.

La forma más efectiva de predicar el Evangelio es por medio del ejemplo. Si vivimos de acuerdo con

nuestras creencias, la gente lo notará. Si recibimos la imagen de Cristo en nuestros rostros¹⁰, si sentimos gozo y paz en el mundo, la gente querrá saber el porqué. Uno de los sermones más grandiosos que se haya pronunciado sobre la obra misional es este sencillo pensamiento atribuido a San Francisco de Asís: “Predica el Evangelio todo el tiempo y, si es necesario, utiliza las palabras”¹¹. Hay oportunidades de hacer eso a todo nuestro alrededor; no las dejen pasar por estar

esperando demasiado en el camino a Damasco.

Nuestro camino a Damasco

Testifico que el Señor habla a Sus profetas y apóstoles hoy en día. También habla a todos aquellos que vengan a Él con un corazón sincero y con verdadera intención¹².

No duden. Recuerden: “Bienaventurados los que no vieron y creyeron”¹³. Dios los ama; Él escucha sus oraciones; Él habla a Sus hijos y ofrece consuelo, paz y entendimiento a aquellos que lo busquen y lo honren al caminar en Sus senderos. Expreso mi sagrado testimonio de que La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días está bien encaminada; tenemos un profeta viviente; la dirige Aquél cuyo nombre llevamos, a saber, el Salvador Jesucristo.

Hermanos y hermanas, queridos amigos, no esperemos demasiado tiempo en *nuestro* camino a Damasco. En su lugar, sigamos adelante valientemente con fe, esperanza y caridad, y seremos bendecidos con la luz que todos buscamos en el sendero del verdadero discipulado. Por ello ruego y les dejo mi bendición, en el sagrado nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Hechos 8:3.
2. Hechos 9:3-4.
3. Marcos 10:14.
4. Véase Jeffrey R. Holland, “Presidente Thomas S. Monson: Siempre en la obra del Señor”, *Liahona*, octubre/noviembre de 1986, pág. 20.
5. Véase el artículo escrito por Jeffrey R. Holland, *Liahona*, octubre/noviembre de 1986, pág. 20.
6. Hechos 9:6.
7. *Enseñanzas de los presidentes de la Iglesia: Spencer W. Kimball*, 2006, pág. 92.
8. Doctrina y Convenios 28:16.
9. Doctrina y Convenios 60:2.
10. Véase Alma 5:14.
11. En William Fay y Linda Evans Shepherd, *Share Jesus without Fear*, 1999, pág. 22.
12. Véase Moroni 10:3-5.
13. Juan 20:29.

São Paulo, Brasil





Por el élder Paul. V. Johnson

De los Setenta

“Más que vencedores por medio de aquel que nos amó”

Las pruebas no son sólo para probarnos. Son de vital importancia en el proceso de llegar a ser participantes de la naturaleza divina.

La vida en la tierra incluye dificultades, pruebas y tribulaciones; y algunas de las pruebas que enfrentamos en la vida pueden ser atroces. Tanto en enfermedad, traición, tentaciones, la pérdida de un ser querido, desastres naturales como en alguna otra adversidad, la aflicción es parte de nuestra experiencia mortal. Muchos se preguntan por qué debemos enfrentar desafíos difíciles. Sabemos que una razón es con el fin de probar nuestra fe para ver si haremos todo lo que el Señor ha mandado¹. Afortunadamente, esta vida es el escenario perfecto para enfrentar—y pasar—esas pruebas².

Pero estas pruebas no son sólo para probarnos. Son de vital importancia en el proceso de llegar a ser participantes de la naturaleza divina³. Si afrontamos estas aflicciones debidamente, serán consagradas para nuestro provecho⁴.

El élder Orson F. Whitney dijo: “Ningún dolor que suframos ni ninguna prueba que experimentemos

es en vano... Todo lo que sufrimos y todo lo que soportamos, especialmente cuando lo hacemos con paciencia, edifica nuestro carácter, purifica nuestros corazones, expande nuestras almas y nos hace más sensibles y caritativos... Es mediante las penas y el sufrimiento, la dificultad y la tribulación que ganamos la educación que hemos venido a adquirir aquí”⁵.

Recientemente, se diagnosticó a un niño de 9 años con un extraño cáncer de huesos. El médico explicó el diagnóstico y el tratamiento, el cual incluía meses de quimioterapia y una seria operación. Dijo que sería un período muy difícil para el niño y para la familia, pero luego agregó: “La gente me pregunta: ‘¿Seré la misma persona después de esto?’. Yo les digo: ‘No, no serás la misma persona, serás mucho más fuerte; ¡serás increíble!’”.

A veces podría parecer que nuestras pruebas se centraran en aspectos de nuestra vida y en las partes del alma que más nos cuesta enfrentar.

Puesto que como resultado de estos retos se espera el crecimiento personal, no debería sorprendernos que las pruebas sean muy personales, casi específicamente dirigidas a nuestras necesidades o debilidades particulares. Y nadie está exento, en especial los santos que estén tratando de hacerlo correcto. Algunos santos obedientes podrían preguntarse: “¿Por qué a mí? ¡Estoy tratando de ser bueno! ¿Por qué permite el Señor que suceda esto?”. El horno de la aflicción ayuda a purificar aun a los mejores de los santos incinerando las impurezas de su vida para que quede el oro puro⁶. Incluso el mejor mineral necesita ser refinado para sacarle las impurezas. Ser bueno no es suficiente; queremos llegar a ser como el Salvador, que aprendió a medida que sufrió “dolores, aflicciones y tentaciones de todas clases”⁷.

El sendero Crimson del cañón de Logan es una de mis caminatas preferidas. La parte principal del camino recorre las cimas de los altos acantilados y ofrece una vista hermosa del cañón y del valle que está debajo; sin embargo, llegar a la cima de los acantilados no es fácil. Allí el camino va constantemente en subida, y justo antes de llegar al tope, el escalador se encuentra con la parte más empinada del camino, y los mismos acantilados no permiten que se vea el cañón. El último esfuerzo vale más que la pena, porque una vez que el escalador llega a la cima la vista es imponente. La única forma de verlo es hacer el recorrido.

Las pautas de las Escrituras y de la vida muestran que muchas veces las pruebas más oscuras y peligrosas preceden a acontecimientos extraordinarios y un crecimiento tremendo. “Tras mucha tribulación vienen las bendiciones”⁸. Los hijos de Israel estaban atrapados contra el mar Rojo antes de que éste fuese dividido⁹.



izquierdo para nada después de estar en cama por varios meses. Los huesos estaban blandos como una esponja y cuando apoyaba el pie en el suelo parecía que me daba un golpe eléctrico”¹². Mientras estaba en cama y cuando el sufrimiento era más intenso, conseguí y estudié unos folletos de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días; se convirtió y después se bautizó. Muchas veces, un desafío en particular nos ayuda a prepararnos para algo de vital importancia.

En medio de los problemas es casi imposible ver que las bendiciones que vendrán sobrepasan ampliamente el dolor, la humillación o la congoja que estemos experimentando en ese momento. “Ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de rectitud a los que en ella han sido ejercitados”¹³. El apóstol Pablo enseñó: “Porque esta momentánea y leve tribulación nuestra nos produce un cada vez más y eterno peso de gloria”¹⁴. Es interesante que Pablo usase el término “leve tribulación”; eso venía de una persona que había sido golpeada, apedreada, padecido naufragio, estado en la prisión y quien había sufrido muchas otras pruebas¹⁵. Dudo que muchos de nosotros calificuemos nuestras tribulaciones como leves; sin embargo, comparadas con las bendiciones y el crecimiento que recibimos al final, tanto en esta vida como en la eternidad, nuestras aflicciones son realmente leves.

Nosotros no buscamos pruebas, aflicciones ni tribulaciones. Nuestra jornada personal por la vida nos proporcionará la cantidad exacta para nuestras necesidades. Muchas pruebas son parte natural de la existencia mortal, pero juegan un papel muy importante en nuestro progreso.

Al acercarse el fin del ministerio

Nefi enfrentó peligros, la ira de sus hermanos y múltiples fracasos antes de obtener las planchas de bronce¹⁰. José Smith fue abrumado con un poder maligno tan fuerte que parecía estar destinado a una destrucción repentina; cuando estaba a punto de hundirse en la desesperación se esforzó por orar a Dios, y en ese preciso momento lo visitaron el Padre y el Hijo¹¹. Con frecuencia los que

están investigando la Iglesia enfrentan oposición y tribulación al acercarse al bautismo. Las madres saben que la dificultad del parto precede el milagro del nacimiento. Una y otra vez vemos bendiciones maravillosas después de grandes pruebas.

Cuando mi abuela tenía unos 19 años contrajo una enfermedad que la dejó muy mal. Más tarde dijo: “No podía caminar; no podía usar el pie

mortal del Salvador, Él experimentó la prueba más difícil de todos los tiempos: el increíble sufrimiento en Getsemaní y en Gólgota. Eso precedió a la gloriosa Resurrección y a la promesa de que todo nuestro sufrimiento algún día desaparecerá. Su sufrimiento era un requisito previo para la tumba vacía de esa mañana de Pascua y para nuestra inmortalidad y vida eterna futuras.

A veces queremos crecer sin desafíos y adquirir fortaleza sin tener que hacer ningún esfuerzo; pero el crecimiento no puede venir al tomar el camino más fácil. Entendemos claramente que un atleta que se resiste al entrenamiento riguroso nunca llegará a ser un atleta de prestigio mundial. Debemos tener cuidado de no resentir las mismas cosas que nos ayudarán a ser participantes de la naturaleza divina.

Ninguna de las pruebas y tribulaciones que afrontamos van más allá de nuestros límites, porque tenemos acceso a la ayuda del Señor. Todo lo podemos en Cristo que nos fortalece¹⁶.

Después de recuperarse de serios problemas de salud, el élder Robert D. Hales compartió lo siguiente en una conferencia general: “En algunas ocasiones le dije al Señor que, sin duda, había aprendido las lecciones que se me habían enseñado y que no era necesario tener que soportar más sufrimiento. Tales súplicas me dieron la impresión de ser en vano, ya que pude ver muy claro que tendría que soportar ese proceso purificador de probación en el tiempo y a la manera del Señor. ...aprendí también que no se me dejaría solo para afrontar esas pruebas y tribulaciones, porque los ángeles guardianes me atenderían. Hubo quienes fueron casi como ángeles en forma de médicos,



enfermeras y, sobre todo, mi querida compañera, Mary. Y a veces, cuando el Señor así lo deseaba, yo había de recibir consuelo por medio de la visita de huéspedes celestiales que brindaron consuelo y confirmaciones eternas en los momentos de necesidad”¹⁷.

Nuestro Padre Celestial nos ama y “sabemos que quienes pongan su confianza en Dios serán sostenidos en sus tribulaciones, y sus problemas y aflicciones, y serán enaltecidos en el postrer día”¹⁸. Algún día, cuando lleguemos al otro lado del velo, querremos no sólo que nos digan: “Y bien, ya terminaste”; sino que querremos que el Señor nos diga: “Bien, buen siervo y fiel”¹⁹.

Me encantan las palabras de Pablo: “¿Quién nos apartará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada...?”

“Antes bien, en todas estas cosas

somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó”²⁰.

Sé que Dios vive y que Su Hijo Jesucristo vive. También sé que mediante la ayuda de Ellos podemos ser “más que vencedores” de las tribulaciones que afrontamos en esta vida. Podemos llegar a ser como Ellos. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Véase 1 Pedro 1:6–8; Abraham 3:25.
2. Véase 1 Pedro 2:20.
3. Véase 2 Pedro 1:4.
4. Véase 2 Nefi 2:2.
5. Orson F. Whitney, véase en Spencer W. Kimball, *La Fe precede al Milagro*, 1983, pág. 97–98.
6. Véase Isaías 48:10; 1 Nefi 20:10.
7. Véase Alma 7:11–12.
8. Doctrina y Convenios 58:4.
9. Véase Éxodo 14:5–30.
10. Véase 1 Nefi 3–4.
11. Véase José Smith—Historia 1:15–17.
12. Amalie Hollenweger Amacher, historia sin publicar en posesión de la autora.
13. Hebreos 12:11.
14. 2 Corintios 4:17.
15. Véase 2 Corintios 11:23–28.
16. Véase Filipenses 4:13.
17. Robert D. Hales, “El convenio del bautismo: Estar en el reino y ser del reino”, *Liahona*, enero de 2001, pág. 6.
18. Alma 36:3.
19. Mateo 25:21.
20. Romanos 8:35, 37.

Bucarest, Rumania





Por el obispo H. David Burton
Obispo Presidente

La obra santificadora de Bienestar

La obra de cuidarnos mutuamente y de ser “buenos con los pobres” es una obra santificadora, ordenada por el Padre.

Buenos días, hermanos y hermanas. En 1897, el joven David O. McKay se encontraba frente a una puerta con un folleto en la mano. Como misionero en Stirling, Escocia, él había hecho eso muchas veces anteriormente; pero ese día, una mujer demacrada abrió la puerta y se paró frente a él. Estaba mal vestida, tenía las mejillas hundidas y estaba despeinada.

Ella tomó el folleto que el élder McKay le ofreció y le dijo cinco palabras que de ahí en adelante nunca olvidaría: “¿Podré comprar pan con esto?”.

Ese encuentro dejó una huella imborrable en el joven misionero. Más adelante escribió: “Desde ese momento tuve una comprensión más profunda de que la Iglesia de Cristo debe estar, y está, interesada en la salvación temporal del hombre. Me fui de allí con el sentimiento de que esa [mujer], con... amargura en [el corazón] hacia el hombre y hacia Dios, no [estaba] en posición de recibir el mensaje del Evangelio. [Tenía] necesidad de ayuda temporal, y no había ninguna organización en Stirling, hasta donde yo pude averiguar, que se la pudiera brindar”¹.

Unas décadas después, el mundo sufría bajo la carga de la Gran Depresión. Fue en esa época, el 6 de abril de 1936, que el presidente Heber J. Grant y sus consejeros, J. Reuben Clark y David O. McKay, anunciaron lo que más adelante se conocería como el programa de bienestar de la Iglesia. De modo interesante, dos semanas más tarde se nombró al élder Melvin J. Ballard como su primer presidente y a Harold B. Lee como su primer director administrativo.

No se trataba de un cometido común y corriente. Aun cuando el Señor había levantado almas excepcionales para administrarlo, el presidente J. Reuben Clark dejó claro que “el establecimiento del programa [de bienestar] es resultado de la revelación del Espíritu Santo al presidente Grant, y desde entonces se ha llevado a cabo mediante revelaciones similares que han recibido las Autoridades Generales que han estado a cargo del programa”².

El compromiso de los líderes de la Iglesia de aliviar el sufrimiento humano era tan certero como irrevocable. El presidente Grant deseaba “un sistema que... tendiera la mano y

cuidara de la gente sin importar cuál fuera el costo”. Dijo que incluso llegaría al punto de “cerrar los seminarios, suspender la obra misional por un lapso de tiempo o incluso cerrar los templos, pero que no dejarían que la gente pasara hambre”³.

Yo me encontraba al lado del presidente Gordon B. Hinckley en Managua, Nicaragua, cuando dirigió la palabra a 1.300 miembros de la Iglesia que habían sobrevivido un devastador huracán que había cobrado más de 11.000 vidas. “Mientras la Iglesia tenga recursos”, les dijo, “no los dejaremos pasar hambre, ni los dejaremos sin ropa o sin un lugar donde refugiarse. Haremos todo lo posible por ayudar a la manera que el Señor ha indicado que se haga”⁴.

Una de las características que distinguen este cometido inspirado y centrado en el Evangelio es que hace hincapié en la responsabilidad personal y la autosuficiencia. El presidente Marion G. Romney explicó: “Se han establecido muchos programas por personas bien intencionadas para ayudar a los necesitados; sin embargo, gran parte de esos programas se han preparado, con visión limitada, para ‘ayudar a la gente’ en lugar de ‘ayudar a la gente a valerse por sí misma’”⁵.

La autosuficiencia es producto de la vida providente y de ejercitar la autodisciplina económica. Desde el principio, la Iglesia ha enseñado que las familias —hasta donde les sea posible— tienen que asumir la responsabilidad de su propio bienestar temporal. A cada generación se le requiere aprender de nuevo los principios básicos de la autosuficiencia: evitar las deudas, implementar los principios de la frugalidad, prepararse para los tiempos de dificultades, escuchar y seguir las palabras de los oráculos vivientes, desarrollar la disciplina para distinguir



entre las necesidades y los deseos, y entonces vivir de conformidad con esos principios.

El propósito, las promesas y los principios que reafirman la obra del cuidado del pobre y del necesitado se extienden mucho más allá de los límites de la vida terrenal. Esta obra sagrada no es sólo para beneficiar y bendecir a aquellos que sufren o que están necesitados. Como hijos e hijas de Dios, no podremos heredar la plenitud de la vida eterna sin estar completamente entregados al cuidado del uno al otro mientras estemos aquí en la tierra. Es mediante el benevolente ejercicio del sacrificio y de dar de nosotros mismos a los demás que aprendemos los principios celestiales del sacrificio y la consagración⁶.

El gran rey Benjamín enseñó que una de las razones por las que damos de nuestros bienes a los pobres y ministramos para su alivio es para que retengamos la remisión de nuestros pecados de día en día y andemos sin culpa ante Dios⁷.

Desde la fundación del mundo, la trama de las sociedades rectas siempre se ha tejido con los dorados hilos de la caridad. Añoramos un mundo de paz y comunidades prósperas. Rogamos por sociedades bondadosas y virtuosas en las que la iniquidad se abandone y donde el bien y lo justo prevalezca. No importa cuántos

templos edifiquemos, cuánto aumentemos en número de miembros, cuán positivamente se nos perciba a los ojos del mundo, si no cumplimos con este gran mandamiento fundamental de “socorre[r] a los débiles, levanta[r] las manos caídas y fortalece[r] las rodillas debilitadas”⁸, o si nuestro corazón hace caso omiso de los que sufren y lloran, estamos bajo condenación y no podemos complacer al Señor⁹, y nunca alcanzaremos la gozosa esperanza de nuestro corazón.

Por todo el mundo, unos 28.000 obispos buscan a los pobres para atender sus necesidades. Cada obispo recibe la ayuda de un consejo de barrio que está compuesto de líderes del sacerdocio y de las organizaciones auxiliares, incluso una dedicada presidenta de la Sociedad de Socorro. Ellos pueden “apresurarse a socorrer al forastero... derramar aceite y vino en el contristado corazón del afligido... secar las lágrimas del huérfano y animar el corazón de la viuda”¹⁰.

El corazón de los miembros y de los líderes de la Iglesia por todo el mundo recibe la influencia positiva y la guía de las doctrinas y el divino espíritu de amar y cuidar a su prójimo.

Un líder del sacerdocio de Sudamérica sentía el peso de la responsabilidad del hambre y las carencias de los miembros de su pequeña estaca. Reacio a permitir que los niños

sufrieran de hambre, encontró un lote baldío y organizó al sacerdocio para que lo cultivaran y sembraran. Encontraron un viejo caballo y le pusieron un arado primitivo, y empezaron a labrar la tierra. Pero antes de terminar, ocurrió una tragedia y el viejo caballo murió.

En vez de permitir que sus hermanos y hermanas sufrieran hambre, los hermanos del sacerdocio se amarraron el viejo arado a la espalda y tiraron de él por el inclemente suelo. Literalmente tomaron sobre sí el yugo del sufrimiento y las cargas de sus hermanos y hermanas¹¹.

Un incidente de mi propia historia familiar ejemplifica la dedicación del cuidado a los necesitados. Muchos han escuchado de las compañías de carros de mano de Willie y Martin, y cómo esos fieles pioneros sufrieron y murieron al soportar el frío invernal y las condiciones debilitantes durante su travesía hacia el Oeste. Robert Taylor

Santa Catalina, Jamaica





Burton, uno de mis tatarabuelos, fue una de las personas a las que Brigham Young pidió que fueran y rescataran a esos queridos y desesperados santos.

Refiriéndose a ese momento, mi tatarabuelo escribió en su diario: “Nieve muy profunda [y] fría... tan fría que no [nos] podíamos mover... El termómetro muestra 24 grados bajo cero... ; tanto frío que la gente no podía viajar”¹².

Se distribuyeron provisiones de supervivencia entre los santos en dificultades, pero “a pesar de todo lo que [los rescatistas] pudieron hacer, se enterró a muchos de ellos por el camino”¹³.

Mientras los santos atravesaban una porción del trayecto por el cañón Echo, varios carromatos se detuvieron para ayudar en el nacimiento de una niña. Robert observó que la joven madre no tenía suficiente ropa para mantener abrigada a la recién nacida, por lo que, a pesar de las gélidas temperaturas, “se quitó su propia camisa hilada a mano y se la dio a la madre para que [arropara] a la bebé”¹⁴. A la niña se le dio el nombre de Echo —Echo Squires— en memoria del lugar y las circunstancias de su nacimiento.

Años más tarde, Robert fue llamado al Obispado Presidente de la Iglesia, en donde prestó servicio durante

más de tres décadas. A los 86 años de edad, Robert Taylor Burton enfermó, entonces reunió a su familia junto a su lecho para darle una bendición final. Entre sus últimas palabras estaba este sencillo pero profundo consejo: “Sean buenos con los pobres”¹⁵.

Hermanos y hermanas, honramos a esas ingeniosas personas a quienes el Señor levantó para organizar y administrar el programa establecido para dar servicio a los miembros necesitados de Su Iglesia. Honramos a aquellos que, en la actualidad, tienden la mano en incontables y a menudo discretas maneras para ser “buenos con los pobres”, alimentar al hambriento, vestir al desnudo, suministrar auxilio al enfermo y visitar al cautivo.

Ésta es la obra sagrada que el Salvador espera de Sus discípulos; es la obra que Él amó cuando anduvo sobre la tierra; es la obra que sé que Él estaría haciendo si estuviera entre nosotros hoy en día¹⁶.

Hace setenta y cinco años, de humildes inicios se levantó un sistema dedicado a la salvación espiritual y temporal de la humanidad. Desde ese entonces ha ennoblecido y bendecido la vida de decenas de millones de personas en todo el mundo. El profético plan de bienestar no es solamente una interesante nota al pie de la página de la historia de la Iglesia. Los principios

sobre los cuales se basa definen quiénes somos como pueblo. Es la esencia de quiénes somos como discípulos individuales de nuestro Salvador y Ejemplo, Jesús el Cristo.

La obra de cuidarnos mutuamente y de ser “buenos con los pobres” es una obra santificadora, ordenada por el Padre y divinamente diseñada para bendecir, purificar y exaltar a Sus hijos. Es mi deseo que sigamos el consejo que el Salvador dio al intérprete de la ley en la parábola del Buen Samaritano: “Ve y haz tú lo mismo”¹⁷. De ello testifico en el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. *Cherished Experiences from the Writings of President David O. McKay*, compilación de Clare Middlemiss, 1955, pág. 189.
2. J. Reuben Clark Jr., “Testimony of Divine Origin of Welfare Plan,” *Church News*, 8 de agosto de 1951, pág. 15; véase también Glen L. Rudd, *Pure Religion*, 1995, pág. 47.
3. Glen L. Rudd, *Pure Religion*, pág. 34.
4. En “President Hinckley Visits Hurricane Mitch Victims and Mid-Atlantic United States,” *Ensign*, febrero de 1999, pág. 74.
5. Marion G. Romney, “La naturaleza celestial de la autosuficiencia,” *Liahona*, marzo de 2009, págs. 15–16.
6. Véase Doctrina y Convenios 104:15–18; véase también Doctrina y Convenios 105:2–3.
7. Véase Mosiah 4:26–27.
8. Doctrina y Convenios 81:5; véase también Mateo 22:36–40.
9. Véase Doctrina y Convenios 104:18.
10. Véase *Enseñanzas de los presidentes de la Iglesia: José Smith*, pág. 482.
11. Entrevista con Harold C. Brown, ex director ejecutivo del Departamento de Servicios de Bienestar.
12. Journal of Robert T. Burton, Biblioteca de Historia de la Iglesia, Salt Lake City, 2–6 de noviembre de 1856.
13. Robert Taylor Burton, en Janet Burton Seegmiller, “Be Kind to the Poor”: *The Life Story of Robert Taylor Burton*, 1988, pág. 164.
14. Lenore Gunderson, en Jolene S. Allphin, *Tell My Story, Too*, tellyourstorytoo.com/art_imagepages/image43.html.
15. Robert Taylor Burton, in Seegmiller, “Be Kind to the Poor”, pág. 416.
16. Véase Dieter F. Uchtdorf, “Ustedes son Mis manos”, *Liahona*, mayo de 2010, pág. 68.
17. Lucas 10:37.



Por Silvia H. Allred

Primera Consejera de la Presidencia General
de la Sociedad de Socorro

La esencia del discipulado

Cuando el amor es el principio que rige nuestra ayuda a los demás, el servicio que les prestamos es el Evangelio en acción.

Desde los comienzos del mundo, el Señor ha enseñado que para llegar a ser Su pueblo debemos ser uno en corazón y voluntad¹. El Salvador también explicó que los dos grandes mandamientos son: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma y con toda tu mente” y “amarás a tu prójimo como a ti mismo”². Por último, poco después que se organizó la Iglesia, el Señor mandó a los santos a que “[visitaran] a los pobres y a los necesitados, y les [suministraran] auxilio”³.

¿Cuál es el tema en común de todos estos mandamientos? Es que debemos amarnos y servirnos los unos a los otros. Eso es, de hecho, la esencia del discipulado en la verdadera Iglesia de Jesucristo.

Al celebrar los 75 años del programa de bienestar de la Iglesia, se nos recuerdan los propósitos del bienestar que son: ayudar a los miembros a ayudarse a sí mismos para llegar a ser autosuficientes, cuidar del pobre y del necesitado, y prestar servicio. La Iglesia ha organizado sus recursos para ayudar a los miembros a proveer de lo necesario para el bienestar físico, espiritual, social y emocional de ellos

mismos, de sus familias y de otras personas. El oficio de obispo conlleva un mandato especial de velar por el pobre y el necesitado, y de administrar esos recursos para los miembros de su barrio. En ese empeño, recibe ayuda de los quórumes del sacerdocio, de la Sociedad de Socorro y, en particular, de los maestros orientadores y las maestras visitantes.

La Sociedad de Socorro siempre ha sido una parte esencial del bienestar. Cuando el profeta José Smith organizó la Sociedad de Socorro en 1842, les dijo a las mujeres: “Éste es el principio de días mejores para el pobre y el necesitado”⁴. Les dijo a las hermanas que el propósito de la sociedad era: “...socorrer al pobre, al indigente, a la viuda y al huérfano, y ejercer todo propósito benevolente... derramarán aceite y vino en el contristado corazón del afligido, secarán las lágrimas del huérfano y animarán el corazón de la viuda”⁵.

También dijo que la Sociedad “debía instar a los hermanos a las buenas obras para atender a las necesidades de los pobres, buscar a los que necesiten caridad y satisfacer sus carencias; y ayudar al corregir la

moral de la comunidad y fortalecer sus virtudes”⁶.

Hoy en día los hombres y las mujeres de la Iglesia participan conjuntamente para dar alivio a quienes tienen necesidades. Los poseedores del sacerdocio proporcionan apoyo esencial a aquellos que necesitan ayuda y guía espiritual. Maestros orientadores inspirados ofrecen las bendiciones del Evangelio a cada núcleo familiar. Además, brindan su fortaleza y talentos de otras maneras, como ayudar a una familia con reparaciones en la casa, a mudarse o a encontrar trabajo.

Las presidentas de la Sociedad de Socorro visitan los hogares para determinar las necesidades e informar al obispo. Maestras visitantes inspiradas velan por las hermanas y por sus familias. Con frecuencia son las primeras que responden en momentos de necesidad. Las hermanas de la Sociedad de Socorro proporcionan comidas, prestan servicio caritativo y dan apoyo constante en tiempos de dificultades.

Los miembros de la Iglesia en todo el mundo se regocijaron en el pasado, y deberían regocijarse hoy, ante las oportunidades de prestar servicio a los demás. Nuestro esfuerzo mancomunado trae alivio a los que son pobres, tienen hambre, sufren o están afligidos y, de ese modo, salva almas.

Cada obispo tiene a su disposición el almacén del Señor que se establece cuando “los miembros fieles dan al obispo de su tiempo, talentos, habilidades, servicio caritativo, bienes materiales y medios económicos para cuidar de los pobres y edificar el reino de Dios sobre la tierra”⁷. Todos podemos contribuir al almacén del Señor al pagar nuestras ofrendas de ayuno y poner todos nuestros recursos a disposición del obispo para asistir a los necesitados.

A pesar de que el mundo está cambiando rápidamente, los principios de bienestar no han cambiado con el paso del tiempo porque son divinamente inspirados, son verdades reveladas. Cuando los miembros de la Iglesia y su familia hacen todo lo posible por mantenerse a sí mismos y aún así no pueden satisfacer sus necesidades básicas, la Iglesia está lista para ayudar. Las necesidades a corto plazo se cubren de inmediato y se establece un plan para ayudar al beneficiado a llegar a ser autosuficiente. La autosuficiencia es la capacidad de proveer de lo necesario para las necesidades espirituales y temporales de uno mismo y de su familia.

Al aumentar nuestro grado de autosuficiencia, aumentamos nuestra capacidad de ayudar y servir a los demás del modo en que lo hizo el Salvador. Seguimos el ejemplo del Salvador cuando velamos por los necesitados, los enfermos y los que sufren. Cuando el amor es el principio que rige nuestra ayuda a los demás, el servicio que les prestamos es el Evangelio en acción; es la expresión máxima del Evangelio. Es religión pura.

Al cumplir con mis varias asignaciones de la Iglesia, me he sentido humilde ante el amor y la preocupación que los obispos y las líderes de la Sociedad de Socorro han demostrado hacia su redil. Cuando prestaba servicio como presidenta de la Sociedad de Socorro de estaca en Chile a principios de la década de los ochenta, el país estaba pasando por una gran recesión y el porcentaje de desempleo era de un 30%. Fui testigo de cómo valientes presidentas de la Sociedad de Socorro y fieles maestras visitantes andaban “haciendo bienes”⁸ en esas difíciles circunstancias. Hacían lo que dice el pasaje que se encuentra en Proverbios 31:20: “Extiende su



mano al pobre, y tiende sus manos al menesteroso”.

Las hermanas cuyas familias tenían muy poco ayudaban constantemente a quienes ellas pensaban que tenían mayor necesidad. Comprendí entonces más claramente lo que el Salvador observó cuando declaró en Lucas 21:3-4:

“En verdad os digo que esta viuda pobre echó más que todos. “Porque todos éstos, de lo que les sobra echaron para las ofrendas de Dios; mas ella, de su pobreza, echó todo el sustento que tenía”.

Algunos años más tarde fui testigo de lo mismo en calidad de presidenta de la Sociedad de Socorro de estaca en Argentina cuando la hiperinflación azotó al país y la caída subsecuente de la economía afectó a muchos miembros fieles. Lo vi una vez más en mis recientes visitas a Kinshasa, en la República Democrática del Congo; a Antananarivo, Madagascar; y a Bulawayo, Zimbabue. Los miembros de los barrios de todas partes, y en particular las hermanas de la Sociedad de Socorro, siguen edificando la fe, fortaleciendo a las personas y a las familias,

y ayudando a los necesitados.

Pensar que una humilde hermana o hermano que tiene un llamamiento en la Iglesia entra a un hogar donde hay pobreza, pesar, enfermedad o angustia, y trae paz, alivio y felicidad es asombroso. No importa dónde se encuentre el barrio o la rama, ni lo grande o pequeño que sea el grupo, todos los miembros alrededor del mundo tienen esa oportunidad. Sucede todos los días y en algún lugar está sucediendo en este preciso momento.

Karla es una madre joven con dos niñas. Su esposo Brent trabaja muchas horas y viaja una hora de ida y una de vuelta para ir al trabajo. Al poco tiempo del nacimiento de su segunda hija, ella relató la siguiente experiencia: “El día después de que me llamaron a servir como consejera de la Sociedad de Socorro del barrio comencé a sentirme abrumada. ¿Cómo era posible asumir la responsabilidad de ayudar a cuidar de las mujeres del barrio cuando yo tenía dificultad simplemente para cumplir con mi función de esposa y madre



de una niña muy activa de 2 años y una bebé recién nacida? Mientras pensaba en ello, la niña de dos años enfermó. No sabía qué hacer por ella y al mismo tiempo cuidar de la bebé. Justo en ese momento la hermana Wasden, que es una de mis maestras visitantes, llegó a la puerta inesperadamente. Ya que ella tenía hijos adultos, sabía exactamente qué hacer para ayudar. Me dijo lo que debía hacer mientras ella iba a la farmacia a comprar algunos remedios. Más tarde hizo los arreglos a fin de que recogieran a mi esposo en la estación de trenes para que pudiera llegar a casa más rápido y ayudarme. Que ella respondiera a lo que yo creo fue una impresión del Espíritu Santo, junto con su deseo de servirme, era la reafirmación que yo necesitaba del Señor, de que Él me ayudaría a cumplir con mi nuevo llamamiento”.

El Padre Celestial nos ama y conoce nuestras circunstancias y

habilidades particulares. Aun cuando buscamos Su ayuda a diario por medio de la oración, generalmente es por medio de otra persona que Él responde a nuestras necesidades⁹.

El Señor dijo: “En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tenéis amor los unos por los otros”¹⁰.

El amor puro de Cristo se expresa al prestar servicio desinteresado. El ayudarnos los unos a los otros es una experiencia santificadora que exalta al que recibe y hace más humilde al dador. Nos ayuda a llegar a ser verdaderos discípulos de Cristo.

El plan de bienestar siempre ha sido la aplicación de principios eternos del Evangelio. Verdaderamente es proveer conforme a la manera del Señor. Espero que cada uno de nosotros renovemos nuestro deseo de ser parte del almacén del Señor al bendecir a los demás.

Ruego que el Señor bendiga a cada uno de nosotros con más misericordia,

caridad y compasión. Suplico que recibamos mayor deseo y capacidad de tender una mano y ayudar a los menos afortunados, los angustiados y los que sufren; que las necesidades de ellos se satisfagan, que su fe se fortalezca y su corazón rebose de gratitud y amor.

Que el Señor bendiga a cada uno de nosotros al obedecer Sus mandamientos y al seguir Su Evangelio y Su luz. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Véase Moisés 7:18.
2. Véase Mateo 22:36–40.
3. Doctrina y Convenios 44:6.
4. Véase *Enseñanzas de los presidentes de la Iglesia*: José Smith, 2007, pág. 481.
5. Véase *Enseñanzas de los presidentes de la Iglesia*: José Smith, 2007, pág. 481.
6. Véase *Enseñanzas de los presidentes de la Iglesia*: José Smith, 2007, pág. 481.
7. Véase *El proveer conforme a la manera del Señor: Una guía para los líderes bienestar*, 1990, 1991, págs. 15–16.
8. Hechos 10:38; Artículos de Fe 1:13.
9. Véase *Enseñanzas de los presidentes de la Iglesia*: Spencer W. Kimball, 2006, pág. 93.
10. Juan 13:35.



por el élder David A. Bednar
Del Quórum de los Doce Apóstoles

El espíritu de revelación

El espíritu de revelación es real, puede funcionar, y de hecho funciona, en la vida de cada uno y en La Iglesia.

Expreso gratitud por la inspiración que ha dirigido la selección del himno que vendrá después de mis palabras, “¿En el mundo he hecho bien?” (*Himnos*, N° 141). Me doy por aludido.

Los invito a considerar dos experiencias que la mayoría hemos tenido con la luz.

La primera experiencia sucede cuando entramos en un cuarto oscuro y encendemos el interruptor de la luz. Recuerden cómo, en un instante, la habitación se llena de luz y hace que desaparezca la oscuridad. Lo que antes no se veía y era incierto, se vuelve claro y reconocible. Esta experiencia se caracteriza por el inmediato e intenso reconocimiento de la luz.

La segunda experiencia tiene lugar al observar la noche transformarse en la mañana. ¿Recuerdan el lento y casi imperceptible aumento de luz en el horizonte? En comparación con el hecho de encender una luz en un cuarto oscuro, la luz del sol naciente no irrumpe de inmediato. Más bien, la intensidad de la luz aumenta de manera gradual y constante, y a la oscuridad de la noche la reemplaza el resplandor de la mañana. Finalmente, el sol se asoma por el horizonte, pero la evidencia visual de su inminente llegada se manifiesta horas antes de

aparecer realmente sobre el horizonte. Esta experiencia se caracteriza por el discernimiento sutil y gradual de la luz.

De esas dos experiencias comunes y corrientes con la luz podemos aprender mucho acerca del espíritu de revelación. Ruego que el Espíritu Santo nos inspire e instruya al centrar nuestra atención en el espíritu de revelación y en los métodos básicos mediante los cuales se recibe.

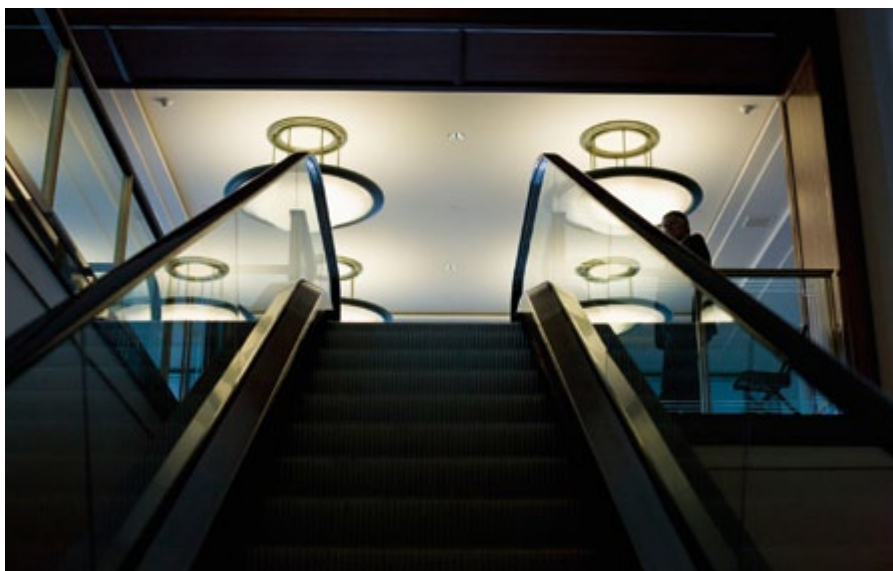
El espíritu de revelación

La revelación es la comunicación de Dios con Sus hijos en la tierra y

es una de las grandes bendiciones relacionadas con el don y la compañía constante del Espíritu Santo. El profeta José Smith enseñó: “El Espíritu Santo es un revelador”, y “ningún hombre puede recibir el Espíritu Santo sin recibir revelaciones” (Véase, *Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: José Smith*, 2007, pág. 139).

El espíritu de revelación está al alcance de toda persona que, mediante la debida autoridad del sacerdocio, reciba las ordenanzas salvadoras del bautismo por inmersión para la remisión de los pecados y la imposición de manos para recibir el don del Espíritu Santo, y que actúe con fe para cumplir el mandato del sacerdocio que dice: “Recibe el Espíritu Santo”. Esta bendición no se limita a las autoridades que presiden la Iglesia, sino que le pertenece y debe estar en vigor en la vida de todo hombre, toda mujer y todo niño que alcanza la edad de responsabilidad y que entra en convenios sagrados. El deseo sincero y la dignidad invitan al espíritu de revelación a nuestra vida.

José Smith y Oliver Cowdery



adquirieron una valiosa experiencia con el espíritu de revelación al traducir el Libro de Mormón. Esos hermanos descubrieron que podían recibir el conocimiento que fuera necesario para llevar a cabo su obra si pedían con fe, con un corazón sincero, creyendo que recibirían. Con el tiempo, fueron comprendiendo cada vez más que el espíritu de revelación normalmente funciona como pensamientos y sentimientos que acuden a nuestra mente y corazón por el poder del Espíritu Santo. (Véase D. y C. 8:1–2; 100:5–8.) Como el Señor les mandó: “Ahora, he aquí, éste es el espíritu de revelación; he aquí, es el espíritu mediante el cual Moisés condujo a los hijos de Israel a través del Mar Rojo sobre tierra seca. Por tanto, éste es tu don; empéñate en él” (D. y C. 8:3–4).

Hago hincapié en la frase “empéñate en él” en relación con el espíritu de revelación. En las Escrituras, con frecuencia se describe la influencia del Espíritu Santo como “una voz apacible y delicada” (1 Reyes 19:12; 1 Nefi 17:45; véase también 3 Nefi 11:3) y “una voz... de perfecta suavidad” (Helamán 5:30). A causa de que el Espíritu nos susurra tierna y delicadamente, es fácil comprender por qué debemos rechazar los medios de comunicación inapropiados, la pornografía y las substancias y conductas perjudiciales y adictivas. Esas herramientas del adversario pueden dañar y, con el tiempo, destruir nuestra capacidad para reconocer los sutiles mensajes de Dios por medio del poder de Su Espíritu, y responder a ellos. Cada uno de nosotros debe considerar seriamente y meditar con espíritu de oración cómo rechazar las tentaciones del diablo, y en rectitud “empeñarnos” en el espíritu de revelación en nuestra vida y en la de nuestra familia.

Modelos de revelación

Las revelaciones se transmiten de diversas maneras, entre ellas, por ejemplo, sueños, visiones, conversaciones con mensajeros celestiales e inspiración. Algunas revelaciones se reciben de forma inmediata e intensa, mientras que otras se reconocen de manera gradual y sutil. Las dos experiencias que describí relacionadas con la luz nos sirven para entender mejor estos dos modelos básicos de revelación.

Una luz que se enciende en un cuarto oscuro es semejante a recibir un mensaje de Dios rápida y completamente, y todo de una vez. Muchos de nosotros hemos experimentado este modelo de revelación cuando se nos ha dado respuesta a nuestras oraciones sinceras o se nos ha proporcionado orientación o protección, de acuerdo con la voluntad y el tiempo de Dios. Las descripciones de este tipo de manifestaciones inmediatas e intensas se encuentran en las Escrituras, se relatan en la historia de la Iglesia y se manifiestan en nuestra propia vida. Efectivamente, estos poderosos milagros sí ocurren. Sin embargo, este modelo de revelación tiende a ser más infrecuente que común.

El aumento gradual de la luz que irradia el sol naciente es semejante a recibir un mensaje de Dios “línea por línea, precepto por precepto” (2 Nefi 28:30). La mayoría de las veces, la revelación viene en pequeños incrementos a lo largo de cierto tiempo, y se concede de acuerdo con nuestro deseo, dignidad y preparación. De manera gradual y delicada, esas comunicaciones del Padre Celestial “[destilan] sobre [nuestra alma] como rocío del cielo” (D. y C. 121:45). Este modelo de revelación tiende a ser más común que infrecuente y es evidente en las experiencias de Nefi, cuando intentó diferentes métodos antes de

lograr obtener de Labán las planchas de bronce (véase 1 Nefi 3–4). Finalmente, fue guiado por el Espíritu a Jerusalén “sin saber de antemano lo que tendría que hacer” (1 Nefi 4:6). Él no aprendió a construir un barco con maestría singular todo al mismo tiempo; antes bien, el Señor le mostró a Nefi “de cuando en cuando la forma en que debía... trabajar los maderos del barco” (1 Nefi 18:1).

Tanto la historia de la Iglesia como nuestra vida están colmadas de ejemplos del modelo del Señor para recibir revelación “línea por línea, precepto por precepto”. Por ejemplo, las verdades fundamentales del Evangelio restaurado no se le dieron a José Smith todas a la vez en la Arboleda Sagrada. Esos valiosos tesoros se revelaron según lo requirieron las circunstancias y en el momento propicio.

El presidente Joseph F. Smith explicó cómo este modelo de revelación tuvo lugar en su vida: “En los años de mi juventud... con frecuencia iba y le pedía al Señor que me manifestara alguna cosa maravillosa, a fin de recibir un testimonio. Pero el Señor no me concedió milagros sino que me mostró la verdad, línea por línea... hasta que me hizo saber la verdad desde el tope de la cabeza hasta la planta de los pies, y hasta que se borraron completamente de mí las dudas y el temor. No fue necesario que enviara a un ángel de los cielos para hacerlo, ni tuvo que hablar con la trompeta de un arcángel; sino que, mediante el susurro de la voz apacible y delicada del Espíritu del Dios viviente, me dio el testimonio que poseo. Es por medio de ese principio y de ese poder que dará a todos los hijos de los hombres un conocimiento de la verdad que permanecerá con ellos y los hará conocer la verdad como Dios la conoce y cumplir con la voluntad del Padre



como lo hace Cristo. Ningún número de manifestaciones maravillosas podrá jamás lograr eso” (Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: Joseph F. Smith, págs. 287–288).

Los miembros de la Iglesia tenemos la tendencia a recalcar tanto las maravillosas y dramáticas manifestaciones espirituales, que tal vez no apreciamos, y hasta pasemos por alto, el modelo común por medio del cual el Espíritu Santo lleva a cabo Su obra. La misma “sencillez de la manera” (1 Nefi 17:41) de recibir impresiones espirituales pequeñas y graduales que con el tiempo y en su totalidad constituyan la respuesta deseada o la guía que necesitemos, tal vez nos haga “traspasar lo señalado” (Jacob 4:14).

He conversado con muchas personas que dudan de la fortaleza de su testimonio personal y subestiman su capacidad espiritual porque no reciben impresiones frecuentes, milagrosas ni intensas. Quizás al considerar las experiencias que tuvo José en la Arboleda Sagrada, las de Saulo en el camino a Damasco y las de Alma hijo, llegamos a pensar que algo está mal con nosotros o nos falta si no tenemos esos ejemplos conocidos

y espiritualmente sorprendentes. Si ustedes han tenido pensamientos o dudas similares, sepan que es algo muy normal; simplemente sigan adelante con obediencia y fe en el Salvador. Si lo hacen, “no podrán] errar” (D. y C. 80:3).

El presidente Joseph F. Smith aconsejó: “Muéstrenme Santos de los Últimos Días que tienen que nutrirse con milagros, señales y visiones a fin de conservarse firmes en la Iglesia, y les mostraré miembros... que no son rectos ante Dios y que andan por caminos resbaladizos. No es por manifestaciones milagrosas dadas a nosotros que seremos establecidos en la verdad, sino mediante la humildad y la fiel obediencia a los mandamientos y leyes de Dios” (Doctrina y Convenios, Manual para el alumno de instituto, Religión 324–325, 1985, pág. 351).

Otra experiencia común con la luz nos ayuda a aprender una verdad adicional sobre el modelo de revelación de “línea por línea, precepto por precepto”. A veces el sol se levanta en una mañana nublada o brumosa; debido a la nubosidad, percibir la luz es más difícil, y no es posible determinar el momento preciso en el que el sol se

levanta sobre el horizonte; no obstante, en esas mañanas tenemos suficiente luz para reconocer un nuevo día y llevar a cabo nuestras tareas.

De manera similar, muchas veces recibimos revelación sin reconocer exactamente cómo o cuándo la estamos recibiendo. Este principio lo ilustra un importante episodio de la historia de la Iglesia.

En la primavera de 1829, Oliver Cowdery era maestro en Palmyra, Nueva York. Al enterarse de José Smith y de la obra de traducción del Libro de Mormón, sintió la impresión de ofrecer su ayuda al joven profeta. Por consiguiente, viajó a Harmony, Pensilvania, y se convirtió en el escriba de José. El momento de su llegada y la ayuda que proporcionó fueron de suma importancia para que el Libro de Mormón saliera a luz.

Posteriormente, el Salvador le reveló a Oliver que las veces que había orado para recibir guía, había recibido instrucción del Espíritu del Señor. “De lo contrario”, declaró el Señor, “no habrías llegado al lugar donde ahora estás. He aquí, tú sabes que me has preguntado y yo te iluminé la mente; y ahora te digo estas cosas para que sepas que te ha iluminado el Espíritu de verdad” (D. y C. 6:14–15).

Por lo tanto, Oliver recibió una revelación mediante el profeta José Smith en la que se le informaba que había estado recibiendo revelación. Aparentemente, Oliver no había reconocido ni cómo ni cuándo había estado recibiendo orientación de Dios y necesitaba esa instrucción para aumentar su conocimiento del espíritu de revelación. De hecho, Oliver había estado caminando en la luz como cuando el sol se levanta en una mañana nublada.

En muchas de las incertidumbres y los desafíos que afrontamos en nuestra

vida, Dios nos pide que hagamos lo mejor posible, que actuemos y no que se actúe sobre nosotros (2 Nefi 2:26), y que confiemos en Él. Quizás no veamos ángeles, no escuchemos voces celestiales ni recibamos impresiones espirituales sorprendentes. Tal vez con frecuencia sigamos adelante con esperanza y oración —pero sin absoluta seguridad— de que estamos actuando de acuerdo con la voluntad de Dios. Pero a medida que honremos nuestros convenios y guardemos los mandamientos, al esforzarnos con más constancia por hacer lo bueno y ser mejores, podemos andar con la confianza de que Dios guiará nuestros pasos. Podemos hablar con la certeza de que Dios inspirará nuestras palabras. Esto es, en parte, el significado del pasaje que dice: “...entonces tu confianza se fortalecerá en la presencia de Dios” (D. y C. 121:45).

A medida que procuren y apliquen de manera apropiada el espíritu de revelación, les prometo que “camin[arán] a la luz de Jehová” (Isaías 2:5; 2 Nefi 12:5). A veces el espíritu de revelación actuará de manera inmediata e intensa; otras, de manera sutil y gradual, y con frecuencia de forma tan delicada que tal vez no lo reconozcamos conscientemente; pero sin importar el modelo mediante el cual se reciba esa bendición, la luz que proporciona iluminará y ensanchará su alma, iluminará su entendimiento (véase Alma 5:7; 32:28), y los dirigirá y los protegerá a ustedes y a su familia.

Declaro mi testimonio apostólico de que el Padre y el Hijo viven. El espíritu de revelación es real, puede funcionar, y de hecho funciona, en la vida de cada uno y en La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. Testifico de estas verdades en el sagrado nombre del Señor Jesucristo. Amén. ■



Por el presidente Thomas S. Monson

El Santo Templo: Un faro para el mundo

Las bendiciones supremas y de fundamental importancia del ser miembros de la Iglesia son las bendiciones que recibimos en los templos de Dios.

Mis queridos hermanos y hermanas, hago extensivos mi amor y saludos a cada uno de ustedes y ruego que nuestro Padre Celestial guíe mis pensamientos e inspire mis palabras al hablarles hoy.

Permítanme comenzar haciendo un comentario o dos con respecto a los buenos mensajes que hemos escuchado esta mañana de la hermana Allred, del obispo Burton y de otras personas en cuanto al programa de bienestar de la Iglesia. Como se ha indicado, este año marca el aniversario número 75 de este inspirado programa que ha bendecido la vida de tantas personas. Tuve el privilegio de conocer personalmente a algunos de los que iniciaron esta gran labor, hombres de compasión y visión.

Como lo mencionaron el obispo Burton, la hermana Allred y otras personas, el obispo del barrio tiene la responsabilidad de cuidar a los necesitados que residen dentro de los límites de su barrio. Tal fue mi privilegio cuando era un joven obispo que presidía un barrio de Salt Lake City de 1080 miembros, entre ellos, 84 viudas. Había muchos que necesitaban ayuda.

Cuán agradecido estaba por el programa de bienestar de la Iglesia y por la ayuda de la Sociedad de Socorro y de los quórumes del sacerdocio.

Declaro que el programa de bienestar de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días es inspirado por el Dios Todopoderoso.

Ahora bien, mis hermanos y hermanas, esta conferencia marca tres años desde que se me sostuvo como Presidente de la Iglesia. Desde luego han sido años ocupados, llenos de muchos desafíos, pero también de incontables bendiciones. La oportunidad que he tenido de dedicar y rededicar templos se halla entre las bendiciones más sagradas y que más he gozado, y es sobre el templo que deseo hablarles hoy.

Durante la conferencia general de octubre de 1902, el Presidente de la Iglesia, Joseph F. Smith, expresó en su discurso de apertura su esperanza de que algún día tuviésemos “templos construidos en diferentes partes del [mundo] donde sean necesarios para la conveniencia de la gente”¹.

Durante los primeros 150 años que siguieron a la organización de la Iglesia, desde 1830 a 1980, se

construyeron 21 templos, entre ellos los de Kirtland, Ohio, y Nauvoo, Illinois. Compáren eso con los 30 años que siguieron desde 1980, durante los que se construyeron y dedicaron 115 templos. Con el anuncio de ayer de tres templos nuevos, hay además 26 templos en construcción o en la etapa previa a la construcción; y esos números seguirán creciendo.

La meta que el presidente Joseph F. Smith esperaba en 1902 se está convirtiendo en realidad. Nuestro deseo es que los miembros tengan un templo lo más accesible que sea posible.

Uno de los templos que actualmente está en construcción es el de Manaus, Brasil. Hace muchos años leí que un grupo de más de cien miembros partieron de Manaus, ubicada en el corazón de la selva amazónica, para viajar a lo que entonces era el templo más cercano, que estaba en Sao Paulo, Brasil; a unos 4.000 kilómetros de Manaus. Esos santos fieles viajaron cuatro días y cuatro noches en bote por el río Amazonas y sus ríos tributarios. Después del viaje por agua, anduvieron en autobuses por otros tres días, viajando por caminos llenos de baches, con muy poco para comer y sin un lugar cómodo para dormir. Después de siete días completos llegaron al Templo de Sao Paulo, donde se efectuaron ordenanzas de naturaleza eterna. Por supuesto, su viaje de regreso fue igual de difícil; sin embargo, habían recibido las ordenanzas y las bendiciones del templo y, aunque sus monederos habían quedado vacíos, ellos estaban llenos del espíritu del templo y de gratitud por las bendiciones que habían recibido². Ahora, muchos años más tarde, nuestros miembros de Manaus se regocijan al ver su propio templo tomar forma a orillas del río Negro. Los templos traen gozo a los miembros fieles



dondequiera que se construyan.

Los informes de los sacrificios que se hacen para recibir las bendiciones del templo de Dios no dejan de conmover mi corazón y de renovar mis sentimientos de agradecimiento por los templos.

Me gustaría compartir con ustedes el relato de Tihi y Tararaina Mou Tham y de sus diez hijos. Con excepción de una hija, toda la familia se unió a la Iglesia a principios de la década de 1960 cuando los misioneros llegaron a la isla donde vivían, que está a unos 160 kilómetros al sur de Tahití. Pronto comenzaron a anhelar las bendiciones del sellamiento de una familia eterna en el templo.

En ese entonces, el templo más cercano para la familia Mou Tham era el Templo de Hamilton, Nueva Zelanda, a unos 4.000 kilómetros hacia el sudoeste, sólo accesible por avión, lo cual era muy caro. La numerosa familia de los Mou Tham, que sobrevivía con una escasa entrada proveniente de una pequeña plantación, no tenía dinero para el viaje ni tampoco había oportunidades de trabajo en esa isla

del Pacífico. Así que, el hermano Mou Tham y su hijo Gérard tomaron la difícil decisión de viajar 4.800 kilómetros para trabajar en Nueva Caledonia, donde trabajaba otro de los hijos.

Los tres hombres de la familia Mou Tham trabajaron durante cuatro años. En ese período sólo el hermano Mou Tham volvió a casa una sola vez para el casamiento de una hija.

Después de cuatro años de trabajo agotador, el hermano Mou Tham y sus hijos habían ahorrado suficiente dinero para llevar a la familia al Templo de Nueva Zelanda. Todos los que eran miembros fueron, con excepción de una hija que estaba esperando un bebé. Se sellaron por el tiempo de esta vida y por la eternidad, una experiencia indescriptible y de gran gozo.

El hermano Mou Tham fue directamente del templo a Nueva Caledonia donde trabajó por dos años más para pagar el pasaje de la hija que no había estado en el templo con ellos: una hija casada, su esposo e hijo.

Años más tarde, el hermano y la hermana Mou Tham querían servir en el templo. Para entonces el Templo de



Papeete, Tahití, ya se había construido y dedicado, y sirvieron en cuatro misiones allí³.

Mis hermanos y hermanas, los templos son más que piedra y cemento; están llenos de fe y de ayuno. Se construyen con pruebas y testimonios. Se santifican mediante el sacrificio y el servicio.

El primer templo que se construyó en esta dispensación fue el Templo de Kirtland, Ohio. Los santos de esa época eran pobres, aún así el Señor había mandado que se construyese un templo, así que lo construyeron. El élder Heber C. Kimball escribió de la experiencia: “Sólo el Señor conoce las escenas de pobreza, tribulación y aflicción por las que pasamos para lograr esa obra”⁴. Y entonces, después de lo que se había terminado con tanta dificultad, se obligó a los santos a dejar Ohio y su amado templo. Con el tiempo encontraron refugio —aunque solo sería temporario— a orillas del río Mississippi en el estado de Illinois. Llamaron al lugar Nauvoo y, dispuestos a dar todo lo que tenían otra vez y con su fe intacta, edificaron otro templo a su Dios. Las persecuciones aumentaron y, apenas terminado

el Templo de Nauvoo, los expulsaron de sus hogares una vez más y tuvieron que buscar refugio en un desierto.

La lucha y el sacrificio comenzaron una vez más al trabajar por 40 años para construir el Templo de Salt Lake, que se erige majestuosamente en la manzana que está al sur de donde nos encontramos hoy en el Centro de Conferencias.

Cierto grado de sacrificio siempre ha estado asociado con la construcción de templos y con la asistencia al templo. Incontables son los que han trabajado y luchado a fin de obtener para ellos mismos y para sus familias las bendiciones que se encuentran en los templos de Dios.

¿Por qué hay tantos que están dispuestos a sacrificar tanto para recibir las bendiciones del templo? Aquellos que comprenden las bendiciones eternas que se reciben mediante el templo saben que ningún sacrificio es demasiado grande, ningún precio demasiado caro ni ningún esfuerzo demasiado difícil para recibir esas bendiciones. Nunca es demasiada la distancia que hay que viajar, demasiados obstáculos que sobrellevar ni demasiada incomodidad que soportar.

Entienden que las ordenanzas salvadoras que se reciben en el templo y que nos permiten regresar algún día a nuestro Padre Celestial en una relación familiar eterna, y ser investidos con bendiciones y poder de lo alto, merecen todo sacrificio y todo esfuerzo.

Hoy en día, la mayoría de nosotros no tiene que pasar por grandes dificultades para ir al templo. El ochenta y cinco por ciento de los miembros de la Iglesia ahora viven dentro de los 320 kilómetros de distancia de un templo; y para gran cantidad de nosotros, la distancia es mucho menor.

Si han ido al templo para ustedes mismos y viven relativamente cerca de un templo, su sacrificio podría ser apartar un tiempo de sus ocupadas vidas para ir al templo con regularidad. Hay mucho por hacer en nuestros templos a favor de aquellos que esperan detrás del velo. Al hacer la obra por ellos, sabremos que habremos logrado lo que no pueden hacer por sí mismos. El Presidente de la Iglesia, Joseph F. Smith, en una poderosa declaración dijo: “Mediante nuestros esfuerzos en bien de ellos, las cadenas del cautiverio caerán de sus manos y se disiparán las tinieblas que los rodean, a fin de que brille sobre ellos la luz y en el mundo de los espíritus sepan acerca de la obra que sus hijos han hecho aquí por ellos, y se regocijen con ustedes por el cumplimiento de estos deberes”⁵. Mis hermanos y hermanas, nuestra es la responsabilidad de hacer la obra.

En mi propia familia, algunas de las experiencias más preciadas y sagradas han ocurrido cuando hemos ido juntos al templo para efectuar las ordenanzas selladoras por nuestros antepasados fallecidos.

Si todavía no han ido al templo, o si *sí han* ido pero actualmente no son

dignos de tener una recomendación, no existe meta más importante para ustedes que la de esforzarse por ser dignos de ir al templo. El sacrificio de ustedes quizás sea poner su vida en orden con lo que se requiera para recibir una recomendación, tal vez al dejar hábitos de mucho tiempo que los descalifican; quizás sea tener la fe y disciplina para pagar los diezmos. Sea lo que sea, háganse merecedores de entrar en el templo de Dios. Obtengan la recomendación para el templo y luego considérenla una posesión preciada, porque lo es.

No es sino hasta que hayan entrado en la casa del Señor, y hayan recibido todas las bendiciones que les esperan allí, que ustedes habrán obtenido todo lo que la Iglesia tiene para ofrecerles. Las bendiciones supremas y de fundamental importancia del ser miembros de la Iglesia son las bendiciones que recibimos en los templos de Dios.

Ahora bien, mis jóvenes amigos adolescentes, siempre tengan el templo en la mira. No hagan nada que les impida entrar por sus puertas y participar de las bendiciones eternas y sagradas de allí. Felicito a los que ya van con regularidad a hacer bautismos por los muertos, que se levantan muy temprano por la mañana para efectuar los bautismos antes de asistir a la escuela. No puedo pensar en otro modo mejor para comenzar un día.

A los padres de niños pequeños, permítanme compartir un consejo sabio del presidente Spencer W. Kimball. Él dijo: “Sería algo muy bueno si... los padres tuvieran en cada cuarto de la casa un cuadro del templo para que [sus hijos], desde que [sean] bebés, puedan mirarlo todos los días [hasta] que llegue a ser parte de [su vida]. Cuando [ellos lleguen] a la edad en que [tengan que] tomar [la] decisión muy importante [en cuanto



a ir al templo], la decisión ya se habrá tomado”⁶.

Nuestros niños de la Primaria cantan:

*Me encanta ver el templo;
un día entraré,
y ser fiel a mi Padre,
allí prometeré*⁷.

Les ruego que enseñen a sus hijos sobre la importancia del templo.

El mundo puede ser un lugar difícil y desafiante en el cual vivir. Con frecuencia estamos rodeados por lo que nos destruye. Cuando ustedes y yo vayamos a las santas casas de Dios, cuando recordemos los convenios que hemos hecho allí, seremos más capaces de soportar toda prueba y superar cada tentación. En ese sagrado santuario encontraremos paz, seremos renovados y fortalecidos.

Ahora, mis hermanos y hermanas, quisiera mencionar un templo más antes de terminar. En un futuro no muy lejano, al construirse nuevos templos alrededor del mundo, se erigirá uno en una ciudad que se construyó hace 2.500 años. Hablo del templo que se está construyendo en Roma, Italia.

Todo templo es una casa de Dios,

cumple las mismas funciones y con exactamente las mismas bendiciones y ordenanzas. El Templo de Roma, Italia, en forma singular, se está edificando en uno de los lugares más históricos del mundo, una ciudad donde los antiguos Apóstoles Pedro y Pablo predicaron el evangelio de Cristo y donde ambos fueron martirizados.

El pasado octubre, cuando nos reunimos en un encantador sitio rural al noreste de Roma, tuve la oportunidad de ofrecer la oración dedicada al prepararnos para la palada inicial. Sentí la impresión de pedir al senador italiano Lucio Malan y al vicealcalde de Roma, Giuseppe Ciardi, que estuviesen entre los primeros en remover una palada de tierra. Ambos habían sido partícipes de la decisión de permitirnos construir un templo en su ciudad.

El día estaba nublado y cálido, y aunque la lluvia amenazaba, no cayeron más que una o dos gotas. Mientras el magnífico coro cantaba en italiano las hermosas estrofas de “El Espíritu de Dios”, uno podía sentir como si los cielos y la tierra se unieran en un glorioso himno de alabanza y gratitud al Dios Todopoderoso. No se pudo evitar derramar lágrimas.



Por el élder Richard G. Scott
Del Quórum de los Doce Apóstoles

En un día por venir, los fieles de esa, la Ciudad eterna, recibirán ordenanzas de naturaleza eterna en una santa casa de Dios.

Expreso mi eterna gratitud a mi Padre Celestial por el templo que ahora se está construyendo en Roma y por todos nuestros templos dondequiera que estén. Cada uno se erige como un faro para el mundo, una expresión de nuestro testimonio de que Dios, nuestro Padre Eterno vive, que Él desea bendecirnos a nosotros y, en verdad, bendecir a Sus hijos e hijas de todas las generaciones. Cada uno de nuestros templos es una expresión de nuestro testimonio de que la vida más allá del sepulcro es tan real y cierta como nuestra vida aquí en la tierra. De eso testifico.

Mis queridos hermanos y hermanas, que hagamos cualquier sacrificio que sea necesario para asistir al templo y tener el espíritu del templo en nuestros corazones y en nuestros hogares. Que sigamos los pasos de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, quien hizo el sacrificio más grande por nosotros, para que tengamos vida eterna y exaltación en el reino de nuestro Padre Celestial. Ésta es mi sincera oración y la ofrezco en el nombre de nuestro Salvador Jesucristo, el Señor. Amén. ■

NOTAS

1. Joseph F. Smith, en Conference Report, octubre de 1902, pág. 3.
2. Véase Vilson Felipe Santiago y Linda Ritchie Archibald, "From Amazon Basin to Temple," *Church News*, 13 de marzo de 1993, pág. 6.
3. Véase C. Jay Larson, "Temple Moments: Impossible Desire," *Church News*, 16 de marzo de 1996, pág. 16.
4. Heber C. Kimball, en Orson F. Whitney, *Life of Heber C. Kimball*, 1945, pág. 67.
5. Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: Joseph F. Smith, 1998, pág. 264.
6. *The Teachings of Spencer W. Kimball*, ed. Edward L. Kimball, 1982, pág. 301.
7. Janice Kapp Perry, "Me encanta ver el templo", *Canciones para los niños*, pág. 99.

Las bendiciones eternas del matrimonio

El sellamiento en el templo cobra mayor significado a medida que la vida avanza; los ayudará a acercarse más el uno al otro y a encontrar más gozo y realización.

Es hermoso mensaje de este magnífico coro describe, yo creo, el modelo de vida para muchos de nosotros: "trato de ser como Cristo".

El 16 de julio de 1953, como pareja joven, mi querida Jeanene y yo nos arrodillamos ante un altar del Templo de Manti, Utah. El presidente Lewis R. Anderson ejerció la autoridad para sellar y nos declaró esposo y esposa, casados por el tiempo de esta vida y por toda la eternidad. No tengo palabras para describir el sentimiento de paz y serenidad que viene al tener la seguridad de que, si continúo viviendo dignamente, podré estar con mi amada Jeanene y nuestros hijos para siempre en virtud de esa ordenanza sagrada efectuada mediante la debida autoridad del sacerdocio en la Casa del Señor.

Nuestros siete hijos están ligados a nosotros por medio de las sagradas ordenanzas del templo. Mi amada esposa Jeanene y dos de nuestros hijos están del otro lado del velo, y proporcionan a cada miembro de nuestra familia que aún permanece aquí una motivación poderosa para vivir de

manera tal que juntos recibamos todas las bendiciones eternas que se prometen en el templo.

Dos de los pilares esenciales que sostienen el plan de felicidad del Padre Celestial son el matrimonio y la familia. La gran importancia que tienen se pone de relieve en los esfuerzos incesantes que realiza Satanás por dividir la familia y minimizar el significado de las ordenanzas del templo que unen a la familia por la eternidad. El sellamiento en el templo cobra mayor significado a medida que la vida avanza; los ayudará a acercarse más el uno al otro y a encontrar más gozo y realización.

Una vez, mi esposa me dio una gran lección. Debido a mi profesión, yo viajaba mucho. En una ocasión, había estado ausente por casi dos semanas y regresé a casa un sábado por la mañana. Tenía cuatro horas libres antes de tener que asistir a otra reunión. Vi que nuestra pequeña máquina de lavar se había roto y que mi esposa estaba lavando la ropa a mano, por lo que comencé a arreglarla.

Jeanene se acercó y me dijo: “Rich, ¿qué estás haciendo?”

Le respondí: “Estoy reparando la máquina de lavar para que no tengas que lavar a mano”.

Ella dijo: “No, ve a jugar con los niños”.

Le contesté: “Puedo jugar con los niños en cualquier momento; quiero ayudarte”.

Entonces dijo: “Richard, por favor ve a jugar con los niños”.

Cuando ella me hablaba con esa autoridad, yo obedecía.

Me divertí mucho con nuestros hijos. Nos perseguimos unos a otros y rodamos entre las hojas de otoño. Luego fui a la reunión; y quizás hubiera olvidado por completo lo sucedido si no fuera por la lección que ella quiso que yo aprendiera.

Al día siguiente, alrededor de las cuatro de la mañana, me despertaron dos pequeños brazos que me rodeaban el cuello, un beso en la mejilla y estas palabras, que nunca olvidaré, susurradas al oído: “Papá, te quiero mucho; eres mi mejor amigo”.

Si tienes esa clase de experiencias con tu familia, disfrutas de uno de los gozos más extraordinarios de la vida.

Si eres un joven en edad de casarte y todavía no lo has hecho, no pierdas el tiempo en frivolidades; sigue adelante con tu vida y concéntrate en casarte. No vivas esta etapa de tu vida sin ton ni son. Jóvenes, sirvan una misión digna y después pónganse como prioridad principal el buscar una compañera eterna digna. Cuando sientan que tienen interés en una joven, demuéstrenle que son una persona extraordinaria que a ella le interesará conocer más a fondo. Invítenla a lugares que valgan la pena y demuestren ingeniosidad. Si desean tener una esposa maravillosa, deben hacer que ella los vea como un hombre



maravilloso y un posible esposo.

Si han encontrado a alguien, pueden tener un extraordinariamente maravilloso noviazgo y matrimonio, y ser muy, pero muy felices eternamente al permanecer dentro de los límites de dignidad que el Señor ha establecido.

Si estás casado, ¿eres fiel a tu esposa tanto mental como físicamente? ¿Eres leal a los convenios matrimoniales al no participar nunca en conversaciones con otra persona que no querrías que tu esposa oyera? ¿Tratas con bondad y apoyas a tu esposa e hijos?

Hermanos, ¿toman la iniciativa en actividades familiares como el estudio de las Escrituras, la oración familiar y

la noche de hogar, o es su esposa la que lo hace para suplir la falta de interés de ustedes? ¿Le dicen a menudo a su esposa cuánto la quieren? Eso le dará gran felicidad. Cuando digo esto, algunos hombres me han dicho: “Oh, ella lo sabe”. Ustedes tienen que decírselo. Una mujer mejora y es grandemente bendecida por esa confirmación. Expresen gratitud por lo que su esposa hace por ustedes. Expresen ese amor y gratitud a menudo. Eso hará que la vida sea más plena, más placentera y con mayor sentido. No dejen de mostrar esas expresiones naturales de amor; que tienen mucho mejor resultado si la abrazan fuerte



mientras se lo dicen.

Aprendí de mi esposa la importancia de expresar amor. Al comienzo de nuestro matrimonio, muchas veces abría las Escrituras para dar un mensaje en una reunión y encontraba una nota de afecto y de apoyo que Jeanene había puesto entre las páginas del libro. En ocasiones eran tan tiernas que casi no podía hablar. Esas preciadas notas de una esposa amorosa fueron y siguen siendo un tesoro invaluable de consuelo e inspiración.

Yo comencé a hacer lo mismo, sin saber realmente lo que significaba para ella. Recuerdo un año en que no teníamos los medios para que yo le regalara algo para el día de los enamorados; entonces decidí pintarle algo con pintura al agua en la puerta del refrigerador. Hice lo mejor que pude, pero cometí un error, la pintura era esmalte y no al agua. Nunca me dejó intentar quitar la pintura del refrigerador.

Recuerdo un día que junté los pedacitos redondos de papel que quedan después de perforar hojas y los numeré del 1 al 100. Los di vuelta y le escribí un mensaje; una palabra en cada círculo. Luego los junté y los puse en un sobre. Pensé que eso le causaría mucha gracia.

Cuando falleció, vi en sus cosas personales cuánto apreciaba ella los sencillos mensajes que compartíamos. Vi que con cuidado había pegado los circulitos en una hoja de papel. No sólo guardaba las notas que yo le

mandaba sino que las protegía con plástico como si fueran algo de gran valor. Hay una sola que no puso con las demás. Todavía está detrás del vidrio del reloj de la cocina. Dice así: “Jeanene es hora de decirte que te amo”; permanece allí y me recuerda a esa excepcional hija del Padre Celestial.

Al recordar nuestra vida juntos, me doy cuenta cuán bendecidos hemos sido. En nuestro hogar no hubo discusiones ni palabras hirientes entre nosotros. Ahora me doy cuenta de que esa bendición se debió a la disposición que ella tenía de dar, compartir y nunca pensar en ella misma. Durante los últimos años de nuestra vida juntos, traté de emular su ejemplo. Sugiero que como esposo y esposa hagan lo mismo en su hogar.

El amor puro es un poder incomparable y poderoso para el bien. El amor noble es el cimiento de un buen matrimonio. Es la causa principal de que los hijos se críen satisfechos y bien desarrollados. ¿Quién podría medir debidamente la buena influencia del amor de una madre? ¿Qué frutos percederos resultan de las semillas de verdad que una madre planta cuidadosamente y cultiva con amor en la tierra fértil de la mente y el corazón confiado de un niño? Como madre se te han otorgado instintos divinos para que puedas darte cuenta de los talentos especiales y capacidades únicas de tu hijo. Junto con tu esposo, puedes nutrir, fortalecer y hacer que florezcan esos atributos.

Es tan gratificante estar casado. El matrimonio es maravilloso. Con el tiempo se empieza a pensar igual y a tener las mismas ideas e impresiones. Hay momentos en que se es sumamente feliz y hay también momentos de pruebas y momentos de sufrimiento; pero el Señor los guía a lo largo de esas experiencias juntos.

Una noche, nuestro pequeño hijo Richard, que tenía problemas cardíacos, se despertó llorando. Los dos lo oímos, y por lo general era mi esposa la que se levantaba para cuidar a los pequeños cuando lloraban, pero esa vez le dije: “Yo me encargo de él”.

Debido a su condición, cuando comenzaba a llorar su pequeño corazón latía muy rápido; vomitaba y ensuciaba las sábanas. Esa noche lo sostuve contra mí para tratar de calmar su corazón acelerado y que dejara de llorar mientras le cambiaba la ropa y ponía sábanas limpias. Lo tuve en brazos hasta que se durmió. En ese momento no sabía que sólo en unos meses moriría. Siempre recordaré haberlo tenido en mis brazos en medio de esa noche.

Me acuerdo muy bien el día que falleció. Al alejarnos con Jeanene del hospital, paramos el coche al borde del camino y yo la tome en mis brazos. Los dos lloramos un poco, pero nos dimos cuenta de que lo volveríamos a tener del otro lado del velo gracias a los convenios que habíamos hecho en el templo. Eso hizo que su pérdida fuera en cierta forma más fácil de aceptar.

La bondad de Jeanene me enseñó muchas cosas valiosas. Yo era tan inmaduro y ella tan disciplinada y espiritual. El matrimonio proporciona el entorno ideal para vencer cualquier tendencia a ser egoísta o egocéntrico. Pienso que una de las razones por las que se nos aconseja casarnos jóvenes

es para evitar desarrollar esos rasgos de carácter inapropiados tan difíciles de cambiar.

Siento lástima por el hombre que no ha tomado la decisión de buscar una compañera eterna, y mi corazón gime por las hermanas que no han tenido la oportunidad de casarse. Algunas se sentirán solas y poco valoradas, y quizás no vean cómo será posible recibir las bendiciones del matrimonio y de tener hijos o una familia propia. Todo es posible para el Señor, y Él guarda las promesas que inspira a Sus profetas declarar. La eternidad es un período largo. Tengan fe en esas promesas y vivan dignas de recibir las para que, en Su momento, el Señor las haga realidad en su vida. No hay dudas de que, recibirán cada bendición prometida de la que hayan sido dignas.

Les ruego que me perdonen por hablar de mi adorada esposa Jeanene, pero somos una familia eterna. Ella siempre estaba dichosa y feliz, y en gran parte se debía al servicio que prestaba a los demás. Aun cuando estuviera muy enferma, durante la oración por la mañana pedía a su Padre Celestial que la guiara a alguien a quien pudiera ayudar. Esa súplica sincera le fue contestada una y otra vez. Las cargas de muchos fueron aligeradas y sus vidas iluminadas. Ella fue continuamente bendecida por ser un instrumento dirigido por el Señor.

Sé lo que es amar a una hija del Padre Celestial que, con gracia y devoción, vivió plenamente y con rectitud el esplendor de su condición justa como mujer. Tengo confianza de que cuando en el futuro la vuelva a ver detrás del velo, nos daremos cuenta de que estamos aún más profundamente enamorados. Nos valoraremos aún más por el hecho de haber pasado este tiempo separados por el velo. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■



Por el élder D. Todd Christofferson
Del Quórum de los Doce Apóstoles

“Yo reprendo y disciplino a todos los que amo”

La experiencia misma de sobrellevar bien la disciplina puede perfeccionarnos y prepararnos para mayores privilegios espirituales.

Nuestro Padre Celestial es un Dios de altas expectativas. Lo que Él espera de nosotros lo expresa por medio de Su Hijo Jesucristo con estas palabras: “Quisiera que fueseis perfectos así como yo, o como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto” (3 Nefi 12:48). Él plantea que nos hagamos santos para que podamos “soportar una gloria celestial” (D. y C. 88:22) y “vivir en Su presencia” (Moisés 6:57). Él sabe lo que se requiere, por tanto, para hacer nuestra transformación posible, nos proporciona Sus mandamientos y convenios, el don del Espíritu Santo y, por encima de todo, la Expiación y la Resurrección de Su Hijo Amado.

En todo eso, el propósito de Dios es que nosotros, Sus hijos, podamos experimentar el gozo supremo, estar con Él eternamente y llegar a ser como Él es. Hace algunos años, el élder Dallin H. Oaks explicó que: “El juicio final no es simplemente una evaluación de la suma total de las

obras buenas y malas, o sea, lo que hemos *hecho*. Es un reconocimiento del efecto final que tienen nuestros hechos y pensamientos, o sea, lo que hemos *llegado a ser*. No es suficiente que cualquiera tan sólo actúe mecánicamente. Los mandamientos, las ordenanzas y los convenios del Evangelio no son una lista de depósitos que tenemos que hacer en alguna cuenta celestial. El evangelio de Jesucristo es un plan que nos muestra cómo llegar a ser lo que nuestro Padre Celestial desea que lleguemos a ser”¹.

Lamentablemente, gran parte de la cristiandad moderna no reconoce que Dios haga ninguna exigencia real a los que crean en Él, y lo ven como un mayordomo “que atiende a sus necesidades cuando se le solicita” o como un terapeuta cuya función es ayudar a la gente a “sentirse bien con ellos mismos”². Ésa es una perspectiva religiosa que “no pretende cambiar vidas”³. “Por otro lado”, como un autor declara, “el Dios que se describe en las Escrituras

hebreas y cristianas pide no sólo un compromiso, sino nuestra vida misma. El Dios de la Biblia trata asuntos de la vida y la muerte, no de la apacibilidad, y exige un amor abnegado, no una inofensiva corriente de pensamiento sin compromiso alguno”⁴.

Me gustaría hablar de una actitud y una práctica particular que debemos adoptar si deseamos satisfacer las altas expectativas de nuestro Padre Celestial. Es ésta: Aceptar la corrección con buena disposición, e incluso buscarla. La corrección es fundamental si deseamos moldear nuestra vida conforme a “un varón perfecto, [es decir] a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo” (Efesios 4:13). Pablo dijo de la corrección o la disciplina divinas: “Porque el Señor al que ama, disciplina” (Hebreos 12:6). Aunque suela ser difícil de sobrellevarlo, verdaderamente debemos alegrarnos de que Dios nos considere dignos del tiempo y la molestia para corregirnos.

La disciplina divina tiene por lo menos tres propósitos: (1) persuadirnos al arrepentimiento, (2) purificarnos y santificarnos y (3) a veces reorientar nuestro rumbo en la vida hacia lo que Dios sabe que es un mejor camino.

Consideren en primer lugar el arrepentimiento, la condición indispensable para el perdón y la purificación. El Señor declaró: “Yo reprendo y disciplino a todos los que amo; sé, pues, celoso, y arrepiéntete” (Apocalipsis 3:19). Una vez más, dijo: “Y es necesario que mi pueblo sea disciplinado hasta que aprenda la obediencia, si es menester, por las cosas que padece” (D. y C. 105:6; véase también D. y C. 1:27). En una revelación de los últimos días, el Señor mandó a cuatro líderes prominentes de más antigüedad de la Iglesia a arrepentirse (como podría mandarnos a muchos de nosotros) por no enseñar debidamente a sus hijos



“conforme a los mandamientos” y por no ser “más diligentes y atentos en el hogar” (véase D. y C. 93:41–50). El hermano de Jared, según se menciona en el Libro de Mormón, se arrepintió cuando el Señor estaba en una nube y habló con Él “por el espacio de tres horas... y lo reprendió porque no se había acordado de invocar el nombre del Señor” (Éter 2:14). Debido a que el hermano de Jared respondió a esta severa amonestación con tan buena disposición, más adelante se le dio el privilegio de ver y ser instruido por el Redentor en Su estado premortal (véase Éter 3:6–20). El fruto de la disciplina de Dios es el arrepentimiento que lleva a la rectitud (véase Hebreos 12:11).

Además de impulsarnos al arrepentimiento, la experiencia misma de sobrellevar bien la disciplina puede perfeccionarnos y prepararnos para mayores privilegios espirituales. El Señor dijo: “Es preciso que los de mi pueblo sean probados en todas las cosas, a fin de que estén preparados para recibir la gloria que tengo para ellos, sí, la gloria de Sión; y el que no aguanta el castigo, no es digno de mi reino” (D. y C. 136:31). En otro lugar Él dice: “Porque todos los que no quieren soportar la disciplina, antes me niegan, no pueden ser santificados” (D. y C. 101:5; véase también Hebreos 12:10). Como dijo el élder Paul V. Johnson esta mañana: Debemos tener cuidado de no resentir esas mismas cosas que nos ayudan a ser participantes de la naturaleza divina.

Los seguidores de Alma establecieron una comunidad de Sión en Helam, pero luego fueron llevados al cautiverio. Ellos no merecían sufrir, sino todo lo contrario, pero el registro dice:

“Con todo, el Señor considera conveniente castigar a su pueblo; sí, él prueba su paciencia y su fe.

“Sin embargo, quien pone su confianza en él será enaltecido en el postrer día. Sí, y así fue con este pueblo” (Mosíah 23:21–22).

El Señor los fortaleció y aligeró sus cargas hasta el punto de que casi no podían sentir las sobre sus espaldas y luego, en el debido momento, los liberó (véase Mosíah 24:8–22). Su fe se fortaleció enormemente por su experiencia, y desde entonces y para siempre disfrutaron de una relación especial con el Señor.

Dios usa otra forma de castigo o corrección para guiarnos hacia un futuro que no podemos ni logramos imaginar ahora, pero que Él sabe es el mejor camino para nosotros. El presidente Hugh B. Brown, quien fue miembro de los Doce y consejero de la Primera Presidencia, compartió una experiencia personal. Él contó que compró una granja muy descuidada en Canadá hace muchos años. Mientras limpiaba y reparaba su propiedad, se encontró con un grosellero que había crecido unos dos metros de alto y que no producía grosellas, así que lo podó radicalmente, dejando sólo pequeños tallos. Entonces observó una gota parecida a una lágrima en la punta de cada uno de los tallos como

si el grosellero estuviese llorando y se imaginó que decía:

“¿Cómo pudiste hacerme esto? Estaba creciendo tan maravillosamente ... y ahora me has talado. Todas las plantas del huerto me mirarán con desprecio ... ¿Cómo pudiste hacerme esto? Creí que tú eras el jardinero aquí”.

El presidente Brown respondió: “Mira, pequeño grosellero, yo soy el jardinero aquí y sé lo que quiero que seas. No quería que fueras un árbol frutal ni un árbol de sombra; quiero que seas un grosellero, y algún día, pequeño arbusto, cuando estés cargado de fruta, me dirás: ‘Gracias, Señor Jardinero, por quererme lo suficiente como para talarlo’”.

Años más tarde, el presidente Brown servía de oficial de campo del ejército canadiense en Inglaterra. Cuando un oficial cayó en combate, el presidente Brown estaba en línea para ser ascendido a general y fue enviado a Londres. Pero a pesar de que estaba plenamente calificado para el ascenso, se lo negaron porque era mormón. El general en jefe dijo básicamente:

“Usted merece el nombramiento, pero no puedo otorgárselo”. Lo que el presidente Brown había añorado, por lo que había orado y se había preparado por diez años, se le escurrió de las manos debido a una flagrante discriminación. Continuando con su relato el presidente Brown recordó:

“Abordé el tren y volví a mi pueblo... con un corazón entristecido y con amargura en el alma... Cuando volví a mi tienda... tiré la capa y el cinto sobre el catre. Elevé los puños hacia el cielo y dije: ‘¿Cómo pudiste hacerme esto, Dios? He hecho todo lo que estaba de mi parte para prepararme; no hay nada que podría haber hecho, que no hubiera hecho. ¿Cómo pudiste hacerme esto?’. Estaba tan amargado como la hiel.



“Luego oí una voz, y reconocí su tono. Era mi propia voz que decía: ‘Yo soy el jardinero aquí, y sé lo que quiero que hagas’. La amargura abandonó mi alma y caí de rodillas cerca del catre para pedir perdón por mi ingratitud y amargura ...

“y ahora, casi cincuenta años más tarde, miro hacia arriba [a Dios] y digo: ‘Gracias, Señor Jardinero, por talarlo, por quererme lo suficiente para herirme’”⁵.

Dios sabía lo que Hugh B. Brown tenía que llegar a ser y lo que se necesitaba para que eso sucediera, y Él redirigió su curso a fin de prepararlo para el santo apostolado.

Si tenemos un deseo sincero y nos esforzamos por estar a la altura de las expectativas de nuestro Padre

Celestial, Él se asegurará de que recibamos toda la ayuda que necesitemos, ya sea de consuelo, de fortaleza o de disciplina. Si estamos abiertos a ella, la debida corrección vendrá de muchas maneras y de muchas fuentes. Puede venir en el curso de nuestras oraciones cuando Dios hable a nuestra mente y a nuestro corazón mediante el Espíritu Santo (véase D. y C. 8:2). Puede venir en forma de oraciones que se respondan con un no o de forma diferente de la que esperábamos. La amonestación puede llegar a medida que estudiemos las Escrituras y se nos recuerden las deficiencias, la desobediencia o la negligencia en pequeños asuntos.

La corrección puede venir mediante otras personas, especialmente



de los que son inspirados por Dios para promover nuestra felicidad. En la actualidad, los apóstoles, profetas, patriarcas, obispos y otros se han constituido en la Iglesia como se hizo en la antigüedad “a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo” (Efesios 4:12). Tal vez algunas de las cosas que se digan en esta conferencia tengan el objeto de llamarles al arrepentimiento o cambiar, y si hacen caso a ello, les llevará a un lugar más alto. Podemos ayudarnos unos a otros como miembros de la Iglesia; ésa es una de las razones principales por las que el Salvador estableció una iglesia. Aún cuando encontramos críticas mal intencionadas de personas que no nos aprecian ni nos aman, sería útil tener suficiente mansedumbre para sopesar y examinar algo que podría beneficiarnos.

La corrección, que esperemos que sea serena, puede venir de nuestro cónyuge. El élder Richard G. Scott, quien acaba de dirigirnos la palabra, recuerda una época al principio de su matrimonio cuando su esposa Jeanene le aconsejó mirar directamente a las personas cuando hablara con ellas. Ella dijo: “Tú miras al suelo, al techo, a la ventana, a cualquier lado excepto a los ojos”. Él aceptó esa amable reprimenda, y eso le permitió ser más eficaz al aconsejar y relacionarse con la gente. Como uno de los que sirvió como misionero de tiempo completo

bajo la dirección del entonces presidente Scott, puedo dar fe de que mira a uno directamente a los ojos en sus conversaciones. También puedo añadir que cuando uno necesita corrección, esa mirada suya puede ser muy penetrante.

Los padres pueden y deben corregir, incluso disciplinar, para que sus hijos no sean lanzados a la deriva, a merced de un adversario implacable y de sus partidarios. El presidente Boyd K. Packer ha observado que cuando una persona que está en una posición para corregir a otra no lo hace, piensa en sí misma. Recuerden que la amonestación debe ser oportuna, con nitidez o claridad, “cuando lo induzca el Espíritu Santo; y entonces demostrando mayor amor hacia el que [hayan] reprendido, no sea que [los] considere su enemigo” (D. y C. 121:43).

Recuerden que si nos oponemos a la corrección, los demás dejarán de ofrecerla por completo a pesar del amor que nos tengan. Si reiteradamente nos abstenemos de actuar según la amonestación de un Dios bondadoso, entonces Él también desistirá. Él ha dicho: “Mi Espíritu no siempre luchará con el hombre” (Éter 2:15). Con el tiempo, gran parte de nuestra disciplina debe venir de adentro, es decir, debemos llegar a corregirnos a nosotros mismos. Una de las formas en la que nuestro amado y difunto compañero, el élder

Joseph B. Wirthlin, se convirtió en el discípulo puro y humilde que era, fue mediante el análisis de su desempeño en todas sus asignaciones y tareas. En su deseo de agradar a Dios, estaba resuelto a determinar lo que él podría haber hecho mejor y luego aplicar con diligencia cada lección aprendida.

Todos podemos satisfacer las altas expectativas de Dios, sin importar cuán grandes o pequeños sean nuestra capacidad y nuestro talento. Moroni afirma: “Si os abstenéis de toda impiedad, y amáis a Dios con toda vuestra alma, mente y fuerza, entonces [la] gracia [de Cristo] os es suficiente, para que por su gracia seáis perfectos en Cristo” (Moroni 10:32). Nuestro esfuerzo diligente y dedicado es lo que trae esa gracia que nos faculta y nos abre las puertas, un esfuerzo que sin duda implica sumisión a la mano disciplinaria de Dios, así como arrepentimiento sincero y absoluto. Oremos para recibir Su corrección inspirada en el amor.

Que Dios los sostenga al esforzarse para satisfacer Sus altas expectativas y les conceda la felicidad y la paz plenas que derivan naturalmente de ello. Sé que ustedes y yo podemos llegar a ser uno con Dios y con Cristo. Testifico con humildad y confianza de nuestro Padre Celestial y de Su Hijo Amado, y del dichoso potencial que tenemos debido a Ellos. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Dallin H. Oaks, “El desafío de lo que debemos llegar a ser”, *Liahona*, enero de 2001, página 40.
2. Kenda Creasy Dean, *Almost Christian: What the Faith of Our Teenagers Is Telling the American Church*, 2010, pág. 17.
3. Dean, *Almost Christian*, pág. 30; véase también Christian Smith y Melinda Lundquist Denton, *Soul Searching: The Religious and Spiritual Lives of American Teenagers*, 2005, págs. 118–171.
4. Dean, *Almost Christian*, pág. 37.
5. Véase Hugh B. Brown, “El grosellero”, *Liahona*, marzo de 2002, págs. 22, 24.



Por el élder Carl B. Pratt
De los Setenta

Las más ricas bendiciones del Señor

Al pagar nuestros diezmos fielmente, el Señor abrirá las ventanas del cielo y derramará sobre nosotros Sus más ricas bendiciones.

Estoy agradecido por los antepasados rectos que enseñaron el Evangelio a sus hijos en el hogar mucho antes de que se instituyera la noche de hogar. Mis abuelos maternos eran Ida Jespersen y John A. Whetten, quienes vivían en la pequeña comunidad de Colonia Juárez, Chihuahua, México. A los hijos de los Whetten se les enseñó por precepto y por observar el ejemplo de sus padres.

En México eran tiempos difíciles a principios de la década de 1920. La violenta revolución acababa de terminar, circulaba poco dinero en efectivo y la mayor parte era en monedas de plata. La gente a menudo efectuaba sus negocios por medio del trueque o del intercambio de artículos y servicios.

Un día, al final del verano, el abuelo John llegó a casa después de haber hecho un negocio por el cual había recibido 100 pesos en monedas de plata. Le dio el dinero a Ida y le pidió que lo usara para cubrir los próximos gastos escolares de los niños.

Ida estaba agradecida por el dinero, pero le recordó a John que no habían pagado el diezmo durante todo el verano. Ellos no habían tenido ingresos

en efectivo, pero Ida le recordó que los animales habían proporcionado carne, huevos y leche; su huerta había producido abundante frutas y verduras, y que habían hecho otros intercambios de artículos sin usar dinero en efectivo. Ida sugirió que deberían darle el dinero al obispo para pagar sus diezmos.

John estaba un poco desilusionado, puesto que el dinero les habría ayudado mucho con los estudios de sus hijos, pero de inmediato estuvo de acuerdo en que tenían que pagar sus diezmos. Llevó la pesada bolsa a la oficina de diezmos y le entregó el dinero al obispo.

Poco después, supo que un rico hombre de negocios de los Estados Unidos, el señor Hord, llegaría la semana siguiente con varios hombres a pasar unos días en las montañas para cazar y pescar.

El abuelo John se reunió con ese grupo de hombres en la estación de ferrocarril no muy lejos de Colonia Juárez. Tenía varios caballos ensillados y los animales de carga necesarios listos para transportar el equipaje y el equipo de campamento a las

montañas. La semana siguiente fue guía de los hombres y cuidó del campamento y los animales.

Al final de la semana, los hombres volvieron a la estación de ferrocarril para tomar el tren de regreso a los Estados Unidos. Ese día se le pagó a John por su trabajo y se le dio una bolsa de monedas de un peso de plata para cubrir los otros gastos. Una vez que John y sus hombres recibieron el dinero acordado, regresó el saldo del dinero al señor Hord, quien se sorprendió ya que no esperaba que sobrara nada de dinero. Entonces interrogó a John para asegurarse de que se habían cubierto todos los gastos, y John respondió que todos los gastos del viaje se habían cubierto, y que ése era el saldo de los fondos.

Se oyó el silbato del tren, el señor Hord giró para irse, pero luego se dio vuelta y arrojó la pesada bolsa de monedas a John. “Tenga, llévelas a casa para sus muchachos”. John tomó la bolsa y se dirigió a Colonia Juárez.

Esa noche, después de cenar, cuando la familia se reunió para escuchar los relatos del viaje, John se acordó de la bolsa, la trajo y la puso sobre la mesa. Les dijo que no sabía cuánto había en la bolsa, así que para que se entretuvieran vació el contenido de la bolsa en la mesa, que resultó ser una gran pila y, cuando la contaron, llegó a ser exactamente 100 pesos de plata. Desde luego que se consideró como una gran bendición que el señor Hord hubiera decidido hacer ese viaje. John y sus muchachos habían ganado buen dinero, pero los 100 pesos sobrantes eran un recordatorio de la cantidad exacta de diezmos que habían pagado la semana anterior. Para algunas personas, esto podría ser una coincidencia interesante, pero para la familia Whetten era claramente una lección de que el Señor se

acuerda de lo que ha prometido a los que fielmente pagan Sus diezmos.

Cuando era niño, me encantaba esa historia porque se trataba de viajar a caballo y acampar en las montañas para cazar y pescar; y me encantaba porque enseña que cuando obedecemos los mandamientos somos bendecidos. Hay varias cosas que todos podemos sacar en conclusión acerca del diezmo en este relato.

Primero, notarán que el pago del diezmo en este caso no estaba relacionado con la cantidad de ingreso en efectivo. Los Whetten decidieron utilizar su primer ingreso en efectivo para los diezmos porque ellos habían vivido bien de sus animales y de sus productivas huertas de frutos y vegetales. Obviamente se sentían en deuda con el Señor por las bendiciones que habían recibido.

Eso es un recordatorio de la implicación de las palabras del Señor cuando pregunta: “¿Robará el hombre a Dios? Pues vosotros me habéis robado”. La gente pregunta: “¿En qué te hemos robado?”, y el Señor responde con vehemencia: “En vuestros diezmos y ofrendas” (Malaquías 3:8). Sí, hermanos y hermanas, así como John e Ida Whetten se dieron cuenta ese verano, hace décadas, todos estamos en deuda con el Señor. No permitamos que se nos acuse de robar a Dios; seamos honrados y paguemos nuestras deudas con el Señor. Lo único que Él pide es el 10 por ciento. La integridad al pagar nuestras deudas con el Señor nos ayudará a ser honrados con nuestros semejantes.

Lo siguiente que noté en este relato es que mis abuelos pagaron el diezmo sin importar la difícil situación económica por la que atravesaba la familia; ellos conocían el mandamiento del Señor, aplicaron las Escrituras a ellos mismos (véase 1 Nefi 19:23–24) y



obedecieron la ley. Esto es lo que el Señor espera de todo Su pueblo. Él espera que paguemos los diezmos, no de nuestra abundancia ni de lo que nos “sobre” del presupuesto familiar, sino como mandó en la antigüedad, de las “primicias” de nuestros ingresos, ya sean escasos o abundantes. El Señor ha mandado “no demorarás la ofrenda de la primicia de tu cosecha” (Éxodo 22:29). Mi experiencia personal es que la manera más segura de pagar el diezmo fielmente es pagarlo tan pronto como recibo el dinero. De hecho, he encontrado que es la única manera.

De mis abuelos Whetten, aprendemos que el diezmo realmente no es una cuestión de dinero, sino que es una cuestión de fe —fe en el Señor. Él promete bendiciones si obedecemos Sus mandamientos. Es evidente que John e Ida Whetten mostraron gran fe al pagar sus diezmos. Mostremos nuestra fe en el Señor al pagar nuestros diezmos. Páguenlos antes que nada, páguenlos honradamente. Enseñemos a nuestros hijos a pagar el diezmo, incluso de sus asignaciones

mensuales u otros ingresos, y luego llevémoslos a los ajustes de diezmos para que vean nuestro ejemplo y sepan de nuestro amor por el Señor.

Es posible que haya una mala interpretación del relato de mis abuelos. Podríamos llegar a la conclusión de que, puesto que mis abuelos pagaron el diezmo con dinero, el Señor siempre nos bendecirá con dinero; solía pensar de esa manera cuando era niño. Desde entonces he aprendido que no necesariamente es así. El Señor promete bendiciones a aquellos que pagan sus diezmos. Él promete “[abrir]... las ventanas de los cielos, y [derramar]... bendición, hasta que sobreabunde” (Malaquías 3:10). Testifico que Él cumple Sus promesas, y si pagamos fielmente nuestros diezmos no nos faltarán las cosas necesarias para vivir, pero Él no promete riquezas. El dinero y las cuentas bancarias no son Sus más ricas bendiciones. Él nos bendice con la sabiduría para administrar nuestros limitados recursos materiales, con la sabiduría que nos permite vivir mejor con el 90 por ciento de nuestros

ingresos que con el 100 por ciento. Por lo tanto, aquellos que son fieles pagadores de diezmos comprenden la vida providente y tienden a ser más autosuficientes.

He llegado a comprender que las más ricas bendiciones del Señor son espirituales y que a menudo ellas tienen que ver con la familia, los amigos y el Evangelio. Con frecuencia parece otorgar la bendición de una sensibilidad especial a la influencia y guía del Espíritu Santo, especialmente en los asuntos del matrimonio y la familia, tal como la crianza de los hijos. Esa sensibilidad espiritual puede ayudarnos a disfrutar bendiciones de armonía y paz en el hogar. El presidente James E. Faust sugirió que el pago del diezmo es “un excelente seguro contra el divorcio” (“Enriquezcan su matrimonio”, *Liahona*, abril de 2007, pág. 2).

El pago del diezmo nos ayuda a desarrollar un corazón sumiso y humilde, y un corazón agradecido que tiende a “confesar... su mano en todas las cosas” (D. y C. 59:21). El pago del diezmo fomenta en nosotros un corazón generoso e indulgente, y un corazón caritativo lleno del amor puro de Cristo. Sentimos el deseo de servir y bendecir a otras personas con un corazón obediente y sumiso a la voluntad del Señor. Aquellos que pagan regularmente sus diezmos fortalecen su fe en el Señor Jesucristo y desarrollan un firme y perdurable testimonio de Su Evangelio y de Su Iglesia. Ninguna de estas bendiciones es monetaria ni de alguna manera material, pero con seguridad son las más ricas bendiciones del Señor.

Testifico que al pagar nuestros diezmos fielmente, el Señor abrirá las ventanas del cielo y derramará sobre nosotros Sus ricas bendiciones. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■



Por el élder Lynn G. Robbins
De los Setenta

¿Qué clase de hombres y mujeres habéis de ser?

Ruego que el empeño de ustedes por adquirir los atributos de Cristo tenga éxito a fin de que reciban la imagen de Él en su rostro y que Sus atributos se manifiesten en su comportamiento.

“Ser o no ser” es en realidad una muy buena pregunta¹. El Salvador hizo la pregunta de una manera mucho más profunda, convirtiéndola en una pregunta doctrinal de vital importancia para cada uno de nosotros: “¿Qué clase de hombres [y mujeres] habéis *de ser*? En verdad os digo, aun como *yo soy*” (3 Nefi 27:27; cursiva agregada). La primera persona del presente del verbo *ser* es: *Yo soy*. Él nos invita a tomar sobre nosotros Su nombre y Su naturaleza.

Para llegar a ser como Él *es*, también debemos *hacer* las cosas que Él *hizo*: “En verdad, en verdad os digo que éste es mi evangelio; y vosotros sabéis las cosas que debéis *hacer* en mi iglesia; pues las obras que me habéis visto *hacer*, ésas también las *haréis*” (3 Nefi. 27:21; cursiva agregada).

El *ser* y el *hacer* son inseparables. Como doctrinas interdependientes se refuerzan y se promueven una a la otra. Por ejemplo, la fe nos inspira a

orar y, a su vez, la oración fortalece nuestra fe.

El Salvador con frecuencia denunciaba a quienes *hacían sin ser*, llamándolos hipócritas: “Este pueblo con los labios me honra, mas su corazón está lejos de mí” (Marcos 7:6). *El hacer sin ser* es hipocresía, o fingir ser lo que uno no es; es decir, un impostor.

Del mismo modo, *ser sin hacer* es inútil, así como “la fe, si no tiene obras, *es muerta* en sí misma” (Santiago 2:17; cursiva agregada). *Ser sin hacer* realmente no es *ser*, es engañarse a sí mismo, es creer que uno es bueno sólo porque tiene buenas intenciones.

El *hacer sin ser*—la hipocresía—da una imagen falsa a los demás, mientras que *el ser sin hacer* da una imagen falsa a uno mismo.

El Salvador reprendió a los escribas y a los fariseos por su hipocresía: “¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas!, porque diezmás”—algo

que *hacían*—“la menta, y el eneldo y el comino, y habéis dejado lo más importante de la ley: la justicia, y la misericordia y la fe” (Mateo 23:23). O en otras palabras, no lograron *ser* lo que deberían *haber sido*.

Si bien reconoció la importancia de *hacer*, el Salvador estableció el *ser* como “lo más importante”; que *ser* sea lo más importante se ilustra en los siguientes ejemplos:

- Entrar en las aguas del bautismo es algo que *hacemos*. El *ser* que debe precederlo es la fe en Jesucristo y el gran cambio de corazón.
- Participar de la Santa Cena es algo que *hacemos*. *Ser* dignos de tomar la Santa Cena es un asunto más importante y de mucha más trascendencia.
- La ordenación al Sacerdocio es un acto, o *hacer*. Lo más importante, sin embargo, es el poder en el sacerdocio, que está basado “conforme a los principios de la rectitud” (D. y C. 121:36), o *ser*.

Muchos de nosotros hacemos listas de las cosas que debemos *hacer* para ayudarnos a recordar lo que deseamos lograr. Pero muy rara vez la gente tiene listas de lo que deben *ser*. ¿Por qué? Lo que se debe *hacer* son actividades o acontecimientos que se pueden marcar en una lista como terminados una vez que los hayamos *hecho*. *Ser*, sin embargo, es algo que nunca se termina. No se pueden poner marcas de verificación a lo que debemos *ser*. Puedo llevar a mi esposa a una linda velada este viernes, lo que sería un *hacer*; pero *ser* un buen esposo no es un evento, tiene que *ser* parte de mi naturaleza, de mi carácter o de quien soy.

O como padre, ¿cuándo puedo marcar a un hijo de mi lista como

terminado? Nunca acabamos de *ser* buenos padres. Y para ser buenos padres, una de las cosas más importantes que podemos enseñar a nuestros hijos es cómo *ser* más semejante al Salvador.

El *ser* como Cristo no se ve, pero es la fuerza motivadora de todo lo que *hacemos*, que sí se ve. Por ejemplo, cuando los padres ayudan a un hijo a aprender a caminar, los vemos *hacer* cosas como sostener y elogiar a su hijo. Eso que *hacen* revela el amor que albergan en su corazón, la fe y esperanza en el potencial de su hijo, las cuales permanecen ocultas. Día tras día continúan sus esfuerzos, lo que es evidencia invisible del *ser* pacientes y diligentes.

Ya que lo que uno *es* origina lo que uno *hace* y es el motivo que impulsa el *hacer*, el enseñar a *ser* mejorará el comportamiento con mayor eficacia de lo que centrarse en el *hacer* ayudará a modificarlo.

Cuando los niños se comportan mal, por ejemplo cuando pelean unos con otros, con frecuencia los disciplinamos en cuanto a lo que *hicieron*, o la pelea que observamos. Pero el *hacer*—sus comportamientos—es sólo un síntoma de un motivo oculto en su corazón. Tal vez deberíamos preguntarnos: “¿Qué atributos, si el niño los comprendiese, cambiarían su comportamiento en el futuro? ¿El ser paciente y perdonar cuando está enojado? ¿El amar y ser un pacificador? ¿Asumir la responsabilidad de nuestras acciones y no culpar a los demás?”.

¿Cómo enseñan los padres esos atributos a sus hijos? Nunca tendremos una mejor oportunidad de enseñar y demostrar los atributos de Cristo a nuestros hijos que cuando los disciplinamos. La *disciplina* viene de la misma raíz que la palabra *discípulo* y supone paciencia e instrucción de

nuestra parte. No debe hacerse con enojo. Podemos y debemos disciplinar de la manera que se nos enseña en Doctrina y Convenios 121: “por persuasión, por longanimidad, benignidad, mansedumbre y por amor sincero; por bondad y por conocimiento puro” (versículos 41–42). Esos son los atributos de *ser* como Cristo y deben ser parte de quienes nosotros *somos* como padres y madres, y discípulos de Cristo.

Por medio de la disciplina el niño aprende en cuanto a las consecuencias. En esos momentos es bueno convertir lo negativo en positivo. Si el niño confiesa un error, elógienlo por el valor que tuvo para confesarlo. Pregúntele al niño lo que él o ella aprendió del error o de la mala acción, eso les da a ustedes, y más importante aún, al Espíritu, la oportunidad de amar y enseñar al niño. Cuando enseñamos a los niños doctrina por medio del Espíritu, esa doctrina, con el tiempo tiene el poder de cambiar la naturaleza misma de su—*ser*—.

Alma descubrió ese mismo principio, que “...la predicación de la palabra tenía gran propensión a impulsar a la gente a *hacer* lo que era justo —sí, había surtido un efecto más potente en la mente del pueblo que la espada” (Alma 31:5; cursiva agregada). ¿Por qué? Porque la espada sólo se centraba en castigar el comportamiento, o el *hacer*, mientras que predicar la palabra cambiaba la naturaleza misma de las personas; es decir, quienes *eran* o quienes podían *llegar a ser*.

Un hijo dulce y obediente hará que el padre y la madre solamente reciban un curso básico de crianza de los hijos. Si cuentan con la bendición de tener un hijo que pruebe su paciencia hasta la enésima potencia, recibirán el curso de postgrado de crianza de los hijos. En vez de preguntarse qué es

lo que quizás hayan hecho mal en la vida premortal para merecer ese reto, podrían considerar al hijo que es un desafío como una bendición y una oportunidad para que ustedes lleguen a ser más semejantes a Dios. ¿Cuál de los hijos pondrá a prueba, desarrollará y refinará la paciencia, la longanimidad y otras virtudes cristianas en ustedes? ¿Sería posible que ustedes necesiten a ese niño tanto como él los necesita a ustedes?

Todos hemos oído el consejo de condenar el pecado pero no al pecador. Del mismo modo, cuando nuestros hijos se comportan mal, tenemos que tener cuidado de no decir cosas que les hagan pensar que lo que ellos *hicieron* mal es lo que ellos *son*. “Nunca dejen que el fracaso pase de ser una situación a una identidad”, al usar designaciones que lo implican como “tonto”, “lento”, “holgazán” o “torpe”². Nuestros hijos son hijos de Dios. Ésa es su verdadera identidad y potencial. El plan de Él es ayudar a Sus hijos a superar los errores y el mal comportamiento, y a progresar a fin de que lleguen a ser como Él es. Por lo tanto, el comportamiento indebido debe considerarse algo temporario y no permanente, un hecho y no una identidad.

Debemos tener cuidado al usar frases permanentes como “siempre ...” o “nunca ...” al disciplinar. Tengan cuidado con frases como “Nunca consideras mis sentimientos” o “¿Por qué siempre nos haces esperar?” Frases como esas hacen que las acciones parezcan ser una identidad y pueden influenciar negativamente en la percepción y estima propias del niño.

También puede ocurrir una confusión de identidad cuando les preguntamos a los niños lo que quieren *ser* cuando sean grandes, como si lo que una persona *hace* para ganarse la vida equivale a lo que *es*. Ni la profesión ni



las posesiones deben definir la identidad de alguien ni su autoestima. El Salvador, por ejemplo, era un humilde carpintero, pero eso de ninguna manera definió Su vida.

Al ayudar a los niños a descubrir quiénes son y al fortalecer su autoestima, podemos elogiar de forma apropiada su logro o comportamiento, el *hecho*. Pero sería incluso más sabio dirigir nuestros elogios principalmente a su carácter y a sus creencias, a quienes *son*.

En los deportes, una manera sabia de elogiar el desempeño de nuestros hijos—*hacer*—sería desde el punto de vista de lo que *son*, como por ejemplo, elogiar su energía, su perseverancia, su actitud ante la adversidad, etc.; de ese modo se elogian tanto el *ser* como el *hacer*.

Cuando les pedimos a los niños que *hagan* ciertas tareas, también podemos buscar maneras de elogiarlos por lo que *son*, como por ejemplo decir: “Me pone muy feliz cuando haces tus tareas de buena voluntad”.

Cuando los niños reciben las calificaciones de la escuela, podemos felicitarlos por sus buenas notas, pero tendría un efecto más duradero y beneficioso si los alabásemos por su *diligencia*: “Entregaste todos tus trabajos; eres alguien que sabe cómo emprender las cosas difíciles y terminirlas. Estoy orgulloso de ti”.

Cuando lean las Escrituras como familia, busquen y analicen ejemplos de atributos mencionados en lo que

leyeron ese día. Debido a que los atributos de Cristo son dones de Dios y no pueden ser desarrollados sin Su ayuda³, en sus oraciones individuales y como familia, pidan por esos dones.

De vez en cuando, durante la cena hablen sobre los atributos, especialmente de aquellos que hayan encontrado en las Escrituras esa mañana.

“¿De qué manera fueron buenos amigos hoy? ¿De qué manera mostraron compasión? ¿Cómo la fe los ayudó a enfrentar los desafíos de hoy? ¿Eres digno de confianza?, ¿honrado?, ¿generoso?, ¿humilde?”. Hay muchísimos atributos en las Escrituras que se deben enseñar y aprender.

La manera más importante de enseñar a *ser*, es *ser* la clase de padres para nuestros hijos que nuestro Padre Celestial es para nosotros. Él es el único padre perfecto, y ha compartido con nosotros Su manual para la crianza de los hijos: las Escrituras.

He dirigido mis palabras primordialmente a los padres, pero los principios se aplican a todos. Ruego que el empeño de ustedes por adquirir los atributos de Cristo tenga éxito a fin de que reciban la imagen de Él en su rostro y que Sus atributos se manifiesten en su comportamiento. Entonces, cuando sus hijos o las demás personas perciban el amor que sienten por ellos y vean el modo en que ustedes se comportan, eso los hará recordar del Salvador y los acercará más a Él; es mi ruego y testimonio, en el nombre de Jesucristo, Amén. ■

NOTAS

1. William Shakespeare, *Hamlet, Príncipe de Dinamarca*, acto tercero, escena primera, pág. 1359, Obras Completas de William Shakespeare, decimoquinta edición, Ediciones Aguilar, 1967.
2. Carol Dweck, citado en Joe Kita, “Bounce Back Chronicles”, *Reader's Digest*, mayo de 2009, pág. 95.
3. Véase *Predicad Mi Evangelio: Una guía para el servicio misional*, 2004, pág. 63.



Por el élder Benjamín De Hoyos
De los Setenta

Llamados a Ser Santos

¡Cuán bendecidos somos al haber sido traídos a esta hermandad de los santos en estos últimos días!

Mis queridos hermanos y hermanas, ruego que el Espíritu me ayude a expresar mi mensaje.

Durante mis visitas y conferencias en las estacas, barrios y ramas siempre me ha embargado un profundo sentimiento de gozo al reunirme con los miembros de la Iglesia, aquellos que, ahora, como en el meridiano de los tiempos han sido llamados santos. El espíritu de paz y amor que siempre siento entre ellos me hace saber que me encuentro en una de las estacas de Sión.

Aún cuando la mayoría de ellos representan a miembros de dos o más generaciones en la Iglesia, muchos otros son conversos recientes. A éstos, les repetimos como bienvenida las palabras del apóstol Pablo a los Efesios:

“Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos con los santos, y miembros de la familia de Dios;

“edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo” (Efesios 2:19–20).

Hace algunos años, mientras servía en la oficina de asuntos públicos de la Iglesia en México, fuimos invitados a participar en un programa radiofónico dedicado a describir las religiones del mundo. Dos de nosotros

fuimos designados para representar la Iglesia y contestar las preguntas que generalmente se hacen en ese tipo de programas. Después de repetidos cortes comerciales, como se dice en el ambiente de la radio, el conductor del programa volvió a decir: “Esta noche tenemos con nosotros a dos élderes de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días”, hizo una pausa y preguntó: “¿Por qué tiene su Iglesia un nombre tan largo? ¿No podría tener uno más corto, o más comercial?”.

Mi compañero y yo sonreímos ante esa magnífica pregunta, y procedimos a explicar que el nombre de la Iglesia

no había sido elegido por hombre alguno, sino que había sido dado por el Salvador a través de un profeta en estos últimos días: “porque así se llamará mi iglesia en los postreros días, a saber, La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días” (D. y C. 115:4). A lo que el conductor del programa inmediata y respetuosamente agregó: “Entonces, lo repetiremos con mucho gusto”. No recuerdo ahora cuántas veces él repitió el significativo nombre de la Iglesia, pero sí recuerdo el dulce espíritu que nos acompañó mientras explicábamos, no sólo el nombre de la Iglesia, sino la manera en que se refiere a los miembros de ella: los Santos de los Últimos Días.

Leemos en el Nuevo Testamento que los primeros miembros de la Iglesia fueron llamados Cristianos por primera vez en Antioquía (véase Hechos 11:26), pero entre ellos mismos *se hacían llamar* santos. Qué conmovedor debe haber sido para ellos escuchar al apóstol Pablo llamarlos “...conciudadanos con los santos y miembros de la familia de Dios” (Efesios 2:19) y también dice que fueron “...llamados *a ser* santos” (Romanos 1:7; énfasis agregado).

Ushuaia, Argentina



A medida que los miembros de la Iglesia viven el Evangelio y siguen el consejo de los profetas, poco a poco y aún sin notarlo, se realiza en ellos el proceso de la santificación. Los humildes miembros de la Iglesia que a diario oran y leen las escrituras como familia, los que hacen historia familiar y consagran tiempo para asistir con frecuencia al templo, llegan a ser santos. Como aquellos que están dedicados a la edificación de una familia eterna. También lo son aquellos que apartan tiempo de sus ocupadas vidas para salir en rescate de sus hermanos desalentados, animándolos a venir y sentarse de nuevo a la mesa del Señor. Y todos aquellos élderes y hermanas y matrimonios maduros, que sin dudar responden al llamado de ser misioneros del Señor. Sí hermanos, llegan a ser en santos a medida que descubren ese cálido y asombroso sentimiento llamado la caridad o el amor puro de Cristo (véase Moroni 7:42–48).

Los santos o miembros de la Iglesia también llegan a conocer al Salvador en medio de las pruebas y aflicciones, no olvidemos que aún Él ha tenido que sufrir todas las cosas. “Y tomará sobre sí la muerte, para soltar las ligaduras de la muerte que sujetan a su pueblo; y sus enfermedades tomará él sobre sí, para que sus entrañas sean llenas de misericordia, según la carne, a fin de que según la carne sepa cómo socorrer a los de su pueblo, de acuerdo con las enfermedades de ellos” (Alma 7:12).

En los últimos años también he estado cerca del sufrimiento de muchas personas, incluyendo a muchos de los santos. Oramos por ellos, y les recordamos continuamente delante del Señor pidiendo que su fe no falte y que sigan adelante con paciencia. A ellos, les repetimos las reconfortantes



palabras del profeta Jacob en el Libro de Mormón:

“Así pues, amados hermanos míos, venid al Señor, el Santo. Recordad que sus sendas son justas. He aquí, la vía para el hombre es angosta, mas se halla en línea recta ante él; y el guardián de la puerta es el Santo de Israel; y allí él no emplea ningún sirviente, y no hay otra entrada sino por la puerta; porque él no puede ser engañado, pues su nombre es el Señor Dios.

“Y al que llamare, él abrirá” (2 Nefi 9:41–42).

No importan las circunstancias, pruebas y desafíos que nos rodeen; el entendimiento de la doctrina de Cristo y de Su expiación será la fuente de nuestra fortaleza y la fuente de nuestra paz, sí hermanos, esa calma y tranquilidad interior que nacen del Espíritu que Dios da a Sus santos fieles. Él nos alienta diciendo: “La paz os dejo, mi paz os doy... No se turbe vuestro corazón ni tenga miedo” (Juan 14:27).

Por muchos años he sido testigo de la fidelidad ejemplar de muchos miembros de la Iglesia, Santos de los Últimos Días quienes con fe en el plan de nuestro Padre Celestial y en la expiación de nuestro Señor Jesucristo, han soportado con valor y gran ánimo sus tribulaciones y aflicciones, y así

perseveran en el estrecho y angosto camino de la santificación. ¡No tengo palabras para expresar mi aprecio y admiración por todos los fieles santos con quienes he tenido el privilegio de asociarme!

Aun cuando nuestro entendimiento del Evangelio no fuera tan profundo como nuestro testimonio de su veracidad, si ponemos nuestra confianza en Dios, seremos sostenidos en todas nuestras dificultades, tribulaciones y aflicciones (véase Alma 36:3). Esta promesa del Señor a Sus santos no significa que seremos exentos de sufrimientos y pruebas, sino que seremos sostenidos mientras pasamos por cada una de ellas, y sabremos que es el Señor quien nos ha sostenido.

Mis queridos hermanos, ¡Cuán bendecidos somos al haber sido traídos a esta hermandad de los santos en estos últimos días! ¡Cuán bendecidos somos al contar con los testimonios sobre el Salvador de profetas antiguos y modernos!

Doy testimonio de que nuestro Señor, el Santo de Israel, vive, y que hoy dirige Su Iglesia, La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días a través de nuestro querido profeta Thomas S. Monson. En el nombre de nuestro Señor Jesucristo. Amén. ■



Por el élder C. Scott Grow
De los Setenta

El milagro de la Expiación

No existe pecado ni transgresión, ni dolor ni pena, que esté fuera del alcance del poder sanador de Su expiación.

Mientras preparaba mi discurso para esta conferencia, recibí una consternadora llamada telefónica de mi padre; dijo que mi hermano menor había fallecido esa mañana, mientras dormía. Quedé con el corazón destrozado. Sólo tenía 51 años. Al pensar en él, tuve la impresión de compartir con ustedes algunos acontecimientos de su vida; hago esto con permiso.

Cuando era joven, mi hermano era guapo, amigable y extrovertido; se dedicaba totalmente al Evangelio. Después de haber servido una misión honorable, se casó en el templo con su novia. Se les bendijo con un hijo y una hija. El futuro de él era prometedor.

Pero luego claudicó ante una debilidad: optó por vivir un estilo de vida hedonístico, lo cual le costó la salud, su matrimonio y su condición de miembro de la Iglesia.

Se mudó lejos de casa. Continuó con su conducta autodestructiva por mucho más de una década; pero el Salvador no lo había olvidado ni abandonado. Con el tiempo, el dolor de su desesperación permitió que un espíritu de humildad permeara en su

alma. Sus sentimientos de ira, rebeldía y agresividad comenzaron a disiparse. Al igual que el hijo pródigo, “vol[vió] en sí”¹. Empezó a acudir al Salvador y a recorrer la senda de regreso a casa, y a sus fieles padres, que nunca se dieron por vencidos.

Anduvo el sendero del arrepentimiento. No fue fácil; después de haber estado fuera de la Iglesia durante doce años, se bautizó nuevamente y recibió otra vez el don del Espíritu Santo. Con el tiempo, se le restauraron sus bendiciones del sacerdocio y del templo.

Tuvo la bendición de hallar una mujer que estaba dispuesta a pasar por alto los problemas de salud constantes de su anterior estilo de vida, y se sellaron en el templo. Juntos, tuvieron dos hijos y él prestó servicio de manera fiel en un obispado durante varios años.

Mi hermano falleció en la mañana del lunes 7 de marzo. La tarde del viernes anterior él y su esposa asistieron al templo. El domingo por la mañana, el día antes de morir, enseñó la clase del sacerdocio en su grupo de sumos sacerdotes. Se fue a dormir aquella noche para jamás volver a despertarse en esta vida; sino para

levantarse en la resurrección de los justos.

Estoy agradecido por el milagro de la Expiación en la vida de mi hermano. La expiación del Salvador está a disposición de cada uno de nosotros, siempre.

Accedemos a la Expiación mediante el arrepentimiento. Cuando nos arrepentimos, el Señor permite que dejemos atrás los errores del pasado.

“He aquí, quien se ha arrepentido de sus pecados es perdonado; y yo, el Señor, no los recuerdo más.

“Por esto sabréis si un hombre se arrepiente de sus pecados: He aquí, los confesará y los abandonará”².

Cada uno de nosotros conoce a alguna persona que haya afrontado serios retos en su vida; alguien que haya andado errante o haya titubeado. Dicha persona podría ser un amigo o familiar, un padre o un hijo, o un esposo o esposa. Dicha persona podría ser incluso usted mismo.

Les hablo a todos, incluso a usted; hablo del milagro de la Expiación.

El Mesías vino para redimir a los hombres de la caída de Adán³. En el Evangelio, todo señala el sacrificio expiatorio del Mesías, el Hijo de Dios⁴.

El plan de salvación no podría llevarse a efecto sin una expiación. “Por tanto, Dios mismo expía los pecados del mundo, para realizar el plan de la misericordia, para apaciguar las demandas de la justicia, para que Dios sea un Dios perfecto, justo y misericordioso también”⁵.

El sacrificio expiatorio debía llevarse a cabo por el Hijo de Dios que no tenía pecado, puesto que el hombre caído no podía expiar sus propios pecados⁶. La Expiación debía ser infinita y eterna para cubrir a todos los hombres a través de toda la eternidad⁷.

Por medio de Su sufrimiento y muerte, el Salvador expió los pecados

de todos los hombres⁸. Su expiación comenzó en Getsemaní, continuó en la cruz y culminó con la Resurrección.

“Sí,... será llevado, crucificado y muerto, la carne quedando sujeta hasta la muerte, la voluntad del Hijo siendo absorbida en la voluntad del Padre”⁹. Mediante Su sacrificio expiatorio, Él hizo “de su alma ofrenda por el pecado”¹⁰.

Puesto que es el Hijo Unigénito de Dios, heredó poder sobre la muerte física. Ello le permitió conservar la vida mientras sufría “aún más de lo que el hombre puede sufrir sin morir; pues he aquí, la sangre le bro[tó] de cada poro, tan grande [fue] su angustia por la iniquidad y abominaciones de su pueblo”¹¹.

No sólo pagó el precio por los pecados de todos los hombres, sino que también tomó “sobre sí los dolores y las enfermedades de su pueblo”. Y tomó sobre sí “sus enfermedades... para que sus entrañas sean llenas de misericordia... a fin de que según la carne sepa cómo socorrer a los de su pueblo, de acuerdo con las enfermedades de ellos”¹².

El Salvador sintió el peso de la angustia de toda la humanidad; la angustia del pecado y del pesar. “Ciertamente él ha llevado nuestros pesares y sufrido nuestros dolores”¹³.

Mediante Su expiación, Jesús no sólo sana al transgresor, sino que también sana al inocente que sufre debido a tales transgresiones. Conforme el inocente ejerza la fe en el Salvador y en Su expiación, y perdone al transgresor, también puede ser sanado.

Hay momentos en que cada uno de nosotros “[necesita] sentir alivio de los sentimientos de culpa que tie[n]e por los errores y los pecados”¹⁴. Al arrepentirnos, el Salvador quita la culpa de nuestras almas.



Por medio de Su sacrificio expiatorio se remiten nuestros pecados. Con excepción de los hijos de perdición, la Expiación está a disposición de todos, en todo momento, sin importar cuán grande o pequeño sea el pecado, “mediante las condiciones del arrepentimiento”¹⁵.

Debido a Su amor infinito, Jesucristo nos invita a arrepentirnos de modo que no tengamos que sufrir todo el peso de nuestros propios pecados:

“Arrepiéntete, arrepiéntete, no sea que... sean tus padecimientos dolorosos; cuán dolorosos no lo sabes; cuán intensos no lo sabes; sí, cuán difíciles de aguantar no lo sabes.

“Porque he aquí, yo, Dios, he padecido estas cosas por todos, para que no padezcan, si se arrepienten;

“mas si no se arrepienten, tendrán que padecer así como yo;

“padecimiento que hizo que yo, Dios, el mayor de todos, temblara a causa del dolor y sangrara por cada poro y padeciera, tanto en el cuerpo como en el espíritu”¹⁶.

El Salvador ofrece sanar a quienes sufren por el pecado. “¿No os volveréis a mí ahora, y os arrepentiréis de vuestros pecados, y os convertiréis para que yo os sane?”¹⁷.

Jesucristo es el Gran Sanador de nuestras almas. Con excepción de los pecados de perdición, no existe pecado ni transgresión, ni dolor ni pena, que esté fuera del alcance del poder sanador de Su expiación.

Cuando pecamos, Satanás nos dice que estamos perdidos. En cambio, nuestro Redentor ofrece la redención a todos, sin importar lo que hayamos hecho mal, incluso a ustedes y a mí.

Al considerar su propia vida, ¿existen cosas que deban cambiar? ¿Han cometido errores que aún deban corregirse?

Si sufren sentimientos de culpa o remordimiento, de amargura o enojo, o de pérdida de fe, los invito a procurar alivio. Arrepiéntanse y abandonen sus pecados. Luego, en oración, pídanle perdón a Dios. Busquen el perdón de quienes ustedes hayan agraviado. Perdonen a quienes los



hayan agraviado a ustedes. Perdónense a ustedes mismos.

Acudan al obispo si fuera necesario; él es el mensajero de misericordia del Señor; él les ayudará mientras se esfuercen para llegar a ser limpios mediante el arrepentimiento.

Sumérjense en la oración y el estudio de las Escrituras. Al hacerlo, sentirán la influencia santificadora del Espíritu. El Salvador dijo: “santifi[caos]; sí, purificad vuestro corazón y limpiad vuestras manos... ante mí, para que yo os haga limpios”¹⁸.

Al ser limpiados mediante el poder de Su expiación, El Salvador llega a ser nuestro intercesor con el Padre, que ruega:

“Padre, ve los padecimientos y la muerte de aquel que no pecó, en quien te complaciste; ve la sangre de tu Hijo que fue derramada, la sangre de aquel que diste para que tú mismo fueses glorificado;

“por tanto, Padre, perdona a estos mis hermanos que creen en mi nombre, para que vengan a mí y tengan vida eterna”¹⁹.

A cada uno de nosotros se nos ha dado el don del albedrío moral. “Los hombres son libres... para escoger la libertad y la vida eterna, por

medio del gran Mediador de todos los hombres, o escoger la cautividad y la muerte, según... el poder del diablo”²⁰.

Hace años, mi hermano ejerció su albedrío cuando escogió un estilo de vida que le costó su salud, su familia y su condición de miembro de la Iglesia. Años más tarde, ejerció ese mismo albedrío al decidir arrepentirse, poner su vida de conformidad con las enseñanzas del Salvador y literalmente nacer otra vez mediante el poder de la Expiación.



Testifico del milagro de la Expiación. He visto su poder sanador en la vida de mi hermano y lo he sentido en mi propia vida. El poder sanador y redentor de la Expiación está a disposición de cada uno de nosotros, siempre.

Testifico que Jesús es el Cristo, el Sanador de nuestras almas. Ruego que todos nosotros elijamos aceptar la invitación del Salvador: “¿No os volveréis a mí ahora, y os arrepentiréis de vuestros pecados, y os convertiréis para que yo os sane?”²¹. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Lucas 15:17.
2. Doctrina y Convenios 58:42–43.
3. Véase 2 Nefi 2:25–26.
4. Véase Alma 34:14.
5. Alma 42:15.
6. Véase Alma 34:11.
7. Véase Alma 34:10.
8. Véase Alma 22:14.
9. Mosíah 15:7.
10. Mosíah 14:10.
11. Mosíah 3:7.
12. Alma 7:11–12.
13. Mosíah 14:4.
14. *Predicad Mi Evangelio: Una guía para el servicio misional*, 2004, pág. 63.
15. Doctrina y Convenios 18:12.
16. Doctrina y Convenios 19:15–18.
17. 3 Nefi 9:13.
18. Doctrina y Convenios 88:74.
19. Doctrina y Convenios 45:4–5.
20. 2 Nefi 2:27.
21. 3 Nefi 9:13.



Por el élder Jeffrey R. Holland
Del Quórum de los Doce Apóstoles

Un estandarte a las naciones

Si nosotros enseñamos por el Espíritu y ustedes escuchan por el Espíritu, uno de nosotros se referirá a las circunstancias de ustedes.

Me ha conmovido cada una de las notas musicales que se ha cantado y cada palabra que se ha dicho, ruego que tenga la fortaleza para dirigirme a ustedes.

Antes de irse de Nauvoo, en el invierno de 1846, el presidente Brigham Young tuvo un sueño en el cual vio a un ángel parado en una colina en forma de cúpula en alguna parte del Oeste, que señalaba al valle debajo. Cuando llegó al Valle del Lago Salado dieciocho meses después, vio precisamente sobre el lugar donde ahora nos encontramos, la misma colina promiamente que había visto en la visión.

Como se ha dicho con frecuencia desde este púlpito, el hermano Brigham condujo a un grupo de líderes a la cima de esa colina y la designó Ensign Peak (monte Estandarte), un nombre lleno de significado religioso para esos modernos israelitas. Dos mil quinientos años antes el profeta Isaías había declarado que en los últimos días “será establecido el monte de la casa de Jehová como cabeza de los montes... Y levantará [allí] estandarte a las naciones”¹.

Al reconocer su momento en la

historia como el cumplimiento parcial de esa profecía, los líderes de la Iglesia querían levantar un estandarte de algún tipo para que la idea de “un estandarte a las naciones” fuese literal. El élder Heber C. Kimball consiguió un trozo de tela amarilla; el hermano Brigham lo ató a un bastón que tenía el élder Willard Richards y luego clavó la bandera improvisada, declarando el valle del Gran Lago Salado y las montañas a su alrededor como el lugar del cual, según las profecías, saldría la palabra del Señor en los últimos días.

Hermanos y hermanas, esta conferencia general y las otras versiones anuales y semestrales son la continuación de esa declaración inicial al mundo. Testifico que las reuniones de los dos últimos días son otra evidencia más de que, como dice el himno, el estandarte “en Sión se deja ver”²—y seguramente el doble significado de la palabra *estandarte* es intencional. No es por casualidad que una publicación que contiene los discursos de la conferencia general sea la revista cuyo título en inglés es simplemente: *the Ensign* (el *estandarte*).

Al llegar al final de esta conferencia,

les pido que en los días subsiguientes reflexionen, no sólo en los mensajes que han escuchado, sino también en el fenómeno excepcional que es la conferencia general en sí, lo que nosotros como Santos de los Últimos Días creemos que son estas conferencias, y lo que invitamos al mundo a que escuchen y observen en cuanto a ellas. Testificamos a cada nación, tribu, lengua y pueblo que Dios no sólo vive, sino que Él también habla para nuestra época y en nuestros días, el consejo que han escuchado es, bajo la dirección del Santo Espíritu, “la voluntad del Señor... la intención del Señor... la palabra del Señor... la voz del Señor y el poder de Dios para salvación”³.

Quizás ya sepan (y si no lo saben, deben saberlo), que con muy rara excepción, a ninguno de los oradores, hombre o mujer, se les asigna un tema. Cada uno debe ayunar y orar, estudiar y buscar, comenzar, detenerse y volver a empezar hasta tener la seguridad de que, para esta conferencia, en este momento, ése es el tema del cual el Señor desea que ellos hablen, a pesar de sus deseos personales o preferencia individuales. Cada hombre y cada mujer a quien han escuchado en las últimas diez horas de conferencia general ha tratado de ser fiel a esa inspiración. Cada uno de ellos ha derramado lágrimas, se ha preocupado y buscado intensamente la dirección del Señor para que Él guíe sus pensamientos y sus palabras. Y al igual que Brigham Young vio a un ángel parado arriba de este lugar, yo también vi ángeles de pie aquí. Mis hermanos y hermanas oficiales generales de la Iglesia no se sentirán cómodos de que los describa de ese modo, pero así es como yo los veo a ellos: mensajeros terrenales con mensajes angelicales, hombres y mujeres que tienen las mismas dificultades físicas, económicas y



familiares que ustedes y yo tenemos, pero que con fe han consagrado su vida al llamamiento que han recibido y a su deber de predicar la palabra de Dios y no la de ellos.

Consideren la variedad de los mensajes que escuchan; un milagro aun mayor, ya que no hay ninguna coordinación, a excepción de la dirección del cielo. ¿Pero por qué no han de ser variados? La mayor parte de la congregación, la que vemos y la que no vemos, está formada por miembros de la Iglesia. Sin embargo, con los maravillosos nuevos medios de comunicación, proporciones mucho mayores de la audiencia de nuestras conferencias no son miembros de la Iglesia —todavía. Por lo tanto, debemos hablarles a aquellos que nos conocen muy bien y a los que no nos conocen en absoluto. Dentro de los que son miembros de la Iglesia, debemos dirigirnos a los niños, a los jóvenes, a los jóvenes adultos, a los de edad madura y a los ancianos. Debemos hablarles a las familias, a los padres y a los hijos en casa, así como a los que no están casados, que no tienen hijos y quizás a los que estén muy lejos de casa. Durante una conferencia general siempre hacemos

hincapié en las verdades eternas de la fe, la esperanza, la caridad⁴, y el Cristo crucificado⁵, aún cuando hablamos francamente de temas morales muy específicos de la actualidad. Se nos ha mandado en las Escrituras: “No prediquéis sino el arrepentimiento a esta generación”⁶; y al mismo tiempo debemos “proclamar buenas nuevas a los mansos [y] vendar a los quebrantados de corazón”. Sean cuales sean los mensajes de la conferencia, “[proclaman] libertad a los cautivos”⁷ y declaran “las inescrutables riquezas de Cristo”⁸. Se supone que en la gran variedad de sermones que se brindan, habrá algo provechoso para todos. En cuanto a esto, creo que el presidente Harold B. Lee lo dijo mejor años atrás cuando dijo: que el Evangelio es “para consolar al afligido y para afligir al que está [cómodo]”⁹.

Siempre queremos que nuestra enseñanza en la conferencia general sea tan generosa y acogedora como la enseñanza original de Cristo, teniendo en cuenta al hacerlo la disciplina siempre inherente de Sus mensajes. En el sermón más famoso que se haya dado, Jesús comenzó pronunciando bendiciones maravillosamente

bondadosas que cada uno de nosotros desea reclamar, que se prometen a los pobres en espíritu, a los limpios de corazón, a los pacificadores y a los mansos¹⁰. Cuán edificantes son esas bienaventuranzas, y qué calma traen al alma. Ellas son verdaderas. Pero en ese mismo sermón, el Salvador continuó indicando cuánto más estrecho tendría que ser el camino del pacificador y del limpio de corazón. “Oísteis que fue dicho a los antiguos: No matarás”, Él declaró. “Pero yo os digo que cualquiera que se enoje con su hermano será culpable de juicio”¹¹.

Y también:

“Oísteis que fue dicho a los antiguos: No cometerás adulterio.

“Pero yo os digo que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya ha cometido adulterio con ella en su corazón”¹².

Obviamente, a medida que el sendero del discipulado asciende, las exigencias son cada vez mayores hasta que llegamos al intimidante pináculo del sermón del cual el élder Christofferson acaba de hablar: “Sed, pues, vosotros perfectos, así como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto”¹³. Lo que era fácil en las planicies de la lealtad inicial pasa a ser intensamente extenuante y muy difícil en la cima del verdadero discipulado. Claramente, cualquiera que piense que Jesús enseñó una teología que exime de toda responsabilidad, ¡no leyó las letras pequeñas del contrato! No, en cuanto al discipulado, la Iglesia no es un restaurante de comida rápida; no siempre obtendremos las cosas “como nosotros queramos”. Algún día *toda* rodilla se doblará, y *toda* lengua confesará que Jesús es el Cristo y que la salvación sólo viene a través de Él¹⁴.

Con el deseo de enseñar los principios rigurosos y a la vez traer el sentimiento de calma durante

nuestros mensajes de la conferencia, tengan la seguridad de que al hablar de temas difíciles, comprendemos que no todos miran pornografía, ni evitan el matrimonio, ni tienen relaciones sexuales ilícitas. Sabemos que no todos quebrantan el día de reposo, ni dan falso testimonio ni abusan de un cónyuge. Sabemos que la mayoría de las personas en la audiencia *no* son culpables de estas cosas, pero estamos ante la solemne obligación de advertir a aquellas que sí lo son, dondequiera que estén en el mundo. De modo que si están tratando de hacer lo mejor que pueden; si por ejemplo, tratan de tener la noche de hogar a pesar del caos que a veces reina en un hogar lleno de niños traviesos, entonces felicítense cuando se hable de ese tema y estén atentos a algún otro discurso que trate un tema en el que ustedes necesiten mejorar. Si enseñamos por el Espíritu y ustedes escuchan por el Espíritu, uno de nosotros se referirá a las circunstancias de ustedes y enviará una epístola profética personal sólo para ustedes.

Hermanos y hermanas, en la conferencia general ofrecemos nuestros testimonios junto a otros testimonios que vendrán, porque de una manera u otra, Dios *hará* que se escuche Su voz. “Os envié para testificar y amonestar al pueblo”, ha dicho el Señor a Sus profetas¹⁵.

“[Y] después de vuestro testimonio viene el testimonio de terremotos... de la voz de truenos... de relámpagos, y... de tempestades, y la voz de las olas del mar que se precipitan allende sus límites...”

“Y ángeles... [clamarán] en voz alta, tocando la trompeta de Dios”¹⁶.

Ahora bien, esos ángeles terrenales que vienen a este púlpito, cada uno a su manera, han tocado “la trompeta de Dios”. Todo discurso que se da



Bucarest, Rumania

siempre es, por definición, un testimonio de amor y una advertencia, así como la naturaleza misma testificará con amor y con una advertencia en los últimos días.

Ahora, en unos momentos más el presidente Thomas S. Monson vendrá al púlpito para concluir la conferencia. Permítanme decir algo personal referente a este amado hombre, el Apóstol de mayor antigüedad y el profeta para el día en que vivimos. Dadas las responsabilidades a las cuales me he referido y a todo lo que han escuchado en esta conferencia, es obvio que la vida de los profetas no es fácil y la vida del presidente Monson no lo es. Él hizo una referencia específicamente a eso anoche en la reunión del sacerdocio. Se le llamó al apostolado cuanto tenía 36 años; sus hijos tenían 12, 9 y 4 años respectivamente. La hermana Monson y esos niños han cedido a su esposo y a su padre a la Iglesia y a sus deberes por más de cincuenta años. Han soportado las enfermedades y las exigencias, los golpes y las dificultades de la mortalidad que todos afrontan, algunas de las cuales yacen sin duda por delante. Pero el presidente Monson se mantiene invariablemente alegre en medio de todo. No hay nada que lo deprima. Él posee una fe sorprendente y una resistencia poco común.

Presidente, en nombre de toda la congregación, los presentes a quienes

vemos y a quienes no vemos, le digo que le amamos y le honramos. Su devoción es un ejemplo para todos nosotros; le agradecemos su liderazgo. Los catorce que también tenemos el oficio apostólico, más los demás en este estrado, los que están sentados en la congregación frente a nosotros y la gran cantidad de personas reunidas alrededor del mundo, lo amamos, lo sostenemos y estamos a su lado apoyándolo en esta obra. Haremos ligera su carga de cualquier manera en que podamos. Usted es uno de esos mensajeros angelicales llamados antes de la fundación del mundo para ondear el estandarte del evangelio de Jesucristo a todo el mundo; y lo está haciendo de manera magnífica. De ese Evangelio que se declara, la salvación que ofrece y la cual Él provee, testifico en el nombre grande y glorioso del Señor Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Isaías 2:2; 11:12.
2. “Ya rompe el alba”, *Himnos*, N° 1.
3. Doctrina y Convenios 68:4.
4. Véase 1 Corintios 3:13.
5. Véase 1 Corintios 1:23.
6. Doctrina y Convenios 6:9; 11:9.
7. Isaías 61:1.
8. Efesios 3:8.
9. Véase Harold B. Lee, en “The Message”, *New Era*, enero de 1971, pág. 6.
10. Véase Mateo 5:3-12.
11. Mateo 5:21-22; véase también 3 Nefi 12:22.
12. Mateo 5:27-28.
13. Mateo 5:48.
14. Véase Romanos 14:11; Mosíah 27:31.
15. Doctrina y Convenios 88:81.
16. Doctrina y Convenios 88:89-90, 92.



Por el presidente Thomas S. Monson

Al partir

Yo creo que ninguno de nosotros puede comprender la trascendencia total de lo que Cristo hizo por nosotros en Getsemaní, pero agradezco cada día de mi vida Su sacrificio expiatorio por nosotros.

Mis hermanos y hermanas, siento gran emoción al llegar a la conclusión de esta conferencia. Hemos sentido el Espíritu del Señor en abundancia. Expreso mi agradecimiento, y el de los miembros de la Iglesia de todas partes, a cada uno de los que ha participado, incluso a quienes han ofrecido las oraciones. Espero que recordemos por mucho tiempo los mensajes que hemos escuchado. Al recibir los ejemplares de las revistas *Ensign* y *Liahona* con los mensajes escritos, espero que los leamos y los estudiemos.

Una vez más la música de todas las sesiones ha sido maravillosa. Expreso mi gratitud personal por aquellos que están dispuestos a compartir sus talentos con nosotros y que, al hacerlo, nos conmueven e inspiran.

Hemos sostenido, al levantar la mano, a los hermanos que han sido llamados a cargos nuevos en esta conferencia. Queremos que sepan que será un placer trabajar con ellos en la obra del Maestro.

Expreso mi amor y mi agradecimiento por mis devotos consejeros, el presidente Henry B. Eyring y el presidente Dieter F. Uchtdorf. Son hombres de sabiduría y entendimiento; su

servicio es invaluable. Amo y apoyo a mis hermanos del Quórum de los Doce Apóstoles. Sirven de manera muy eficaz y están completamente dedicados a la obra. También expreso mi amor hacia los miembros de los Setenta y del Obispado Presidente.

Afrontamos muchas dificultades en el mundo hoy, pero les aseguro que nuestro Padre Celestial nos tiene presentes. Él ama a cada uno de nosotros y nos bendecirá si lo buscamos en oración y nos esforzamos por guardar Sus mandamientos.

Somos una iglesia global; nuestros miembros se encuentran por todo el mundo. Ruego que seamos buenos ciudadanos de los países donde vivimos y buenos vecinos en nuestras comunidades; y que tendamos una mano a aquellos de otras religiones así como a los de la nuestra. Seamos ejemplos de honradez y de integridad dondequiera que vayamos y en lo que sea que hagamos.

Gracias por las oraciones que ofrecen por mí, hermanos y hermanas, y a favor de todas las Autoridades Generales de la Iglesia. Estamos profundamente agradecidos por ustedes y por todo lo que hacen para llevar adelante la obra del Señor.

Al regresar a sus hogares, ruego que lo hagan a salvo; que las bendiciones del cielo se derramen sobre ustedes.

Ahora, antes de partir, permítanme compartir con ustedes mi amor por el Salvador y por Su gran sacrificio expiatorio a nuestro favor. En tres semanas todo el mundo cristiano celebrará la Pascua de Resurrección. Yo creo que ninguno de nosotros puede comprender la trascendencia total de lo que Cristo hizo por nosotros en Getsemaní, pero agradezco cada día de mi vida Su sacrificio expiatorio por nosotros.

A último momento Él podría haberse arrepentido, pero no lo hizo. Descendió debajo de todo para salvar todas las cosas. Al hacerlo, Él nos concedió vida después de esta existencia mortal. Él nos reivindicó de la caída de Adán.

Mi agradecimiento hacia Él llega hasta lo profundo de mi alma. Él nos enseñó cómo vivir; Él nos enseñó como morir; Él aseguró nuestra salvación.

Para concluir, compartiré unas emotivas palabras escritas por Emily Harris que describen muy bien mis sentimientos al acercarse la Pascua:

La túnica que lo cubría está vacía.

Yace allí,

Fresca, blanca y limpia.

La puerta está abierta.

La roca desplazada,

Y casi puedo escuchar ángeles cantarle alabanzas.

El lino no lo contiene.

La piedra no lo detiene.

Las palabras retumban en la cámara desierta,

“No está aquí”.

La túnica que lo cubría está vacía.

Yace allí,

*Fresca, blanca y limpia.
Y oh, ¡aleluya!, está vacía.*¹

Que el Señor los bendiga, mis hermanas y hermanos. En el nombre de Jesucristo, nuestro Salvador. Amén. ■

NOTA

1. Emily Harris, "Empty Linen", *New Era*, abril de 2011, pág. 49. [Traducción libre]



Por Ann M. Dibb

Segunda Consejera de la Presidencia General de las Mujeres Jóvenes

"Creo en ser honrada y verídica"

El ser verídicas a nuestras creencias, incluso cuando el serlo no sea tan popular, fácil o divertido, nos mantiene seguras en el camino que nos lleva a la vida eterna con nuestro Padre Celestial.

Mis queridas mujeres jóvenes, es un gran privilegio y oportunidad para mí estar frente a ustedes esta tarde. Constituyen una vista asombrosa e inspiradora.

El decimotercer artículo de fe es el lema de la Mutual del año 2011. Al asistir a las reuniones de los jóvenes y las reuniones sacramentales este año, he escuchado a los hombres y a las mujeres jóvenes compartir lo que este artículo de fe significa para ellos y cómo se aplica en sus vidas. Muchos lo conocen como el último artículo de fe, el más largo, el más difícil de memorizar y el artículo de fe que esperan que el obispo no les pida que reciten. Sin embargo, muchas de ustedes entienden que este artículo de fe es mucho más que eso.

El decimotercer artículo de fe es una guía para vivir una vida recta y cristiana. Imagínense por un momento lo que sería nuestro mundo si todos eligiéramos vivir según las enseñanzas de este artículo de fe: "Creemos en ser

honrados, verídicos, castos, benevolentes, virtuosos y en hacer el bien a todos los hombres; en verdad, podemos decir que seguimos la admonición de Pablo: Todo lo creemos, todo lo esperamos; hemos sufrido muchas cosas, y esperamos poder sufrir todas las cosas. Si hay algo virtuoso, o bello, o de buena reputación, o digno de alabanza, a esto aspiramos".

En el primer discurso de la sesión del domingo por la mañana de la conferencia general, el presidente Thomas S. Monson, como profeta, citó la admonición de Pablo que está en Filipenses 4:8, la cual inspiró muchos de los principios del decimotercer artículo de fe. El presidente Monson hizo mención de los tiempos difíciles en los cuales vivimos y nos alentó; él dijo: "En la jornada de la vida, que a veces es peligrosa... sigamos este consejo del apóstol Pablo, el cual servirá para mantenernos seguros y bien encaminados"¹.

Esta noche me gustaría





Montalban, Filipinas

concentrarme en dos principios estrechamente relacionados con el decimotercer artículo de fe que, sin lugar a dudas, nos ayuda a “mantenernos seguros y bien encaminados”. Tengo un fuerte testimonio de los importantes principios de ser honrados y verídicos, y estoy comprometida a vivirlos.

Primero: “(Yo) creo en ser honrada”. ¿Qué significa ser honrada? En el librito *Leales a la Fe* se enseña que “Ser honrado significa ser sincero, verídico y sin engaño en todo momento”². Es un mandamiento de Dios el ser honrado³ y “para lograr nuestra salvación se requiere que seamos totalmente honrados”⁴.

El presidente Howard W. Hunter enseñó que debemos estar dispuestos a ser completamente honrados; él dijo:

“Hace muchos años había carteles en los pasillos y en las entradas de nuestras capillas con el título ‘Sé honrado contigo mismo’. La mayoría de ellos se referían a los asuntos pequeños y comunes de la vida. Es allí donde se cultiva el principio de la honradez.

“Hay algunas personas que admitirían que es moralmente erróneo el no ser honrado en asuntos grandes; sin embargo, creen que se puede justificar si esos asuntos son de menor importancia. ¿Existe en realidad alguna diferencia entre el no ser honrado cuando se trata de un asunto de miles

de dólares en contraste a un asunto de diez centavos?... ¿Existen realmente grados de falta de honradez, dependiendo de si el asunto es grande o pequeño?”.

El presidente Hunter continúa: “Cuando tenemos la compañía del Maestro y la influencia del Espíritu Santo, debemos ser honrados con nosotros mismos, con Dios y con nuestro prójimo; esto da como resultado el gozo verdadero”⁵.

Cuando somos honrados en todas las cosas, ya sean grandes o pequeñas, sentimos paz en nuestra mente y tenemos una conciencia tranquila. Nuestras relaciones se enriquecen debido a que se basan en la confianza; y la mayor bendición que obtenemos al ser honrados es que podemos tener la compañía del Espíritu Santo.

Me gustaría compartir un relato simple que ha fortalecido mi compromiso de ser honrada en todas las cosas:

“Una tarde, un hombre fue a robar maíz del campo de su vecino. Llevó a su hijo pequeño para que se sentara en la cerca para vigilar y advertirle en caso de que alguien apareciera. El hombre saltó la cerca con una bolsa grande en su brazo y antes de comenzar a juntar el maíz miró a su alrededor, primero para un lado y luego para el otro; al no ver a nadie estaba por comenzar a llenar su bolsa... [El niño le gritó]:

“ ¡Papá, hay un lado donde no has mirado todavía!... Olvidaste mirar hacia arriba”⁶.

Cuando estamos tentados a no ser honrados, y esa tentación la tenemos todos, puede que supongamos que nadie jamás se enterará. Ese relato nos recuerda que nuestro Padre Celestial siempre se entera y que, en última instancia, somos responsables ante Él. Este conocimiento me ayuda constantemente a esforzarme por vivir a la altura de este compromiso: “[Yo] creo en ser honrada”.

El segundo principio que se enseña en el decimotercer artículo de fe es: “Creo en ser... verídica”. El diccionario inglés define la palabra *verídico* como ser “firme”, “leal”, “exacto” y “sin desviación”⁷.

Uno de mis libros preferidos es el clásico británico *Jane Eyre*, escrito por Charlotte Bronte y publicado en 1847. El personaje principal, Jane Eyre, es una adolescente huérfana y sin dinero que ejemplifica lo que significa ser verídica. En esta obra ficticia, un hombre, el señor Rochester, ama a la señorita Eyre pero no puede casarse con ella. Así que, le ruega que viva con él sin el beneficio del matrimonio.



La señorita Eyre también ama al señor Rochester y por un momento se siente tentada y se pregunta a sí misma: “¿Quién se preocupa por *tú* o a quién lastimará lo que tú hagas?”

Con rapidez la conciencia de Jane responde: “Yo me preocupo por mí. Mientras más sola esté y sin amigos, mientras menos ayuda tenga, más me voy a respetar a mí misma. Voy a respetar la ley dada por Dios... Las leyes y los principios no son para los momentos en que no hay tentación; son para momentos como éstos... Si por alguna conveniencia personal los rompiera, ¿qué valor tendrían? Tienen valor; siempre lo he creído... Las opiniones preconcebidas y las resoluciones ya establecidas son todo lo que tengo en este momento a lo cual atenerme; y en eso me mantendré firme”⁸.

En un momento desesperado de tentación, Jane Eyre fue verídica a sus creencias, confió en las leyes dadas por Dios y “se mantuvo firme” al resistir la tentación.

El ser verídicas a nuestras creencias, incluso cuando el serlo no sea tan popular, fácil o divertido, nos mantiene seguras en el camino que nos lleva a la vida eterna con nuestro Padre Celestial. Me encanta esta ilustración dibujada por una mujer joven para que le recuerde su deseo de experimentar el gozo de vivir con el Padre Celestial para siempre.



El ser verídicos también nos permite tener un efecto positivo en la vida de los demás. Recientemente



escuché esta historia inspiradora de una jovencita quien, a través de su compromiso de ser fiel a sus creencias, tuvo un gran impacto en la vida de otra jovencita.

Hace muchos años, Kristi y Jenn estaban en la misma clase de coro de la escuela secundaria en Hurst, Texas. Aunque ellas no se conocían muy bien, un día Jenn escuchó a Kristi hablar con sus amigos sobre religión, sus diferentes creencias y los relatos favoritos de la Biblia. Recientemente, después de reencontrarse con Kristi, Jenn compartió este relato:

“Me entristecía no saber nada con respecto a lo que tú y tus amigos conversaban, así que para Navidad les pedí a mis padres una Biblia; ellos me la regalaron y comencé a leerla. Ése fue el comienzo de mi trayectoria religiosa y mi búsqueda de la Iglesia verdadera... Pasaron doce años. Durante esa época visité varias iglesias y asistía regularmente, pero todavía sentía que había algo más. Una noche me arrodillé y rogué para saber qué hacer. Esa noche soñé contigo Kristi. No te había visto desde que nos graduamos de la escuela secundaria. Pensé que mi sueño era un poco raro pero no lo

atribuí a nada. Volví a soñar contigo tres noches consecutivas. Pasé algún tiempo pensando en el significado de mis sueños. Recordé que eras mormona y busqué el sitio web mormón. Lo primero que encontré fue la Palabra de Sabiduría. Mi madre había fallecido de cáncer de pulmón dos años antes. Ella era fumadora y leer sobre la Palabra de Sabiduría me tocó profundamente. Un poco después, estaba de visita en la casa de mi padre; me encontraba sentada en el comedor y comencé a orar. Pedí conocimiento para saber qué hacer y a dónde ir. En ese momento apareció un anuncio publicitario de la Iglesia en la televisión. Escribí el número y llamé esa misma noche. Los misioneros me llamaron tres días después y me preguntaron si podían ir a dejar un Libro de Mormón a mi casa. Les dije: ‘Sí’, y me bauticé tres meses y medio más tarde. Dos años después conocí a mi esposo en la Iglesia. Nos casamos en el Templo de Dallas. Actualmente somos padres de dos hermosos pequeños.

“Quería darte las gracias, Kristi. Fuiste un maravilloso ejemplo durante la secundaria. Eras amable y virtuosa. Los misioneros me enseñaron las

lecciones y me invitaron a bautizarme, pero *tú* fuiste mi tercera misionera. Plantaste una semilla mediante tus acciones y realmente has hecho que mi vida mejorara. Ahora tengo una familia eterna. Mis hijos crecerán conociendo la plenitud del Evangelio. Es la mayor bendición que se nos puede dar. Tú ayudaste a traer eso a mi vida”.

Cuando me puse en contacto con ella, Kristi me dijo: “Algunas veces pienso que escuchamos la lista de los atributos que se enumeran en el decimotercer artículo de fe y nos sentimos abrumados; sin embargo, sé que si vivimos esas normas y nos esforzamos por seguir el ejemplo de Cristo, podemos marcar una diferencia. Me siento como Amón en Alma 26:3 cuando dice: ‘Y ésta es la bendición que se ha conferido sobre nosotros, que hemos sido hechos instrumentos en las manos de Dios para realizar esta gran obra’”.

Ruego que cada una de ustedes no sólo declare: “Creo en ser honrada y verídica”, sino que también se comprometa a vivir esa promesa todos los días. Ruego que al hacerlo, la fortaleza, el amor y las bendiciones del Padre Celestial las sostengan mientras efectúen la obra que se les ha enviado aquí a realizar. Digo estas cosas en el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Thomas S. Monson, “El mirar hacia atrás y seguir adelante”, *Liahona*, mayo de 2008, pág. 90.
2. *Leales a la fe*, 2004, pág. 102.
3. Véase Éxodo 14:15–16.
4. *Principios del Evangelio*, 2009, pág. 199.
5. Howard W. Hunter, “Basic Concepts of Honesty”, *New Era*, febrero de 1978, págs. 4, 5.
6. William J. Scott, “Forgot to Look Up,” *Scott’s Monthly Magazine*, diciembre de 1867, pág. 953.
7. Véase *Merriam-Webster’s Collegiate Dictionary*, 11a. edición, 2003, “true”. [Traducción libre.]
8. Charlotte Brontë, *Jane Eyre*, 2003, pág. 356.



Por Mary N. Cook

Primera Consejera de la Presidencia
General de las Mujeres Jóvenes

“La bondad debe por mí empezar”

La benevolencia traerá alegría y unidad a su hogar, a su clase, a su barrio y a su escuela.

Hace algunas semanas, aprendí una importante lección de una Laurel, que fue la discursante de los jóvenes de mi barrio. Me emocionó escucharla enseñar y testificar con seguridad de Jesucristo. Concluyó su mensaje con esta afirmación: “Cuando hago de Jesucristo el centro de mi vida, tengo un mejor día, trato con más amabilidad a las personas que amo y estoy llena de gozo”.

He observado a esa jovencita a la distancia en los últimos meses. Saluda a todos con una mirada alegre y una sonrisa pronta; y la he visto alegrarse por el éxito de otros jóvenes. Recientemente dos damitas me contaron que esa jovencita decidió no usar la entrada que tenía para una película cuando se dio cuenta de que no iba a ser una experiencia “virtuosa y bella”¹. Ella es amorosa, bondadosa y obediente; viene de un hogar que tiene sólo uno de los padres, y en su vida no han faltado los desafíos; así que me he preguntado cómo hace para mantener ese espíritu feliz y afable. Al escuchar a esta mujer joven testificar: “Centro mi vida en Jesucristo”, obtuve mi respuesta.

“Creemos en ser honrados, verídicos, castos, benevolentes, virtuosos y

en hacer el bien a todos los hombres”; esta hermosa lista de atributos cristianos que se encuentran en el decimotercer Artículo de Fe nos preparará para las bendiciones del templo y para la vida eterna.

Me gustaría centrarme sólo en una de esas palabras: *benevolente*. *Benevolente* es una hermosa palabra que no se oye muy a menudo. Su raíz proviene del latín y significa “buena voluntad hacia las personas”². El ser benevolente es ser bondadosa, tener buena intención y ser caritativa. Muchas de ustedes aprendieron acerca de la benevolencia cuando estuvieron en la Primaria y aprendieron de memoria esta canción:

*Bondad mostraré a todo ser;
así se debe actuar.*

*Es por eso que digo: “La bondad
debe por mí empezar”³.*

Nuestro Salvador nos enseñó sobre ser benevolentes y vivió una vida benevolente. Jesús amó y sirvió a todos. El centrar nuestra vida en Jesucristo nos ayudará a adquirir el atributo de la benevolencia. Para que adquiramos esos mismos atributos cristianos,



debemos aprender sobre el Salvador y “[seguir] Sus pasos”⁴.

Aprendemos de la parábola del Buen Samaritano que debemos amar a todos. La historia empieza en Lucas, capítulo 10, cuando un intérprete de la ley le preguntó al Salvador: “¿Qué debo hacer para heredar la vida eterna?”.

La respuesta: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo”.

Entonces el intérprete de la ley le preguntó: “¿Quién es mi prójimo?”. Esa pregunta del intérprete fue muy interesante, ya que los judíos tenían vecinos hacia el norte, los samaritanos, que les desagradaban tanto, que cuando viajaban de Jerusalén a Galilea tomaban el camino más largo por el

valle del Jordán en lugar de viajar por Samaria.

Para responder la pregunta del intérprete, Jesús contó la parábola del Buen Samaritano. De acuerdo con la parábola:

“Un hombre descendía de Jerusalén a Jericó y cayó en manos de ladrones, los cuales le despojaron; e hiriéndole, se fueron, dejándole medio muerto...”

“Mas un samaritano que iba de camino llegó cerca de él y, al verle, fue movido a misericordia;

“y acercándose, vendó sus heridas, echándole aceite y vino; y poniéndole sobre su propia cabalgadura, le llevó al mesón y cuidó de él.

“Y otro día, al partir, sacó dos denarios y los dio al mesonero, y le dijo: Cuidámelo; y todo lo que gastes de más, yo te lo pagaré cuando vuelva”⁵.

A diferencia del sacerdote judío y

el levita que pasaron de largo al ver al hombre herido, que era uno de los suyos, el samaritano fue bondadoso a pesar de las diferencias. Demostró el atributo cristiano de la benevolencia. Jesús nos enseñó por medio de esta historia que todos son nuestro prójimo.

El consejero de un obispado recientemente compartió una experiencia que muestra lo importante que es cada persona. Al mirar a la congregación, vio a un niño con una caja grande llena de crayolas de distintos colores. Al mirar a los muchos miembros del barrio, se le ocurrió que, al igual que las crayolas, todos eran similares, pero también cada persona era única.

Comentó: “La tonalidad que ellos traían al barrio y al mundo era la suya propia; tenían sus fortalezas y debilidades individuales, anhelos personales y sueños íntimos. Pero juntos se combinaban en una rueda de colores de unidad espiritual...”

“La unidad es una cualidad espiritual. Es el dulce sentimiento de paz y de tener un propósito que viene de pertenecer a una familia... Es el desear lo mejor para los demás tanto como se desea para uno mismo ... Es el saber que nadie tiene intención de hacerte daño. [Significa que nunca estarás solo]”⁶.

Edificamos esa unidad y compartimos nuestros colores exclusivos a través de la benevolencia, los actos individuales de bondad.

¿Se han sentido solas alguna vez? ¿Se han dado cuenta de los que están solos, que viven en un mundo blanco y negro? Mujeres Jóvenes, las he observado aportar su color personal a la vida de otras personas con sus sonrisas, sus palabras amables o una nota de ánimo.

El presidente Thomas S. Monson



nos enseñó cómo actuar con nuestras compañeras y con las personas que conozcamos cuando dijo a las Mujeres Jóvenes de la Iglesia: “Mis preciadas jóvenes hermanas, ruego que tengan el valor para abstenerse de juzgar y criticar a las personas que las rodean, así como el valor para asegurarse de que a todas se les incluya y se les haga sentir amadas y valoradas”⁷.

Podemos seguir el ejemplo del Buen Samaritano y “cambiarle el mundo” tan sólo a una persona al ser benevolentes⁸. Me gustaría invitar a cada una de ustedes a que realicen al menos un acto como el del samaritano esta semana entrante. Puede que requiera que busquen entre quienes no son sus amigos usuales o que tengan que superar su timidez. Con valor, quizás escojan servir a alguien que no las trate bien. Les prometo que si ustedes se exigen más allá de lo que es fácil de hacer, empezarán a sentirse tan bien por dentro que la bondad se convertirá en parte de su vida diaria. Verán que la benevolencia traerá alegría y unidad a su hogar, a su clase, a su barrio y a su escuela. “La bondad debe por mí empezar”.

No sólo nuestro Salvador amó a todos, sino que Él sirvió a todos. Extiendan su bondad a muchos. Tanto los mayores como los jóvenes serán grandemente bendecidos por el servicio bondadoso que ustedes presten.

El presidente Monson, desde que era joven, siempre ha tenido un lugar especial en su corazón para los ancianos; reconoce el valor que tiene una corta visita, una simple sonrisa o un apretón de una mano arrugada y desgastada. Esos simples actos de caridad dan color a una vida que a veces está llena de días largos, grises y llenos de soledad. Invito a cada una de ustedes a que tengan presente a sus abuelos y a los ancianos. Miren a su alrededor en la capilla mañana y encuentren a alguien que pudiera utilizar el color que ustedes irradian en la vida de ellos. No requiere mucho: salúdenlos llamándolos por su nombre, entablen una pequeña conversación con ellos, estén dispuestos a ayudarles. ¿Podrían abrirles la puerta u ofrecerles ayudarles en su casa o con el huerto? Lo que es una tarea simple para ustedes que son jóvenes, puede ser un proyecto abrumador para una persona mayor. “La bondad debe por mí empezar”.

A veces, el ser benevolente es mucho más difícil en nuestra familia. Las familias fuertes requieren esfuerzo. “Sé alegre, servicial y considerado o considerada para con los demás. Muchos de los problemas que surgen en el hogar resultan porque los miembros de la familia dicen palabras hirientes y actúan de manera egoísta. Ocupate de las necesidades de los demás miembros de la familia; trata de ser

un pacificador o una pacificadora en vez de fastidiar, pelear y discutir”⁹. “La bondad debe por mí empezar”.

Jesús amó a los niños, los tomó en los brazos y los bendijo¹⁰. Al igual que el Salvador, tu puedes bendecir a todos los niños con tu bondad, no sólo a los que están en tu hogar.

Quizás no sepas el impacto que tu vida y tu ejemplo puede tener en un niño pequeño. Hace poco recibí una nota de una amiga que dirige una guardería infantil en una escuela secundaria; a esa escuela asisten muchos hombres y mujeres jóvenes miembros de la Iglesia. Compartió conmigo la siguiente experiencia: “Al caminar por los pasillos con los niños pequeños es hermoso ver cuántos casilleros (taquillas) tienen fotos de Jesús o de templos pegadas en la parte interior de la puerta. Uno de los niños vio una foto de Jesús en la parte de adentro de la puerta de un casillero abierto [de una mujer joven] y dijo: ‘¡Mire, Jesús está en nuestra escuela!’. Los ojos de la estudiante se llenaron de lágrimas al agacharse y darle un abrazo al niño. Le agradecí a la jovencita por el buen ejemplo que era para los que la rodean. Es alentador saber que hay tantos jóvenes que tratan de defender la verdad y la rectitud y de hacer su parte para invitar el Espíritu a sus vidas a pesar de que a veces sea difícil con todo el ruido y la crudeza del mundo que los rodea. Tenemos algunos jóvenes maravillosos en la Iglesia”.

¡No podría estar más de acuerdo con ella! Mujeres Jóvenes, *ustedes* están cambiando el mundo al centrar su vida en Jesucristo y están “[llegando] a ser quienes Él desea que [sean]”¹¹.

Les doy gracias por sus vidas benevolentes; por incluir a aquellos que quizás sean diferentes; por su amabilidad hacia sus compañeros,

los ancianos, su familia y los niños pequeños; por ser el prójimo para los que se encuentran solos y aquellos que tienen desafíos o pesares. Por medio de la benevolencia que ejercen, ustedes están guiando “a otros a la luz del Salvador”¹². Gracias por recordar que “la bondad debe por mí empezar”.

Sé que el presidente Thomas S. Monson es un profeta de Dios, cuya vida ha sido un modelo de benevolencia del cual podemos aprender. Sigamos a nuestro profeta; aprendan de su ejemplo y escuchen sus palabras. Creo en el Evangelio de Jesucristo y sé que por medio del profeta José Smith el sacerdocio ha sido restaurado en la tierra.

Sé que nuestro Salvador vive y ama a cada una de nosotras. Ha dado Su vida por todos. Ruego que centremos nuestra vida en Jesucristo y “[sigamos] Sus pasos” al amar y servirnos los unos a los otros¹³. Al hacer eso, sé que podemos hacer que el mundo sea un mejor lugar porque “Creemos en ser benevolentes”¹⁴. De esto testifico en el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Véase Artículos de Fe 1:13.
2. Véase “benevolencia, n.” *DRAE* en-Línea, Vigésima segunda ed., 2001. Espasa Calpe. 7 de marzo de 2011, <<http://buscon.rae.es/draeI/>>.
3. “La bondad por mí empieza”, *Canciones para los niños*, pág. 83.
4. “Guardianas de la virtud”, *Creemos: Fortaleza de la Juventud Multimedia 2011*, DVD, 2010; también disponible en lds.org/youth/video/youth-theme-2011-we-believe.
5. Lucas 10:25, 27, 29, 30, 33–35.
6. Jerry Earl Johnston, “The Unity in a Ward’s Uniqueness,” *Mormon Times*, 9 febrero de 2011, M1, M12.
7. Thomas S. Monson, “Tengan valor”, *Liahona*, mayo de 2009, pág. 125.
8. “Guardianas de la virtud”.
9. *Para la Fortaleza de la Juventud*, folleto, 2001, págs. 10–11.
10. Véase Marcos 10:16.
11. “Guardianas de la virtud”.
12. “Guardianas de la virtud”.
13. “Guardianas de la virtud”.
14. Artículos de Fe 1:13.



Por Elaine S. Dalton

Presidenta General de las Mujeres Jóvenes

Guardianas de la virtud

Prepárense ahora para ser merecedoras de recibir todas las bendiciones que les esperan en los santos templos del Señor.

Hay veces que no se puede expresar con palabras lo que sentimos. Ruego que el Espíritu testifique a sus corazones en cuanto a la identidad divina y la responsabilidad eterna que poseen. Ustedes son la esperanza de Israel; son hijas electas y majestuosas de nuestro amoroso Padre Celestial.

El mes pasado tuve la oportunidad de asistir al matrimonio en el templo de una jovencita que conozco desde que nació. Al sentarme en la sala de sellamientos y mirar la hermosa lámpara de cristal que brillaba con la luz del templo, recordé cuando la sostuve en mis brazos por primera vez. Su madre le había puesto un vestidito blanco, me pareció que era una de las bebés más hermosas que había visto. Entonces la jovencita entró por la puerta otra vez vestida de blanco; estaba radiante y feliz. Cuando entró, deseé con todo mi corazón que toda joven imaginara ese momento y se esforzara para siempre ser digna de hacer y guardar convenios sagrados, y de recibir las ordenanzas del templo en preparación para disfrutar de las bendiciones de la exaltación.

Al arrodillarse frente al sagrado altar, esa pareja recibió promesas más allá de la comprensión mortal que los bendecirán, fortalecerán y ayudarán

en su jornada terrenal. Fue uno de esos momentos en que el mundo se detuvo y los cielos se regocijaron. Cuando la pareja recién casada miró los grandes espejos de la sala, se le preguntó al novio qué era lo que veía. Él dijo: “A todos los que vivieron antes de mí”. Entonces la pareja miró el espejo de la pared opuesta y la novia dijo con lágrimas en los ojos: “Yo veo a todos los que vendrán después de nosotros”; ella vio a su futura familia—su posteridad. Sé que ella comprendió una vez más, en ese momento, cuán importante es creer en ser castas y virtuosas. No hay vista más hermosa que la de una pareja debidamente preparada, de rodillas frente al altar del templo.

Sus años en las Mujeres Jóvenes las prepararán para el templo. Allí recibirán las bendiciones a las que tienen derecho en calidad de preciadas hijas de Dios. Su Padre Celestial las ama y desea que sean felices. La manera de lograrlo es “anda[r] por las sendas de la virtud”¹ y “[adherirse] a los convenios que [han] hecho”².

Jovencitas, en un mundo donde la corrupción moral, la tolerancia al mal, la explotación de la mujer y la distorsión de los roles van en aumento, deben resguardarse a ustedes mismas, a su familia y a todos aquellos con



quienes se relacionen; deben ser guardianas de la virtud.

¿Qué es la virtud y qué es un guardián? “La virtud es un modelo de pensamientos y de conducta basado en elevadas normas morales, e incluye la castidad y la pureza [moral]”³. ¿Y qué es un guardián? Un guardián es alguien que protege, ampara y defiende⁴. Por lo tanto, como guardianas de la virtud protegerán, ampararán y defenderán la pureza moral, porque el poder de crear vida mortal es un poder sagrado y exaltado, y debe preservarse hasta que se casen. La virtud es un requisito para tener la compañía y la guía del Espíritu Santo, y necesitarán esa guía para navegar exitosamente por el mundo en que viven. El ser virtuosas es un requisito para entrar en el templo y es un requisito para ser dignas de estar en la presencia del Salvador; ustedes se están preparando ahora para ese momento. El Progreso Personal y las normas que se hallan en *Para la Fortaleza de la Juventud* son importantes. El vivir los principios que se encuentran en cada uno de esos libritos las fortalecerá y las ayudará a ser “más [dignas] del reino”⁵.

El verano pasado, un grupo de mujeres jóvenes de Alpine, Utah, decidió que llegarían a ser “más [dignas] del reino”. Determinaron enfocarse en el templo, y para ello caminaron desde el

Templo de Draper, Utah, al Templo de Salt Lake, una distancia total de 35 kilómetros, tal como lo había hecho uno de los pioneros, John Roe Moyle. El hermano Moyle era cantero a quien el profeta Brigham Young había llamado a trabajar en el Templo de Salt Lake. Todas las semanas caminaba 35 kilómetros desde su casa al templo. Una de sus asignaciones era tallar las palabras “Santidad al Señor” en el lado este del Templo de Salt Lake. No fue fácil, y tuvo que superar muchos obstáculos. En cierta ocasión, una de sus vacas lo pateó en la pierna y, puesto que no sanaba, tuvieron que amputársela. Pero eso no impidió que cumpliera su compromiso con el profeta y con su trabajo en el templo. Talló una pierna de madera y después de muchas semanas volvió a caminar los 35 kilómetros al templo para realizar el trabajo que se había comprometido a hacer⁶.

Las jóvenes del Barrio Cedar Hills 6 decidieron caminar la misma distancia en honor a un antepasado y también por alguien que fue su inspiración para permanecer dignas de entrar en el templo. Entrenaron todas las semanas durante la Mutual y compartían lo que aprendían y lo que sentían sobre los templos mientras caminaban.

Comenzaron su caminata al templo temprano por la mañana con una oración. Cuando empezaron, yo estaba

muy impresionada por la confianza que tenían. Se habían preparado bien y sabían que estaban listas. Tenían la mira fija en la meta. Cada paso que daban simbolizaba a cada una de ustedes que también se están preparando ahora para entrar en el templo. La preparación ha comenzado con sus oraciones personales a diario, la lectura diaria del Libro de Mormón y al trabajar en el Progreso Personal.

A medida que las jóvenes seguían caminando, se topaban con distracciones en el camino; pero se mantuvieron centradas en su meta. Unas comenzaron a tener ampollas y a otras les empezaron a doler las rodillas, pero siguieron adelante. Cada una de ustedes tiene muchas distracciones, sufrimientos y obstáculos en su camino al templo; pero también están decididas y siguen adelante. La ruta que tomaron las jovencitas fue trazada por los líderes que habían caminado y recorrido el sendero, y determinaron el curso más seguro y directo. Una vez más, ustedes tienen el curso trazado y pueden tener la seguridad de que el Salvador no sólo ha recorrido el sendero, sino que volverá a hacerlo junto a ustedes en cada paso del camino.

A lo largo del viaje al templo había padres, madres, familiares y líderes del sacerdocio que servían de guardianas. La responsabilidad de ellos era

asegurarse de que todas estuvieran a salvo y protegidas de los peligros. Se aseguraron de que cada jovencita se mantuviese bien hidratada y estuviese suficientemente alimentada para mantener sus fuerzas. Había puestos de asistencia establecidos por los líderes del sacerdocio con lugares para descansar y beber agua. Jovencitas: sus padres, sus madres, sus obispos y muchos otros serán sus guardianes en su camino hacia el templo. Les darán advertencias y dirigirán su curso, y si se lastiman o hieren, o si se desvían de la ruta, ellos las ayudarán.

Me sorprendió ver que en los kilómetros finales de la caminata, los hermanos de las jóvenes, así como otros muchachos y amigos vinieron a apoyar a esas resueltas jovencitas y a alentarlas. Un muchacho alzó a su hermana que tenía grandes ampollas en los pies y la cargó en su espalda por el último trecho hasta el templo. Cuando estas increíbles muchachas alcanzaron su destino, se derramaron lágrimas a medida que cada una tocaba el templo, y hacía un



compromiso en silencio de siempre ser digna de entrar en él.

La caminata al templo es una alegría de la vida. Los padres y los líderes del sacerdocio estuvieron de guardia a lo largo del camino; proporcionaron apoyo y asistencia. Las jóvenes se protegieron y alentaron la una a la otra. Los jóvenes admiraron la fortaleza, el compromiso y la resistencia de las jovencitas. Los hermanos cargaron a sus hermanas que estaban lastimadas. Las familias se regocijaron por sus hijas al concluir la caminata hasta el templo y las llevaron a casa a salvo.

A fin de mantenerse en el sendero hacia el templo deben proteger su virtud personal y la virtud de las demás personas con quienes se relacionen. ¿Por qué? Mormón enseñó en el Libro de Mormón que la virtud y la castidad es algo “más caro y precioso que todas las cosas”⁷.

¿Qué puede hacer cada una de ustedes para ser guardiana de la virtud? Ello comienza por creer que pueden marcar la diferencia; empieza con establecer un compromiso. Cuando yo era una mujer joven, aprendí que ciertas decisiones sólo tienen que tomarse una vez. Escribí en una libreta una lista de cosas que *siempre* haría y cosas que *nunca* haría. Contenía cosas como: obedecer la Palabra de Sabiduría, orar a diario, pagar los diezmos y el compromiso de nunca faltar a la Iglesia. Tomé esas decisiones

una vez, y cuando tenía que hacer la elección sabía exactamente qué hacer porque ya lo había decidido con antelación. Cuando mis amigos de la escuela me dijeron: “Un sólo trago no hace daño”, me reí y dije: “Decidí no tomar cuando tenía doce años”. Tomar decisiones por adelantado las ayudará a ser guardianas de la virtud. Espero que cada una de ustedes escriba una lista de cosas que *siempre* harán y cosas que *nunca* harán. Luego, vivan según su lista.

Ser guardianas de la virtud significa que siempre serán modestas, no sólo en la forma de vestir sino en la forma de hablar, de actuar y en la manera en que utilicen los medios sociales. Ser guardianas de la virtud significa que nunca enviarán mensajes de texto a los jóvenes con palabras o imágenes que les hagan perder el Espíritu, perder el poder del sacerdocio o perder su virtud. Significa que comprenden la importancia de la castidad porque también entienden que su cuerpo es un templo y que no se debe experimentar con los sagrados poderes de la procreación antes del matrimonio. Ustedes comprenden que tienen un poder sagrado que implica la responsabilidad santa de traer otros espíritus a la tierra para que reciban un cuerpo en el cual albergar su espíritu eterno; este poder afecta a otra alma sagrada. Son guardianas de algo “más [precioso] que las piedras preciosas”⁸. Sean fieles.



Sean obedientes; prepárense ahora para ser merecedoras de recibir todas las bendiciones que les esperan en los santos templos del Señor.

A las madres que escuchan esta noche: ustedes son el ejemplo más importante de modestia y virtud para sus hijas, gracias. Nunca duden en enseñarles que son hijas majestuosas de Dios y que su valor no depende de su atractivo sensual, y permítanles ver las creencias de ustedes representadas correcta y constantemente en su modo de actuar y en su apariencia personal⁹. Ustedes también son guardianas de la virtud.

Esta semana volví a subir el monte Ensign Peak. Era temprano por la mañana y al mirar hacia abajo desde ese monte al Monte de la Casa del Señor —el Templo de Salt Lake— una vez más lo comprendí claramente. Los pioneros dieron todo lo que tenían para venir a las cimas de las montañas para que ustedes y yo pudiésemos recibir las bendiciones del templo y sellarnos como familias eternamente. Cuarenta años de sacrificio, de trabajo minucioso y de caminar desde Alpine al templo; ¿por qué? Porque al igual que ustedes ¡ellos creían!, creían en el profeta; creían que él había visto y hablado con Dios y con Su Hijo Amado; creían en el Salvador; creían en el Libro de Mormón. Por eso podían decir: “Todo lo creemos, todo lo esperamos; hemos sufrido muchas cosas, y esperamos poder sufrir todas las cosas”¹⁰. Ellos soportaron muchas cosas y también nosotras podemos hacerlo. El decimotercer artículo de fe es lo que creemos porque ésas son precisamente las cosas que nos califican para ser dignas de entrar en el templo y de estar algún día en la presencia de nuestro Padre Celestial, probadas, puras y selladas. Esto requerirá que sean “más [dignas] del reino” y que se preparen ahora y



obtengan la confianza de que pueden hacer cosas difíciles.

Mujeres jóvenes: ¡están embarcadas en una gran obra!, ¡y no están solas! Al resguardar su virtud y pureza recibirán fortaleza. Al guardar los convenios que han hecho, el Espíritu Santo las guiará y las protegerá; huestes celestiales de ángeles las rodearán. El presidente Monson nos dice: “Recuerden que no estamos corriendo solos en esta gran carrera de la vida; tenemos derecho a la ayuda del Señor”¹¹. Prepárense para ese día que en que irán al templo del Señor dignas y preparadas para hacer convenios sagrados. Como guardianas de la virtud querrán *buscar* al Salvador en Su santa casa.

Testifico que Dios vive y que Su Hijo Amado, nuestro Redentor Jesucristo, vive; y gracias al poder redentor y habilitante de Su expiación infinita,

cada una de ustedes recibirá guía y protección en su sendero hacia el templo y de regreso a la presencia de Ellos. Ruego que cada una de ustedes reciba fortaleza para realizar esa labor que será su momento culminante. Vivan en pos de ese día del que se habla en el libro de Apocalipsis en el que “andarán... en vestiduras blancas, porque son dignas”¹². En el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Doctrina y Convenios 25:2.
2. Doctrina y Convenios 25:13.
3. *Mujeres Jóvenes, Progreso Personal*, librito, 2009, pág. 70.
4. Véase <http://www.thefreedictionary.com/guardian>.
5. “Más santidad dame”, *Himnos*, N°131.
6. Véase Dieter F. Uchtdorf, “Impulsen desde donde estén”, *Liahona*, noviembre de 2008, pág. 56.
7. Moroni 9:9.
8. Proverbios 3:15.
9. Véase M. Russell Ballard, “Madres e hijas”, *Liahona*, mayo de 2010, págs. 18–21.
10. Artículos de Fe 1:13.
11. Thomas S. Monson, “Grandes esperanzas” (Charla fogueira del SEI para jóvenes adultos, 11 de enero de 2009), <http://lds.org/library/display/0,4945,538-1-4773-14,00.html>.
12. Apocalipsis 3:4.

São Paulo, Brasil





Por el presidente Henry B. Eyring
Primer Consejero de la Primera Presidencia

Un testimonio viviente

El testimonio requiere ser nutrido por la oración de fe, tener hambre de la palabra de Dios que está en las Escrituras y obedecer la verdad.

Mis queridas jóvenes hermanas, ustedes son la esperanza radiante de la Iglesia del Señor. Mi propósito de esta noche es ayudarlas a creer que eso es así. Si esa creencia puede convertirse en un profundo testimonio de Dios, determinará sus decisiones diarias y constantes. Y después de lo que aparenten ser decisiones pequeñas, el Señor las conducirá a la felicidad que ustedes quieran. Mediante sus decisiones, Él podrá bendecir a un sinnúmero de otras personas.

La decisión de estar con nosotros esta noche es un ejemplo de las decisiones que importan. Se invitó a más de un millón de mujeres jóvenes, madres y líderes. De todas las cosas que podrían haber elegido hacer, han decidido estar con nosotros. Hicieron eso debido a sus creencias.

Ustedes son creyentes en el evangelio de Jesucristo; creen lo suficiente para venir aquí a escuchar a Sus siervos y tener la fe suficiente para esperar que algo de lo que escucharán o sientan las motive hacia una vida mejor. Sintieron en su corazón que seguir a Jesucristo era la manera de tener una felicidad mayor.

Ahora bien, tal vez no reconozcan eso como una decisión consciente de

importancia alguna. Quizás se sintieron inclinadas a estar con nosotros debido a los amigos o la familia. Tal vez sencillamente respondieron a la bondad de alguien que las haya invitado a venir; pero incluso sin haberlo notado, sintieron, por lo menos, un eco, apenas perceptible, de la invitación del Salvador: “Ven, sígueme”¹.

En la hora que hemos estado juntos, el Señor ha profundizado la creencia de ustedes en Él y ha fortalecido el testimonio de ustedes. Han escuchado más que palabras y música; han sentido el testimonio del Espíritu en el corazón de ustedes de que hay profetas vivientes sobre la tierra en la Iglesia verdadera del Señor y que el sendero hacia la felicidad se halla dentro de Su reino. Su testimonio de que ésta es la única Iglesia verdadera y viviente en la tierra hoy en día ha crecido.

Ahora bien, no todos sentimos exactamente las mismas cosas. Para algunos el testimonio del Espíritu fue que Thomas S. Monson es un profeta de Dios. Para otras personas fue que la honradez, la virtud y el hacer bien a todos los hombres son realmente atributos del Salvador. Y con ello vino un deseo más grande de ser como Él.

Todas ustedes tienen el deseo de que se fortalezca su testimonio del

evangelio de Jesucristo. El presidente Brigham Young pudo notar sus necesidades hace muchos años. Él era un profeta de Dios y con una visión profética, hace 142 años, las vio a ustedes y vio sus necesidades; él era un padre amoroso y un profeta viviente.

Él podía ver la influencia que el mundo ejercía en sus propias hijas; vio que esas influencias del mundo las estaban apartando del sendero del Señor que conduce a la felicidad. En su día, esas influencias las traía, en parte, el ferrocarril intercontinental que conectaba a los santos que estaban aislados y protegidos del mundo.

Quizás él no haya visto las maravillas tecnológicas de hoy, donde con un dispositivo que tengan en la mano pueden elegir conectarse a innumerables ideas y pueblos de la tierra; pero vio el valor que tendría para sus hijas y para ustedes tomar decisiones basadas en un testimonio poderoso de un Dios viviente y amoroso, y de Su plan de felicidad.

Aquí está su consejo profético e inspirado de siempre para sus hijas y para ustedes.

Se encuentra en el corazón de mi mensaje de esta noche; lo dijo en una habitación de su hogar, a menos de una milla de donde este mensaje se dirige a las hijas de Dios en las naciones del mundo: “Existe la necesidad para las jóvenes hijas de Israel de obtener un testimonio viviente de la verdad”².

Entonces, creó una asociación de mujeres jóvenes que ha llegado a ser lo que llamamos las “Mujeres Jóvenes”, en la Iglesia del Señor. Esta noche, ustedes han sentido algo del resultado maravilloso de esa elección hecha en esa reunión, ese domingo por la tarde en la sala de la casa de él.

Más de cien años después, las hijas de Israel por el mundo tienen ese



deseo de tener un testimonio viviente de la verdad por sí mismas. Ahora bien, por el resto de su vida necesitarán ese testimonio viviente que crece para fortalecerlas y conducir las hacia el sendero de la vida eterna. Y con él, llegarán a ser las transmisoras de la Luz de Cristo para sus hermanas y hermanos por el mundo, y por generaciones.

Ustedes saben por su propia experiencia lo que es un testimonio. El presidente Joseph Fielding Smith enseñó que un testimonio “es un conocimiento convincente dado por revelación a [una persona] que busca humildemente la verdad”. Él dijo del testimonio y del Espíritu Santo, que trae esa revelación: “Su poder convincente es tan grande que no existe duda en la mente cuando ha hablado el Espíritu. Es la única manera de que una persona sepa verdaderamente que Jesús es el Cristo y que el Evangelio es verdadero”³.

Ustedes han sentido esa inspiración por ustedes mismas. Quizás haya sido para confirmar una parte del Evangelio, como lo ha sido para mí esta noche. Cuando escuché las palabras del décimo artículo de fe sobre ser “honrados, verídicos, castos, benevolentes” para mí fue como si el Señor mismo las hubiera dicho. Sentí una

vez más que esos son Sus atributos. Sentí que José Smith era Su profeta; por lo tanto, para mí no fueron meramente palabras.

En mi mente, vi las polvorientas calles de Judea y del jardín de Getsemaní. En mi corazón sentí por lo menos algo de lo que hubiera sido arrodillarse como José lo hizo ante el Padre y el Hijo en una arboleda de Nueva York. No pude ver en mi mente una luz más brillante que el sol del mediodía como él, pero pude sentir el calor y la maravilla de un testimonio.

El testimonio les llegará en porciones como partes confirmadas de la verdad total del evangelio de Jesucristo. Por ejemplo, al leer el Libro de Mormón y meditar en él, los versículos que hayan leído antes aparecerán como nuevos para ustedes y darán nuevas ideas; su testimonio crecerá en amplitud y profundidad con la confirmación del Espíritu Santo de que son verdaderas. Su testimonio viviente se expandirá si estudian, oran y meditan en las Escrituras.

Para mí, la mejor descripción de cómo ganar y practicar un testimonio viviente ya se ha mencionado; está en el capítulo 32 de Alma, en el Libro de Mormón. Tal vez lo hayan leído muchas veces. Yo encuentro en él

una nueva luz cada vez que lo leo. Revisemos una vez más esta noche la lección que enseña.

En esos pasajes inspirados se nos enseña a comenzar nuestra búsqueda de un testimonio con un “poco de fe” y con el deseo de que éste crezca⁴. Esta noche, ustedes han sentido la fe y ese deseo al escuchar discursos conmovedores sobre la bondad del Salvador, sobre Su honradez y la pureza de Sus mandamientos, así como de la expiación hecha posible para nosotros.

Por eso, una semilla de fe ya está plantada en su corazón. Quizás ya hayan sentido algo de ese ensanchamiento en su corazón que prometió Alma. Yo sí lo he sentido.

Pero, como una planta que crece, debe ser nutrida o se secará. Las oraciones frecuentes y sinceras de fe son nutrientes cruciales y necesarios. La obediencia a la verdad que han recibido guardará vivo su testimonio y lo fortalecerá. La obediencia a los mandamientos es parte de la nutrición que deben darle a su testimonio.

Ustedes recuerdan la promesa del Salvador: “El que quiera hacer la voluntad de él conocerá si la doctrina es de Dios o si yo hablo por mí mismo”⁵.

Eso me ha funcionado a mí y funcionará para ustedes también. Una de las doctrinas del Evangelio que aprendí cuando era joven es que la vida eterna es el más grande de los dones de Dios⁶. Aprendí que parte de la vida eterna es vivir juntos en amor como familias para siempre.

Desde la primera vez que escuché esas verdades y fueron confirmadas en mi corazón, me sentí obligado a tomar toda decisión que podía para evitar la contención y para buscar la paz en mi familia y en mi hogar.

Ahora bien, sólo después de esta vida podré gozar de la plenitud de la más grande de todas las bendiciones,

la vida eterna; pero en medio de los retos de la vida, se me han dado, al menos vistas fugaces de lo que mi familia podría ser en el cielo. Debido a esas experiencias, mi testimonio en cuanto a la realidad del poder sellador que se ejerce en los templos ha crecido y se ha fortalecido.

Observar a mis dos hijas bautizándose en el templo por sus antepasados ha conmovido mi corazón por ellas y por esos antepasados, cuyos nombres encontramos. Se nos ha concedido la promesa de Elías de que los corazones se volverían el uno al otro en las familias⁷; por tanto, para mí, la fe ha llegado a ser un conocimiento seguro, como se nos promete en el libro de Alma.

He experimentado por lo menos algo del gozo que sintieron mis antepasados cuando el Salvador llegó al mundo de los espíritus después de Su ministerio terrenal. Aquí está la descripción, en Doctrina y Convenios:

“Y los santos se regocijaron en su redención, y doblaron la rodilla, y reconocieron al Hijo de Dios como su Redentor y Libertador de la muerte y de las cadenas del infierno.

“Sus semblantes brillaban, y el resplandor de la presencia del Señor descansó sobre ellos, y cantaron alabanzas a su santo nombre”⁸.

Mi sentimiento sobre el gozo de ellos proviene del poner en acción mi testimonio de que la promesa del Señor de la vida eterna es real. Ese testimonio se fortaleció por haber decidido ponerlo en acción tal como el Salvador prometió que ocurriría.

Él también nos enseñó que, además de decidir ser obedientes, debemos pedir en oración un testimonio de la verdad. El Señor nos enseñó eso en Su mandato de orar en cuanto al Libro de Mormón. Él le dijo a Su profeta Moroni:

“He aquí, quisiera exhortaros a que, cuando leáis estas cosas, si Dios juzga prudente que las leáis, recordéis cuán misericordioso ha sido el Señor con los hijos de los hombres, desde la creación de Adán hasta el tiempo en que recibáis estas cosas, y que lo meditéis en vuestros corazones.

“Y cuando recibáis estas cosas, quisiera exhortaros a que preguntéis a Dios el Eterno Padre, en el nombre de Cristo, si no son verdaderas estas cosas; y si pedís con un corazón sincero, con verdadera intención, teniendo fe en Cristo, él os manifestará la verdad de ellas por el poder del Espíritu Santo;

“y por el poder del Espíritu Santo podréis conocer la verdad de todas las cosas”⁹.

Espero que todas ustedes hayan puesto a prueba esa promesa por ustedes mismas o que lo hagan pronto. La respuesta podría venir en una experiencia singular, poderosa y espiritual. Para mí, vino en forma calmada al principio; pero cada vez que he leído y orado sobre el Libro de Mormón, viene con más fuerza.

No dependo de lo que ha ocurrido en el pasado. Para guardar mi testimonio viviente del Libro de Mormón en forma segura, con frecuencia recibo la promesa de Moroni. No tomo a la ligera esa bendición de un testimonio como un derecho perpetuo.

El testimonio requiere ser nutrido por la oración de fe, tener hambre de la palabra de Dios que está en las Escrituras y obedecer la verdad que hemos recibido. Hay peligro al descuidar la oración. Hay peligro para nuestro testimonio si solamente estudiamos y leemos las Escrituras en forma casual; ellas constituyen nutrientes necesarios para nuestro testimonio.

Ustedes recordarán la advertencia de Alma:

“Mas si desatendéis el árbol, y sois negligentes en nutrirlo, he aquí, no echará raíz; y cuando el calor del sol llegue y lo abrase, se secará porque no tiene raíz, y lo arrancaréis y lo echaréis fuera.

“Y esto no es porque la semilla no haya sido buena, ni tampoco es porque su fruto no sea deseable; sino porque vuestro terreno es estéril y no queréis nutrir el árbol; por tanto, no podréis obtener su fruto”¹⁰.

El deleitarse en la palabra de Dios, la oración sincera y la obediencia a los mandamientos del Señor se debe aplicar de modo equilibrado y continuo para crecer y prosperar. Todos pasamos por circunstancias que van más allá de nuestro control que interrumpen nuestro modelo para estudiar las Escrituras. Tal vez haya momentos en los que escojamos no orar por alguna razón. Quizá haya mandamientos que



escojamos no cumplir por un tiempo.

Pero ustedes no recibirán el deseo de un testimonio viviente si se olvidan de la advertencia y de la promesa de Alma:

“Y por lo mismo, si no cultiváis la palabra, mirando hacia adelante con el ojo de la fe a su fruto, nunca podréis recoger el fruto del árbol de la vida.

“Pero si cultiváis la palabra, sí, y nutrís el árbol mientras empiece a crecer, mediante vuestra fe, con gran diligencia y con paciencia, mirando hacia adelante a su fruto, echará raíz; y he aquí, será un árbol que brotará para vida eterna.

“Y a causa de vuestra diligencia, y vuestra fe y vuestra paciencia al nutrir la palabra para que eche raíz en vosotros, he aquí que con el tiempo recogeréis su fruto, el cual es sumamente precioso, y el cual es más dulce que todo lo dulce, y más blanco que todo lo blanco, sí, y más puro que todo lo puro; y comeréis de este fruto hasta quedar satisfechos, de modo que no tendréis hambre ni tendréis sed.

“Entonces... segaréis el galardón

de vuestra fe, y vuestra diligencia, y paciencia, y longanimidad, esperando que el árbol dé fruto”¹¹.

Las palabras de ese pasaje de las Escrituras, “esperando que el árbol dé fruto”, guió la sabia enseñanza que recibieron esta tarde. Es por eso que a sus ojos se les señaló un día futuro en un cuarto de sellamiento del templo. Es por eso que esta noche se les ayudó a visualizar lo que parece ser una cadena de luz sin fin reflejada en los espejos que están uno frente al otro en los murales del cuarto de sellamiento, donde ustedes podrían casarse en un templo de Dios.

Si pueden esperar ese día con el deseo suficiente que ha nacido del testimonio, tendrán la fortaleza para resistir las tentaciones del mundo. Cada vez que decidan intentar vivir más como el Salvador, su testimonio se fortalecerá; con el tiempo, sabrán por ustedes mismas que Él es la Luz del Mundo.

Sentirán esa luz crecer en su vida; no vendrá sin esfuerzo; pero vendrá al crecer el testimonio de ustedes y al decidir nutrirlo. Aquí está la promesa

de Doctrina y Convenios: “Lo que es de Dios es luz; y el que recibe luz y persevera en Dios, recibe más luz, y esa luz se hace más y más resplandeciente hasta el día perfecto”¹².

Ustedes serán una luz al mundo si comparten su testimonio con otras personas. Irradiarán a los demás la Luz de Cristo que hay en sus vidas. El Señor hallará la manera de que esa luz conmueva a los que ustedes amen; y por medio de la combinación de la fe y del testimonio de Sus hijas, Dios tocará la vida de millones que están en Su reino y a lo largo del mundo con la luz de Él.

En sus testimonios y en sus decisiones yace la esperanza de la Iglesia y de las generaciones que seguirán su ejemplo de escuchar y aceptar la invitación del Señor: “Ven, sígueme”. El Señor lo sabe y las ama.

Les dejo mi amor y mi testimonio. Ustedes son hijas de un Padre Celestial amoroso y viviente. Sé que Su Hijo resucitado, Jesucristo, es el Salvador y la Luz del Mundo. Y testifico que, esta noche, el Espíritu Santo les ha enviado mensajes para confirmar la verdad en el corazón de ustedes. El presidente Thomas S. Monson es el profeta viviente de Dios. De esto testifico en el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Lucas 18:22.
2. Brigham Young, en *A Century of Sisterhood: Chronological Collage, 1869–1969*, 1969, pág. 8.
3. Joseph Fielding Smith, *Answers to Gospel Questions*, compilación de Joseph Fielding Smith Jr., 5 tomos, 1957–1966, tomo 3, pág. 31.
4. Véase Alma 32:27.
5. Juan 7:17.
6. Véase Doctrina y Convenios 14:7.
7. Véase Malaquías 4:5–6; José Smith—Historia 1:38–39.
8. Doctrina y Convenios 138:23–24.
9. Moroni 10:3–5.
10. Alma 32:38–39.
11. Alma 32:40–43.
12. Doctrina y Convenios 50:4.

Santa Catalina, Jamaica



Índice de relatos de la conferencia

La siguiente es una lista de experiencias que se han seleccionado de los discursos de la conferencia general, que pueden utilizarse en el estudio personal, la noche de hogar y en otro tipo de enseñanza. El número indica la primera página del discurso.

DISCURSANTE	RELATO
Jean A. Stevens	(10) Unos niños dan el ejemplo al pagar los diezmos. Liam escucha la voz de su padre durante un tratamiento médico.
Élder Walter F. González	(13) Una periodista se pregunta si el buen trato hacia las esposas es realidad o ficción.
Élder Kent F. Richards	(15) Una jovencita ve ángeles alrededor de los niños en el hospital.
Élder Quentin L. Cook	(18) El contenido de un bolso refleja que una mujer joven vive el Evangelio. Una hermana en Tonga sugiere una manera de ayudar a los jóvenes adultos varones.
Presidente Henry B. Eyring	(22) La comunidad presta servicio después de que se rompe una represa en Idaho.
Presidente Boyd K. Packer	(30) Un presidente de estaca aconseja a un hombre que olvide el asunto después de la muerte de su esposa.
Élder Dallin H. Oaks	(42) El capitán Ray Cox se priva del sueño para velar por la seguridad de los soldados. Aron Ralston encuentra el valor para salvar su vida.
Élder M. Russell Ballard	(46) Un buscador de oro aprende a valorar las partículas de oro.
Élder Neil L. Andersen	(49) Sidney Going escoge servir en una misión en lugar de jugar al rugby.
Larry M. Gibson	(55) Un presidente de quórum de diáconos aprende cuáles son sus responsabilidades.
Presidente Dieter F. Uchtdorf	(58) Un hombre no se da cuenta de los privilegios que puede disfrutar durante un crucero.
Presidente Henry B. Eyring	(62) Un quórum busca a uno de sus miembros que se encuentra perdido en el bosque. Henry B. Eyring visita a un fiel sumo sacerdote.
Presidente Thomas S. Monson	(66) Thomas S. Monson invita a una pareja a presenciar un sellamiento.
Élder Paul V. Johnson	(78) Una joven mujer se convierte durante una larga enfermedad.
Obispo H. David Burton	(81) Robert Taylor Burton ayuda a rescatar a la compañía de carros de mano.
Silvia H. Allred	(84) Una madre joven recibe servicio de parte de sus maestras visitantes.
Presidente Thomas S. Monson	(90) Los santos de Brasil viajan una gran distancia desde Manaus al templo. La familia Mou Tham hace sacrificios para ir al templo. Thomas S. Monson participa en la palada inicial para la construcción de un templo en Roma, Italia.
Élder Richard G. Scott	(94) A Richard G. Scott se le insta que vaya a jugar con los niños en vez de arreglar la lavadora de ropa. Jeanene Scott guarda las notas de amor. Richard G. Scott cuida de su pequeño hijo que tiene problemas cardíacos.
Élder D. Todd Christofferson	(97) Hugh B. Brown poda un grosellero y luego él pasa por una poda figurativamente hablando.
Élder Carl B. Pratt	(101) La familia Whetten paga los diezmos y recibe bendiciones.
Élder C. Scott Grow	(108) El hermano de C. Scott Grow toma decisiones incorrectas pero luego se arrepiente.
Ann M. Dibb	(115) Kristi es un buen ejemplo y Jenn lo recuerda cuando está buscando la verdad.
Mary N. Cook	(118) Un niño ve una lámina de Jesús en un casillero de la escuela. Una mujer joven decide no ir a ver una película que no era muy apropiada.
Elaine S. Dalton	(121) Un grupo de mujeres jóvenes camina desde Draper, Utah, al Templo de Salt Lake.

Hagamos que la conferencia sea parte de nuestra vida

Considera la posibilidad de usar algunas de estas actividades y preguntas como punto inicial para el análisis en familia, o para la reflexión personal, al hacer que las enseñanzas de la conferencia sean parte de tu vida.

Puedes encontrar los discursos de la conferencia general en línea en conference.lds.org.

Nota: Los números de página que aparecen a continuación indican la primera página del discurso.

Para los niños

- El presidente Thomas S. Monson anunció que la Iglesia edificará tres templos nuevos, lo cual hace que el número total de templos en funcionamiento, bajo construcción o que han sido anunciados sea de 160. Busca en el mapa

las ciudades de Meridian, Idaho, EE. UU.; Fort Collins, Colorado, EE. UU.; Winnipeg, Manitoba, Canadá, así como el templo más cercano a tu casa. Lee o cuenta algunas de las historias que el presidente Monson relató en cuanto a miembros fieles que se sacrificaron mucho para poder asistir al templo (pág. 90). Ponte la meta de asistir al templo tan pronto como puedas, o analiza la forma de

mantenerte digno o digna de entrar en el templo.

- Cuando Adán y Eva vivieron sobre la tierra, una de las maneras en las que adoraban a Dios era por medio de los sacrificios de animales. El élder L. Tom Perry enseñó que el Salvador presentó la Santa Cena a Sus discípulos durante el día de reposo como una nueva forma de adoración. Hoy en día continuamos participando de la Santa Cena como un modo de adoración. Repasen el discurso del élder Perry (pág. 6) como familia para aprender la manera apropiada de vestirse el día domingo y otras maneras de honrar la Santa Cena y el día de reposo.

- El élder D. Todd Christofferson enseñó que Jesucristo nos instruyó que debemos tratar de ser como Él y como nuestro Padre Celestial (página 97). Nuestro Padre Celestial a veces “disciplina” a Sus hijos para ayudarlos a que sean más como Él. Analicen lo que significa disciplinar. Lee o cuenta el relato del grosellero que había crecido demasiado. Hablen acerca de cómo el tener contratiempos o no lograr lo que queremos realmente

Ljubljana, Slovenia





Coatzacoalcos, México

puede ayudarnos a ser más fuertes y fructíferos.

- El élder Richard J. Maynes enseñó que las familias pueden ser como cuerdas (página 37). Una cuerda tiene muchas hebras que son débiles si están solas, pero que son fuertes cuando están entrelazadas. De la misma manera, cuando todos los miembros de una familia hacen lo correcto y se ayudan unos a otros, cada persona de la familia se fortalece y puede hacer más de lo que podría sola. Da a cada miembro de la familia un trozo de hilo o hebra. Habla acerca de las formas en que cada miembro de la familia presta servicio y fortalece a los demás miembros. Luego muestra lo fuerte que son los trozos de hilo o hebra cuando se ponen todos juntos.

Para los jóvenes

- ¿En tu clase o en tu quórum son tan unidos como les es posible? Después de repasar el discurso del presidente Henry B. Eyring acerca de la unidad (página 62), haz una lista de lo que puedes hacer para ayudar a unificar tu grupo.

- El élder Russell M. Nelson habló del “buffet de la obediencia” (página 34). Analiza con tu familia, tu

clase o tu quórum qué es lo que significa y por qué no funciona.

- El élder Russell Ballard describe al amor puro de Cristo como un amor activo que se demuestra a través de actos sencillos de bondad y de servicio. Haz un plan de cómo tu clase o quórum puede mostrar amor por alguien en el barrio, rama o comunidad, luego llévenlo a cabo.

- El élder Quentin L. Cook contó una historia de un bolso que encontraron después de un baile de los jóvenes (página 18). Lo que las líderes encontraron dentro del bolso decía mucho de la jovencita a quien le pertenecía. ¿Qué dice acerca de ti el contenido de tu bolso, billetera o mochila? y ¿qué cambios querrías hacer en cuanto a lo que guardas a tu alcance?

- El élder Lynn G. Robbins habló en cuanto a ser más como el Salvador (página 103). Piensa en lo que significa *ser* como Jesucristo en lugar de simplemente *hacer* lo que Él nos pide. Luego piensa cuáles son los cambios que puedes hacer en tu vida para llegar a ser más como el Salvador.

Para los adultos

- El presidente Dieter F. Uchtdorf (página 58) compartió una historia sobre un hombre que vivió por debajo de sus posibilidades al no participar de las muchas actividades y de la rica comida que se ofrecía en

un crucero porque no se dio cuenta de que todas esas cosas iban incluidas en el precio del pasaje. Analice con los miembros de la familia que poseen el sacerdocio la forma en que pueden vivir a la altura de sus “posibilidades en lo que se refiere al poder sagrado, los dones y las bendiciones que son [su] oportunidad y derecho” como poseedores del sacerdocio de Dios.

- El presidente Boyd K. Packer enseñó en cuanto al poder del perdón (página 30). ¿Hay personas a las que necesite perdonar o hay experiencias que le preocupan y que debe “dejar de lado”? Busque la ayuda del Señor para encontrar paz y el poder para perdonar.

- El élder Richard G. Scott habló de cómo él y su esposa Jeanene demostraban su afecto el uno por el otro escribiéndose notas (página 94). Considere la posibilidad de escribir una nota a su esposo o esposa para decirle lo mucho que le ama y aprecia. Colóquela donde su esposo o esposa la encontrará.

- El élder David A. Bednar citó la experiencia que tuvo el presidente Joseph F. Smith en cuanto a obtener un testimonio (página 87). Repase la historia y piense en experiencias que hayan influenciado su testimonio. ■

Presidencias Generales de las Organizaciones Auxiliares

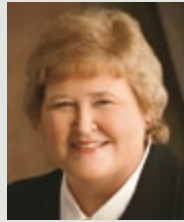
SOCIEDAD DE SOCORRO



Silvia H. Allred
Primera consejera



Julie B. Beck
Presidenta



Barbara Thompson
Segunda consejera

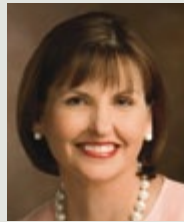
MUJERES JÓVENES



Mary N. Cook
Primera consejera

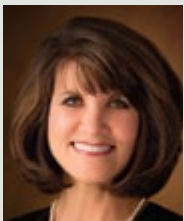


Elaine S. Dalton
Presidenta



Ann M. Dibb
Segunda consejera

PRIMARIA



Jean A. Stevens
Primera consejera



Rosemary M. Wixom
Presidenta



Cheryl A. Esplin
Segunda consejera

HOMBRES JÓVENES



Larry M. Gibson
Primer consejero



David L. Beck
Presidente



Adrián Ochoa
Segundo consejero

ESCUELA DOMINICAL



David M. McConkie
Primer consejero



Russell T. Osguthorpe
Presidente



Matthew O. Richardson
Segundo consejero

Enseñanzas para nuestra época

Las lecciones del Sacerdocio de Melquisedec y de la Sociedad de Socorro que se impartan el cuarto domingo se deben concentrar en las “Enseñanzas para nuestra época”. Cada lección se deberá preparar en base a uno o más discursos impartidos en la conferencia general más reciente. Los presidentes de estaca y de distrito elegirán los discursos que deban utilizarse o podrán asignar esa responsabilidad a los obispos y a los presidentes de rama. Los líderes deberán resaltar la importancia de que los hermanos del Sacerdocio de Melquisedec y las hermanas de la Sociedad de Socorro estudien los mismos discursos ese domingo.

Se insta a las personas a que asistan a las lecciones del cuarto domingo, a estudiar y llevar a la clase el ejemplar de la revista de la conferencia más reciente.

Sugerencias para preparar una lección basada en los discursos

Ore para que el Santo Espíritu esté con usted a medida que estudie y enseñe el (los) discurso(s). Es probable que se sienta tentado(a) a preparar la

lección utilizando otros materiales; sin embargo, los discursos de la conferencia constituyen el curso de estudio apropiado. La asignación que usted ha recibido es la de ayudar a otras personas a aprender el Evangelio y a vivirlo, tal como se enseñó durante la más reciente conferencia general de la Iglesia.

Estudie el (los) discurso(s) buscando los principios y la doctrina que satisfagan las necesidades de los miembros de la clase. Asimismo, busque en el (los) discurso(s) relatos, referencias de las Escrituras y declaraciones que le sirvan de ayuda para enseñar esas verdades.

Haga un bosquejo de la forma de enseñar los principios y las doctrinas; en el mismo deberá incluir preguntas que ayuden a los miembros de la clase a:

- Buscar los principios y las doctrinas en el (los) discurso(s).
- Pensar en el significado de esos principios y doctrinas.
- Compartir lo que entiendan, así como ideas, experiencias y testimonios.
- Aplicar esos principios y doctrinas en sus vidas. ■

MESES

MATERIALES PARA LAS LECCIONES DEL CUARTO DOMINGO

De mayo de 2011 a octubre de 2011

Discursos publicados en la revista *Liahona** de mayo de 2011

De noviembre de 2011 a abril de 2012

Discursos publicados en la revista *Liahona** de noviembre de 2011

*Estos discursos están disponibles (en muchos idiomas) en conferencia.lds.org.

Líderes celebran la obra de bienestar y anuncian templos

Más de 100.000 personas asistieron a las cinco sesiones de la Conferencia General Anual número 181 de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días en el Centro de conferencias de Salt Lake City, Utah, EE.UU., mientras que millones más la miraban o escuchaban por televisión, radio, satélite e internet.

Los miembros alrededor del mundo participaron de la conferencia en 93 idiomas. La transmisión ya está disponible en audio, video y texto en línea en muchos idiomas en: conference.lds.org, y se pondrán a disposición del público en DVDs y CDs.

El presidente Thomas S. Monson inició la conferencia con el anuncio de las localidades para tres templos nuevos —Fort Collins, Colorado, EE.UU.; Meridian, Idaho, EE.UU.; y Winnipeg, Manitoba, Canadá— lo que hace que



Arriba: Un joven recoge uvas en el viñedo de Madera, California, EE.UU., el cual pertenece a la Iglesia y produce uvas pasas para el sistema de bienestar de la Iglesia. **Debajo a la izquierda:** Una familia asiste a la transmisión de la conferencia general en Coimbra, Portugal.

el número de templos que se han anunciado o están bajo construcción llegue a 26. En la actualidad hay 134 templos en funcionamiento.

El presidente Monson también hizo hincapié en la importancia de la obra misional y dijo: “La obra misional es la savia del reino”. Unos 52.000 misioneros prestan servicio actualmente en 340 misiones a lo largo del mundo.

El domingo por la tarde se sostuvo a 10 nuevas Autoridades Generales y a 41 Setentas de Área; mientras que se relevó a 34 Setentas de Área. Además, el élder Don R. Clarke, del Segundo Quórum de los Setenta fue llamado a servir en el Primer Quórum de los Setenta. El informe estadístico para 2010 mostró que ahora el número de miembros de la Iglesia supera los 14 millones.

Varios discursos que se dieron durante los dos días de conferencia se enfocaron en el tema del bienestar de la Iglesia y el exclusivo programa de

Bienestar de la Iglesia que celebra su 75° aniversario en 2011.

El sábado, el presidente Henry B. Eyring, Primer Consejero de la Primera Presidencia, anunció que para conmemorar el 75° aniversario del programa de Bienestar, se invita a los miembros de todo el mundo a participar en una actividad de un día de servicio. El día de servicio se debe realizar a nivel de barrio o de estaca en algún momento durante el año. Los líderes locales decidirán los detalles de cada proyecto y se insta a los miembros a que inviten a otras personas a participar siempre que sea apropiado.

El presidente Monson finalizó la conferencia con su testimonio de Cristo para la Pascua de Resurrección: “A último momento [Jesucristo] podría haberse arrepentido, pero no lo hizo. Descendió debajo de todo para salvar todas las cosas. Al hacerlo, Él nos concedió vida después de esta existencia mortal”. ■



Élder José L. Alonso

De los Setenta

Aun antes de unirse a la Iglesia, José Luis Alonso Trejo tenía un testimonio del poder de la oración. “Cuando tenía once años”, él dice, “casi muero. Los doctores ya no tenían esperanzas de que viviera; los oí hablar. Así que oré y oré al Señor, y Él me sanó.

Cuando escuché la historia de José Smith y supe que un joven de sólo 14 años habló con Dios, tuve la certeza de que era verdad. Yo sabía que Dios contestaba nuestras oraciones, que Él nos conoce”.

Ese mismo sentimiento de consuelo acompañó al élder Alonso cuando estudió el Libro de Mormón. “Gracias a la oración y a este libro, sé con certeza que Jesús es el Cristo”, afirma.

El élder Alonso nació en la Ciudad de México, México, en noviembre de 1958; es hijo de Luis y Luz Alonso. Cuando era un adolescente se mudaron a la ciudad de Cuautla, México, donde se unió a la Iglesia. El asistir a la Mutual lo puso en contacto con jóvenes fieles que lo Hermanaron e hicieron que se sintiera como si fuese su segundo hogar. También mientras asistía a la Mutual conoció a Rebecca Salazar, la mujer con quien más tarde se casó.

Cuando el élder Alonso cumplió 19 años prestó servicio en la Misión México Hermosillo. Después de su misión, el élder Alonso y Rebecca se casaron en el Templo de Mesa, Arizona, el 24 de febrero de 1981. Tienen dos hijos.

Además de prestar servicio como director de instituto para el Sistema Educativo de la Iglesia, el élder Alonso tiene un diploma médico en pediatría y trabajó como médico homeopático y cirujano. Su carrera demuestra el deseo que siempre ha tenido de servir y bendecir a los demás, al igual que el Señor lo bendijo a él cuando estaba enfermo en su niñez. “El prestar servicio a los demás trae unidad y hermandad”, explica, “e invita el poder del Señor a nuestras vidas”.

Antes de ser llamado al Primer Quórum de los Setenta, el élder Alonso prestó servicio como obispo, presidente de misión de estaca, presidente de estaca, consejero al presidente de misión, presidente de la Misión México Tijuana y Setenta de Área. ■



Élder Ian S. Ardern

De los Setenta

Siempre que recibe una llamada o alguien golpea a su puerta, las primeras palabras que salen de la boca del élder Ian Sidney Ardern son típicamente: “¿En qué puedo ayudarlo?”.

El élder Ardern, que es hijo de Harry y Gwladys McVicar Wiltshire, y que nació en febrero de 1954 en Te Aroha, Nueva Zelanda, mencionó que, con frecuencia, los aparentemente pequeños actos de servicio son los que marcan la mayor diferencia en las vidas del dador y del que recibe. “El servicio no siempre es conveniente, pero siempre bendice tu vida”, dice el élder Ardern.

El élder Ardern y la hermana Ardern se conocieron cuando asistían a la universidad de la Iglesia en Nueva Zelanda, y se casaron en el Templo de Hamilton, Nueva Zelanda, el 17 de enero de 1976. Sus cuatro hijos crecieron en un hogar donde la preocupación compasiva del uno por el otro y la necesidad de comprender y vivir los principios del Evangelio eran una prioridad. “Es una gran bendición ver que nuestros hijos casados tienen esas mismas prioridades en sus hogares”, dice el élder Ardern.

El Señor espera mucho de Sus hijos, y proporciona los medios para que se cumplan esas expectativas. “Estoy sumamente agradecido a todos aquellos que han ayudado a nuestra familia a seguir al Señor”, expresa el élder Ardern.

El seguir las enseñanzas de los profetas en el hogar también ha sido una prioridad para la familia Ardern. El estudio diario de las Escrituras se convirtió en un hábito porque los niños pequeños se aseguraban de que lo hicieran a fin de que ellos pudieran colocar un adhesivo rojo en el almanaque para mostrar que habían leído ese día. “Mediante las cosas pequeñas y sencillas se pueden formar los buenos hábitos”, dice la hermana Ardern.

Antes de ser llamado al Primer Quórum de los Setenta, el élder Ardern prestó servicio como misionero en Francia y Bélgica, presidente de Hombres Jóvenes de estaca, miembro del sumo consejo, consejero del obispo, obispo, consejero del presidente de estaca, presidente de la Misión Fiji Suva y Setenta de Área.

El élder Ardern obtuvo una licenciatura y una maestría en educación de la Universidad de Waikato en Nueva Zelanda. En su carrera profesional tuvo muchos cargos en el Sistema Educativo de la Iglesia, entre ellos los de maestro, director, coordinador de seminarios en Nueva Zelanda, rector de la universidad de la Iglesia en Nueva Zelanda y Director del Área Pacífico. ■



Élder Carl B. Cook

De los Setenta

Como misionero joven en la Misión de capacitación de idiomas (predecesor del Centro de Capacitación Misional), cuando se preparaba para ir a Hamburgo, Alemania, Carl Bert Cook tenía dificultades para aprender alemán. Mientras él trataba de aprender el vocabulario básico, los miembros de su distrito pasaban rápidamente a conceptos más complejos.

Frustrado porque no mejoraba, el élder Cook buscó la ayuda divina por medio de una bendición del sacerdocio y la oración. Después de una oración particularmente sincera, el élder Cook recuerda haber recibido una respuesta específica: El Señor no lo había llamado para dominar el alemán sino para servir con todo su corazón, mente y fuerza.

“Inmediatamente pensé: ‘yo puedo hacer eso’”, dijo el élder Cook, a quien se acaba de llamar como miembro del Primer Quórum de los Setenta. “ ‘Puedo prestar servicio con todo mi corazón, mente y fuerza’. Me puse de pie y tuve un sentimiento de alivio. De repente, mi patrón de comparación cambió de lo bien que estaban haciendo mis compañeros y los miembros del distrito, a cómo sentía el Señor que yo lo estaba haciendo”.

Aunque el élder Cook dice que no necesariamente aprendió el idioma más rápido después de eso, sí dejó de preocuparse por esas cosas porque sabía que estaba haciendo lo que el Señor quería que él hiciera. Esa lección, menciona, ha sido de importancia en todos los otros llamamientos que ha tenido desde entonces, incluso los de obispo, consejero de la presidencia de estaca, presidente de estaca, presidente de la Misión Nueva Zelanda Auckland, Setenta de Área, y ahora, en su actual asignación.

El élder Cook obtuvo su licenciatura en mercadotecnia de Weber State College y su maestría en administración de negocios de la Universidad Utah State. Pasó su carrera trabajando en el desarrollo inmobiliario.

El élder Cook nació en Ogden, Utah, EE.UU., en octubre de 1957, y es hijo de Ramona Cook Barker y el fallecido Bert E. Cook. Se casó con Lynette Hansen el 14 de diciembre de 1979 en el Templo de Ogden, Utah. Tienen cinco hijos. ■



Élder LeGrand R. Curtis Jr.

De los Setenta

El élder LeGrand Raine Curtis Jr. sabe que “el Señor requiere el corazón y una mente bien dispuesta” (D. y C. 64: 34).

“Le encanta prestar servicio en la Iglesia y lo hace con ahínco y buena disposición”, dice su esposa Jane Cowan Curtis, con quien se casó en el Templo de Salt Lake el 4 de enero de 1974. “El servicio es su mayor anhelo y deseo”.

El élder Curtis nació en agosto de 1952 en Ogden, Utah, EE. UU.; sus padres son LeGrand R. y Patricia Glade Curtis. Su padre llegó a ser un miembro del Segundo Quórum de los Setenta (1990–1995).

Antes de ser llamado al Primer Quórum de los Setenta el élder Curtis Jr. prestó servicio en la Misión Italia Norte y fue obispo, miembro del sumo consejo, presidente de estaca, presidente de la Misión Italia Padova y Setenta de Área. Cuando fue llamado al Primer Quórum prestaba servicio como miembro del Quinto Quórum de Setentas en el Área Utah Salt Lake City.

El élder Curtis se graduó de la Universidad Brigham Young con un diploma en economía y obtuvo su doctorado en leyes de la Universidad de Michigan. Cuando recibió su llamamiento trabajaba como abogado y socio en un estudio jurídico. Además de haber estudiado y trabajado, el élder Curtis y su esposa han criado cinco hijos.

Después de prestar servicio como Setenta de Área desde 2004 hasta 2011, el élder Curtis dice que está agradecido por la oportunidad de trabajar con las Autoridades Generales. “He tenido la bendición de trabajar con algunos líderes de la Iglesia excepcionales”, manifestó. “El observarlos y aprender de ellos ha sido un gran privilegio”.

La hermana Curtis dice que el élder Curtis siempre ha tenido un corazón y manos dispuestos. “Su actitud siempre fue: ‘Lo haré’”, dijo ella.

Doctrina y Convenios 64:34 finaliza con estas palabras: “...los de buena voluntad y los obedientes comerán de la abundancia de la tierra de Sión en estos postreros días”. El hermano y la hermana Curtis dicen que ellos, sus hijos y sus nietos han sido bendecidos de manera excepcional por haber servido al Señor. ■



Élder W. Christopher Waddell

De los Setenta

Un principio rector sobreentendido en la familia del élder Wayne Christopher Waddell siempre ha sido: “Confía en el Señor”.

“Al confiar en el Señor, no necesitamos preocuparnos por grandes cambios”, dice el élder Waddell refiriéndose a las vueltas de la vida. “Sabemos que Él quiere lo mejor para nosotros y seremos bendecidos”.

El élder Waddell nació en junio de 1959 en Manhattan Beach, California, EE.UU., y es hijo de Wayne y Joann Waddell. Recibió su licenciatura en historia de la Universidad San Diego State, donde también jugaba al vóleibol. Ha trabajado en varios puestos de una compañía mundial de servicios de inversiones.

El élder Waddell se casó con Carol Stansel el 7 de junio de 1984 en el Templo de Los Ángeles, California. Tienen cuatro hijos. La unidad es algo primordial en la familia Waddell. Atribuyen esa unidad al haber tratado de vivir el Evangelio del Salvador en su hogar. Las actividades familiares también han sido importantes—pasar tiempo en las playas cerca de su hogar y asistir a eventos deportivos como familia.

Antes de su llamamiento al Primer Quórum de los Setenta, el élder Waddell sirvió como misionero de tiempo completo en España, como obispo, miembro del sumo consejo, consejero al presidente de misión, presidente de estaca, presidente de la Misión España Barcelona y Setenta de Área.

El élder Waddell dice que una experiencia se ha acumulado a la otra y cada una de ellas continúa agregándose al “tesoro del testimonio” en el cual se apoya al afrontar desafíos en la vida.

Al hablar de la preparación para su nuevo llamamiento, el élder Waddell habla acerca del templo.

“¿Qué nos preparó para esto? Cuando fuimos al templo por primera vez e hicimos convenios, prometimos estar dispuestos a hacer lo que fuera que el Señor nos pidiera, aunque no fuese algo conveniente”, dijo. “Todo lo que se necesita es ir al templo, servir en una misión, hacer convenios y luego ver Su mano y la forma en que Él dirige la obra. No estamos haciendo nada especial; estamos guardando los convenios que hicimos, igual que todos los demás”. ■



Élder Kazuhiko Yamashita

De los Setenta

Desde que fue obispo, cuando era joven, en Fukuoka, Japón, hace ya muchos años, el élder Kazuhiko Yamashita ha aprendido de los buenos ejemplos y actitudes de sus líderes de mayor responsabilidad.

Poco después de que el élder Yamashita se casara con su esposa Tazuko Tashiro, se mudaron de Tokio a Fukuoka, donde se llamó al élder Yamashita como obispo cuando tenía cerca de treinta años.

“Eso fue difícil para mí y para mi familia”, dice el élder Yamashita. “Teníamos tres hijos pequeños en esa época, y éramos nuevos en la zona; pero también fue una experiencia que me enseñó mucho, y tanto mi fe como mi testimonio se fortalecieron”.

“Claro que tuve tiempos difíciles, porque mi familia era joven y yo no tenía mucha experiencia previa como líder de la Iglesia”, expresa el élder Yamashita. “Mis líderes de más responsabilidad fueron buenos ejemplos y me enseñaron muchas lecciones por medio de su actitud y forma de comportarse”.

La hermana Yamashita dice que ella ha visto a su esposo recibir muchos llamamientos y llegar a ser un gran padre y un gran líder espiritual a través de los desafíos que esos llamamientos presentaban. Con el paso del tiempo ella lo ha visto cambiar y llegar a ser un padre y esposo más amable y afectuoso. A la familia le gusta pasar tiempo juntos, incluso hacer viajes largos en auto todos los años.

El élder Yamashita, nació en septiembre de 1953, es hijo de Kiyoshi y Sadae Yamashita. Creció en Tokio, Japón, donde conoció la Iglesia en 1971 por medio de la Expo 70, la feria mundial.

El élder Yamashita obtuvo su diploma en educación de la Universidad Saitama y su maestría en ciencia del deporte de la Universidad Tsukuba. También estudió la filosofía de la educación física en la Universidad Brigham Young. El élder Yamashita ha sido instructor y profesor de varias universidades y ha prestado servicio en numerosas organizaciones científicas, comunitarias y deportivas.

El élder Yamashita y su esposa se casaron el 29 de marzo de 1980, y se sellaron en diciembre de 1980, después de que se terminó el Templo de Tokio, Japón. Tienen seis hijos.

Antes de ser llamado al Primer Quórum de los Setenta, el élder Yamashita prestó servicio como obispo, miembro del sumo consejo, presidente de la misión de estaca, presidente de estaca y Setenta de Área. ■



Élder Randall K. Bennett

De los Setenta

Fue en la cúspide de su carrera como ortodoncista que Randall Kay Bennett y su esposa Shelley tuvieron “la clara impresión” de que debían prepararse para servir en misiones. Eso significaba que tenían que vender su casa de inmediato.

La razón de esa impresión no fue clara de inmediato; les llevó tres años vender su casa, un proceso durante el cual “necesitaron mucha paciencia” y les requirió que “mostrarán al Señor que realmente estaban decididos”, explicó el élder Bennett. “Seguimos confiando en el Señor y tratamos de mantenernos cerca de Él al asistir con frecuencia al templo, estudiar las Escrituras a diario, mediante la oración, el ayuno y el servicio a los demás”.

Poco después de que finalmente se vendió la casa, el élder Bennett fue llamado a prestar servicio en el Centro de Capacitación Misional de Provo y luego como presidente de la Misión Rusia Samara.

“Fue maravilloso, y algo que nos hizo sentir muy humildes, el hecho de saber que el Señor nos tenía presentes y que nos había estado preparando”, dijo el élder Bennett. “Hemos llegado a saber que el Señor conoce las ideas de nuestra mente y los sentimientos de nuestro corazón. Hemos aprendido a confiar que Él sabe mejor que nosotros, que sabe más que nosotros y que nos ama”.

Además de sus llamamientos al Segundo Quórum de los Setenta y presidente de misión, el élder Bennett prestó servicio como presidente y consejero de una rama del Centro de Capacitación Misional en Provo, como miembro del sumo consejo de estaca, consejero del obispo, presidente de Hombres Jóvenes de barrio, otros varios llamamientos, y como misionero de las Misiones Francia París y Francia Toulouse.

El élder Bennett obtuvo su diploma de cirujano dental en la Universidad de Alberta (Canadá), y su maestría en ortodoncia en la Universidad Loma Linda, California Sur, EE.UU.

El élder Bennett nació en junio de 1955 en Magrath, Alberta, Canadá. Sus padres son Donald Kay Bennett y Anne Darlene Long. Se casó con Shelley Dianne Watchman el 23 de abril de 1977 en el Templo de Cardston, Alberta. Tienen cuatro hijos. ■



Élder J. Devn Cornish

De los Setenta

El élder John Devn Cornish sabe que cada uno de los miembros y cada llamamiento de la Iglesia es importante.

“Es importante recordar al considerar los llamamientos en la Iglesia que no importa dónde nos sentamos en el avión; importa que estemos en el avión”, dice. “Ser parte de la obra tiene importancia eterna. La posición que ocupamos es de muy poca importancia”.

Desde que fue llamado a servir en la Misión Guatemala–El Salvador, hasta su llamamiento más reciente en el Segundo Quórum de los Setenta, el élder Cornish se ha dedicado a cumplir sus llamamientos de la Iglesia, entre ellos el de presidente de Hombres Jóvenes de barrio, presidente del quórum de élderes, secretario ejecutivo de barrio, líder del grupo de sumo sacerdotes, miembro del sumo consejo, obispo, presidente de estaca, presidente de la Misión República Dominicana Santiago, y Setenta de Área.

Nació en abril de 1951 en Salt Lake City, Utah, EE.UU.; es hijo de George y Naomi Cornish. El élder Cornish creció en Utah, Georgia y Virginia, Estados Unidos; y regresó a Utah para estudiar en la universidad.

Cuando vivía en Provo conoció a Elaine Simmons en una actividad de jóvenes adultos solteros. Se casaron en el Templo de Manti, Utah, en agosto de 1973.

Mientras criaba a sus seis hijos junto a su esposa, el élder Cornish sirvió en el Cuerpo médico de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos, obtuvo su licenciatura y su diploma de medicina en la Universidad de Johns Hopkins e hizo su residencia en pediatría en la Facultad de Medicina de Harvard—Hospital de niños de Boston.

A causa de sus estudios y por trabajo en Idaho, Texas, California y Georgia, Estados Unidos, la familia se mudó mucho a través de los años, pero dondequiera que estuviesen, el élder y la hermana Cornish dicen que les encantaba prestar servicio en la Iglesia.

“La obra está creciendo en todo el mundo y es una gran bendición poder ayudar a servir a los hijos del Señor dondequiera que estén”, dice el élder Cornish.

Este llamamiento como Setenta, “como todos los llamamientos de la Iglesia, será otra oportunidad de ser parte de la obra del Señor”, manifestó el élder Cornish. “Estamos agradecidos por ese privilegio”. ■



Élder O. Vincent Haleck

De los Setenta

Desde muy pequeño el élder Otto Vincent Haleck pagaba los diezmos, ayunaba y estudiaba las Escrituras—y después conoció a los misioneros y se bautizó.

La madre del élder Haleck era miembro de la Iglesia, pero no había asistido por años. Su padre no era miembro de la Iglesia. Sin embargo, la familia pagaba los diezmos, ayunaba semanalmente, leía la Biblia a diario, y daban de lo que tenían a los necesitados. El élder Haleck viene de un legado de fe.

El élder Haleck nació en enero de 1949 en Samoa Estadounidense. Sus padres, Otto y Dorothy Haleck, lo enviaron a estudiar a California, EE.UU. A los diecisiete años se dio cuenta de que algunos amigos del consejo estudiantil era diferentes de los demás estudiantes. “Me invitaron a la Mutual, y el resto es cosa sabida”, dice élder Haleck.

El élder Haleck recibió su licenciatura en publicidad y mercadotecnia de la Universidad Brigham Young. Es dueño de varias empresas en Samoa Estadounidense y se dedica a la obra filantrópica. El élder Haleck y su esposa Peggy Ann Cameron se casaron el 29 de junio de 1972 en el Templo de Provo, Utah. Tienen tres hijos.

Con el tiempo toda la familia del élder Haleck conoció el Evangelio, y él tuvo el privilegio de bautizar a su padre de 80 años de edad y de ver a su madre regresar a la actividad en la Iglesia después de cincuenta años de casada.

Antes de su llamamiento al Segundo Quórum de los Setenta, el élder Haleck prestó servicio como misionero de tiempo completo en la Misión Samoa Apia, como obispo, miembro del sumo consejo de estaca, patriarca, presidente de estaca, y más recientemente, como presidente de la Misión Samoa Apia.

El élder Haleck cree que todas las experiencias de su vida lo han conducido a donde se encuentra ahora. “Al recordar lo que he vivido, puedo decir que veo la mano del Señor”, dice. “Estoy agradecido y honrado por la confianza que el Señor ha depositado en nosotros. Amo al Señor y espero ser un buen instrumento en sus manos; sé que el Señor me ayudará”. ■



Élder Larry Y. Wilson

De los Setenta

Lograr un equilibrio entre las exigencias del trabajo, la Iglesia y las responsabilidades familiares ha sido un desafío para el élder Larry Young Wilson, pero se ha asegurado de que los miembros de la familia sepan lo importantes que son para él.

“La experiencia más formativa que he tenido es la de ser esposo y padre”, dice el élder Wilson. “Muy rara vez dejaba de ir a un evento deportivo, musical o de otro tipo. Les leía cuentos antes de dormir y oraba con ellos antes de ponerlos en la cama. Es tan importante estar allí”.

El élder Wilson sabe bien las exigencias para aquellos que tienen funciones de liderazgo en todos los aspectos de la vida. Nació en Salt Lake City, Utah, EE.UU., en diciembre de 1949 y es hijo de George y de Ida Wilson. Creció en Pocatello, Idaho, EE.UU. Obtuvo su licenciatura en inglés y literatura estadounidense de la Universidad de Harvard, y más tarde su maestría en administración de empresas de la Facultad de Posgrado en Economía de Stanford.

El élder Wilson ha dedicado su carrera a ser consultor y ejecutivo en la industria de la asistencia médica. Aunque su carrera le exigía mucho, siempre se aseguró de que no dominara su vida.

“Se deben establecer límites en el trabajo”, expresó. “De lo contrario, absorberá todo el resto”. En la práctica, se debe poner en suspenso el tiempo dedicado al trabajo, a la Iglesia y a la familia alternativamente. Oren para recibir guía y sabrán cuál de ellos tiene precedencia cada día en particular”.

El élder Wilson prestó servicio diligente como misionero en la Misión Brasil Central y como obispo, presidente de estaca y Setenta de Área antes de ser llamado al Segundo Quórum de los Setenta.

Para ayudar al élder Wilson a encontrar el equilibrio importante en todo su servicio está su esposa, Lynda Mackey Wilson, con quien se casó el 10 de julio de 1974 en el Templo de Logan, Utah. Los Wilson tienen cuatro hijos.

“Siempre que me iba a una reunión de la Iglesia ella me decía: ‘Adiós querido; ve a servir al Señor’”, dice el élder Wilson. “Ella estaba enseñando a nuestros hijos el significado más profundo de mi servicio. Poco después ellos me decían: ‘Adiós papi; ¡ve a servir al Señor!’”. ■



Los presidentes David O. McKay, Heber J. Grant y J. Reuben Clark Jr. (de izquierda a derecha) en la visita de la Primera Presidencia a la Manzana de Bienestar en 1940.

Celebrando 75 años del programa de bienestar de la Iglesia

Por Heather Wrigley

Revistas de la Iglesia

Varios de los discursos de la conferencia general anual de la Iglesia se dedicaron a la conmemoración de los 75 años del programa de bienestar de la Iglesia.

El día que se inauguró el programa en 1936, el presidente David O. McKay, que entonces era el consejero de la Primera Presidencia, declaró las raíces divinamente inspiradas del plan de bienestar de la Iglesia: “[El programa de bienestar] se establece por revelación divina, y no hay nada en todo el mundo que pueda cuidar de sus miembros de manera tan eficaz”¹.

Han pasado setenta y cinco años. Los cambios en la economía han cursado su ciclo una y otra vez. El mundo ha visto enormes cambios en la sociedad y la cultura, y la Iglesia ha crecido de forma monumental.

Pero las palabras dichas acerca del divinamente inspirado plan de bienestar de la Iglesia ese día en 1936, son tan verdaderas hoy como lo fueron entonces.

Los principios de bienestar

En 1929 los Estados Unidos experimentaron grandes pérdidas financieras cuando el mercado de valores colapsó. Para el año 1932, el desempleo en Utah había alcanzado un 35,8 por ciento.

Aun cuando la Iglesia había establecido principios de bienestar, incluso un sistema de almacenes y un programa para ayudar a los miembros a encontrar trabajo, muchos miembros buscaban la asistencia del gobierno.

“Creo que va predominando entre la gente la tendencia a tratar de conseguir algo del gobierno de los Estados Unidos sin posibilidades de llegar a pagarlo nunca”, comentó el presidente Heber J. Grant (1856–1945) en esa época².

Los líderes de la Iglesia querían ayudar a los miembros que tenían dificultades sin promover la ociosidad ni el sentimiento de tener derecho a la ayuda. El propósito era ayudar a la gente a ayudarse a sí misma a llegar a ser independiente.

En 1933 la Primera Presidencia anunció: “Nuestros miembros capacitados no deben pasar la vergüenza de

aceptar algo sin dar nada a cambio, a menos que sea el último recurso ... Los oficiales de la Iglesia que administran la asistencia deben buscar los medios por los cuales todo miembro capacitado de la Iglesia que se encuentre en situación de necesidad pueda compensar la ayuda recibida rindiendo a cambio algún tipo de servicio”³.

Con los principios establecidos y la fe de los santos en juego, las unidades individuales de la Iglesia, al igual que la Iglesia en general, comenzaron a organizar clases de costura y envasado, coordinar proyectos de trabajo, comprar granjas y poner énfasis en vivir de manera justa, frugal e independiente.

El plan de bienestar de la Iglesia

Con la organización del plan de seguridad de la Iglesia (que cambió su nombre a plan de bienestar de la Iglesia en 1938), se les dio a las personas la oportunidad de trabajar, dentro de sus capacidades, por la ayuda que recibieran. El plan enseñaba a la gente a ayudarse a sí misma en lugar de buscar donaciones de otras fuentes.

“Nuestro propósito principal era establecer ... un sistema mediante el cual se acabara con la maldición de la ociosidad, se abolieran los daños de la limosna y se establecieran una vez más entre nuestra gente la independencia, la industria, la frugalidad y el amor propio”, dijo el presidente Grant durante la conferencia general de octubre de 1936. “El trabajo ha de ocupar nuevamente su trono como principio gobernante en la vida de los miembros de la Iglesia”⁴.

A lo largo de los años el sistema de bienestar de la Iglesia ha incluido muchos programas: Los servicios sociales (que ahora son los Servicios para la familia SUD), LDS Charities, los



Ya sea al hacer pan (arriba a la izquierda), plantar uvas (arriba a la derecha) o dar ayuda de alguna otra manera, el programa de bienestar de la Iglesia tiene como objetivo desarrollar la autosuficiencia a través de la fe en Jesucristo.

Servicios Humanitarios y la Respuesta ante emergencias. Estos programas y otros han bendecido la vida de ciento de miles de personas tanto dentro como fuera de la Iglesia.

Extendiéndose al ámbito internacional

Aun después de que se superó la Gran Depresión y con el estallido de la Segunda Guerra mundial, el presidente J. Reuben Clark Jr., Segundo Consejero de la Primera Presidencia, afortunadamente recomendó que se continuara con el programa de bienestar. En octubre de 1945, el presidente de los Estados Unidos, Harry S. Truman, visitó al presidente de la Iglesia, George Albert Smith (1870–1951) para determinar cómo y cuándo se podrían enviar suministros a las regiones de Europa devastadas por la guerra. Para la sorpresa del presidente Truman, los líderes de la Iglesia le respondieron que la ropa, comida y otros suministros ya se habían recolectado y estaban listos para que se enviaran.

Con el tiempo, la Iglesia extendió las instalaciones y los programas de bienestar para que incluyera más aspectos de necesidad, incluso más áreas geográficas. En la década de los años 1970, la Iglesia extendió los proyectos de bienestar y la producción a México, Inglaterra y las Islas del Pacífico. Durante la siguiente década, Argentina, Chile, Paraguay y Uruguay fueron los primeros países fuera de

los Estados Unidos donde se establecieron centros de empleo.

Al establecerse los Servicios Humanitarios de la Iglesia en 1985, la obra internacional de bienestar creció de gran manera a medida que se preparaba ropa y otros elementos para enviarse alrededor del mundo en respuesta a la pobreza y los desastres.

Hoy en día, el aumento del número de miembros de la Iglesia en otras naciones, especialmente en los países en desarrollo, presenta nuevos desafíos, por lo cual el programa de bienestar se está adaptando para lograr superarlos.

Un plan inspirado para la actualidad

Los principios básicos del bienestar—la autosuficiencia y la industria—siguen siendo igual hoy que cuando el Señor le mandó a Adán “Con el sudor de tu rostro comerás el pan” (Génesis 3:19).

En los últimos días, el Señor ha declarado: “Y se mantendrá el almacén por medio de las consagraciones de la iglesia; y se proveerá lo necesario a las viudas y a los huérfanos, como también a los pobres” (D. y C. 83:6). Luego nos recordó: “Pero es preciso que se haga a mi propia manera” (D. y C. 104:16).

Los principios de bienestar se ponen en práctica en la vida de los miembros alrededor del mundo como un principio diario en cada uno de los hogares.

“...la fortaleza de la Iglesia y el verdadero almacén del Señor está en los hogares y en los corazones de su pueblo”, ha dicho el élder Robert D. Hales, del Quórum de los Doce Apóstoles⁵.

A medida que las personas logran su propia autosuficiencia a través de la fe en Jesucristo, el objetivo a largo plazo del programa, según lo describió el presidente Clark, continúa cumpliéndose: “...la edificación del carácter de los miembros de la Iglesia, tanto de quienes dan como quienes reciben, rescatando todo aquello que sea de mayor valor en lo más profundo de su ser, y sacando a florecer y a dar fruto la riqueza latente del espíritu, lo cual, después de todo, es la misión, el propósito y la razón por la que pertenecemos a esta Iglesia”⁶. ■

NOTAS

1. David O. McKay, en Henry D. Taylor, *The Church Welfare Plan*, manuscrito inédito, Salt Lake City, 1984, págs. 26–27.
2. Heber J. Grant, en Conference Report, octubre de 1933, pág. 5.
3. En James R. Clark, comp., *Messages of the First Presidency of The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints*, 6 tomos, 1965–1975, tomo 5, págs. 332–334.
4. Heber J. Grant, en Conference Report, octubre de 1936, pág. 3.
5. Véase Robert D. Hales, “Los principios de bienestar son para guiar nuestra vida: Un plan eterno para el bienestar de las almas de los hombres”, *Liahona*, mayo de 1986, pág. 25.
6. J. Reuben Clark Jr., en una reunión especial de presidentes de estaca, 2 de octubre de 1936.

Palabras inspiradas sobre una obra inspirada: Lo que los oradores dijeron sobre el bienestar

Varios de los discursos de la conferencia general anual de la Iglesia se dedicaron a la conmemoración de los 75 años del programa de bienestar de la Iglesia.

A continuación se encuentra extractos de los discursos de los oradores que se centran en el programa de bienestar y los principios de bienestar que estableció el Señor para ayudar a Sus hijos a ayudarse a sí mismos.

Presidente Thomas S. Monson

“Declaro que el programa de bienestar de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días es inspirado por el Dios Todopoderoso”. (Véase “El Santo Templo: Un faro para el mundo”, pág. 90).

Presidente Henry B. Eyring, Primer Consejero de la Primera Presidencia

“En nuestra época, los hijos de nuestro Padre Celestial otra vez tienen grandes necesidades temporales, como ha sucedido y como sucederá

en todas las épocas. Los principios básicos del programa de bienestar de la Iglesia no son sólo para una época ni para un lugar; son para todas las épocas y todo lugar”.

“[El Señor] nos ha invitado y mandado a participar en Su obra de elevar a quienes tienen necesidades. Hicimos convenio de hacerlo en las aguas del bautismo y en los sagrados templos de Dios. Renovamos el convenio los domingos cuando participamos de la Santa Cena” (véase “Oportunidades para hacer el bien”, págs. 22).

Obispo H. David Burton, Obispo presidente

“El profético plan de bienestar no es solamente una interesante nota al pie de la página de la historia de la Iglesia. Los principios sobre los cuales se basa definen quiénes somos como pueblo. Es la esencia de quiénes somos como discípulos individuales de nuestro Salvador y Ejemplo, Jesús el Cristo”.

“Esta obra sagrada no es sólo para beneficiar y bendecir a aquellos que sufren o que están necesitados. Como hijos e hijas de Dios, no podremos heredar la plenitud de la vida eterna sin estar completamente entregados al cuidado del uno al otro mientras estemos aquí en la tierra. Es mediante el benevolente ejercicio del sacrificio y de dar de nosotros mismos a los demás que aprendemos los principios celestiales del sacrificio y la consagración”.

“Ésta es la obra sagrada que el Salvador espera de Sus discípulos; es la obra que Él amó cuando anduvo sobre la tierra; es la obra que sé que Él estaría haciendo si estuviera entre nosotros hoy en día” (véase “La obra santificadora de Bienestar”, págs. 81).

Silvia H. Allred, Primera Consejera de la Presidencia General de la Sociedad de Socorro

“Hoy en día los hombres y las mujeres de la Iglesia participan conjuntamente para dar alivio a quienes tienen necesidades... Cuando el amor es el principio que rige nuestra ayuda a los demás, el servicio que les prestamos es el Evangelio en acción; es la expresión máxima del Evangelio. Es religión pura” (véase “La esencia del discipulado”, págs. 84, 85). ■

El Fondo Perpetuo para la Educación cumple promesas proféticas

Por Natasia Garrett

Revistas de la Iglesia

Hace diez años, el presidente Gordon B. Hinckley (1910–2008) señaló un problema: la incapacidad de muchos ex misioneros y otros jóvenes dignos en los países en desarrollo de escapar de la pobreza; y

proporcionó una solución: El Fondo Perpetuo para la Educación (FPE).

Un fondo rotativo que se establecería con las donaciones de los miembros y los amigos de la Iglesia, el FPE proporcionaría préstamos para fines educativos a los jóvenes a fin de que se preparasen para obtener trabajos

remunerados en sus comunidades y devolver los préstamos para que otros tuviesen la misma oportunidad. Dijo que la Iglesia dependería de los voluntarios y de los recursos existentes de la Iglesia para llevarlo a cabo.

Milagros realizados

Cuando el presidente Hinckley se paró ante el púlpito el 31 de marzo de 2001 y presentó la visión del Fondo Perpetuo para la Educación frente al sacerdocio de la Iglesia, fue evidente



FOTOGRAFÍA POR BRIAN WILCOX

El Fondo Perpetuo para la Educación, que comenzó hace 10 años, ha ayudado a más de 47.000 participantes.

para muchos que el profeta del Señor había recibido instrucciones.

Existía la posibilidad de fracasar cuando los líderes del FPE que acababan de ser llamados se pusieron en marcha para comenzar a otorgar préstamos a principios del otoño de 2001, como lo había mandado el presidente Hinckley. Aparte del bosquejo inspirado del profeta, no existía ningún plan de trabajo, ninguna propuesta detallada. El programa se organizó utilizando el texto del discurso del presidente Hinckley en la conferencia como base. Cientos de solicitudes de préstamos llegaban a las Oficinas Generales de la Iglesia al mismo tiempo que se designaba a los directores y se organizaba la estructura básica del programa.

Pero ya estaban sucediendo milagros. El primer año se donaron millones de dólares al programa. Varias personas cuyos antecedentes los calificaban de forma específica para trabajar en el FPE, estuvieron disponibles de inmediato para servir como directores voluntarios. La infraestructura necesaria

para apoyar al FPE globalmente ya había sido establecida en los programas de instituto del Sistema Educativo de la Iglesia y los centros de Recursos de Empleo de la Iglesia. Todo lo que se necesitaba se obtuvo con rapidez, dando al programa lo que el presidente

“La invitación del presidente Hinckley ayuda a aquellos que contribuyen al FPE así como a quienes [lo utilizan], a mejorar y así acercarse más al Salvador”.

—Élder John K. Carmack

Hinckley informó en abril de 2002, era una “cimentación sólida”¹.

Rex Allen, que actualmente presta servicio como director voluntario de capacitación y comunicaciones del FPE, dijo: “Hace muchos años, Moisés extendió su vara sobre el mar Rojo y las aguas se dividieron. El presidente Hinckley demostró esa misma clase de

fe cuando extendió su manto profético sobre el oscuro mar de la pobreza y puso en marcha el FPE”.

“Es un milagro”, expresó el presidente Hinckley repetidas veces.

Sin embargo, después de 10 años, los milagros tal vez recién comiencen.

Promesas cumplidas

Al anunciar el FPE, y en otros discursos, el presidente Hinckley prometió que varias bendiciones surgirían del FPE. Cada una de ellas se cumple cada vez con mayor ímpetu a medida que más participantes se gradúan del FPE y pagan sus préstamos.

Oportunidad y empleo

“[Los participantes] tendrán la oportunidad de lograr una buena educación que los sacará de la desesperación de la pobreza”, dijo el presidente Hinckley².

En febrero de 2011, casi el 90 por ciento de los que habían buscado trabajo después de terminar sus estudios han encontrado empleo. Un 78 por ciento de los que ahora trabajan dicen

que su empleo actual es mejor que el que tenían antes de obtener capacitación. El salario promedio de los participantes del FPE después de sus estudios es de tres a cuatro veces más que antes, lo que representa una gran mejoría en su situación económica.

La familia y la comunidad

“Se casarán y progresarán con destrezas que los calificarán para ganar bien, y ocuparán su lugar en la sociedad donde harán una contribución substancial”, declaró el presidente Hinckley³. Un poco más del tercio de los participantes actuales del FPE están casados en este momento.

El élder John K. Carmack, director ejecutivo del FPE, dice: “Uno de los resultados más alentadores del FPE hasta ahora es que vemos a los jóvenes tener más esperanza. Esa esperanza les da el valor para casarse y seguir adelante con sus vidas”.

Al hacerlo, sus familias que van creciendo, tendrán la esperanza de futuros más brillantes.

La Iglesia y el liderazgo

“Como miembros fieles de la Iglesia, pagarán su diezmo y ofrendas, y la Iglesia será mucho más firme gracias a la presencia de ellos en las regiones donde viven”, manifestó el presidente Hinckley⁴.

En algunas áreas donde el FPE ha estado en funcionamiento por varios años, entre un 10 y 15 por ciento de los líderes actuales de la Iglesia son participantes del FPE.

“Los participantes han animado a otros jóvenes a utilizar los préstamos del FPE y salir de la pobreza”, dijo Rex Allen. “Después de diez años vemos el círculo de la esperanza expandirse a medida que aquellos que han sido bendecidos comparten sus bendiciones con los demás”.

El efecto en la vida de muchos

“[El FPE] será una bendición para todos aquellos cuyas vidas toque: para los hombres y las mujeres jóvenes, para sus futuros hijos, y para la Iglesia que será bendecida con el sólido liderazgo local de ellos”, prometió el presidente Hinckley⁵.

Más de 47.000 personas han participado en el FPE desde el otoño de 2001. Eso no incluye a los familiares a quienes las personas que participan en el FPE sostienen e inspiran; los barrios y ramas que se benefician a causa de los miembros que tienen mayor capacidad para prestar servicio y hacer una contribución; y las economías locales que necesitan trabajadores preparados para crecer.

“Imaginen el impacto que causa el pensar en todas las personas a quienes afecta”, dijo el hermano Allen. “Eso se extiende a los que donan al FPE —los donantes, las familias, los barrios y las ramas de ellos— todos son bendecidos gracias a sus contribuciones”.

“Está al alcance de casi todo Santo de los Últimos Días el poder dar algo a este fondo y a otras buenas causas de forma regular”, expresó el élder Carmack. “La invitación del presidente Hinckley ayuda a aquellos que contribuyen al FPE así como a quienes [lo utilizan], a mejorar y así acercarse más al Salvador”.

Avance continuo

La visión profética del presidente Hinckley en cuanto al Fondo Perpetuo para la Educación se ha cumplido a medida que la influencia de este programa inspirado continúa extendiéndose por el mundo; y se seguirá cumpliendo en mayor grado al continuar las donaciones y el pago de los préstamos, permitiendo a una nueva generación de

participantes mejorarse a sí mismos y su situación.

Para saber más acerca del Fondo Perpetuo para la Educación, sírvase ir a pef.lds.org. ■

NOTAS

1. Gordon B. Hinckley, “La Iglesia avanza”, *Liahona*, julio de 2002, pág. 6.
2. Gordon B. Hinckley, “La Iglesia avanza”, *Liahona*, julio de 2002, pág. 6.
3. Gordon B. Hinckley, “La Iglesia avanza”, *Liahona*, julio de 2002, pág. 6.
4. Gordon B. Hinckley, “El Fondo Perpetuo para la Educación”, *Liahona*, julio de 2001, pág. 62.
5. Gordon B. Hinckley, *Liahona*, julio de 2001, pág. 62.

Llamado a participantes para una encuesta

Si ha querido ayudar a las revistas *Liahona* o *Ensign* y a las millones de personas que leen los mensajes de las revistas, ésta es su oportunidad. Las revistas buscan miembros alrededor del mundo que estén dispuestos a hacer comentarios y sugerencias y a participar en una pequeña cantidad de encuestas simples en línea cada año. Si le gustaría participar, tenga la bondad de enviar un correo a liahona@ldschurch.org, o a ensign@ldschurch.org, y escriba “Magazine Evaluation” en la línea del asunto. Los voluntarios deben tener acceso a internet y deben poder comunicarse en inglés, portugués o español. Sus comentarios ayudarán a que las revistas cumplan mejor con las necesidades de los lectores alrededor del mundo. ■



La Versión del Rey Santiago de la Santa Biblia, de 400 años, continúa influenciando a los miembros de la Iglesia en la actualidad.

El aniversario número 400 de la Biblia se celebrará mejor con más estudio, sugieren las palabras de los Apóstoles

“No es casualidad ni coincidencia que tengamos la Biblia en la actualidad”, dijo el élder M. Russell Ballard del Quórum de los Doce Apóstoles¹. Explica que la Biblia existe gracias a la obediencia de hombres justos que siguieron los sentimientos que los inducían a registrar experiencias y enseñanzas sagradas; así como también gracias a la fe y el valor de otras personas como los traductores que más tarde sacrificaron mucho para “proteger y preservar” la Biblia.

El 2 de mayo de 2011 se celebra el aniversario número 400 de la primera publicación de la Versión del Rey Santiago de la Biblia. En todo el mundo la gente ya está conmemorando la publicación de la Biblia con simposios, celebraciones, conciertos, concursos de oratoria y mucho más. Los miembros del Quórum de los Doce Apóstoles sugieren que otra forma de celebrar la ocasión es adquirir amor por la Biblia al estudiar la vida y el ministerio del Salvador y las palabras de los antiguos profetas y apóstoles.

“Cuán agradecidos debiéramos sentirnos por la Santa Biblia”, expresó el élder Ballard. “Amo la Biblia, sus enseñanzas, sus lecciones y su espíritu...

Amo la perspectiva y la paz que me infunde la lectura de la Biblia”².

El élder Jeffrey R. Holland del Quórum de los Doce Apóstoles concuerda: “Amamos y veneramos la Biblia”, dijo. “Siempre se le menciona primero en nuestro canon, nuestros ‘libros canónicos’”³. Él nos recordó que la Restauración se llevó a cabo porque José Smith estudió la Biblia y ejerció la fe en la promesa que se encuentra en Santiago 1:5 de que Dios contestará nuestras oraciones.

Al recordar los acontecimientos que prepararon el terreno para la Restauración, el élder Robert D. Hales, del Quórum de los Doce Apóstoles habló de la gratitud hacia todos aquellos que hicieron posible la traducción y publicación de la Biblia. Gracias a su labor, la Versión del Rey Santiago de la Biblia se puso a disposición para que cualquiera la leyera; y porque estuvo a disposición de José Smith, la verdadera Iglesia se restauró en la tierra. “¿Es de sorprender que la versión del rey Santiago sea la versión de la Biblia en inglés aprobada por La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días en la actualidad?”, preguntó el élder Hales⁴.

“Siempre debemos tener presente a los incontables mártires que sabían de este poder y dieron su vida a fin de que halláramos en las palabras de este texto el sendero que conduce a la felicidad eterna y a la paz del reino de nuestro Padre Celestial”, dijo el élder Ballard⁵.

El presidente Boyd K. Packer, Presidente del Quórum de los Doce Apóstoles, compartió un relato de cuando vio una Biblia de la familia de siglos pasados y que tenía una cita en la primera página que decía: “La mejor impresión de la Biblia es que quede bien grabada en el corazón del lector”⁶. Y luego continuó con este pasaje de Escrituras: “Nuestras cartas sois vosotros, escritas en nuestros corazones, conocidas y leídas por todos los hombres” (2 Corintios 3:2).

Al conocer y amar la Biblia y los textos de Escritura que la acompañan, podemos mostrar nuestro agradecimiento y disfrutar las bendiciones de la restauración del Evangelio.

“Consideren la magnitud de nuestra bendición de tener la Santa Biblia y unas 900 páginas adicionales de Escritura”, dijo el élder D. Todd Christofferson. “Que nos deleitemos continuamente en las palabras de Cristo, las cuales nos dirán todas las cosas que debemos hacer”⁷. ■

NOTAS

1. M. Russell Ballard, “El milagro de la Santa Biblia”, *Liahona*, mayo de 2007, pág. 80.
2. M. Russell Ballard, “El milagro de la Santa Biblia”, *Liahona*, mayo de 2007, pág. 80.
3. Jeffrey R. Holland, “...mis palabras... jamás cesan”, *Liahona*, mayo de 2008, pág. 92.
4. Robert D. Hales, “Preparativos para la Restauración y la Segunda Venida: Te cubriré con mi mano”, *Liahona*, noviembre de 2005, pág. 90.
5. M. Russell Ballard, “El milagro de la Santa Biblia”, *Liahona*, mayo de 2007, pág. 80.
6. Boyd K. Packer, “El Libro de Mormón: Otro Testamento de Jesucristo”, *Liahona*, enero de 2002, pág. 73.
7. D. Todd Christofferson, “La bendición de las Escrituras”, *Liahona*, mayo de 2010, pág. 35.



Bosquejo arquitectónico del Templo de Roma, Italia

“Todo templo es una casa de Dios, cumple las mismas funciones y con exactamente las mismas bendiciones y ordenanzas”, dijo el presidente Thomas S. Monson en la sesión del domingo por la mañana.

“El Templo de Roma, en forma singular, se está edificando en uno de los lugares más históricos del mundo, una ciudad donde los antiguos apóstoles Pedro y Pablo predicaron el evangelio de Cristo... En un día por venir, los fieles de ésa, la Ciudad eterna, recibirán ordenanzas de naturaleza eterna en una santa casa de Dios”.



“Comparto con ustedes mi amor por el Salvador y por Su gran sacrificio expiatorio a nuestro favor... Yo creo que ninguno de nosotros puede comprender la trascendencia total de lo que Cristo hizo por nosotros en Getsemaní, pero agradezco cada día de mi vida Su sacrificio expiatorio por nosotros”, dijo el presidente Thomas S. Monson al finalizar la Conferencia General Anual número 181. “... Descendió debajo de todo para salvar todas las cosas. Al hacerlo, Él nos concedió vida después de esta existencia mortal. Él nos reivindicó de la caída de Adán. Mi agradecimiento hacia Él llega hasta lo profundo de mi alma. Él nos enseñó cómo vivir; Él nos enseñó cómo morir; Él aseguró nuestra salvación”.